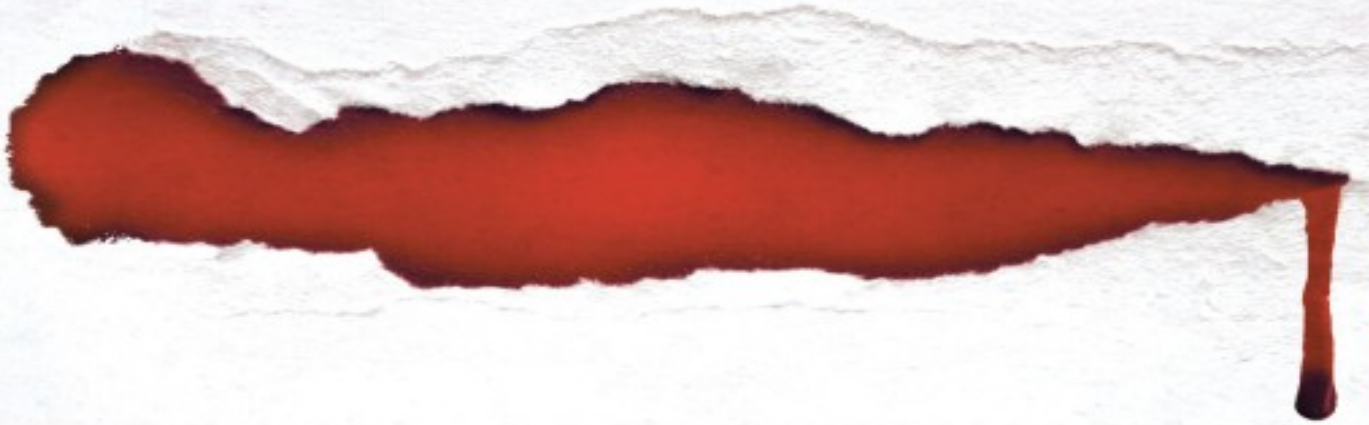
HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE.
LA TUYA. NO LA MÍA.



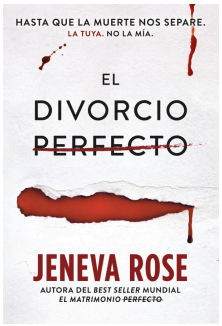


EL DIVORCIO ~~PERFECTO~~



JENEVA ROSE

AUTORA DEL *BEST SELLER* MUNDIAL
EL MATRIMONIO ~~PERFECTO~~



DE LA AUTORA DE *EL MATRIMONIO ~~PERFECTO~~,* EL THRILLER QUE VENDIÓ MÁS DE UN MILLÓN DE EJEMPLARES.

Han pasado más de diez años desde que la brillante y poderosa abogada Sarah Morgan defendió a su marido, Adam, acusado de asesinar a su amante, Kelly Summers. Sarah ha rehecho su vida: se ha casado con Bob Miller, un antiguo compañero de trabajo, y ha seguido adelante sin que nadie sospechara de los secretos que logró mantener enterrados. Al menos, hasta que descubre que Bob ha tenido una aventura de una noche.

Inmediatamente, Sarah le pide el divorcio, pero, en medio de la desagradable separación, surgen pistas que reabren la investigación sobre el asesinato de Kelly Summers y, de nuevo, todas las miradas

apuntan a ella. Sobre todo, la del ambicioso sheriff Hudson, que está decidido a demostrar su valía en una comisaría que en el pasado falló a la hora de impartir justicia.

Como si esto fuera poco, la amante de Bob desaparece, y lo que comienza como un divorcio millonario se transforma en una batalla despiadada, un peligroso juego del gato y el ratón en el que cada movimiento es una amenaza. Porque algunos secretos no prescriben... y Sarah Morgan nunca deja cabos sueltos.

¿Tendrán Bob y Sarah el divorcio perfecto? ¿O, por el contrario, estarán juntos «hasta que la muerte los separe»?



JENEVA ROSE

Es autora *best seller* de *The New York Times*. Sus novelas *El matrimonio ~~perfecto~~* y *El divorcio ~~perfecto~~* han vendido millones de ejemplares en todo el mundo y se han traducido a más de dos docenas de idiomas. Además, se han adquirido los derechos para adaptarlas al cine y la televisión.

Jeneva es originaria de Wisconsin. Actualmente vive en Chicago con su esposo, Drew, y sus testarudos bulldogs ingleses, Winston y Phyllis.

Foto: Katharine Hannah

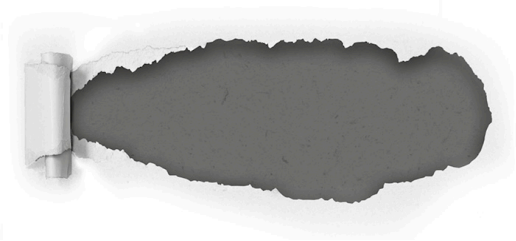
Traducción de: María Laura Ramos

EL DIVORCIO ~~PERFECTO~~

JENEVA ROSE

EDITORAS

Para mi pandilla,
esa bandada de gansos.
Vuelen alto y no pierdan su candidez.



¿LA MATÓ?

TRANSCRIPCIÓN DE UN FRAGMENTO DEL DOCUMENTAL
EMITIDO POR EL CANAL 5 DE NOTICIAS

La comisaría del condado de Prince William se encuentra investigando el asesinato de una vecina del lugar. Esta mañana temprano, recibieron una llamada para acudir a una vivienda en Lago Manassas. Allí fue hallado el cuerpo de Kelly Summers, asesinada brutalmente a puñaladas. Las fuentes indican que el novelista Adam Morgan, dueño de la vivienda, fue interrogado poco después del hallazgo. El sheriff no ha querido dar más detalles del caso, ya que la investigación se encuentra en curso.

ENTREVISTADOR
El 15 de octubre se cumplirán ocho años del asesinato de Kelly Summers y de su hijo nonato. El cuerpo fue hallado la mañana siguiente al hecho en la casa del lago Manassas, más específicamente en el dormitorio principal. Señor Morgan, ¿podría decirme qué sucedió la noche en la que Kelly fue asesinada?

ADAM MORGAN
No. Le puedo contar lo que ocurrió antes de que la asesinaran y le puedo contar lo que ocurrió después, pero no sé nada de cómo murió.

ENTREVISTADOR
Entonces, cuéntenos qué sucedió antes.

ADAM MORGAN
Kelly vino a casa después del trabajo e hicimos lo que hacíamos cada vez que venía: bebimos unos tragos y tuvimos sexo... varias veces.

ENTREVISTADOR
¿Y después?

ADAM MORGAN
Me desperté en medio de la noche. Estaba todo completamente oscuro. Kelly seguía durmiendo, o al menos eso creí. Tenía que volver a D.C. y, como no quería despertarla, me vestí con las luces apagadas y me fui.

ENTREVISTADOR
Pero antes de marcharse le escribió una nota, ¿verdad?

ADAM MORGAN
Sí, así es. La dejé en la encimera sin saber que jamás la leería.

ENTREVISTADOR
¿Qué decía esa nota?

ADAM MORGAN
No tiene importancia... Ella está muerta.

ENTREVISTADOR
¿Cuándo se enteró de que había muerto?

ADAM MORGAN
Al día siguiente. La policía local y el sheriff del condado de Prince William vinieron a mi casa en D. C., pero en ese momento no me dijeron por qué. Recién me enteré cuando me interrogaron.

ENTREVISTADOR
¿Quién era Kelly Summers para usted?

ADAM MORGAN
Básicamente... mi amante.

ENTREVISTADOR
Algunos sostienen que, si usted fue capaz de mentir sobre algo, como su infidelidad, por ejemplo, es capaz de mentir sobre cualquier otra cosa.

ADAM MORGAN
Una cosa no tiene que ver con la otra. Muchas personas engañan a sus parejas, pero muy pocas cometen asesinatos.

ENTREVISTADOR
¿Y usted es una de esas pocas?

ADAM MORGAN
Ya le dije que no.

ENTREVISTADOR
Al jurado le pareció inverosímil que no se despertara mientras apuñalaban treinta y siete veces a Kelly, siendo que estaban en

la misma cama. Además, le pareció muy poco probable que usted no se diera cuenta de que su cuerpo estaba mutilado cuando se fue en medio de la noche. ¿Qué puede decir al respecto?

ADAM MORGAN
Cuando a una persona la están operando, ¿se da cuenta de cuando le abren el cuerpo con el bisturí? No, ¿verdad? Porque está anestesiada. A Kelly y a mí nos drogaron esa noche. No sé quién, pero alguien lo hizo. Y, como dije, cuando recuperé la conciencia, estaba todo tan oscuro que no se veía nada.

ENTREVISTADOR
La pericia toxicológica reveló que Kelly tenía en su organismo una droga popularmente conocida como «éxtasis líquido», pero usted no.

ADAM MORGAN
Lo sé muy bien.

ENTREVISTADOR
¿Y cómo se explica eso?

ADAM MORGAN
Esa pregunta debería responderla alguien de la oficina del sheriff, ya que me hicieron el análisis de sangre una vez que pasó el período en el que esa droga se puede detectar. Muy conveniente.

ENTREVISTADOR
¿Quiere decir que fue intencional?

ADAM MORGAN
Quizá. O tal vez fue una pésima investigación policial.

ENTREVISTADOR
¿Cree que le tendieron una trampa?

ADAM MORGAN
Sí.

ENTREVISTADOR
¿Quién?

ADAM MORGAN
Se me ocurren varias personas. Scott Summers, el marido de Kelly, por ejemplo. También podría haber sido la persona a la que pertenece ese tercer perfil de ADN que encontraron en el cuerpo de Kelly. Y también está Bob Miller, su excuñado. Cualquiera de ellos podría haberlo hecho.

ENTREVISTADOR
Pero usted no…

ADAM MORGAN
No, yo no.

ENTREVISTADOR
¿Podría contarnos qué pensó cuando escuchó su sentencia?

ADAM MORGAN
Entendí que mi vida había terminado, pero no... no podía creerlo. A veces escuchas en las noticias que alguien fue condenado injustamente y piensas que jamás te podría ocurrir a ti. No maté a Kelly Summers, y lucharé contra esa mentira hasta mi último aliento.

ENTREVISTADOR

La organización sin fines de lucro Proyecto Inocencia se negó a tomar su caso. ¿Cuál cree que fue el motivo?

ADAM MORGAN
No lo sé. Tendría que preguntarle a ellos.

ENTREVISTADOR
Entonces, señor Morgan, ¿cuál es su plan B?

ADAM MORGAN
No tengo plan B. Tengo que seguir luchando. No dejaré de apelar y no perderé la esperanza de que algún día anulen mi condena.

ENTREVISTADOR
¿Todavía tiene esa esperanza?

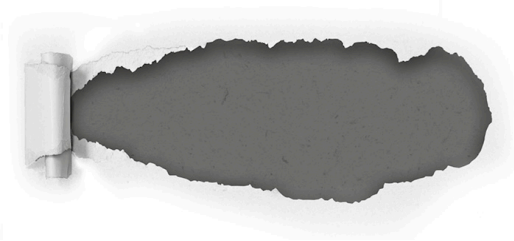
ADAM MORGAN
Sí. Es lo único que no me pueden quitar.

ENTREVISTADOR
Su exmujer, la reconocida abogada Sarah Morgan, fue quien lo defendió en el juicio. ¿Ella también conserva esa esperanza?

ADAM MORGAN
Sarah sigue siendo mi mujer.

ENTREVISTADOR
Lo siento. Sí, su mujer, Sarah. Hace siete años que está preso en el pabellón de los condenados a muerte y ella sigue casada con usted. ¿Por qué cree que no se divorció?

ADAM MORGAN
Porque me ama y sabe que soy inocente.



1
SARAH MORGAN

Supe, cuando me casé con Bob, que me divorciaría de él algún día, porque los hombres son como los abogados. No puedes confiar en ellos. Lo sabía porque soy abogada… y él también. Mi esposo está sentado frente a mí en una mesa de reuniones con lugar para veinte personas, pero hoy somos nada más que cuatro en esta habitación: nuestros abogados, Bob y yo. Hago lo posible por no mirar al hombre con el que viví los últimos doce años. De todos modos, percibo sus ojos oscuros en mí, así que alzo la mirada simplemente para que él desvíe la suya. Tiene desprendidos los dos primeros botones de su camisa blanca y almidonada, y la corbata le cuelga floja del cuello. A pesar de que la habitación está refrigerada, veo gotas de sudor a punto de desprenderse del nacimiento de su cabello.

—Mi cliente está interesado en una reconciliación. —Brad se levanta las mangas del traje, lo que le permite lucir un Rolex Day-Date de oro sólido. Es como si intentara decir: «Miren qué buen

abogado soy». El cabello rubio y brilloso peinado hacia atrás y el rostro perfectamente afeitado contrastan con los rulos oscuros y la barba del final del día de mi esposo. Brad es el abogado de Bob, un amigo de muchos años y un rufián de tiempo completo. Es famoso por tomar las medidas necesarias para conseguir los resultados que busca, y está muy bien, porque yo hago lo mismo.

—Eso está fuera de discusión —se impone Jess. Alza la cabeza y se yergue un poco más en su asiento. Jess es mi abogada y se rige por los libros para todo. El yin de mi yang.

—Fue una vez, Sarah. —Bob aprieta la mandíbula y se frota las cejas con fuerza como si quisiera despertar de una pesadilla. Justamente eso es nuestra vida ahora, nuestra realidad, y él fue el que nos puso ahí—. Te lo juro —agrega—. Fue una sola vez.

¿No es eso lo que dicen todos? Fue una sola vez. Fue un accidente, una mala decisión; no es algo habitual en él, no se va a repetir. El asunto no significa nada. *Ella* no significa nada. Sí, es lo que dicen todos. Pero lo que fue una sola vez es que los hayan descubierto. No lamentan lo que hicieron; lamentan que se sepa lo que hicieron. Y Bob no es diferente. Es igual al resto.

Brad lo censura con la mirada y niega apenas con la cabeza para indicarle que se calle. Me doy cuenta de que a Bob le cuesta ser el cliente en vez del abogado, pero accede, exhalando un suspiro profundo al recostarse sobre el respaldo de la silla y cruzar los brazos sobre el pecho.

—Quisiera reiterar que mi cliente acepta la responsabilidad plena por su grave error de juicio y que asistirá a seis sesiones terapéuticas para avanzar hacia la reconciliación —explica Brad, formando un triángulo con las manos frente a su rostro. Retazos de

sol penetran a través de las persianas americanas a medio abrir, lo que provoca destellos en el Rolex, y un caleidoscopio de luz baila por toda la pared cada vez que mueve la muñeca.

—Su cliente debería haber asistido a sesiones terapéuticas antes de la infidelidad. —Jess aprieta los labios y desliza lentamente una hoja de papel hacia el otro lado de la mesa—. Estas son las exigencias de la señora Morgan.

Bob descruza los brazos y se inclina hacia delante para arrebatarle el papel al abogado. Entrecierra los ojos y arruga la frente a medida que lee. Es obvio que no le gusta lo que tiene en frente, y ese era el objetivo.

—De ninguna manera —protesta Bob, arrojando el papel hacia atrás. Brad lo atrapa mientras aún flota en el aire y lo alisa sobre la mesa.

—Creemos que la oferta es justa —responde Jess. Brad levanta la cabeza y la mira.

—Mi cliente no piensa renunciar a la custodia de su hija. Tampoco a sus funciones en la junta directiva de la Fundación Morgan ni a su participación en las instituciones de caridad.

—No pienso renunciar a nosotros… y punto final —implora Bob. Extiende la mano hacia mí, con la esperanza de que yo la tome a mitad de camino. Muy por el contrario, retiro las manos de la mesa y las apoyo sobre la falda.

—Por favor, Sarah —agrega.

Me muerdo la lengua para no responder; sé que el silencio le duele más que cualquier comentario irónico. Y quiero lastimarlo tanto como me lastimó él a mí.

—Mi clienta no tiene interés en reconciliarse —aclara Jess.

Brad se inclina hacia Bob y le habla en un susurro contenido. Con cada palabra, el rostro de Bob se desencaja más y más. La piel se le arrebata, y la línea marcada de la mandíbula se vuelve aún más prominente al friccionar los dientes.

Cuando terminan su breve charla, Brad carraspea y se sienta erguido en la silla.

—Dado que, evidentemente, no hemos logrado avanzar, creo que lo mejor sería concertar un nuevo encuentro.

—El objetivo de estas reuniones no es restaurar el matrimonio; eso no va a ocurrir, Brad. El único avance posible es llegar a un acuerdo sobre la división de bienes y la custodia de Summer. Quisiera recordar que la señora Morgan solicitó un divorcio rápido, limpio e íntimo. No queremos exponer el caso ni que se dirima en un juicio, pero, de ser necesario, lo haremos —afirma Jess, los labios en una línea recta.

Me pongo de pie, me aliso la falda y me abotono el *blazer*.

—Tomo nota —dice Brad, mientras guarda sus cosas en el maletín, un Hermès ostentoso y de un naranja chillón—. Le pediré a mi asistente que te llame para combinar otro encuentro.

Bob se levanta de su asiento y busca mi mirada. Me lleva una cabeza; tiene la espalda ancha y un cuerpo tonificado. El cabello entrecano realmente le queda bien, lo mismo que las arrugas sutiles por estrés en la frente. Parece un hombre sabio y distinguido, a pesar de que no actúa como tal.

—Te llamo más tarde, Sarah —saluda Jess mientras me dirijo hacia la puerta.

Me detengo y le hago un gesto de que comprendí antes de salir de la habitación.

—Sarah, espera —me llama Bob, siguiéndome por detrás. Continúo la marcha, ignorándolo por completo. Pero, de repente, una mano me toma del hombro y me detiene en seco. El corazón me late fuerte contra las costillas.

—Por favor —insiste.

Dejo escapar un suspiro profundo y giro para quedar cara a cara con mi esposo. Me resulta difícil verlo de pie frente a mí porque ya es parte de mi pasado. Él todavía no se da cuenta, y yo no sé cómo decirlo más claro.

—¿Qué quieres?

Mi voz carece de emoción; lo que sentía por él se esfumó en el instante en que me enteré de su infidelidad.

—Por favor, no lo hagas —suplica Bob con un susurro tenso. Sus ojos buscan frenéticamente los míos, como si quisieran regresarnos a un lugar y anclarnos allí. Pero no hay un lugar donde regresar, porque no puedo estar casada con alguien en quien no confío. Para mí, la confianza es como el cristal. Una vez que se rompe, no se puede unir; y si lo intentas, terminas cortándote en el proceso. Lo mejor es tirarlo a la basura.

—Tienes suerte de que lo peor que te haga sea divorciarme de ti. —Las palabras fluyen suaves, casi tranquilizadoras.

—¿Es una amenaza? —pregunta; su expresión se vuelve incrédula.

—Sabes que no soy de amenazar, Bob.

Frunce el ceño e infla el pecho para desafiarme, pero ya vi suficiente. Niego con la cabeza y giro sobre los talones para encaminarme al ascensor. Grita mi nombre varias veces, su voz cada vez más débil a medida que aumento la distancia entre nosotros. O

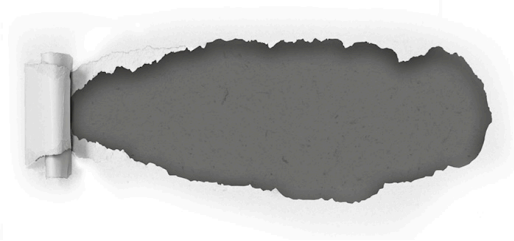
quizás, simplemente, vaya perdiendo la convicción. Bien. Espero que sea eso.

Bob está de veras poniendo a prueba mi paciencia. Lo único que yo quería era un trámite de divorcio fugaz y discreto… como su amorío, supongo. Pero no, me tiene que cuestionar cada paso porque está convencido de que es algo que podemos resolver entre nosotros. No es así, y, en lo profundo, Bob también lo sabe. Hasta ahora intenté mantener una actitud civilizada; debo hacerlo por el bien de nuestra hija, quien por suerte no está al tanto del divorcio inminente. Vengo postergando el momento de decírselo; quiero esperar hasta que sea un hecho y las emociones no estén en carne viva, para que el foco esté en ella y solamente en ella. Parece que soy la única que se preocupa por los sentimientos y el bienestar de nuestra hija.

Llego al ascensor, presiono el botón para bajar y espero. Aún siento la presencia de Bob, pero no miro hacia atrás. De veras desearía que la situación fuera diferente. Se suponía que lo sería; la paternidad debería generarnos el deseo de ser mejores personas o, al menos, de hacernos creer que lo somos. La maternidad me cambió como sabía que lo haría, pero se ve que ser padre no provocó nada en Bob. No solo me engañó a mí, sino que engañó a su familia y fingió ser lo que no es capaz de ser: un hombre respetable. La campanilla del ascensor suena y las puertas se abren. Entro, presiono el botón que me lleva a la recepción y elevo el mentón para mirar a Bob. Está de pie al final del corredor, los ojos clavados en los míos como si estuviéramos en un ring. Su rostro es una mezcla de resentimiento y pesar; pero hay otro brillo, un brillo que conozco. No logro identificar qué es. Ninguno de los dos

interrumpe el contacto visual, hasta que las puertas que se cierran nos obligan a hacerlo.

El ascensor vibra al comenzar el descenso, lo que aumenta incluso más la distancia entre nosotros. Estuvimos juntos durante más de una década, pero hace poco más de un año que nos casamos. Bob tiene suerte de que no sea la misma mujer que fui cuando vivía con Adam, mi primer esposo. Si hubiera tenido hijos con Adam, él quizá todavía estaría dando vueltas, porque, como dije, ser madre me cambió, por más que se crea que las personas no cambian. Sí que lo hacen. En esencia, somos quienes somos, pero eso no implica que, con el tiempo, algunas de nuestras facetas no puedan endurecerse o ablandarse.



2
N.N.

«La habitación es tan oscura; no hay ni siquiera sombras». Es el primer pensamiento cuando mi cuerpo se sacude y mis ojos se abren de golpe. Pestañeo varias veces, con la esperanza de que se adapten y hallen algún elemento familiar. Pero sin luz, no hallan nada. Sostengo la mano frente a mi rostro, a centímetros de la nariz, pero apenas logro verla; una ilusión gris que mi mente casi no reconoce. El aire es húmedo y denso, y apesta a moho y a calcetines mojados. Tomo impulso para sentarme y presiono con las manos hacia abajo, una a cada lado, sintiendo cómo el colchón de resortes cede suavemente. Los espirales se hunden y luego vuelven a su lugar.

La cabeza me late, y un mareo áspero me envuelve. Siento náuseas, como si fuera a vomitar en cualquier momento. Me froto las sienes con los dedos, con el deseo de que los recuerdos vuelvan. Pero no vuelven. Desaparecieron… quizá por ahora, quizá para

siempre. ¿Qué ocurrió anoche? ¿Bebí demasiado? ¿Volví a consumir LSD o éxtasis?

—¡Hola! —llamo al vacío, a la vez que cambio de posición y me pongo de pie, tambaleante.

Las plantas de los pies abandonan el colchón delgado y se apoyan en una superficie fría, dura. Doy, cautelosamente, un paso hacia delante, y entonces lo oigo: el ruido del metal que se arrastra sobre el concreto. Intento avanzar en la oscuridad, pero algo tironea la pierna hacia atrás. Un dolor agudo me punza el tobillo; el aro de metal se me clava en la piel.

—¿Qué carajo es esto? —Extiendo la mano hacia abajo y siento el grillete. Caer en la cuenta de que está ajustado al tobillo, de que me ata a ese lugar, me provoca un ataque de pánico repentino. El pulso se me acelera y la respiración se vuelve rápida y dificultosa. Siento escalofríos a pesar del sudor que brota de mis poros—. No, no, no… ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Por favor! —Las lagrimas ruedan sin parar, y grito hasta que la garganta me arde y ya no me queda aire en los pulmones.

Me desplomo en el colchón, me aferro a la cadena del grillete y jalo con la mayor fuerza posible, despellejándome las manos en el proceso.

—Vamos, pedazos de basura, ¡suéltenme! —aúllo, con la esperanza de que algún eslabón esté flojo o de que la cadena se arranque a lo que sea que esté sujeta.

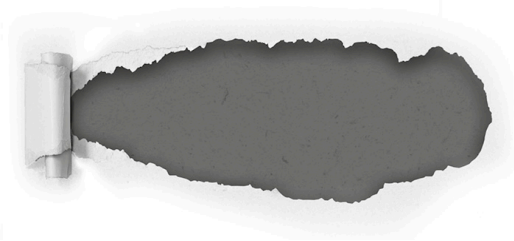
Me arrastro hacia delante, buscando el otro extremo de la cadena: un caño grueso de metal, adherido con cemento al piso de concreto. Me pongo de pie mientras deslizo las manos por el caño tan alto como puedo. Debe de ser una viga de soporte que se extiende hasta

el cielorraso, porque no llego a la punta. Vuelvo a concentrar la atención en la cadena para ver hasta dónde se extiende. Si me muevo como un satélite en órbita, tengo menos de dos metros para desplazarme en cualquier dirección.

Con las manos extendidas delante de mi cuerpo, comienzo a explorar el entorno. Aparece una pared; apoyo una mano y la deslizo por el concreto irregular hasta que la cadena en mi tobillo se tensa.

—¡Mierda! —suelto cuando la pantorrilla golpea contra algo duro. Me agacho hasta que las puntas de los dedos tocan un borde suave y circular. Es un balde, uno de esos de plástico resistente que se compran en las ferreterías. Sigo buscando. Las manos rozan una superficie rugosa y granulada: madera, creo. Algo me corta la palma de la mano, y la retiro. Con una mueca de dolor, me llevo la herida a la boca y succiono hasta que el dolor merma. Los restos de sangre me dejan un sabor metálico.

Regreso al colchón y aprieto las rodillas contra el pecho, mientras me balanceo hacia delante y hacia atrás y lloro. Mi mano encuentra una manta; no, una bolsa de dormir. La tomo y la envuelvo alrededor de mi cuerpo, como un escudo que me protege del infierno oscuro en el que acabo de despertar.



3
SARAH MORGAN

Mis talones repiquetean contra el piso cerámico y producen, en el edificio antiguo, ecos que continúan resonando después de que salgo. Tomo unos lentes de sol del bolso y me los coloco para proteger mis ojos del sol en ascenso. Mi oficina queda a un tramo corto a pie en Old Town Manassas. Muchas cosas en mi vida cambiaron, no solamente yo. Ya no soy socia principal de Williamson & Morgan en Washington D.C. Fue mi decisión, y la de nadie más. Me cansé de que mi apellido viniera después del de un hombre y me cansé también de defender a seres depravados con demasiado dinero. Se puede zafar de todo si se tienen los medios. Yo soy prueba de eso, al igual que mis antiguos clientes.

De todos modos, no renuncié a la práctica de la abogacía; simplemente renuncié a practicarla con determinadas personas. Ahora mi trabajo es pro bono; lo prefiero porque el desafío es mayor. Soy fundadora y directora ejecutiva de una organización benéfica, la Fundación Morgan. Tal vez, las palabras «benéfica» y «Morgan» en

una misma oración suenen extrañas, una suerte de oxímoron, pero no debería ser así. El trabajo benéfico tiene muchas ventajas: descuentos impositivos, una imagen pública intachable, influencia política, por nombrar algunas. Todo envuelto con moño para regalo y disfrazado de buena voluntad. ¿Y el apellido Morgan? Estoy segura de que eso les genera preguntas. ¿Para qué conservarlo?

¿Por qué ponerle ese nombre a la fundación? Bueno, lo gracioso es que Morgan es mi apellido de soltera. No me lo cambié por el de Adam, y a él jamás le importó. A su madre sí, pero a él no. Cuando Adam firmó el contrato para su primer libro, decidió usar «Morgan» como seudónimo; «Arrugatti» no sonaba tan sofisticado. Su madre se puso furiosa, pero lo que detestó más fue que Adam se cambiara legalmente el apellido. Así que por eso se llama Fundación Morgan, porque «Morgan» es mío, y siempre lo fue.

Bob continúa trabajando en Williamson & Morgan, excepto que ahora es Williamson, Miller & Asociados, ya que lo nombraron socio principal a principios de este año. Fue necesario que yo abandonara el estudio para que él se quedara con mi puesto y, de todas formas, siguió siendo Williamson & Asociados durante un largo tiempo antes del cambio. Parece ser que nunca fuimos el uno para el otro; a fin de cuentas, uno siempre fue mejor que el otro.

Cuando llego al edificio de ladrillos a unas cuadras, tomo el ascensor hasta el último piso. La puerta se abre a un salón de espera y a un escritorio extenso con forma de luna creciente; allí está sentada Natalie, la recepcionista de la fundación. Detrás del escritorio hay una pared de vidrio que separa el salón del resto de la oficina. El nombre de la fundación está grabado sobre el vidrio esmerilado, en mayúsculas y letras gruesas.

—Buenos días, Sarah —saluda Natalie, y se pone de pie con una sonrisa. Es joven y está siempre bien predispuesta y ansiosa por complacer, las características ideales para alguien en su puesto. Tiene el cabello caoba recogido en un rodete a la altura de la nuca y está toda vestida de negro.

—Ubiqué al de la reunión de las nueve en la sala de conferencias —agrega enseguida.

Frunzo el ceño y echo una ojeada a mi reloj Cartier. Veo que son las nueve y veinte. Natalie nunca va a señalar que llego tarde, pero es el caso… y eso no es común en mí en absoluto. Lo que más respeto es el tiempo, porque es nuestro recurso más valioso. El dinero va y viene, pero el tiempo siempre se va. Cuando le regalas a alguien tu tiempo, en verdad le estás regalando una parte de ti, y por eso debemos cuidarlo.

—Alejandro Pérez, nuestro quincuagésimo reformador —informa Natalie, mientras revisa con el pulgar una pila de papeles apiñados en una carpeta antes de dármela.

Hojeo las páginas para familiarizarme con el contenido.

—Sarah, sé que tienes mucho entre manos. —Hace una pausa y me mira, comprensiva—. Así que si quieres, puedo…

—No, yo me encargo —la interrumpo.

—Como quieras… Ah, tu café. —Toma un vaso descartable grande con tapa del escritorio y me lo ofrece.

Le agradezco y doblo en uno de los extremos de la pared divisoria para dirigirme al interior de la fundación. El lugar es amplio, con cielorrasos altos, vigas expuestas y ventanales en arco. Es una combinación de rústico con moderno y un toque de minimalismo. No hay compartimentos porque nunca me gustaron. No deberíamos

pasar nuestras vidas en una especie de caja; ya nos entierran en una cuando morimos.

El concepto es abierto, excepto por dos oficinas, una en cada esquina, y una sala de conferencias enorme en el medio. La oficina más grande es la mía; la otra, de Anne. Sí, aún conservo a Anne. Es muy valiosa porque hace lo que le pido sin preguntar. Además, en estos días, es difícil hallar a alguien en quien se pueda confiar. Todos tenemos nuestro punto de vista, algo que queremos y algo que estamos dispuestos a ceder para conseguirlo. Pero Anne no es así. Ahora sus responsabilidades aumentaron, en comparación con las que tenía en Williamson & Morgan. Ya no es mi asistente; es la encargada de la oficina y participa de la junta de administración.

Varios empleados advierten mi presencia y hacen un alto en la tarea para recibirme con saludos y sonrisas. Intercambio frases amables con cada uno de ellos. Están orgullosos de trabajar aquí porque marcamos una diferencia. Son veinte personas, la mitad abogados y asistentes legales. La otra mitad posibilita el costado reformador de la Fundación Morgan, que es lo que realmente nos colocó en el candelero y atrajo a tantos patrocinadores. Nuestros donantes no solo invierten en el futuro de los seleccionados para el programa de reforma; también invierten en su propio futuro, porque cada delincuente que reformamos es una pérdida menos para el sistema y una amenaza menos para nuestra sociedad. Hasta ahora, el registro de reincidencias es impecable, y espero que Alejandro siga esa misma senda. A través del vidrio opaco, solo veo su nuca, ya que está sentado en una silla, de frente a la ventana.

Vuelvo a abrir la carpeta y me topo con la foto del «Caso 50». Carece de expresión, a pesar de la mandíbula fuerte y pronunciada,

y de los rasgos angulosos. Los ojos son del color de la salvia recién cortada del jardín, un contraste marcado con el cabello negro azabache. Un lienzo de tatuajes adorna su cuello y continúa por debajo de la abertura de la camisa. No puedo evitar preguntarme hasta dónde llegan. En otra vida, Alejandro podría haber sido modelo. Quizá aún pueda serlo, con la ayuda de mi fundación. Leo por encima el resto del archivo, reviso sus antecedentes penales y laborales, y le echo una mirada a su solicitud para el programa, completa y hasta con un ensayo.

—Ey, ¿cómo estuvo la reunión? —pregunta una voz.

Alzo la mirada de la carpeta y veo a Anne, que viene caminando hacia mí. La melena reluciente se balancea al compás de sus pasos, al igual que su vestido acampanado azul marino.

—Tan bien como la anterior —respondo sin levantar la voz. No me gusta hablar de mi vida personal con los empleados, pero Anne es más que eso. Es una amiga; sabe lo que me ocurre. Creo que Natalie también lo sabe, pero esa información la consiguió curioseando, porque yo seguro que no la compartí con ella.

Anne sacude la cabeza, desalentada, y me acompaña a la oficina, básicamente una copia en papel carbónico de la que tenía en el otro estudio. Hay una cinta para caminar en un rincón, un área con sillones elegantes a un costado y una biblioteca sobredimensionada y abarrotada que cubre toda una pared. Apoyo mis cosas y levanto las persianas. La vista da al parque Baldwin y al museo Manassas, en parte ocultos por una playa de estacionamiento enorme. Hace algunos años, me hubiera molestado, pero ahora no. Una vista es una vista hasta que dejamos de apreciarla y, tarde o temprano, todos lo hacemos.

—Pero ¿qué pasó? —insiste Anne—. ¿Bob sigue implorando?

Jalo la cuerda del último tramo de persianas con un tirón, lo que hace que se choquen contra el marco de la ventana.

—Sí, y todavía piensa que vamos a reconciliarnos. —Giro hacia Anne—. No avanzamos porque actúa como si las audiencias de divorcio fueran sesiones terapéuticas.

Anne pone los ojos en blanco.

—¿Cuál es el problema con él?

—Bueno, para empezar, es hombre.

—Cierto. —Anne inclina la cabeza hacia un costado y me mira, divertida—. ¿Por qué son hombres?

Entrecierro los ojos, a la espera de que termine la oración.

—Terminé. Esa es la pregunta. ¿Por qué son hombres? —ríe.

Esbozo una sonrisa y sacudo la cabeza. Mis ojos se cruzan con la carpeta de Alejandro sobre mi escritorio, un recordatorio de dónde debería estar y qué debería estar haciendo.

—Tengo que ocuparme de Caso 50.

—Puedo ocuparme yo.

—No. —Recojo la carpeta—. Sabes que me gusta involucrarme. Como fundadora, es importante que demuestre lo comprometidos que estamos con cada caso.

—¿Lo viste? —Anne da un paso hacia atrás y asoma la cabeza por fuera de la puerta de la oficina, fingiendo espiar en dirección a Alejandro. Vuelve a entrar la cabeza y agrega—: Yo me comprometería.

—Anne… —le advierto, mitad en serio y mitad en broma.

—¿Qué? Lo digo en chiste… o casi. No le cuentes a Jamie, eso sí —remata con una carcajada, refiriéndose a su pareja.

—Tu secreto está a salvo conmigo —prometo, mientras salgo de la oficina y me dirijo a la sala de conferencias.

—Llámame si necesitas ayuda. —Anne me guiña un ojo y me deja para ir a su oficina.

Me detengo afuera de la sala donde Caso 50 está esperando. Apoyo la mano en el picaporte por un momento y exhalo un suspiro profundo antes de entrar. Alejandro se pone de pie al instante con las manos cruzadas por delante.

—Perdón por hacerte esperar —digo, y cierro la puerta.

—No hay problema. Estoy acostumbrado. —Esboza una sonrisa.

No se la devuelvo. En vez de eso, extiendo la mano para saludarlo. Suponía que sería un apretón firme y fuerte, pero no hay diferencias con el mío. Es obvio que quiere demostrar respeto.

—Soy Sarah Morgan, fundadora y directora ejecutiva de la Fundación Morgan.

—Alejandro Pérez, interno número… —Se interrumpe en mitad de la oración, las mejillas arrebatadas—. Perdón, es la costumbre… Eh, gusto en conocerla.

Sonrío para que se sienta cómodo.

—Bueno, estamos aquí para acabar con esa costumbre y garantizar que nunca vuelvas a referirte a ti mismo como un número —digo, rodeando la mesa y tomando una silla.

Asiente con la cabeza, y advierto que no se sienta hasta que yo lo hago. Acomodo su archivo junto con una pila de folletos y un sobre grande de papel madera antes de mirarlo. La luz a través de la ventana cae sobre sus ojos y los hace parecer más brillantes que lo que se veían en la foto.

—En primer lugar, Alejandro, quiero felicitarte por haber sido seleccionado para nuestro programa.

—Gracias a usted. Estoy realmente agradecido por la oportunidad. Y llámeme Alex. Los únicos que me dicen Alejandro son mi madre y la policía.

—Lo tendré en cuenta, Alejandro.

Inclina la cabeza y entrecierra los ojos un momento antes de relajar el rostro y adoptar una expresión neutral. Los límites son importantes, en especial en casos como este cuando trabajas con personas que no los respetan. La ley es un límite, y Alejandro forzó unos cuantos límites en su vida.

—Repasemos cómo funciona el programa. Todo lo que necesitas está aquí —comienzo, y le acerco el sobre grueso desde el otro lado de la mesa—. Ábrelo.

Alejandro despega el borde, introduce la mano y saca un juego de llaves.

—Son de tu buzón, departamento y auto; eso lo cubre la fundación durante seis meses. El departamento está totalmente equipado, con lavadora y secadora, además de una heladera con provisiones y todos los elementos básicos que necesitas para empezar.

La mano vuelve a desaparecer adentro del sobre y saca una tarjeta de débito.

—Tienes mil dólares cargados para cualquier gasto adicional. Deberían alcanzarte hasta que consigas empleo.

Alejandro asiente y hojea la pila de folletos.

—Ahí están todos los recursos que tienes a tu disposición, como así también la información con los requisitos para permanecer en el

programa. Debes preocuparte por conseguir empleo. Tu archivo indica que no consumes drogas; de todas maneras, deberás someterte a un control cada tres semanas. Si un solo control da positivo, quedas fuera del programa. Si te metes en un problema legal por una simple infracción de tránsito, quedas fuera del programa. Otra exigencia es asistir a terapia una vez por semana. La primera sesión ya está anotada en tu agenda.

Toma la planificación del sobre y la extiende sobre la mesa para examinarla.

—¿Tienes alguna duda hasta ahora? —pregunto.

Sus ojos sobrevuelan las llaves, la agenda, los folletos y la tarjeta de débito, pero su expresión no cambia, como si no supiera qué hacer con eso.

—Es demasiado —dice Alejandro, señalando lo que está en la mesa—. ¿Cómo hace para solventarlo? ¿Y yo soy el número cincuenta? —Echa la cabeza hacia atrás, como si no creyera la buena suerte que le tocó.

—No es demasiado. Hay muchas personas en este mundo deseosas de ayudar.

—¿De quién es el departamento donde voy a vivir y de quién el auto que voy a manejar?

—La Fundación Morgan cuenta con una flota de vehículos usados y una gran cantidad de propiedades, así que no pertenecen a una sola persona. Como el programa dura seis meses, los reformadores se alternan —explico.

—Reformadores… —Sonríe—. Me hace acordar a los «Transformadores».

—Bueno, sí, pero ya habían registrado el nombre comercial

Mi boca comienza a curvarse en una sonrisa, pero rápidamente la borro. Carraspeo mientras mis ojos se detienen en el pecho y los bíceps. La camiseta blanca y ajustada que lleva puesta deja muy poco librado a la imaginación, y es obvio que el tiempo en la cárcel lo pasó haciendo ejercicio.

—¿Qué pasa después de los seis meses?

—Serás responsable de tus finanzas, pero los recursos de la Fundación Morgan estarán a tu disponibilidad por el tiempo que los necesites.

Alejandro inclina la cabeza hacia un costado.

—¿Así reparan a una mala persona?

Su pregunta me encuentra con la guardia baja, y vuelvo a cruzar mi mirada con la de él, solo por un momento; pero en ese momento es como si pudiéramos ver en el alma del otro. Me gustaría saber qué ve en la mía.

—No. Así le ofrecemos a una persona que hizo cosas malas una segunda oportunidad para que haga algunas buenas.

Mi teléfono celular vibra contra la mesa.

El identificador de llamada anuncia «Número desconocido», lo que no es extraño en mi área de trabajo. Una cantidad considerable de llamadas entrantes proviene de cárceles, calabozos, agentes de policía y teléfonos de prepago, y todos comparten el mismo y cautivante identificador.

—Tengo que contestar. —Tomo el teléfono y giro apenas la silla en el sentido contrario en el que está Alejandro. Presiono «Aceptar» en la pantalla y apoyo el aparato contra el oído—. Soy Sarah Morgan.

Una respiración pesada retumba a través del auricular, y la exhalación casi se vuelve tangible, como si la persona que me habla

estuviera en la habitación conmigo. Echo una mirada sobre mi hombro al Caso 50 y noto que sus ojos continúan clavados en mí.

Me doy vuelta y hablo al teléfono.

—Hola.

—Sarah. —Me llega una voz ronca que reconozco de inmediato, aunque perdió la autoridad que alguna vez tuvo. La vida puede hacerte eso. Algunos nos vamos desarmando lentamente a lo largo de años y décadas, pero otros se desarman de golpe. Él pertenece al segundo grupo—. Necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—No lo sé bien. —Hace ruido al respirar—. Pero tengo la corazonada de que voy a necesitar tus servicios como abogada.

—¿Dónde estás?

—En la comisaría del condado de Prince William… Me tienen detenido.

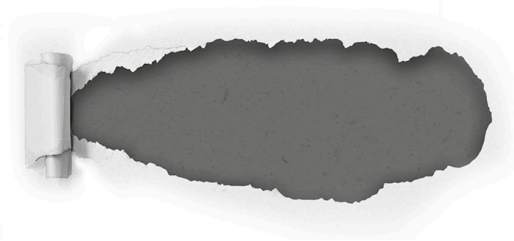
—Voy para allá —digo, y corto la llamada.

Dejo escapar un suspiro débil mientras comienzo a recoger mis cosas; me detengo solo para hablarle a Alejandro.

—Lamento interrumpir cuando recién empezábamos, pero tengo que irme. Uno de mis asociados terminará con lo que falta —le explico. Me pongo de pie.

—¿Todo bien? —pregunta.

—No. Pero lo estará.



4
SHERIFF HUDSON

Sacudo la cabeza al verlo de pie, de cara al puesto de llamadas para reclusos, con el auricular del teléfono presionado contra la oreja. Se apoya sobre la pared de bloques de hormigón para mantenerse erguido. Uno de mis agentes espera a que termine, a un costado y con los brazos cruzados. Lo trajeron el martes, temprano por la mañana. Hoy es miércoles, y finalmente despertó de la borrachera.

Mis manos se cierran en un puño, pero, tras inhalar una respiración rápida y profunda, abro los dedos y los nudillos crujen; primero los doblo y luego los extiendo. Tiene suerte de que maneje mejor mis emociones ahora. Además, ya está inmerso en un mundo de sufrimiento; no necesito infligir más daño, sin importar lo furioso que estoy, no solo con él, sino también conmigo. Si no le hubiera concedido tantas oportunidades, esto jamás habría ocurrido. El agente me mira y se endereza un poco más, inflando el pecho.

—Yo me encargo —anuncio para relevarlo de su obligación.

—Entendido, sheriff. —Asiente con la cabeza y sale de la habitación justo en el momento en que el recluso cuelga el teléfono y deja caer la cabeza hacia adelante.

Apoyo la mano sobre el hombro de Ryan, ejerciendo una leve presión.

—Vamos, viejo.

El otrora sheriff Ryan Stevens suelta una exhalación pesada y gira la cabeza un instante para observarme. Tiene el cabello largo, completamente despeinado y desprolijo. La rosácea le da color a sus mejillas, y un toque amarillento tiñe los ojos inyectados en sangre. Baja la mirada, dirigiéndola a los pies.

Era él quien antes daba las órdenes aquí, pero ya no. Las cosas cambian, y parece ser que las personas también. Para peor, en este caso. Hacía rato que Ryan venía cuesta abajo, pero, alrededor de un año atrás, perdió el control y comenzó una caída en espiral; a la comunidad no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que su sheriff era un borracho. Al principio se compadecieron de él, pero no duró mucho. Hubo una petición, una protesta y, por último, hace cinco meses, lo removieron de su puesto. Poco después, me eligieron para reemplazarlo.

Le indico que avance y Ryan obedece, levantando apenas los pies mientras se desplaza trabajosamente por el corredor. Los únicos sonidos que emite provienen de su respiración dificultosa y de los zapatos que arrastra por la superficie de resina.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —pregunta cuando llegamos al sector para los detenidos.

Es la misma cantinela de siempre, pero, por desgracia, la música se acabó.

—Casi treinta horas. —Destrabo la puerta de su celda; las bisagras chillan al abrirla. Ryan entra con paso cansino, frotándose la frente.

—Por Dios —suelta como respuesta mientras se deja caer sobre el colchón delgadísimo que cubre el catre metálico. Se inclina hacia adelante y apoya los codos contra las rodillas.

Separo más las piernas.

—Pronto van a trasladarte para iniciar el procesamiento.

Ryan hace una mueca con los labios, y sus cejas se unen.

—¿Qué quieres decir con «procesamiento»?

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

—Pensé que contaba con tu apoyo —dice, sacudiendo la cabeza hacia atrás y hacia adelante.

—No esta vez, Ryan.

—¿Por qué? —Sus ojos no hacen foco; recorren todo el lugar, como si comenzara a entender que esa celda de menos de seis metros cuadrados podría ser su hogar en un futuro próximo.

—Porque atropellaste a alguien con tu camioneta.

La mandíbula cuelga, laxa, y demora unos segundos en responder.

—No… no sé qué pasó.

—Yo sí. Estabas borracho como una cuba, carajo… Otra vez. Te subiste al vehículo y te llevaste por delante a una mujer que había salido bien temprano a correr —pronuncio con más dureza de la que había pretendido.

—¿Está bien? —La voz se le quiebra, lo que da muestras de su temor.

—No, Ryan. Está muerta.

Se queda sentado, inmóvil; su cabeza dibuja círculos rápidos, pequeños, mientras las palabras sobrevuelan en el aire. Necesito

que tome conciencia de la gravedad de sus acciones, que entienda que nada volverá a ser igual. Debería estar atormentado por la vergüenza, la culpa y la desesperación de haber matado a alguien, se acuerde de lo que hizo o no.

Finalmente, cuando las palabras logran llegar al cerebro, abre grandes los ojos.

—No, eso no… No puede ser cierto —tartamudea.

—Lo es —confirmo, y asiento con la cabeza.

Ryan hunde el rostro entre sus manos, y un llanto surge de lo profundo de su interior.

—Lo siento —solloza.

—Yo también.

Si no le hubiera otorgado a Ryan el beneficio de la duda y no lo hubiera dejado volver a casa con una advertencia cada vez que lo arrestaban por conducir en estado de ebriedad, una mujer inocente seguiría con vida. Soy tan culpable como él.

Clic, clac. Clic, clac.

Conozco ese sonido.

Clic, clac. Clic, clac.

Son tacones de mujer. Obviamente, hay una cantidad enorme de mujeres que usan tacones y producen ese golpeteo, pero este es un sonido diferente. Es lento y metódico. Esta mujer camina decidida. Se desplaza como si tuviera que llegar a algún sitio que no revestirá importancia hasta que ella esté ahí.

Me doy vuelta para ver la figura que aumenta de tamaño a medida que avanza por el corredor, escoltada por un agente. La mujer sostiene el mentón en alto. Como siempre. Su cabello largo y rubio culmina en unos rizos sutiles que se agitan con cada paso. La

ropa que lleva puesta fue hecha a la medida exacta de su cuerpo y no tiene ni una sola arruga a la vista.

Sarah Morgan.

—¿Llamaste a Sarah? —le pregunto, incrédulo.

Ryan me devuelve la mirada, pero no dice una palabra. Las lágrimas se detuvieron, y su autocompasión muta rápidamente hacia la desesperación.

Hace tiempo que no comparto un mismo espacio con Sarah Morgan. Me la encontré al pasar, pero no hablamos. Sé que fundó una entidad de beneficencia porque leí los artículos elogiosos que se publicaron en los periódicos, pero no confío en ella. Nunca confié, y por eso mantengo distancia. Ryan haría bien en imitarme.

—Agente Hudson. —La voz de Sarah me llega desde atrás. Giro y la veo de pie en la puerta, evaluándome de arriba abajo con sus ojos verdes.

—Sheriff —la corrijo.

Estoy seguro de que estaba al tanto; es simplemente uno de sus juegos de poder. Observa la placa prendida en mi pecho antes de mirarme a los ojos.

—Eso parece. Felicitaciones.

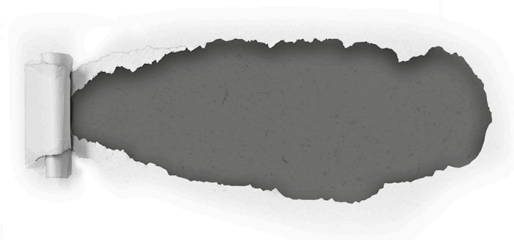
Me limito a asentir, porque hablar con Sarah es como hablar con la policía durante un interrogatorio: cuanto menos digas, mejor.

—Sin embargo, como sheriff —añade—, debería saber que hablar sin la presencia de un abogado implica una violación de los derechos constitucionales de cualquier detenido. —Sus labios maquillados de color escarlata forman una línea recta.

Mi pecho se tensa, y la piel por debajo del cuello del uniforme empieza a sudar. Una gota de transpiración se desliza por la espalda

y me causa un escalofrío.

—Claro. Me estaba yendo —respondo, dando un paso al costado y enfilando hacia la puerta.



5
BOB MILLER

—¿Qué posibilidades tengo de que me otorguen la custodia exclusiva de Summer? —Conozco la respuesta, pero, a veces, necesitas escucharla de otra persona, como mi abogado, Brad.

Nos conocimos cuando estudiábamos Abogacía y ambos hacíamos lo que fuera para progresar en la carrera. Quizás sea por eso que aún somos amigos; estamos encadenados el uno al otro por las atrocidades que cometimos.

Brad está sentado al otro lado de la mesa, en un café ubicado en el centro de Manassas. Muerde una tostada y deja al descubierto una dentadura demasiado blanca. Las migas se precipitan sobre sus piernas, y él enseguida las limpia con la mano y las arroja al suelo. Mi plato está casi intacto; estoy demasiado furioso como para comer. No puedo creer que Sarah haya tenido el tupé de exigir la custodia exclusiva, en especial con nuestra historia. Es una jugada emocional completamente impropia de alguien como ella.

Brad termina de masticar antes de hablar.

—Yo diría que ninguna —responde mientras se limpia los labios dando unos golpecitos con la servilleta—. A menos que demuestres que Sarah es un peligro para Summer. —Hace una pausa y arquea las cejas—. ¿Alguna vez fue violenta con ella?

La pregunta da vueltas en mi mente y despierta recuerdos antiguos… En realidad, uno, para ser preciso. Se reproduce ante mí, tan vívido como el día en que ocurrió, y creo que eso se debe a que fue un suceso que cambió el curso de toda mi vida.

Brad y el café se desvanecen y aparezco yo, de pie frente a la puerta de la oficina de Sarah Morgan, ya entrada la noche, hace más de diez años. Se habían ido todos, incluso Anne, lo que era extraño porque ella y Sarah parecían siamesas. Golpeé apenas con los nudillos para no parecer demasiado ansioso. Tenía un plan en mente, y el sobre de papel madera aferrado a mi mano lo pondría en movimiento.

—Adelante —dijo Sarah del otro lado.

No dudé en entrar, y mi presencia de inmediato desencadenó una expresión de desencanto. Lo que no era de sorprender, dado que no nos caíamos bien en lo más mínimo.

Su mirada se desplazó hacia los papeles desparramados sobre el escritorio, como dando a entender que no me concedería su atención absoluta.

—¿Qué necesitas, Bob?

—Tengo algo para ti —respondí, y crucé la habitación para colocar el sobre encima de sus expedientes; era mi forma de mostrarle que, en verdad, sí merecía su atención absoluta.

Detuvo lo que estaba haciendo y le echó un vistazo al sobre, recelosa. En ese tiempo, éramos enemigos acérrimos, ya que ambos intentábamos ascender la misma escalera corporativa.

E*lla me llevaba ventaja; la habían nombrado socia principal a comienzos de año. No se suponía que ninguno de los dos recibiéramos ese ascenso, ya que había otros dos abogados con más antigüedad, pero, misteriosamente, a uno lo despidieron por conducta indebida y el otro renunció sin previo aviso. Siempre creí que ella había tenido algo que ver con la pérdida de esos empleos. ¿Socia principal a los 33 años? ¡Ja! Eso solo era posible si eliminabas a tus competidores. Y Sarah era mi competidora, así que necesitaba deshacerme de ella.*

—¿De qué se trata? —preguntó, tratando de fingir desinterés.

—Ábrelo.

Dudó, pero le ganó la curiosidad, y las uñas largas y esmaltadas de rojo se deslizaron por debajo de las patas abiertas de la tachuela mariposa y las juntaron hacia arriba con delicadeza. Abrió la solapa, introdujo la mano en el sobre y extrajo un manojo de fotografías. Observé su rostro, lo estudié, esperé a que se modificara a medida que las iba pasando de a una. Un labio tembloroso. Una lágrima incipiente. Un entrecejo fruncido. Pero nada se modificó. Se mantuvo imperturbable; parecía que estuviera revisando un caso, y no las fotos íntimas de su esposo con otra mujer.

—¿Cómo las conseguiste? —preguntó, aún hojeando las fotos.

—Digamos que… sigo muy de cerca a la mujer con la que tu esposo tiene un amorío.

Eso atrajo su atención; buscó mi mirada y entrecerró apenas los ojos.

—¿Por qué?

—Porque asesinó a mi hermano.

Sarah alzó una ceja y me devolvió las fotos.

—Si eso es verdad, ¿por qué no está en la cárcel?

—Porque no todos pagan por los delitos que cometen. —Alcé la cabeza—. Como abogada, deberías saberlo muy bien.

Se recostó sobre el respaldo de la silla, apoyó los codos en los apoyabrazos y juntó las yemas de los dedos de las manos a la altura de los ojos. Se quedó callada un momento. No tenía idea de qué estaba pensando; su reacción no había sido en lo más mínimo la que yo había supuesto. Pensé que estaría desconsolada y violenta, dispuesta a arrasar con la faz de la Tierra. Pero no. Sarah, no.

—¿Para qué me cuentas esto? —quiso saber.

—Pensé que querrías saberlo… Lo siento mucho. —Tuve que esforzarme para decirle eso porque en verdad no lo sentía. Lo rematé con una mirada comprensiva, con la esperanza de que me creyera.

—No. Sé por qué crees que me estás contando esto, Bob.

—¿Cómo?

*—Creías que me volvería loca, que tomaría licencia, que me embarcaría en un divorcio complicado, que perdería la concentración. ¿Y entonces? T*ú darías *el zarpazo y te quedarías con mi puesto.*

—No, Sarah. No es así, en absoluto —mentí. Me tenía contra las cuerdas, siempre un paso adelante, demasiado astuta para su propio bien.

—Sí. Es así. Y es exactamente la razón por la que crees que compartiste esa información conmigo. —Sarah se inclinó hacia

adelante en su asiento, atrapándome con su mirada verde e intensa. No pude evitar mirarla también.

—Pero sé de verdad por qué lo hiciste. —La observé sin entender —. Tú deseas lo mismo que yo.

—¿Y qué es lo que crees que deseo?

—Venganza. —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba para formar la sonrisa más siniestra y dejarme instantáneamente a merced de su hechizo. Sabía que todo sería diferente entre nosotros después de eso. No podía ser de otra manera.

—¿Bob? —Brad agita una mano frente a mí; el pasado se desintegra y el entorno donde estoy reaparece—. ¿Alguna vez Sarah fue violenta con Summer?

—No. —Niego con la cabeza. Con Summer, no. No digo esa parte en voz alta porque, por ahora, eso queda entre Sarah y yo.

Bebo un sorbo de café a medio enfriar y picoteo la comida. Elijo un trozo de panceta fría.

—¿Alguna situación de negligencia? Como olvidarse de retirarla de la escuela, por ejemplo. ¿Algo así?

Exhalo un suspiro profundo con la intención de expulsar la culpa y el miedo que me consumen desde que me entregaron los papeles para el divorcio. Para ser franco, creí que Sarah me daría un tiro en la frente si alguna vez descubría mi infidelidad, y por eso me sorprendió tanto que su reacción no haya sido letal. Y a eso me aferro. Por eso creo que podemos volver a unirnos. Si no me amara, ya me habría matado.

—No. Sarah es una madre estupenda.

—En ese caso, ¿por qué quieres la custodia exclusiva, Bob?

—No quiero eso. Quiero juntar a mi familia otra vez.

Brad arruga el entrecejo.

—Me parece que eso ya quedó atrás. Nos reunimos tres veces con ella y con su abogada, y no cedió ni un poco. ¿Te diste cuenta de que la lista de exigencias se extiende en cada encuentro? Si no ponemos fin a esto, te va a dejar sin nada.

—Está enojada, nada más.

—No. Y su indiferencia me dice que no hay vuelta atrás. Cuanto antes lo aceptes, antes podrás dar vuelta la página.

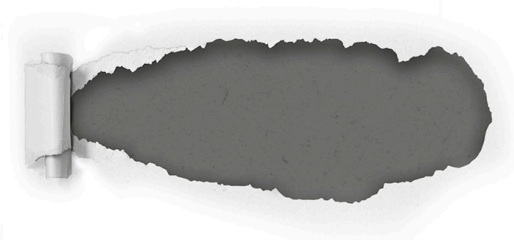
Lo miro fijo a los ojos.

—Sé cómo arreglarlo.

—¿Y si no puedes?

—Entonces seguiré luchando como si mi vida dependiera de eso.

Brad esboza una sonrisa. Cree que es una broma, pero no lo es. Debo luchar como si mi vida estuviera en juego. Con Sarah, sé que es así.



6
SARAH MORGAN

—Cuéntame en detalle lo que pasó —le pido, cruzando las piernas a la altura de los tobillos.

Ryan Stevens está sentado frente a mí en una mesa del salón privado para visitas, incapaz de establecer contacto visual.

—No me acuerdo de nada —reconoce con la vista baja, como si buscara en las piernas las respuestas que perdió en el fondo de una botella.

—No me sorprende. Tu nivel de alcohol en sangre era de 0,28 %. Tuviste suerte de no morir intoxicado.

—Ojalá hubiera sido así. —Alza los hombros.

—Que no te escuchen tus antiguos compañeros —le advierto, mirándolo fijo—. Ya no son tus amigos. Ellos son las autoridades; tú, un delincuente. Si oyen que amenazas con hacerte daño, quedarás bajo vigilancia por posible suicidio, y eso acabaría con cualquier posibilidad de pedir fianza.

—¿Esa posibilidad existe?

Hojeo el informe, tratando de deducir lo más que pueda.

—Todavía no tuve tiempo de estudiarlo en detalle, pero, por lo que pude recabar, sí. El asunto es que no será fácil.

—Lo imaginé —dice, apoyando los codos sobre la mesa y sosteniéndose la cabeza con las manos—. ¿Cuál es tu plan?

Cierro la carpeta y la guardo en mi bolso, tomándome un momento para pensar. Por varias razones, no debería ayudarlo. No es una buena imagen para la fundación, en especial si se tiene en cuenta que se trata del antiguo sheriff y de que, muy seguramente, se lo acusará de homicidio culposo agravado. Pero Stevens y yo tenemos una historia, un vínculo que nos une, aunque él todavía no haya tomado conciencia de eso. Así que, por desgracia, me conviene estar ahí para él.

—La comunidad te describirá como un borracho degenerado, con una vida tan caótica que se convirtió en un peligro para la sociedad. Yo intentaré describirte como lo contrario: como un sheriff legendario y heroico que se desvió apenas del camino, pero que merece una segunda oportunidad.

—¿Alguien se va a tragar eso? —suelta entre risas.

—Quizás sí. Quizás no. Pero dejarás que yo me ocupe de esa parte —afirmo con un movimiento de cabeza—. Si la autopsia de la víctima detecta aunque sea una anormalidad que sugiera que sufría un trastorno de cualquier tipo, podríamos atribuirle parte de la culpabilidad. No obstante, en cuanto intentemos echarle la culpa a la muerta, el jurado exigirá que se corrobore. Mi equipo buscará testigos, revisará las filmaciones de las cámaras de la zona, verificará las condiciones del camino en el momento del accidente y pasará el peine fino por el informe policial. Si, durante tu arresto, se

cometió algún error que ofrezca evidencias o, incluso, que pudiera declarar nula la causa, lo encontraremos.

—Parece ser que la única forma de zafar es con un golpe de suerte.

Inclino la cabeza hacia el costado y observo la imagen penosa que tengo frente a mí.

—Es una conclusión sensata.

—¿Qué hago ahora?

—Te quedas ahí sentado mientras yo trabajo. Con tus antecedentes policiales y teniendo en cuenta que es tu primer delito grave, las posibilidades de que te dejen salir con una fianza son altas. Así que voy a comenzar…

Mi teléfono vibra sobre la mesa de metal, en una danza lenta y circular. El nombre de Jess se ilumina en la pantalla.

—Es mi abogada. Tengo que responder —le explico, mientras recojo mis pertenencias y me pongo de pie. Me dirijo hacia la puerta y golpeo varias veces para indicarle al guardia que ya terminé.

—¿Tienes una abogada? ¿Para qué?

Vuelvo a mirarlo. Sus cejas se desplazan hasta unirse, en un gesto de perplejidad.

—Para mi divorcio.

Pulso «Aceptar» y presiono el teléfono contra la oreja.

—Sarah Morgan.

—Espera —insiste Ryan.

—Un segundo, Jess. —Pongo la llamada en pausa antes de responder a su mirada de preocupación.

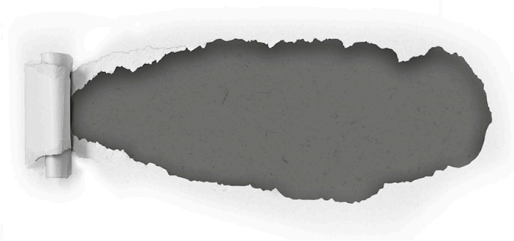
—Dilo sin vueltas. ¿Qué chances tengo de zafar? —Se mueve incómodo en la silla.

Ladeo la cabeza y entrecierro los ojos.

—¿Recuerdas el caso de mi primer esposo?

—Sí.

—Tus chances son menores que las de él.



7
BOB MILLER

Ya no siento que mi casa sea un hogar, y eso probablemente se debe a que no soy bienvenido aquí, incluso cuando llego con regalos, como el ramo de rosas que sostengo en la mano izquierda. La silla en la cabecera de la mesa de la cocina y el sillón reclinable de la sala de estar dejaron de resultar seductores. Niego con la cabeza, desalentado, cuando advierto que Sarah quitó todas las fotos en las que estaba yo para reemplazarlas por otras de Summer o de Summer y ella juntas. Mis pisadas producen un eco, como si se burlaran de mí por detrás, en mi camino hacia el ventanal que mira al lago. Antes, ese paisaje me provocaba paz, pero ahora no sé qué me produce. Hoy no hay viento y el agua parece un cristal, tan frágil que podría hacerse añicos si simplemente hundo un dedo. Las nubes están oscuras y cargadas; la tormenta, a punto de desmoronarse. Podría decir lo mismo de mí. Primero, mi matrimonio. Luego, estas nubes. Finalmente, yo.

Deberían llegar en cualquier momento, y estoy seguro de que a mi esposa no le gustará encontrarme aquí, pero a mi hija sí. Sarah y yo acordamos mantener las apariencias por Summer, al menos hasta que todo esté resuelto. Para Sarah, eso significa que nos divorciemos y tomemos cada uno su camino. Es lo que me dice a mí. En mi caso, significa luchar por nuestro matrimonio.

Un dolor punzante irradia de la palma de la mano. Reacciono con una mueca y veo que sujeté con demasiada fuerza los tallos cargados de espinas; paso el ramo a la otra mano. Una gota de sangre, roja y brillante, brota de la herida. Me la llevo a la boca y succiono hasta que deja de sangrar. Es el ramo de rosas número catorce que le traigo a Sarah. Siempre hace lo mismo con ellos, pero conservo la esperanza de que, un día, recorte las puntas y coloque las flores en agua.

La puerta de entrada se abre y Summer cruza la casa corriendo hacia el pasillo y de allí a su dormitorio, sin ni siquiera notar mi presencia. Segundos después, aparece mi esposa, que carga una bolsa de provisiones.

Me acerco enseguida, con la intención de tomar su bolsa, pero Sarah se niega, con un gesto brusco y aferrando las manijas con más fuerza.

—No necesito tu ayuda, Bob.

El estilo de confrontación que más le gusta a Sarah es el del ataque constante, pero el segundo lugar lo ocupa la obstinación, lo que me resulta muy irritante. Cree que aceptar mi ayuda es una forma de ceder y de calmar su enojo. Por eso no va a aceptar nada de mí: un regalo, una mano, un cumplido, una sugerencia. Nada.

«Mátala con gentilezas», me recuerdo a la vez que fuerzo una sonrisa, y le extiendo el ramo de flores.

—Son para ti.

Sarah pone los ojos en blanco y lo acepta de mal modo. Quizás este sea el día en que lo acomode en un florero. Apoya la bolsa de las compras y su bolso sobre la isla y da la vuelta. Pienso que se dirige al fregadero y que, por fin, acondicionará las flores y las reubicará en un recipiente con agua, pero no; se detiene frente al cesto de la basura y presiona la punta de su stiletto contra el pedal. La tapa se abre de golpe, y Sarah arroja el ramo con las flores hacia abajo y las aplasta como parte de la puesta en escena.

No puedo reprimir un suspiro de fastidio cuando quito los productos de la bolsa. Presumo que, en su mayoría, son para la cena familiar de esta noche: espaguetis con albóndigas, comida que sabe que detesto. Estoy seguro de que esa es precisamente la razón por la que eligió el menú. Sarah llena una cacerola con agua, la apoya sobre la hornalla y le echa un puñado de sal.

—¿Podemos hablar? —pregunto.

—No deberíamos hacerlo sin nuestros abogados presentes —responde, encendiendo el quemador.

—No me vengas con eso. Los dos somos abogados. Los otros están para evitar que nos matemos.

Gira la cabeza hacia mí, con una ceja levantada por mi elección de palabras. Más allá de eso, no reacciona. Toma una cuchilla de cocina enorme del soporte en la isla. Las lámparas esféricas que cuelgan sobre la superficie de apoyo iluminan la hoja y la hacen brillar.

Exhalo, liberando el aire de mi pecho inflado, y bajo los hombros para demostrar una actitud más calma. El papel de macho recio

nunca funcionó con Sarah. A lo sumo, la pone de peor humor, que es lo último que necesito si quiero solucionar esto.

Con una tabla para picar y la cuchilla en la mano, Sarah emite un «ejem», su manera pasivo-agresiva de quitarme del medio. Me hago a un lado para darle el espacio que está demandando.

—Quiero hablar, así de simple —repito, y me inclino sobre la isla, del lado opuesto a ella.

Coloca una cebolla sobre la tabla y apresta la cuchilla. La hoja la atraviesa sin problemas y golpea contra la madera.

—Ni siquiera dejas que te explique —agrego, con la intención de que me dirija la palabra.

Balanceando la cuchilla hacia atrás y hacia adelante, Sarah corta rápidamente la cebolla en cubos y me mira con una expresión tan tensa que da la impresión de que fuera de piedra. La cuchilla continúa machacando contra la tabla; el ruido crece a medida que Sarah imprime más fuerza en cada corte.

—Porque no hay nada que explicar. —Su voz carece de emoción, como si estuviera leyendo un documento legal y no discutiendo la ruptura de nuestro matrimonio.

—Claro que sí.

—¿Por ejemplo? —Ladea la cabeza—. Aparte de definirlo como un «accidente», ¿qué otra explicación tienes para haberte revolcado con una chica en un hotel?

Dejo escapar un suspiro profundo y me acerco a la isla para quedar justo frente a ella y mirarla a esos ojos endurecidos.

—Fue un error. El peor que cometí en mi vida, y te juro que no tuvo ninguna importancia. Tú eres la única que importa. Había sido una noche crucial para mí, y estaba borracho. No sé qué pasó.

Primero, estaba dando un discurso y después, bueno… No me acuerdo, y tampoco me acuerdo de ella.

—¿Se supone que tu falta de memoria me tiene que conformar? —La cebolla está casi convertida en puré como consecuencia de sus azotes incesantes, pero igual no se detiene. No me cabe duda de que imagina que soy yo el que está debajo de esa cuchilla. O quizás alguna parte delicada de mí.

—No, para nada. Simplemente digo que… no se volverá a repetir. Nunca más. —Me inclino hacia adelante, acortando el espacio entre nosotros, con la esperanza de que mi proximidad atraviese alguna zona pequeña de comprensión de la estatua insensible que está frente a mí.

—En eso tienes razón, Bob. No puedes engañar a una exesposa.

—Por favor, Sarah. —Extiendo la mano para tomar la suya, pero ella la retira con un movimiento brusco y la cuchilla abre un tajo en mi palma. La sangre mana del corte reciente y cierro el puño—. ¡Carajo! —me quejo.

—Perdón —responde, fría—. Fue un accidente. —La sinceridad está ausente en su voz, y una sonrisa imperceptible se forma en su rostro.

Apoya la cuchilla en la tabla y me ofrece un paño de cocina que toma de un cajón junto a ella.

—Que no quede nada de sangre.

Dudo un momento; mis ojos se fijan en ella. Se dice que no existen diferencias entre una mujer despechada y el diablo, y lo creo, porque ahora no sé a quién estoy mirando.

Acepto el paño de cocina y musito:

—Gracias.

—De nada. —Hay un poco de burla en su voz.

Sarah continúa preparando la cena como si nada hubiera sucedido, mientras que yo limpio las gotas de sangre sobre la isla y me envuelvo la mano con el paño de cocina. Quita una sartén de un armario, la apoya sobre otra hornalla y la enciende. Pulsa la tecla varias veces hasta que una llama aparece y se agita debajo de la sartén, lamiendo el metal. Necesito que siga hablando; quizás, si conversamos lo suficiente, hallemos la manera de reencontrarnos.

—No seas tan extrema, por favor. Cuando descubriste lo que… pasó, ni siquiera me lo echaste en cara. No me preguntaste nada. No me gritaste. No tuvimos ni una sola conversación. Sin decir nada, fuiste y pediste el divorcio. ¡Vamos! ¿Quién hace eso?

—Yo —responde, y agrega un chorro de aceite de oliva a la sartén, seguido por la cebolla triturada.

—Tenemos una hija. Sé que estás enojada conmigo, pero piensa en Summer.

Sarah inspecciona el gabinete con las especias y elige una variedad de aderezos.

—Es en ella exactamente en quien estoy pensando; la razón por la que pedí el divorcio en vez de optar por algún otro curso de acción.

Mi esposa tiene solo dos maneras de agredir: o lo hace con una actitud pasiva, o con otra altamente destructiva. Supongo que debería sentirme afortunado de que se haya inclinado por la primera, porque todo el tiempo me lo recuerda. El reflejo en el microondas que está encima del horno es una versión deformada de la mujer que conozco. Quizás siempre fue de ese modo, pero me cuesta creerlo.

—No voy a rendirme así como así —declaro, irguiendo los hombros y alzando el mentón para transmitir determinación.

Sarah espolvorea tomillo sobre las cebollas crujientes y luego se vuelve para mirarme. Inclina la cabeza en un gesto condescendiente.

—En algún momento, te rendirás.

—¡Mami! ¡Papi! —Summer arremete en la cocina con *shorts* y un traje de baño enterizo. Es menuda, con el cabello largo y rubio y ojos verde brillante, y cada día se parece más a su madre. Espero que solo sea en el aspecto físico que se parezca a Sarah.

La atención se concentra en nuestra hija de nueve años, el único vínculo que nos une a Sarah y a mí. Y, tal vez, la única razón por la que mi esposa me hizo un tajo en la mano en vez de desollarme.

—¿Puedo ir a nadar? Porfa, porfa, porfa —implora.

El agua hierve y se derrama sobre la hornalla caliente, lo que provoca un chisporroteo.

—Mierda —se queja Sarah. Rápidamente lo resuelve, bajando la llama y colocando una cuchara de madera sobre la olla para evitar que la espuma vuelva a rebasar.

—Esa palabra es grosera, mamá —se burla Summer—. Creí que no decías groserías.

—Lo sé, hijita. A veces, los adultos *accidentalmente* hacen lo que no deben. —Me clava la mirada al pasar—. Falta poco para la cena, y tu padre se lastimó. ¿Por qué no lo ayudas a tender la mesa?

Summer me mira compasiva cuando nota el paño con sangre alrededor de mi mano.

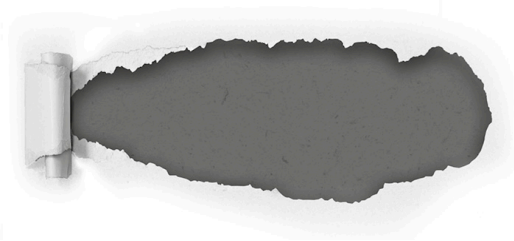
—Estás sangrando, papi. ¿Qué pasó?

—Me tropecé —miento; mis ojos alternan entre mi esposa y mi hija.

Sarah no me presta atención, ocupada con la cena, mientras que Summer intenta inspeccionar la herida. Desenvuelvo el paño para revelar el tajo sangriento que me atraviesa la palma, de unos cinco centímetros.

—Es un espanto, papi —concluye, entre curiosa y asqueada—. Necesitas un apósito. Unos cinco, mejor. Voy a buscar el botiquín. —Antes de siquiera terminar la oración, sale disparada hacia el pasillo.

—Al menos alguien en esta casa todavía me ama —digo, con la esperanza de que mi esposa admita que aún le importo. Pero Sarah coloca las albóndigas precocidas de a una en la sartén, como si yo no estuviera en la cocina.



8
SARAH MORGAN

Los platos golpean contra el metal cuando dejo caer la vajilla y los utensilios sucios. Bob se ofreció para ayudarme a limpiar, pero lo mandé afuera a cuidar a Summer. Ya no quería tenerlo dando vueltas alrededor; mi capacidad para la humillación tiene un límite. Echo un chorro de detergente y abro la canilla. La tormenta que acechaba está contenida por ahora. Sin embargo, por la ventana de la cocina, veo que el cielo ha adoptado el color del carbón y que el viento empieza a aumentar. No tardará en llegar; una tormenta tan grande rara vez pasa de largo.

Mientras espero que el fregadero se llene de agua, voy hasta la sala y pongo el noticiero. Es un ruido de fondo placentero que me mantiene informada. Supongo que el arresto de Ryan ya se filtró. Dada la gravedad del delito y que se trata del sheriff anterior, algún medio querrá adjudicarse la primicia. La muerte y el escándalo siempre venden y, en un pueblo de menos de 50.000 habitantes, el valor es aun mayor. Regreso al fregadero y comienzo a lavar a mano.

Tenemos un lavavajillas, pero no confío en que haga bien el trabajo. En la mayoría de los casos, es mejor encargarse una misma de la limpieza.

La puerta corrediza que da al porche trasero se abre y Summer entra corriendo, envuelta en una toalla enorme, y deja un rastro de pisadas húmedas antes de perderse de vista en el pasillo.

—¡Despacio, Summer! —grita Bob—. Y no te olvides de colgar el traje de baño en el barral de la ducha —dice, cerrando la puerta de vidrio una vez que entra.

—¡Sí, papá! —La voz lejana de Summer reverbera desde el otro extremo de la casa.

Miro a Bob; mi expresión pregunta: «¿No iba a nadar?». Sin necesidad de que le diga nada, me explica:

—Se levantó viento, y el agua del lago estaba más fría de lo que imaginábamos.

Mi atención regresa al fregadero, sin dejar de observar por la ventana que está encima. Un rayo hiende el cielo de punta a punta, seguido por un crujido de relámpagos segundos después. La lluvia estalla desde las nubes y martilla la tierra sin piedad. Ninguno de los dos reacciona a la tormenta de afuera, ya que una más feroz se está formando adentro.

—Hay que cambiar algunas maderas del porche trasero. —Bob introduce las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir y se balancea sobre los talones—. Es más, habría que cambiar *todas* las maderas del porche. No quiero que Summer se lastime; yo me encargo.

Claramente, está buscando una excusa para pasar más tiempo aquí.

—Ni siquiera tienes un taladro, Bob —me burlo.

—Quise decir que voy a contratar a alguien para que haga el trabajo.

—No te hagas problema. —Soplo para quitarme un mechón de cabello del rostro—. Yo me ocupo.

Aprieta los labios con fuerza y da un paso hacia la cocina.

—¿Puedo ayudar en algo? —Sacudo la cabeza y froto exageradamente una sartén cubierta de aceite—. ¿Y si sirvo una copa de vino? —pregunta.

Me gustaría beber una copa de vino, pero no una servida por él. No quiero nada de él, excepto su firma en los papeles del divorcio.

—No, gracias.

Bob lanza un suspiro de cansancio y da vueltas entre la sala y el comedor. Siento sus ojos, que me imploran que lo mire. Prácticamente marcan un hoyo en mi piel, pero no alzo la vista. Me limito a seguir frotando los cacharros.

Finalmente, se da por vencido; sus pisadas resuenan contra el piso y se escuchan apenas un poco más bajo cuando llegan al tapete de la sala. Mis ojos se posan unos segundos en él cuando se desploma en el sofá. Vista de atrás, la cabeza obstruye una parte de la pantalla de la televisión, y pienso que quizás se sentó ahí solo para molestarme, pero no digo nada. Hay que elegir las batallas, y él y yo ya estamos en guerra.

Aparece una bonita presentadora de noticias con un gráfico a la altura del hombro derecho, pero no puedo verlo en su totalidad por la cabezota de Bob. Enjuago la sartén, la acomodo en la rejilla para que se escurra y tomo otro plato sucio del fregadero.

—Noticias de último momento del condado de Prince William — anuncia la presentadora—. *El antiguo sheriff Ryan Stevens fue arrestado por asesinar a alguien con su vehículo cuando conducía supuestamente alcoholizado. Pero eso no es lo peor. Gretchen Waters, de Canal 5, se encuentra en la puerta de la comisaría con las últimas novedades.*

Tal como esperaba. La noticia finalmente salió a la luz, aunque supongo que el sheriff Hudson la mantuvo en secreto todo lo que pudo.

La pantalla da paso a una joven con cabello castaño y brilloso y labios bien definidos, que está de pie frente a la comisaría del condado de Prince William. Apoya un dedo contra la oreja a la espera de una señal para comenzar. Es evidente que hay un breve desfase. Cuando le dan el pie, baja la mano, ubica el micrófono a unos centímetros de la boca y adopta una expresión seria y profesional.

—Estoy fuera de la comisaría del condado de Prince William, donde Ryan Stevens, quien estuvo al mando durante mucho tiempo, está detenido desde el martes temprano por la mañana por atropellar a una persona con su vehículo cuando conducía supuestamente en estado de ebriedad. De acuerdo con el informe policial, Stevens estaba absolutamente alcoholizado cuando violó un semáforo en rojo y atropelló y mató a una vecina de 44 años, Jackie Clarke, quien había salido a correr. Enviamos nuestras más profundas condolencias a los amigos y familiares de la víctima.

Vuelvo a concentrarme en el fregadero y continúo lavando el plato; mi mano mueve la esponja húmeda en círculos lentos y jabonosos.

—Hace alrededor de una hora, recibimos una llamada anónima relacionada con el arresto de Ryan Stevens —prosigue la periodista *—. De acuerdo con nuestra fuente, se ingresó el perfil de ADN de Stevens en la base de datos nacional para determinar si era coincidente con las pruebas recabadas en un accidente ocurrido el verano pasado, en el que un conductor atropelló a una persona y huyó. Ese accidente se llevó la vida de Tim Redding, de 57* años. *Sin embargo, no se halló ninguna vinculación, y el caso sigue abierto. Sin embargo, en un giro inesperado de los acontecimientos, el perfil de ADN de Stevens sí arrojó coincidencias con las pruebas de un doble homicidio que tuvo lugar hace más de diez años.*

El plato se resbala de mi mano y rebota contra una olla que se está remojando.

—Sube el volumen —le pido. Bob obedece enseguida.

—Hace doce años, el asesinato de Kelly Summers y del bebé que esperaba conmovieron a esta comunidad pequeña, tanto por su brutalidad como por la atención que la prensa le dedicó al juicio.

Abro los ojos mientras me seco las manos con un paño de cocina y me acerco lentamente a la televisión… donde el pasado asoma su cabeza horrible. Esto era lo que temía. En este momento, podría matar a Stevens. Debería haberlo hecho hace años. Siempre fue un cabo suelto difícil de sujetar.

—El antiguo sheriff Ryan Stevens condujo y supervisó la investigación por el homicidio de Summers, y rápidamente responsabilizó al escritor Adam Morgan, amante de la víctima. El cadáver fue hallado en su casa, y había sido el último en verla con vida —continúa la periodista—. *La defensa cobró fama cuando se hizo cargo su esposa, Sarah Morgan, una abogada de alto perfil en*

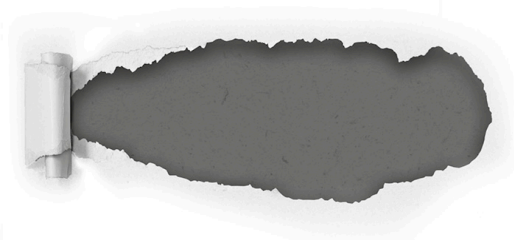
Washington D.C. No obstante, Adam Morgan fue hallado culpable y sentenciado a muerte. El caso recibió mayor publicidad después del lanzamiento de un documental que detalla los acontecimientos que rodearon el asesinato de Kelly Summers y el juicio posterior.

»Hace poco más de un año, Adam Morgan fue ejecutado con una inyección letal. El descubrimiento de que el perfil de ADN de Ryan Stevens coincide con las pruebas recogidas del cuerpo de la víctima cuestiona la validez del caso contra Morgan. En este momento, la pregunta es: ¿se mandó a la muerte al hombre equivocado? Continuaremos con esta historia cuando haya más noticias. Soy Gretchen Waters, del noticiero de Canal 5.

Bob se da vuelta lentamente, con la boca abierta y la piel pálida. Mis manos empiezan a temblar. Otro problema es lo último que necesito ahora. Respiro hondo dos veces, para tranquilizarme y poder pensar.

—Sarah. —Le tiembla la voz—. ¿Deberíamos hablar de esto? —Suena a la vez como una pregunta y una afirmación.

—No —respondo. Ya sé que no puedo confiar en él.



9
SHERIFF HUDSON

—¡¿Quién carajo filtró esto a los medios?! —vocifero a una habitación repleta de mis subordinados. Aferrados a mi mano están los resultados del análisis de ADN que vincula a Stevens con el caso Summers, el mismo análisis sobre el que el noticiero de Canal 5 informó anoche. Los papeles se agitan unos contra otros mientras los sostengo en alto y los sacudo. No se oye ni un susurro en el salón, excepto por los teléfonos que suenan sin parar. Nadie atiende esas llamadas, porque todos están inmóviles en su lugar, temerosos de hacer el primer movimiento y atraer una atención que no desean. Los ojos zigzaguean de un lado a otro, pero nunca se detienen en mí; hasta la ayudante Olson permanece de pie a un costado, mirándose las botas y con las manos asidas. Ella es la que logra que yo no pierda la calma, pero, en este momento, me está dando el espacio para desahogarme. Olson también sabe que estamos metidos en la mierda, pero no sabe hasta qué punto, porque ella no estaba aquí cuando sucedió.

Siempre intuí que algo no encajaba en el caso de Kelly Summers. Nada parecía tener sentido y, si bien había formulado mis teorías, esta no era una de ellas. En aquel entonces, intenté indagar, pero no llegué lejos. Estaba demasiado verde, demasiado abajo en el tótem. Y Stevens me mantenía a distancia, con la excusa de un conflicto de intereses potencial, dada mi amistad con Scott, el exesposo de Kelly, que trabajaba con nosotros en esa época. Ahora sé que no era más que una tomadura de pelo.

—¡Va a ser mejor que alguien hable! —bramo, y el corazón me golpea contra el pecho. Siento que se contrae con cada segundo que pasa. Cuanto más se aceleran los pensamientos, más se tensa. Noto que estoy perdiendo el control de la comisaría y hasta de mí mismo.

—Somos un equipo —continúo con voz firme y áspera—. Un frente unificado. Planificamos qué información compartimos y cómo lo hacemos. Lo que no podemos permitirnos es filtrarla fuera de este lugar. ¿Por qué?

Me dirijo a la ventana y me vuelvo para mirar a la cara a todo el plantel de ese turno antes de jalar de la cuerda y abrir las persianas. Seis camionetas de canales de noticias están estacionadas afuera, y no me cabe duda de que hay más en camino. Las cámaras están en posición y los periodistas armados con micrófonos esperan, listos para actuar. Estamos en el centro de un circo mediático, no en la acera opuesta, gracias a un infeliz que decidió tomar el asunto en sus manos.

—¡Por esto!

Varios agentes se sobresaltan al oír el golpe de mis nudillos contra el vidrio. Es cierto que los ciudadanos tienen derecho a saber esta clase de información, pero esa es la razón por la que existen los

procedimientos. La noticia debería haberse dado a conocer a través de una conferencia de prensa, y no de un segmento en un programa de televisión.

Suelto la cuerda, y las persianas caen y chocan contra la base de la ventana.

—¿Quién filtró la información? ¡¿Quién?! ¡Quiero saberlo ahora mismo, carajo! —Camino de un lado a otro frente a mi equipo, a la espera de que uno dé un paso al frente.

—Sheriff. —Una voz tímida me llama desde algún punto al fondo de la habitación. Es uno de los últimos que ingresaron, un agente flacucho y confiable. Se pone de pie lentamente y tartamudea un poco.

—Hable, agente Lane. No tengo tiempo para esto.

Lane se aclara la garganta y observa precavido a los demás compañeros en la habitación. Es obvio por la expresión en su rostro de que se arrepintió de haber hablado.

—Recibimos los resultados de la base de datos después de que la noticia salió al aire, por lo que la filtración tuvo que salir del laboratorio.

El teniente Nagel se adelanta con el mentón en alto. Por su altura, sobresale entre el resto; tiene una mandíbula firme, y su ética de trabajo es más firme aún.

—Lane tiene razón, sheriff. Los resultados se entregaron después de que anunciaron la noticia.

Entrecierro los ojos y tuerzo la boca hacia un lado y hacia el otro, mientras miro de reojo el informe del laboratorio atrapado en mi mano. El sello de entrega dice «21:42», y el segmento de noticias salió al aire unos pocos minutos después de las nueve. Tienen razón.

La filtración tiene que haberse producido en el laboratorio, no aquí. Es posible que alguien haya pensado que íbamos a cubrir el asunto para proteger a uno de los nuestros y haya decidido tomar el toro por las astas. Podría designar a un agente para que halle a la persona responsable, pero, desde el punto de vista de la imagen, iniciar una cacería de brujas no haría quedar bien a nuestra comisaría, que con esta situación ya se encuentra en un mal lugar.

Aprieto los labios y hago un gesto afirmativo con la cabeza al agente Lane y al teniente Nagel. El agente vuelve a sentarse, y el teniente retrocede hasta quedar en línea con el grupo.

Respiro hondo y mantengo el aire unos segundos antes de exhalar. Parte de la tensión en mis hombros se disipa, lo suficiente para dejar de utilizar a mi equipo como bolsa de boxeo. Ellos no provocaron este desastre gigantesco. La mayoría ni siquiera tenía edad para conducir cuando Kelly Summers fue asesinada. Mierda, pasaron más de doce años.

—Bien —retomo, ahora con voz más calma—. Debemos adelantarnos y reabrir la investigación del caso Summers en su totalidad, así que voy a necesitar todas las manos en la tarea. Si no trabajaban aquí cuando ocurrió, apúrense para ponerse al día. Si estaban aquí, refresquen la memoria. Quiero que revisen el caso entero, y quiero decir *entero*. Las declaraciones de los testigos, los apuntes del juicio, los testimonios, los informes policiales, hasta la prueba más insignificante. ¿Entendido?

—Sí, sheriff —afirma la habitación al unísono.

Me quedo de pie por un momento, clavándole la mirada a cada uno para asegurarme de que la seriedad de mis palabras decanta.

—Bien. Ahora, a trabajar.

Mi equipo no pierde el tiempo, porque no hay tiempo que perder, y se desparrama de inmediato en todas direcciones. Me dirijo a mi oficina y, una vez dentro, cierro la puerta de un golpe.

—¿Qué mierda hiciste, Ryan? —le pregunto a la habitación vacía, sacudiendo la cabeza para dejar en claro mi enojo. Si estuviera presente, igual me respondería cualquier tontería.

Arrojo el informe del laboratorio sobre el escritorio y me desplomo en la silla, con la vista fija en las fisuras del cielorraso, preguntándome cómo pudo pasar esto. Es cierto que Stevens se hundió hasta el cuello, en un espiral descendente, en el último año más o menos. ¿Pero alguna vez fue bueno? No puedo entender cómo tuvo un amorío con la esposa de Summers. No le haces eso a un compañero de la fuerza. ¿Y qué pensará Scott? ¿Habrá escuchado la noticia de que su exjefe lo engañó y que quizás estuvo involucrado en la muerte de su esposa? Es más, ¿seguirá vivo? Abandonó la policía y se mudó de la ciudad poco tiempo después de que terminara el juicio. Nunca más volví a saber de él.

Camino hacia uno de los archiveros apoyados contra la pared y jalo un estante metálico; reviso las carpetas con el pulgar hasta que doy con la que busco. Repaso con el dedo el apellido y el nombre impresos en la pestaña del expediente. Pobre Kelly. Pensaba que quizás lo habíamos resuelto, que habíamos hecho justicia por ella, pero, a decir verdad, la investigación nunca me satisfizo del todo. Fue demasiado fácil. Y luego se desarrolló ese juicio tan desprolijo. No sé demasiado sobre el trabajo en los tribunales, pero que Sarah Morgan representara a su esposo en un caso de homicidio constituía claramente un conflicto de intereses, y la comunidad jamás lo cuestionó. Tal vez haya sido porque las pruebas contra Adam se

acumulaban y el caso parecía indiscutible, o tal vez haya sido Stevens el que manipuló todo. ¿Quién sabe? Además, fue uno de los juicios más rápidos que presencié. La mayoría de los casos de homicidio llevan años en armarse antes de que siquiera se inicien los procedimientos legales, pero no se dio así en el caso de Summers.

Vuelvo a sentarme al escritorio y despliego la carpeta en frente de mí. No es el expediente completo, sino los detalles principales. Revisar otra vez este caso en su totalidad —palabra por palabra, cada elemento de prueba, cada transcripción, cada testimonio e informe policial— es, como mínimo, abrumador. Para colmo, entrevistar nuevamente a los testigos y a los sospechosos será casi imposible por el tiempo que transcurrió desde el asesinato. Será muchísimo trabajo tedioso para esta oficina, y lo más probable es que sea en vano.

Levanto la cabeza y observo la media docena de archiveros a lo largo de la pared. Hay decenas más en la sala de archivos. Una vez que la noticia se infle en los medios y los abogados huelan sangre en el agua, cada investigación que tenga la firma de Ryan Stevens, cientos y cientos de ellas, podría someterse a una apelación, dependiendo de qué otras estupideces haya cometido en sus funciones como sheriff.

Dos golpes a la puerta me salvan de mis pensamientos ominosos.

—Adelante —digo.

La puerta se abre apenas y Marcy, mi secretaria, asoma la cabeza.

—Sheriff, los periodistas que están en la recepción piden que salga a hacer alguna declaración. Ya les dije que está ocupado, pero no sé cuánto más podré retenerlos.

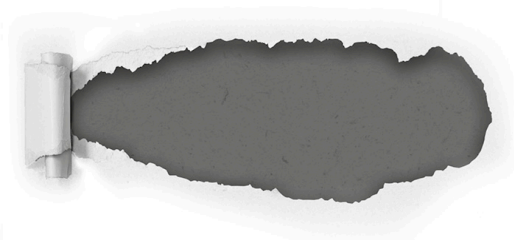
Dejo escapar un suspiro profundo.

—Está bien, Marcy. Hablaré con ellos.

Marcy me ofrece una sonrisa comprensiva. Me pongo de pie y salgo con ella de la oficina; atravieso el salón y el corredor largo que lleva al sector delantero de la comisaría. Mis manos se cierran en puños apretados, tan tensas que siento que los nudillos podrían perforar la piel y dejar al descubierto una montaña con picos nevados. Me detengo en seco. Es imposible hacer una declaración ahora; no sin hacer una cosa antes. Sacudo las manos y me alejo de Marcy.

—Sheriff, la prensa lo espera en la parte delantera. ¿A dónde va? —pregunta Marcy cuando advierte que cambio de rumbo.

—A hablar con Stevens —respondo, y espero no hacer nada más que escucharlo.



10
BOB MILLER

—¡Mierda! —exclama Brad.

Me siento en una silla de cara a su escritorio sobredimensionado. Sé que compró esta cosa para parecer más grandote, pero el efecto es el contrario; su aspecto es minúsculo sentado allí. No reparó en gastos para decorar su oficina. La iluminación es tenue, lo que provoca un brillo más bien cálido. Los diplomas cuelgan imponentes detrás de él, enmarcados en dorado: un título general de la Universidad de Wisconsin-Madison y otro de la Facultad de Abogacía de la Universidad de Chicago. Tiene un carro de bebidas con forma de globo terráqueo al alcance de la mano. Está abierto, lo que deja ver una enorme variedad de whisky escocés caro y un juego de vasos de cristal. Toda una pared, del suelo al cielorraso, está cubierta de estantes con libros, los lomos forrados en cuero y el centelleo de las letras en papel dorado; todos los textos legales que se podrían necesitar alguna vez.

Brad levanta la vista de la pantalla de su teléfono.

—Esto va a ser complejo y podría terminar en un arreglo descomunal. ¿Por eso me lo estás contando? ¿Quieres demorar el divorcio para sacar tajada de una potencial condena a muerte equivocada?

Lo miro sorprendido y me inclino hacia adelante en la silla.

—No, Brad. Sabes que lo último que quiero es divorciarme; no se trata de dinero. Sin embargo, esto... —Hago un gesto para señalar el artículo periodístico que tiene en su teléfono y que detalla la conexión de Ryan Stevens con el caso de Kelly Summers—. Esto es un problema.

Nota el vendaje que me envuelve la mano y lo observa con sospecha.

—¿Qué te pasó?

—Un accidente. Me corté —miento, y dejo que el brazo cuelgue a un costado. Aún no sé por qué miento o por qué sigo protegiendo a Sarah. A ver, una vez que se supo la noticia, prácticamente me echó. Parecía asustada; no, aterrada. Su mente se activó más de lo normal, como el engranaje de una máquina que se fuerza al límite. Intenté decirle que seríamos más fuertes si formábamos un equipo, pero Sarah no quiso escucharme. Me dijo que necesitaba tiempo para pensar y me pidió que me fuera, y eso hice.

—Bien… —responde Brad—. Pero ¿por qué el caso de Kelly Summers es un problema?

Pestañeo varias veces mientras intento decidir cuánto puedo revelarle. No estoy seguro de cómo actuar, porque desconozco lo que Sarah hará o si hará algo. ¿Entrará en razones y seremos un frente unificado, como siempre dijimos que haríamos? ¿O irá cada uno por su lado? Juntos, seríamos imbatibles. Separados, no lo sé.

—Es que… el momento es un problema. Sarah y yo en proceso de divorcio y, luego, la filtración. Además, en un punto, yo fui uno de los sospechosos.

—Pero quedaste claramente absuelto —me recuerda.

—Sí, en esa investigación, dirigida por un sheriff que se acostaba con la víctima. Kelly y yo también teníamos una historia, y sé que eso saldrá otra vez a la luz.

—¿Qué quieres decir con «teníamos una historia»? —Brad sacude la cabeza, confundido por esta información novedosa.

Brad no tiene idea de esa época de mi vida. Vivía en otro estado cuando ocurrió todo, y no estábamos en contacto. Cuando se mudó a Washington D.C. hace unos cinco años, volvimos a encontrarnos, pero jamás le mencioné nada de esto. ¿Por qué iba a hacerlo? Era parte del pasado, y se suponía que ahí quedaría.

—Su nombre real no era Kelly Summers. —Hago una pausa porque sé el impacto que tendrá lo que diga, una vez que abandone mi boca—. Se llamaba Jenna Way.

Abre grandes los ojos.

—¡Déjate de estupideces, carajo!

—Estoy hablando en serio.

—¿Jenna Way? ¿La basura que asesinó a tu hermano? —Brad niega con la cabeza y se reclina en el asiento—. Si eso no es karma…

Asiento, aunque sé que el karma no tuvo nada que ver con su partida. No siempre es el universo el que se asegura de que todo vuelva.

—Tu historia con Kelly, o con Jenna, es por completo circunstancial. No alcanza para culparte de nada. Sobre todo si no

hay otras pruebas que te relacionen con el asesinato.

—Lo sé. Estaba en Wisconsin, a casi 1.500 kilómetros, cuando la mataron. Sería muy difícil que encuentren algún vínculo; no puedo estar en dos sitios al mismo tiempo.

Brad alza una ceja y se golpea el mentón con el índice.

—Salvo que hayas contratado a alguien para asesinarla.

Mi mirada se tensa, y me levanto del asiento.

—¿Trabajas para mí o intentas armarme una causa, Brad?

Se inclina hacia adelante y apoya los codos sobre el escritorio, mientras yo recorro de un lado al otro su exuberante alfombra persa.

—Intento trabajar contigo, Bob. Fuiste tú quien me pidió que lo representara en un divorcio, pero nunca estuviste dispuesto a cooperar. No me dejas hacer mi trabajo, y ahora apareces con un caso que no tiene nada que ver con la separación. Así que, dime, ¿qué es lo que realmente quieres? —La actitud cordial de Brad desaparece para dar paso a la personalidad abrasiva y pragmática por la que es famoso.

Exhalo un suspiro profundo sin dejar de moverme ni de rumiar el asunto. No sé qué hacer. El deseo en mi corazón indica que luche por Sarah. Que la reconquiste. Pero mis entrañas dicen que la mierda está llegando al ventilador y que, si no pienso con claridad, me va a salpicar. Sé que perdí el foco. Que tengo una mirada incompleta. Sarah y yo estuvimos juntos por más de diez años, y eso no es algo que vaya a abandonar así como así, salvo que sea la única posibilidad. La observo y, por eso, sé que no trama nada perverso, al menos por ahora. Bueno, salvo abrirme un tajo en la mano. Contemplo el vendaje blanco y froto la suavidad del algodón

con el pulgar. Fue más bien una caricia, porque soy consciente de lo que Sarah es capaz de hacer con una cuchilla.

—Bob —insiste Brad de mal humor, para dejar en claro que su paciencia se agota—. ¿Qué es lo que quieres?

—No lo sé. Necesito un poco más de tiempo para decidir.

—Bien, pero también debes definir lo que pretendes en el divorcio. —Le clavo la mirada—. A menos que logres convencer a Sarah de que vuelva contigo —agrega—. Y, en la última reunión, pidió la custodia exclusiva de Summer. No hay duda de que habrá una batalla por eso; necesitarás municiones para asegurarte de que no gane.

—No hablaba en serio —respondo.

—A mí me pareció que sí. ¿Sarah es de decir una cosa por otra?

Vuelvo a fijar los ojos en Brad mientras reflexiono y pienso en mi adorada esposa; por el cabello rubio, los ojos verdes, las mejillas esculpidas y el cuerpo menudo, podría confundirse con un ángel. Si no se la conoce bien.

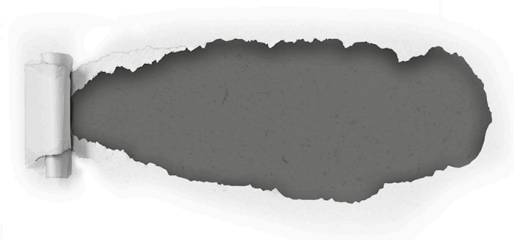
—No, no es de decir una cosa por otra —aseguro, y niego con la cabeza.

—Entonces, necesitarás municiones.

—Ya las tengo.

Me sonríe, complacido con la información.

Supe desde el principio que con Sarah necesitaba algún seguro, algo que me garantizara que jamás hiciera conmigo lo que le hizo a su primer esposo, Adam. En estos momentos, estoy feliz de contar con ese seguro, aunque aún tengo la esperanza de no usarlo. Si lo hago, no habrá vuelta atrás.



11
SHERIFF HUDSON

Debo mirar a Stevens a los ojos cuando lo interrogo sobre Kelly. Sabré de inmediato si estuvo involucrado en su asesinato porque nunca fue bueno para mentir. También tengo que asegurarme de que no haya ocultado nada más sobre esa investigación, o sobre cualquier investigación que haya dirigido. Lo último que necesito ahora son más putas sorpresas.

Agito mi identificación frente al lector e ingreso a la zona donde están los detenidos. Está tranquilo aquí; no hay nadie, excepto el agente Clark, sentado detrás del escritorio de control.

—Buen día, sheriff. —Clark es un hombre corpulento y tiene un problema en la pierna; esa es la razón por la que hace tareas de escritorio.

—¿Cómo está Stevens?

Mira su reloj de pulsera.

—Hace veinte minutos, estaba dormido, así que supongo que está bien.

—Quiero verlo.

—Claro. —Clark reacciona y se pone lentamente de pie. Se quita el juego de llaves del cinturón, se adelanta unos pasos sin apuro y abre la puerta de acero que conduce al sector trasero, donde están las celdas.

Extiendo la mano al agente penitenciario, con la palma hacia arriba.

—De aquí en más, me ocupo yo. —Asiente y me entrega las llaves —. ¿Stevens sabe algo de la filtración en los medios?

El agente Clark niega con la cabeza.

—No lo creo. No recibió visitas ni hizo llamadas telefónicas desde que la noticia se difundió.

—Bien —respondo; sé que es mejor atraparlo con la guardia baja para no darle la posibilidad de que comience a fabular.

Mis borceguíes chocan contra el piso de concreto, y el eco se expande por las paredes del corredor. Por su seguridad, Ryan está detenido en una celda privada, separado del resto de los reclusos, ya que los delincuentes no suelen ser amables con los policías o los expolicías. En parte, después de lo que hizo, tengo ganas de encerrarlo junto a los demás, pero eso se parece más a algo que él haría como sheriff.

Llego a la última puerta de seguridad del área privada de detención; las celdas son dos, una al lado de la otra. Rara vez se utilizan, ya que la mayoría de los detenidos no requiere seguridad adicional. Escaneo mi identificación. El lector emite un pitido, y la puerta zumba. Tomo el picaporte y tiro para abrirla.

—Stevens, tú de veras… —comienzo a decir, pero me detengo abruptamente cuando mis ojos se fijan en él. Los abro incrédulo, y el

estómago se me desploma como si estuviera en una montaña rusa, cayendo desde la primera cresta.

—¡Un médico! ¡Llamen a un médico! —grito con toda la fuerza de mis pulmones mientras corro hacia la celda de Stevens. Me arde la garganta por presionar al límite las cuerdas vocales, los músculos del cuello tirantes, al punto de querer desgarrar la carne que los sostiene. Las llaves se me resbalan de la mano y se precipitan al suelo con un ruido metálico y sonoro. Las recojo enseguida y manoteo torpemente para hallar la correcta—. ¡Stevens! —grito.

Pruebo con distintas llaves, pero no obtengo resultados.

Al darme cuenta de que nadie puede oírme a través de las robustas puertas de acero, presiono la tecla para llamar desde mi radio.

—¡Necesito paramédicos en la celda privada! ¡Ya! —grito mientras pruebo con otra llave.

La cerradura produce un clic y empujo la puerta para correr hacia Ryan. El metal pesado retumba contra la pared como si fuera un gong de gran grosor. Su cuerpo está laxo, echado hacia adelante, sin vida. Un cinturón forma un lazo alrededor del cuello; el otro extremo está atado al catre más alto. Tiene los ojos bien abiertos; la parte blanca dio paso al rojo cuando los vasos sanguíneos estallaron por la presión y la falta de oxígeno. Espero que no sea demasiado tarde.

—Resiste, viejo —imploro, luchando por aliviar la tensión del cuero. Hago lo posible por sostener a Ryan con una mano y deshacer el nudo con la otra. Las lágrimas se acumulan y me nublan la visión, lo que me dificulta ver lo que estoy haciendo. Clavo las uñas en los intersticios del cinturón, doblándolas y astillándolas en el proceso.

Por fin logro hundir los dedos y aflojar de un tirón el lazo improvisado. La hebilla resuena al golpear contra el piso, y el torso y la cabeza de Ryan caen hacia adelante. El peso muerto me toma desprevenido, y me desplomo con él. Lo recuesto boca arriba y le quito el cinturón del cuello; las marcas que dejó en la piel son negras y azules, con manchones rojos por la explosión de los vasos. Tiene un rastro pequeño de sangre en el cuello, donde el cuero se incrustó en la carne. Le busco el pulso, pero no siento nada. Ubico la mano a un par de centímetros de la nariz, con la esperanza de que expida aire caliente, pero no lo hace.

—No te vas a ir así, Ryan —le digo, doblándole la cabeza un poco hacia atrás y elevándole el mentón para abrir las vías respiratorias. Apoyo las manos sobre la parte baja del esternón, una sobre la otra, y presiono con fuerza, a un ritmo de ciento diez compresiones por minuto. A la distancia, escucho pisadas de botas, o al menos espero que sea eso.

—¡Vamos, viejo! —imploro, hincándome más rápido y con más potencia. Algo cruje dentro de su pecho, pero no me detengo porque sé que es frecuente que las costillas se quiebren durante la RCP. Es como si Dios sacara a relucir su pacto original con Adán y quitara una costilla para volver a crear vida. Hago pausas solo para darle aire y luego retomo las compresiones.

—¡Ay, mierda! —comenta una voz en pánico. Elevo un segundo la vista y veo al agente Clark de pie en la puerta. La sangre en su rostro desapareció; parece un ciervo cegado por las luces de un auto.

—¡Dijiste que estaba bien! —le grito, salpicando saliva por la habitación como si fuera una niebla profusa.

—Sí. Estaba dormido.

—¡¿Quién carajos le dejó el cinturón?!

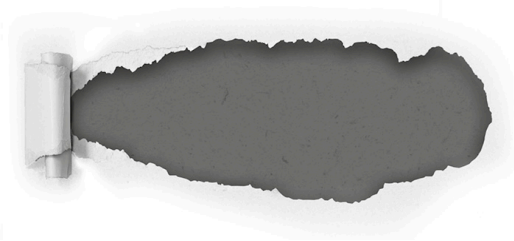
—No… sé —tartamudea Clark.

Dos paramédicos quitan del medio al agente con un empujón y se arrodillan junto a mí. Comienzan a disparar preguntas. ¿Cuánto hace que está inconsciente? ¿Cuándo comencé a reanimarlo? ¿Respiraba cuando lo encontré? Respondo lo mejor que puedo, pero no estoy seguro de que lo que digo sea correcto. Ni siquiera escucho que las palabras salgan de mi boca. Un paramédico sujeta una máscara de oxígeno sobre la boca y la nariz de Ryan, mientras que el otro continúa con las compresiones. Me hundo hasta quedar sentado y retrocedo; la espalda golpea contra los barrotes de la celda.

Dirijo la mirada hacia el agente Clark, de pie cerca de la puerta de seguridad. Su intención es hacerse lo más pequeño posible. El sudor se le acumula en el nacimiento, cada vez más alejado, del cabello, y los ojos se desplazan en todas direcciones. Comete el error de posarlos un instante en mí.

Levanto la mano y lo señalo con un dedo.

—Más te vale que sobreviva.



12
SARAH MORGAN

Una imagen desagradable pero previsible me recibe al llegar con mi Range Rover al estacionamiento de las oficinas de la Fundación Morgan. Media docena de periodistas esperan apoyados sobre sus móviles. Los camarógrafos están preparados, ansiosos por conseguir la primicia. Es probable que sean los mismos que vigilaban en un extremo de la entrada para autos de mi casa esta mañana, cuando salí para hacer algunas diligencias y dejar a Summer en la escuela. Estoy segura de que, en cuanto me perdieron de vista, recogieron su equipo y corrieron para interceptarme aquí.

Estaciono en el lugar reservado para mí, que por suerte está indicado con un número y no con mi nombre. Eso me da un momento para prepararme antes de que adviertan que llegué. Pensé en quedarme en casa hoy, pero la fundación me necesita, y tengo trabajo para hacer. Me miro en el espejo retrovisor para revisar mi maquillaje, y en el reflejo encuentro a la mujer que necesito ser en esta ocasión. Ahí está. Parece la misma de siempre, pero la

profundidad detrás de sus ojos verdes es mayor. Vuelvo a aplicarme lápiz de labios y le sonrío.

En cuanto mis stilettos chocan contra el asfalto, oigo un «¡Por allá!», seguido de las pisadas apuradas de los periodistas, que corren para ser los primeros en alcanzarme.

Cierro la puerta del vehículo, me calzo el bolso en el hombro y comienzo a caminar.

—Señora Morgan.

—¡Sarah!

Se apiñan a mi alrededor, vociferando por encima de los demás, lo que hace imposible escuchar las preguntas. No es que las fuera a responder. Las cámaras se disparan y lanzan destellos; los micrófonos se abalanzan hacia mi cara. Uno casi se me mete en la boca, y lo quito del medio de un manotazo.

—¡Ey! —Una voz grave se impone—. Retírense un poco, carajo, y denle espacio.

Alejandro aparece entre la multitud y se abre paso a través de la manada fastidiosa de periodistas. Cuando llega junto a mí, gira y extiende los brazos a los costados para formar una especie de barricada entre ellos y yo. Mis ojos recorren su espalda en detalle: los hombros amplios, el cabello corto y prolijo y el cuello ancho. Un *collage* de tatuajes coloridos se extiende por toda la superficie y continúa por debajo de su camiseta entallada y de manga larga. Alejandro agita las manos frente a los periodistas para que retrocedan. Tiene el físico y la altura de un guardaespaldas y la mirada fría de un delincuente, así que obedecen.

La prensa se reubica en silencio a una distancia segura para mí. Satisfecho, Alejandro me mira sobre su hombro e inclina la cabeza.

Aprieto los labios y le devuelvo el gesto para darle a entender que estoy bien. Entonces, se desplaza hacia un costado y me deja frente a frente con la multitud.

—Señora Morgan, ¿va a hacer alguna declaración? —pregunta, finalmente, uno de ellos.

Inhalo rápido y profundo y asiento. Debo decir algo, pero no sé bien qué. Soy consciente de lo que quieren oír. Lo veo en sus rostros. Debería estar indignada, destruida, devastada. Tras la noticia de la conexión del sheriff Stevens con el caso de Kelly Summers —una novedad para ellos, no para mí—, debería tener ganas de arrasar la tierra bajo mis pies. Ese es el sensacionalismo que ansían, y lo tendrán. Carraspeo e invoco una tristeza de algún lugar en lo profundo. Las emociones venden, y lo que ellos pretenden vender es furia.

—Buenos días. Me llamo Sarah Morgan y, hace doce años, defendí a mi esposo Adam en un juicio, luego que se lo acusara por el asesinato de Kelly Summers y del hijo que ella esperaba. Era su esposa y sabía que Adam era inocente. Sabía que era incapaz de matar a alguien, pero no logré convencer al jurado, y ahora entiendo por qué. Una de las grandes incógnitas en el caso Summers fue la identidad del tercer perfil de ADN que encontraron en el cuerpo de la víctima; el sheriff del condado de Prince William me aseguró que había hecho todo a su alcance para hallar la verdad. —Los miro con dramatismo y noto que están pendientes de cada palabra que digo —. Fue una mentira descarada; hicieron lo que les convenía a ellos. Mi esposo no fue sometido a un juicio justo, como exige la constitución de nuestro país, una constitución que yo juré respetar, así como también el exsheriff Stevens. Solo uno de nosotros cumplió

con su juramento. —Hago una pausa breve; es un lindo efecto, y espero que la prensa lo aproveche.

»Creé la Fundación Morgan porque creo en la justicia, pero también creo en la posibilidad de reformarse y en las segundas oportunidades. Saber que mi Adam nunca tuvo ni siquiera una oportunidad es más que desolador. —Me enfoco en la lente de la cámara del canal de noticias más importante—. Y en lo que no logro dejar de pensar, lo que no me permitió dormir anoche y quizás nunca me permita dormir… es cuál podría haber sido el destino de Adam si se hubiera permitido que la verdad se hiciera presente en ese tribunal años atrás. —Evoco pensamientos que sé que harán aparecer las lágrimas: mi hermosa hija en un ataúd, yo de pie junto a ella, una vida cercenada demasiado pronto. Perderla es lo único que temo. Los ojos se me humedecen instantáneamente.

»Disculpen —agrego, fingiendo que mis emociones están en carne viva y fuera de control. Aclaro la garganta y continúo—: La comunidad de Virginia me quitó a mi esposo en el nombre de la justicia. Pero, díganme, ¿qué clase de justicia entierra las pruebas que podrían haber dejado libre a Adam? ¿En qué clase de justicia la persona a cargo de la investigación sostiene una relación ilícita con la víctima? Eso no es justicia. Eso es corrupción. Eso es… asesinato. —Agrego énfasis en la palabra «asesinato» a la vez que miro uno por uno a los periodistas a los ojos para asegurarme de que no solo escuchan lo que digo, sino que también lo sienten. Quiero que recuerden este momento, que se lo lleven con ellos cuando se vayan de aquí y escriban su informe.

»Si el sistema legal de nuestro país no es capaz de impartir justicia..., yo lo haré. Gracias a todos. No voy a responder ninguna

pregunta por el momento.

Hay un momento de silencio perplejo cuando termino la declaración, y Alejandro de inmediato me escolta a través del gentío hacia el edificio de oficinas. El sopor que se apoderó de ellos se disipa tras unos pocos segundos y comienzan a asediarme otra vez, pisándome los talones y disparando preguntas enardecidas. Para la prensa nunca es suficiente. Siempre quieren más. Les das un dedo, y se apoderan de todo tu cuerpo. Sigo caminando con la intención de no decir ni una palabra más. Pero una pregunta hace que me detenga en seco, y un periodista que me sigue de cerca choca contra mí.

—¡Atrás! —brama Alejandro, lo que aumenta la distancia entre nosotros y ellos. Se acerca y me susurra—: ¿Está bien?

Cruzo la mirada con él y asiento antes de girar para enfrentar otra vez el acecho de los periodistas.

—¿Puede repetir lo que dijo? —le indico a la mujer que hizo la pregunta.

Todas las miradas recaen en ella. Carraspea.

—¿Qué opina de la declaración que Eleanor Arrugatti hizo a los medios esta mañana? La madre de Adam, su suegra o ex…

—Sé quién es Eleanor —la interrumpo alzando la mano—, pero lamentablemente no tuve oportunidad de escuchar lo que declaró. Por lo tanto, no puedo hacer comentarios.

—Eleanor expresó que planea demandar al condado de Prince William por ocultar pruebas exculpatorias y que, de tener éxito, reclamará también por una condena a muerte equivocada. ¿Usted apoya su postura? —La periodista extiende el micrófono hacia mí.

Analizo la respuesta, pero me cuesta decir que apoyo algo que Eleanor haya dicho.

—Yo apoyo la justicia —opto por decir.

—¿Cómo se siente que ella también la haya acusado a usted de no haber manejado con idoneidad el caso de Adam? —pregunta sin perder tiempo la misma periodista.

¿Cómo se supone que responda a esa pregunta estúpida? «Fantástico. Me encanta que la guardiana de la cripta de mi suegra siga obsesionada conmigo después de tantos años».

Debería negarme a hacer más comentarios, pero sé que esa vieja malvada está mirando, con una sonrisa de oreja a oreja. Si puedo borrarle la sonrisa petulante que seguro tiene pegada al rostro, lo haré.

—Para ser franca, me entristece que Eleanor piense así, y más que lo declare ante otros, pero la entiendo. Perdió a su esposo antes de que muriera su único hijo; hace mucho que está sola. Vivió en duelo gran parte de sus mejores años y, dada su edad, quizás no le queden muchos más. Por lo que sí, comparto lo que siente. —Me muerdo la lengua para no reírme, porque sé que la mención a su edad la pone de mal humor más que cualquier otro tema—. Además, me gustaría señalar que Eleanor quizás no recuerde a la perfección el juicio contra su hijo y que, con el descubrimiento reciente de evidencia de otro ADN, una mujer tan mayor pueda estar confundida. —Estoy segura de que ahora está echando humo. Quizás tengo suerte, le falle el corazón y caiga muerta. Aunque, a decir verdad, Eleanor nunca tuvo corazón.

»A pesar de lo que mi suegra falsamente reclamó con respecto a mi labor como abogada, quiero dejar en claro que hice todo en mi

poder para defender a mi esposo Adam. Sin embargo, al decidir ocultar pruebas pertinentes en el caso, me robaron ese poder, y ahora que la verdad por fin salió a la luz, voy a recuperarlo. Gracias.

Giro para alejarme, y Alejandro camina junto a mí mientras la prensa, una vez más, nos sigue de cerca, chillando uno sobre el otro. Pero esta vez no responderé ninguna de sus preguntas. Ya les di material suficiente.

Llegamos al edificio de oficinas, y Alejandro mantiene abierta la puerta de la recepción para que yo entre primero. La cierra de golpe una vez adentro, y los periodistas quedan gritando del otro lado. Avanzo por el salón vacío; mis tacos repiquetean sobre el suelo cerámico. Roger, el guardia de seguridad, no está en su escritorio, y supongo que salió a fumar un cigarrillo, ya que lo hace una docena de veces por turno.

Alejandro se acerca tranquilo hacia mí con una expresión preocupada.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto antes de que diga algo.

—Pasaba con el auto, vi los móviles de los noticieros y la curiosidad fue más fuerte, así que frené para ver qué pasaba. Ahí fue cuando la vi a usted y pensé que no le vendría mal un poco de ayuda para lidiar con los periodistas. —Hunde las manos en los bolsillos delanteros del jean.

—Bueno, gracias, te agradezco lo que hiciste ahí afuera. —Esbozo una sonrisa tensa.

—Nada que agradecer. —Alza los hombros—. Era lo que correspondía, teniendo en cuenta que usted me está dando algo que nadie tiene.

—¿Y eso qué es?

—Una segunda oportunidad.

Su mirada se cruza con la mía, y es como si nos estudiáramos para decidir qué hacer con los límites, si dejarlos donde están o correrlos un poco. La prensa continúa afuera, rugiendo preguntas sordas.

—Es lo menos que nadie podría hacer —respondo.

Sonríe, y luego su rostro se pone serio.

—Verá, no sé bien qué está pasando… Capté la idea, por lo que gritaban esos periodistas. —Alejandro avanza hacia la puerta—. Pero si quiere hablar, aquí estoy.

—Gracias, estoy bien —aclaro, porque no quiero hablar del asunto ni con él ni con nadie, para tal caso. Debería haber quedado todo en el pasado, a donde pertenece.

—¿Qué tal es el departamento? —pregunto antes de que siga escarbando.

—Estupendo. Nunca imaginé que fuera tan bonito.

—La intención es mostrarles lo que son capaces de conseguir. A veces debemos vernos a nosotros mismos como la persona que queremos ser antes de convertirnos en esa persona.

—Qué buen sentimiento —comenta Alejandro—. La ropa también me queda bien. —Señala lo que tiene puesto.

Mis ojos sobrevuelan desde el calzado deportivo blanco al jean azul y la camiseta de mangas largas y tejido en panal que lo abraza como una segunda piel.

—Ya veo.

Se balancea hacia atrás sobre los talones y sonríe apenas.

—Bueno, la dejo. No quiero robarle más tiempo y, además, tengo algunas solicitudes de trabajo que completar. —Mete los labios hacia

adentro.

—¿Cómo va eso?

—Muy bien… Es decir, hasta que descubren que me condenaron por un delito grave. —Se encoge de hombros—. Hace rato que estoy buscando, pero confío en que, con la ayuda de los recursos de la fundación, no buscaré por mucho tiempo más.

—Yo también confío en eso. Eliminar las barreras para conseguir empleo en el caso de personas con antecedentes penales es clave para nosotros. —Lo miro a los ojos; una idea me da vueltas, y podría ser beneficiosa para los dos—. ¿Sabes qué? Tal vez tenga algo para ti. Si te interesa. Es temporal, pero te mantendría ocupado y te daría algo de dinero extra.

—Me interesa —dice decidido—. A estas alturas, aceptaría cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —Arqueo una ceja.

—Que sea legal, quiero decir.

Noto que una sombra de rubor se instala en sus mejillas cuando rebusco dentro de mi bolso, saco un anotador y una lapicera y garabateo una dirección.

El ruido de unos tacos que cruzan rápido la recepción me desconcentra; al mirar sobre mi hombro, veo a Anne corriendo hacia mí. Arranco la hoja y la doblo antes de guardar la lapicera y el anotador de vuelta en mi bolso.

—¡Sarah! ¡Ahí estás, gracias a Dios! —exclama, disminuyendo el apuro ahora que me ubicó—. Lo siento tanto... Uno de los abogados acaba de ver los móviles de los noticieros estacionados afuera. Te juro que no estaban aquí cuando llegamos. ¿Te acosaron? ¿Estás bien?

—Estoy bien, y sí, me acosaron. Por suerte, Alejandro estaba por la zona y me ayudó a librarme de ellos.

Anne alza la vista para mirarlo y sonríe mientras le extiende la mano.

—Eso es tener suerte. Qué bueno verte otra vez.

—Lo mismo digo —dice, devolviéndole el saludo.

—¿Qué cuernos pasa ahí afuera? —se alarma Roger, quien entra a la recepción arrastrando los pies. Roger es un hombre no tan joven con problemas en la espalda y adicción a la nicotina. A pesar de eso, es fuerte como un roble.

—Son los medios, Roger —le aclara Anne.

—¿Alguna noticia falsa? —Se ríe para sí. El olor rancio a humo de cigarrillo llega a nosotros antes que él—. ¿Qué quieren?

—No importa qué quieren; siempre quieren más —acoto.

—Una gran verdad —confirma, asintiendo con la cabeza—. Malditos chupasangres.

—¿Puedes asegurarte de que no entren al edificio? —Anne tensa la mirada.

—Eso no es un problema. —Sonríe y da una palmada al revólver sujeto a su cadera.

Aprieto los labios con fuerza.

—No les puedes disparar, Roger.

Una expresión divertida se dibuja en su rostro mientras su otra mano va a la pistola de electrochoque.

—¿Quién habló de balas?

Anne regaña a Roger mientras yo le extiendo la hoja doblada a Alejandro.

—Sábado, siete de la mañana. —Hablo para que solo él escuche.

Toma la hoja de papel y asiente con la cabeza al tiempo que la guarda en el bolsillo. Desde un punto de vista profesional, yo no debería ofrecerle esto, pero siento que estoy en deuda con él. Además, tiene algo que me intriga, y quiero descubrir qué es.

Dirijo mi atención al guardia de seguridad.

—Roger, ¿te molestaría acompañar a Alejandro hasta la puerta de atrás?

—Claro que no, jefa. No me vendría mal otro cigarrillo. —Mira a Alejandro y le hace un gesto con la mano para que lo siga—. Vamos, Musculito.

Alejandro gesticula un «gracias» y saluda con la mano antes de ir hacia la parte de atrás con Roger y desaparecer al dar vuelta en una esquina. Mis ojos se desvían hasta la puerta principal, donde los periodistas continúan merodeando y espiando para ver mejor lo que ocurre adentro. Hasta que este asunto se solucione, voy a estar debajo de un microscopio, y eso es lo último que necesito. Todos los ojos en mí, en la viuda devastada. No es lo que busco ahora, pero puedo representar ese papel y puedo representarlo bien. Ya lo he hecho. Como una actriz que repite un papel que sus seguidores siempre quieren volver a ver.

Anne me apoya una mano en el hombro, lo que me sobresalta, y giro la cabeza para mirarla.

—Vi la noticia por televisión. No lo puedo creer... ¿Adam era inocente? —susurra frunciendo el ceño.

—Para mí, siempre lo fue.

—Ya lo sé, pero legalmente, quiero decir… ¿Qué va a pasar ahora?

Exhalo aire caliente antes de hablar.

—No estoy segura. No hay un mapa de ruta para esta clase de cosas, pero supongo que el sheriff se verá obligado a reabrir el caso de Kelly Summers por la corrupción innegable que hubo en la investigación inicial.

Anne baja el mentón como si pensara en la próxima pregunta que quiere hacer.

—¿Crees que el sheriff Stevens asesinó a Kelly?

—No lo sé.

Me aprieta el hombro y luego deja caer el brazo a un costado.

—Tienes tanto entre manos con lo del divorcio, y ahora esto… No me lo puedo ni imaginar. Es una locura que pase todo junto.

Anne tiene razón en eso. Con el divorcio inminente, todo podría complicarse, incluso torcerse. La verdad y Summer son lo único que nos une a Bob y a mí; pero es un lazo que puede desatarse fácilmente y no un nudo intricado de marinero. De haber sabido que esto iba a salir a la luz, habría esperado hasta que se olvidara antes de iniciar el proceso de la separación. Ahora es demasiado tarde. No puedo desandar ese camino. Además, no quiero. Agradezco el sentimiento de Anne con un movimiento de cabeza.

—¿Vamos? —propongo, y señalo el ascensor que nos lleva a las oficinas de la Fundación Morgan. Anne me ofrece una sonrisa forzada y caminamos hacia allí.

Ese «todo junto» ronda en mi cabeza mientras esperamos el ascensor. Las puertas se abren, y Anne y yo entramos y presionamos el botón del tercer piso. El «todo junto» es demasiado perfecto. Anoche, después de que se dio a conocer la noticia, Bob me imploró que no lo dejara, que seamos un frente unificado, para así poder atravesar esto de a dos. Y ahora no logro dejar de pensar... ¿Habrá

tenido algo que ver con la filtración en los medios? Al igual que yo, tiene amigos en todas partes y en todos los niveles. ¿Puede ser tan estúpido o estar tan desesperado? ¿Pensó que eso evitaría que lo dejara? No, estoy paranoica. Me deshago de la idea.

—Si el sheriff reabre la investigación, ¿qué implicancia tendrá eso en los tribunales? —pregunta Anne. Las puertas se cierran y el ascensor comienza a ascender.

—Ninguna todavía, pero si deciden avanzar, deberíamos tratar de sacarles ventaja.

—¿Cómo?

Respiro hondo. Sé cuál es la respuesta correcta, la que el público recibirá mejor. Pero esa respuesta podría volverme vulnerable, y es lo último que deseo. Por otro lado, no hacer nada me haría ver sospechosa. Las puertas del ascensor se abren, y Anne sale primero. Yo me quedo en mi sitio, rumiando. Sé lo que debo hacer, aunque no quiera hacerlo.

—Hay que solicitar una moción para que el tribunal reabra el caso de Adam —digo. Anne se da vuelta con una expresión resuelta—. Designa a dos abogados para que empiecen a trabajar en esto de inmediato. Además, ponte en contacto con nuestros amigos en Washington D.C. Ve qué cuerdas podemos jalar o qué favores nos podemos cobrar para que empiece a circular en los tribunales lo antes posible.

—Enseguida —responde. Las puertas comienzan a cerrarse, y Anne extiende rápido una mano para detenerlas.

Mi teléfono suena, y enseguida lo saco del bolso; las palabras «Número desconocido» se despliegan a lo ancho de la pantalla.

—¿Vienes? —me consulta Anne.

—No. Necesito ocuparme de algunos asuntos y debería responder esta llamada.

—Bien. Te tendré al tanto. Dime si necesitas algo. Pero no te preocupes. Tienes a todo el equipo de la Fundación Morgan detrás, Sarah.

—Gracias, Anne. —Esbozo una sonrisa—. No sé qué haría sin ti.

Retira la mano para que las puertas se cierren.

Presiono el botón que me lleva al sector trasero de la planta baja y salgo sin cruzarme con los periodistas. El teléfono continúa sonando, y pulso «Aceptar» antes de acercarlo a la oreja.

—Habla Sarah Morgan.

—Sarah, soy el sheriff Hudson.

No me sorprende oír su voz. Me imaginé que se pondría en contacto más temprano que tarde. El hecho de que me llame y no venga a verme revela lo avergonzado y culpable que se siente. Tiene que retroceder y rogar por perdón, o al menos por un poco de comprensión, en estos momentos de tensión en la comisaría.

—Supongo que me llama por el caso de Kelly Summers.

—No. Esa es ahora una investigación abierta; por lo tanto, no puedo compartir ningún dato.

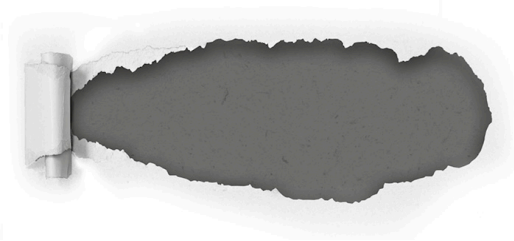
Parece que, por fin, alguien en la comisaría sabe cómo actuar cuando se abre una investigación. Me gustaba más cuando Stevens era el sheriff. No respetaba ninguna norma; compartía datos conmigo y me permitía visitar las escenas de los crímenes, aunque en realidad lo hacía para cubrirse la espalda. Esta vez no voy a contar con esa clase de información interna, pero no creo que la necesite.

—¿De qué se trata, entonces, Hudson?

—La llamo para informarle que su cliente, Ryan Stevens, intentó suicidarse hace poco más de una hora. Está en estado crítico en la Unidad de Cuidados Intensivos.

Las puertas del ascensor se abren y salgo a un vestíbulo trasero, tenuemente iluminado.

—Lamento oír eso. Stevens ya no es mi cliente, pero igual agradezco la llamada —respondo antes de colgar.



13
SHERIFF HUDSON

—La prensa lo espera —anuncia Marcy, asomando la cabeza en mi oficina justo cuando corto la llamada.

Le agradezco con un «Está bien».

La reacción de Sarah al intento de suicidio de Ryan no me sorprende en lo más mínimo. Me imaginé que dejaría de representarlo, dada la filtración en los medios. Quizás hasta se puso feliz al escuchar la noticia. Cierro fuerte los ojos e intento en vano quitar la imagen de Stevens de mi cabeza. Los ojos helados. El cinturón tensionado alrededor del cuello. La piel, una mezcla de vasos sanguíneos estallados y decoloración violácea. Respiro profundo, para expulsarla, pero sigue ahí, frente a mis ojos, estén cerrados o no, para que solo yo la vea. Dijeron que lo encontré justo a tiempo. Un minuto más tarde y estaría muerto. Cuando recobre la conciencia, estoy seguro de que estará tan furioso conmigo por haberle salvado la vida como yo lo estoy con él por haber arruinado la mía.

Miro la hoja de papel en el escritorio, mi declaración a los medios. No redacté todo el texto, solo anoté unas pocas palabras, un recordatorio de qué decir y qué no. No quiero que suene demasiado ensayado. La audiencia y la prensa podrían creer que la comisaría estaba al tanto de la corrupción desde hacía tiempo. Pero la tormenta de mierda que Ryan desató recién empezó. Va a sobrevolar sobre mi cabeza, haciendo llover acusaciones, juicios, ceses, recortes de presupuesto, despidos, historias difamatorias en los medios; como granizo del tamaño de pelotas de tenis que buscan aplastar a todos y a todo en este edificio. Este es mi pronóstico de este momento y de los años venideros. Pero soy mejor sheriff de lo que Ryan alguna vez fue, así que saldré adelante, cueste lo que cueste. Con la declaración en la mano, me pongo de pie y camino hacia la entrada de la comisaría.

Marcy me espera en la recepción con una sonrisa nerviosa en los labios, como diciendo «Lamento que tenga que pasar por esto».

«Yo también, Marcy», pienso. Alzo la cabeza y llevo los hombros hacia atrás para salir. Los periodistas y los camarógrafos se ubican, uno al lado del otro, a los pies de los escalones de concreto. Hay una media docena de agentes apostados a cada lado del podio donde leeré la declaración. Detrás de la prensa, barricadas con más policías montan guardia por si el público reunido se desmadra. Son unas cuarenta personas, muchas con pancartas. Echo un vistazo a la multitud para leer los carteles por arriba e intentar descifrar el sentimiento generalizado.

¡¡ADAM ES INOCENTE!!
LOS POLICÍAS SON UNA BASURA.

¡MANDEN A STEVENS A LA SILLA ELÉCTRICA!
¡MUERTE A TODOS LOS POLICÍAS!
¡ECHEN AL SHERIFF HUDSON!

Bajo los escalones despacio y, antes de siquiera llegar al podio, los periodistas comienzan a gritar preguntas y las personas a vociferar frenéticas. Las bocas se mueven, pero no distingo las palabras. Estoy seguro de que lo que sea que digan es tan ruin como las pancartas que sostienen en alto. Un par de agentes me miran, en un gesto de solidaridad para conmigo y la comisaría. El sol brilla con fuerza sobre nosotros hoy, aunque no debería. Alzo un momento la vista al cielo para recordarme que esto es solo un detalle en el gran esquema de las cosas, y luego vuelvo a concentrarme en la muchedumbre. Mi mente acelera a máxima velocidad por una autopista transitada, y siento los latidos de mi corazón en cada parte del cuerpo. Necesito desacelerar mis pensamientos, así que respiro hondo, decidido, y me enfoco en mí. Veo tres cosas. A Gretchen Waters, del noticiero de Canal 5, medio metro por delante de sus colegas. Es difícil identificar dos cosas más cuando el caos frente a mí es tan grande. Un perrito acurrucado en los brazos de una anciana. Un hombre con una gorra de béisbol, calzada bien hasta abajo para protegerse los ojos. Una barba rubia y abundante le cubre lo que se ve del rostro. Parece que tratara de mezclarse entre los demás, pero igual sobresale por su postura, como si hubiera sido militar o agente de la ley. Lleva ropa lisa, y es más alto que casi todos a su alrededor. Conozco a ese hombre, pero no logro establecer quién es, al menos no por ahora.

—Sheriff... —me susurra el teniente Nagel, que está junto a mí, y me aparta de mis pensamientos alocados.

Vuelvo a respirar hondo y le agradezco con una inclinación de cabeza antes de mirar a las personas reunidas.

—Buenos días. Soy Hudson, sheriff del condado de Prince William —comienzo. Los presentes chistan para acallar las voces, y el silencio cae sobre ellos—. Me gustaría, primero, dar información sobre el sheriff anterior, Ryan Stevens… —Cuando termino de contar lo ocurrido, varias personas braman comentarios incendiarios. Son más que crueles, y siento cada uno como una trompada en las tripas.

«Qué bueno».

«Terminemos el trabajo».

«Stevens no sirve ni para suicidarse».

«Merece morir».

No ven a Ryan como un ser humano. Lo ven como un uniforme, al igual que al resto de nosotros que juramos proteger y servir a los demás. Pero, a diferencia de Ryan, yo cumplo mi juramento. Trago saliva y prosigo con la declaración para pasar a lo que vinieron a buscar. Quieren saber qué medidas tomaremos para enderezar el barco.

—Como muchos de ustedes saben, se reveló nueva información relacionada con la investigación por el homicidio de Kelly Summers tras el arresto reciente de Ryan Stevens. —La muchedumbre vuelve a hacer silencio.

»Les aseguro a todos y cada uno de ustedes que nadie está por encima de la ley, y eso incluye al sheriff. Por esa razón fue arrestado sin demora por manejar alcoholizado y causar el accidente que le

costó la vida a Jackie Clarke, de cuarenta y cuatro años. Esta comisaría siguió el protocolo e ingresó el perfil de ADN de Ryan Stevens en la base de datos nacional para establecer si existía alguna conexión con un accidente ocurrido el verano pasado, en el que un conductor atropelló a una persona y huyó, y que culminó con la muerte de Tim Redding. No se halló ninguna vinculación, pero hablo por todo el cuerpo de policía del condado de Prince William cuando digo que quedamos tan perturbados y desolados como ustedes al descubrir datos coincidentes entre Ryan Stevens y el caso de Kelly Summers. Sé lo molesta que está la comunidad. Créanme que comparto sus sentimientos. —Mi boca forma una línea recta, y hago una pausa para recorrer con la mirada al público reunido allí.

»Como policía, juré proteger y servir a esta comunidad, y eso es exactamente lo que seguiré haciendo, tal como lo hago desde que asumí como sheriff hace apenas cinco meses. La información reciente sin duda cuestiona la validez y el manejo de la investigación por el homicidio de Summers. Al igual que ustedes, quiero justicia, y también quiero estar ciento por ciento seguro de que la persona responsable del asesinato pague por su delito, sea quien sea. Esta mañana solicité que se reabriera la investigación por la muerte de Kelly Summers. —Los susurros se suceden después de este anuncio.

»Se trata ahora de una investigación abierta y activa, así que no responderé ninguna pregunta. Gracias. —Doblo la hoja de papel que no miré ni una sola vez y la guardo en el bolsillo.

La prensa desborda de preguntas; los periodistas gritan todos a la vez. La muchedumbre truena también, pero sus sentimientos están divididos. Algunos vitorean. Otros continúan lanzando expresiones llenas de odio. Al menos, un puñado de ellos está de nuestro lado.

Será una investigación con muchos obstáculos, teniendo en cuenta los años transcurridos, así que contar con el apoyo popular es vital. Me pongo de espaldas al espectáculo y comienzo a subir los peldaños que llevan a la comisaría, de a uno y lentamente para no dar la apariencia de que estoy escapando.

En la cima de la escalera, Marcy sostiene la puerta abierta.

—Excelente, sheriff.

—Gracias —respondo al ingresar a la recepción—. Si me necesitan, voy a estar en la oficina.

Dibuja apenas una sonrisa cuando me separo de ella. Al girar en la esquina, literalmente me llevo por delante a la segunda en la línea de mando en el trabajo y la primera en el hogar, Pam Olson. Es bajita, pero fuerte como pocas, y por eso no trastabilla hacia atrás al chocar contra mí. La pila de papeles y carpetas que carga cae al suelo, y enseguida me agacho para recogerlos.

—Perdón, Marcus. Digo, sheriff.

Me llama Marcus fuera del trabajo, y «sheriff» o Hudson cuando estamos aquí, pero a veces mezcla los nombres, lo que me resulta encantador. Hace más de dos años que salimos, mucho antes de que me pusieran a cargo. Ahora estoy al mando, pero no tengo favoritismos, aunque me encantaría tenerlos con Pam, ya que no hubiera llegado hasta aquí de no ser por ella.

Me enderezo y le devuelvo las carpetas.

—¿Por qué tanto apuro?

—Iba a buscarte —me cuenta mientras vuelve a apilarlas.

—¿Alguna otra investigación cerrada que vuelve del pasado para romperme las pelotas? —lo digo en broma, pero estoy serio.

—Negativo, pero acabo de estar con una mujer, Deena Walsh. Vino a denunciar la desaparición de la chica que vive con ella, Stacy Howard. Hace tres días que nadie la ve ni sabe nada de ella.

—Bien. Emite una alerta para hallar a la señorita Howard y asigna un agente al caso. —Comienzo a alejarme sin entender por qué me comenta esto, teniendo en cuenta el circo en el que estamos metidos.

—Hudson —me llama, enérgica—. Esto te va a interesar.

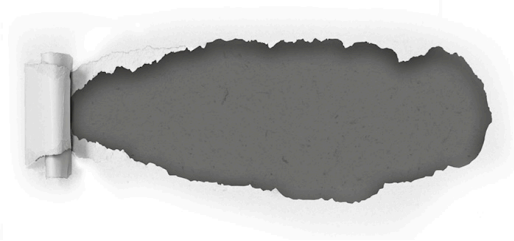
Suspiro y me doy vuelta para mirarla; es entonces cuando noto la gravedad en sus ojos.

—Más te vale que sea bueno, Olson.

—Deena declaró que recibió un mensaje de texto de Stacy el lunes a eso de las cinco de la tarde, en el que le avisaba que no estaría en casa cuando Deena llegara del trabajo, pasadas las diez de la noche. Planeaba encontrarse con un tipo con el que estaba saliendo.

—Bueno, ¿y…?

—El tipo con el que Stacy dijo que se iba a encontrar es Bob Miller.



14
BOB MILLER

Estar sentado en la sala de interrogatorios de la comisaría del condado de Prince William es algo que esperaba por la reapertura de la investigación sobre Kelly Summers, pero no tan pronto. Supongo que están marcando con una tilde y tachando nombres en una lista. Lo que nunca imaginé es que el primer nombre que marcarían sería el mío. Hubo un par de cambios desde la última vez que estuve en esta habitación. Las luces son un poco más brillantes. Las sillas son nuevas y más incómodas. Tal vez esa fue la intención cuando las reemplazaron.

Hace unas horas recibí una llamada de una tal ayudante Olson para pedirme si podía acercarme a responder algunas preguntas. Dije que sí porque, de lo contrario, parecería que estoy escondiendo algo. Jamás le aconsejaría a un cliente que aceptara; pero soy abogado y sé lo que hago. Hudson tiene mucho que demostrarle a la comunidad, al menos eso fue lo que deduje tras su declaración a los medios, y no tengo dudas de que lo que desean es cerrar rápido

este caso y olvidarlo de una vez y para siempre. Estamos en sintonía en ese punto, y voy a hacer lo posible para ayudarme a mí, no a ellos.

La puerta se abre y entran el sheriff Hudson y una agente. Ella es mucho más baja que él. Tiene el cabello tirante y recogido en un rodete bajo, y sus labios forman una línea recta, como si tuviera algo que probar. Seguro tienen ensayada alguna rutina del tipo policía bueno y policía malo.

—Gracias por acercarse a hablar con nosotros, señor Miller —comienza Hudson, dejando caer una carpeta sobre la mesa—. Mi colega, la ayudante Olson. —Señala a la mujer con el rictus. Ella fue quien me llamó.

—No es ninguna molestia, Hudson. Un placer conocerla, ayudante Olson. —Saludo a ambos con una inclinación de cabeza y se sientan frente a mí—. Supongo que es por el caso de Kelly Summers —agrego cuando ni Hudson ni Olson hablan.

Intercambian miradas y entrecierran apenas los ojos antes de volver a concentrar su atención en mí. Por su expresión me doy cuenta de que ya cometí más de un error. No debería haber venido. Ahora sé que no es por lo de Kelly Summers.

—No. —El sheriff frunce el entrecejo—. ¿Por qué lo llamaríamos por ese caso?

Carajo.

De repente, percibo el cuello de la camisa demasiado ajustado. El sudor me gotea por la espalda, y me tensiono al tratar de disimular la molestia que esa sensación me causa. El pulso se acelera. Lo siento en la muñeca, apoyada sobre la mesa fría de metal. Necesito

dar un volantazo, y necesito hacerlo rápido. Aclaro la garganta y la cabeza para adoptar el modo ciento por ciento abogado.

—Hace un rato escuché su declaración a los medios, Hudson —explico con calma—. Ahora que la investigación se reabrió, imaginaba que volvería a interrogarme, dado que conocía a la víctima. Debo aclarar que mi coartada fue corroborada y que me absolvieron de cualquier tipo de participación en el asesinato, pero entiendo que ustedes deben acomodar las fichas, como suele decirse. De ahí que creyera que me llamaban por ese tema.

—No. —Hudson sacude ligeramente la cabeza—. No necesitamos nada en ese caso, pero es bueno saberlo para el futuro, por si debemos hacerle preguntas. —Abre la carpeta, quita la fotografía en la parte superior y la desliza a través de la mesa—. ¿Reconoce a esta mujer?

La foto muestra una mujer atractiva, de unos veinticinco años, con cabello largo y pelirrojo, pómulos marcados y labios carnosos. Me resulta familiar, *muy* familiar. Pero no puedo ubicarla. Mi mente la localiza en ensoñaciones, una bruma al fondo de los recuerdos, pero nada en concreto. Y por «concreto» se entiende…

—No, o al menos no la recuerdo —contesto, empujando la foto hacia ellos.

—¿No la recuerda? —insiste la ayudante Olson.

—No.

Alza una ceja, como si me juzgara por mi respuesta.

—Nos han dicho que usted y ella son amigos. O más que amigos, podríamos decir. ¿Por qué no mira otra vez? —Olson desliza la foto nuevamente en mi dirección.

Mi mirada tensa va y viene entre Olson y Hudson. Luego bajo los ojos y vuelvo a estudiar la imagen, prestando atención a cada detalle. Un puñado de pecas esparcidas sobre el puente de la nariz. La piel con un bronceado que supongo artificial. Un collar de plata con una «S» colgante, apoyada contra su pecho, justo debajo de la clavícula. Ya vi antes ese collar. Un recuerdo almacenado en algún sitio recóndito de la mente resurge. Es... el colgante frío que me roza la mejilla. El cabello largo y suave que me rodea el rostro en cascadas mientras ella me cabalga con balanceos rápidos y enérgicos. Pestañeo y desvío la mirada.

Mierda. Otro error. Me acosté con esta mujer y acabo de decirles que no la reconozco. ¿Cómo me rectifico? Debería explicarles que estaba totalmente borracho cuando estuvimos… juntos y por eso no me acuerdo de ella. Un momento. ¿Por qué me preguntan por esta mujer? Intento mantener la compostura, sin modificar la falta de expresión. Sin embargo, los músculos de mi rostro se mueven involuntariamente. ¿Lo habrán advertido? Mis ojos alternan entre ambos. La ayudante me mira con asco, como si tuviera frente a ella una montaña de basura en descomposición, en vez de al abogado prestigioso que soy. Algo le ocurrió a la mujer de la foto, y está claro que piensan que tuve algo que ver.

—¿Insiste en que no reconoce a la mujer? —Hudson eleva el mentón—. ¿O tiene algo para decirnos?

Quizás sea hora de llamar a mi abogado; hasta los mismos abogados podemos necesitar uno. Pero necesito saber de qué me acusan o en qué creen que estoy involucrado.

—Reconozco el collar —admito por fin. Es la verdad. Es lo que despertó mi memoria, y no me estoy corrigiendo ni modificando la

historia con esa respuesta.

—¿De dónde? —pregunta Olson.

Trago con fuerza cuando el recuerdo de esa noche renace. Su piel sudada, caliente, contra la mía. Sus gemidos y quejidos al penetrarla. El colgante de plata que balancea por encima de mi cabeza, golpeteando mi cara. Mi lengua que toca el metal frío al deslizarse en mi boca cuando estoy a punto de acabar. Prácticamente puedo sentir el sabor metálico. Debo admitir la aventura de una sola noche con esta mujer, porque, de un modo u otro, lo van a descubrir. Por cómo preguntan, ya lo saben y solo esperan ver si les digo la verdad.

—Me acosté con esta mujer hace algunas semanas. Además de eso, no sé nada de ella. Fue una única vez, y estaba borracho. Casi no recuerdo lo que hice, y no la recuerdo a ella. Pero… sí recuerdo el collar. —Mi voz no transmite emoción; es como si enunciara una serie de hechos. Miro a Hudson a los ojos para hacerle entender que estoy diciendo la verdad. Él es el que está a cargo; por lo tanto, es a quien debo llegar. Su compañera ya me desprecia, de todos modos.

Olson se inclina hacia adelante.

—Se llama Stacy Howard —me informa, cortante.

Contemplo un instante a Olson, y luego a Hudson. No tiene sentido responder. No importa cómo se llame. Lo que importa, lo que me importa a mí, es por qué estoy aquí, sentado en la sala de interrogatorios.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con ella? —pregunta Hudson.

—Hace tres semanas.

Alza la cabeza.

—¿Está seguro?

—Seguro.

—Qué interesante —acota Olson—. Porque nos dijeron otra cosa. —Toma una hoja de papel de la carpeta y la acomoda frente a mí. Es la captura de pantalla de una conversación por texto.

STACY HOWARD
¡Hola, amiga! Me voy a encontrar con el tipo del que te hablé, así que no voy a estar cuando llegues del trabajo. Puede que vuelva tarde a la noche o mañana temprano 😉

DEENA WALSH
El abogado?

STACY HOWARD
El mismo… por ahora 😉

DEENA WALSH
Repíteme su nombre, por si es un psicópata 🤣

STACY HOWARD
Bob Miller

DEENA WALSH
Bob? Cuántos tiene? 60?

STACY HOWARD
No, 45 como mucho

—Esta es una conversación entre Stacy y la chica que vive con ella, Deena, del lunes a la tarde. —Olson marca uno de los mensajes con el dedo—. ¿Reconoce este nombre, Bob?

El nombre que está señalando es el mío.

—Es una ridiculez —bufo, empujando la hoja hacia la ayudante—. Hace semanas que no me comunico con esta Stacy.

—No es lo que dicen estos mensajes.

—¿Qué es lo que pasa? —Ya ni siquiera estoy fastidiado.

Hudson se inclina hacia adelante en la silla.

—Deena, la chica que vive con Stacy, denunció su desaparición. Hace tres días que nadie la ve ni sabe nada de ella. Por lo tanto, ¿puede decirnos dónde estuvo el lunes por la tarde? —Alza la cabeza.

¡Carajo! Exhalo por la nariz y hago memoria de los últimos días. Siento un cosquilleo en la mano y bajo la mirada hacia el vendaje que la envuelve. Me sorprende que no me hayan preguntado por la herida. ¿Por qué cuernos esta tipa le diría a su compañera que íbamos a encontrarnos? Eso no es cierto. Ni siquiera sé bien quién es.

—Fui a buscar a mi hija a la casa de una amiga después del trabajo.

—¿A qué hora fue eso? —me corta Hudson.

—Alrededor de las siete. —Hudson asiente—. Cené con ella y con mi esposa en nuestra casa en el lago Manassas.

—¿Hora? —vuelve a interrumpir.

—Siete y media, más o menos. Luego volví a Washington D.C. en mi auto y me fui a dormir.

—¿Por qué volvió a la capital? ¿Por qué no se quedó con su esposa y su hija? —Olson me mira torcido, obviamente juzgándome.

—Tengo dónde quedarme en la capital porque trabajo allí. Estoy más cerca cuando las reuniones son a la mañana temprano o debo ir a tribunales —le explico.

—¿Alguien puede confirmar que volvió a Washington D.C. en su auto?

—Sí, mi esposa y mi hija.

—Después de que se fue de Manassas, digo. Además de usted, ¿alguien más puede corroborar que volvió a su domicilio en la capital en su auto y se quedó allí toda la noche?

Presiono los labios con fuerza y niego con la cabeza.

—No, estaba solo.

—Hablando de su esposa, ¿Sarah sabe de su aventura? —pregunta Hudson.

Me paso la lengua por la cara delantera de los dientes y me la muerdo para no reírme como un loco. Sarah. Esa maldita, vengativa, calculadora… Eso es lo que tiene escrito por todo el cuerpo. Mis ojos se posan en Hudson, luego en Olson y van hacia él otra vez. ¿Cómo no lo ven? Su primer esposo, Adam, tuvo un romance, y a la amante la mataron a sangre fría. Mi encuentro de una noche (no la describiría como «amante») está desaparecida. Lo hace para molestarme. Tiene que ser eso.

—Aunque no es asunto suyo, le digo que sí. Sarah está al tanto del error que cometí. —Ladeo la cabeza, con la esperanza de que adviertan lo ominoso de la situación.

—Sarah debe de estar muy molesta —comenta Hudson.

Ahí vamos. Me parece que lo está entendiendo. Está uniendo las piezas de este rompecabezas del demonio y dándose cuenta de que no existen las coincidencias cuando de Sarah se trata.

—Pidió el divorcio.

—La felicito —agrega Olson con una risita burlona.

Tengo que poner punto final a esto. Están conectando puntos que no deberían conectar. Ya les di suficiente tiempo, quizás demasiado, porque si Sarah está detrás, es probable que no me quede mucho. Tal vez solo intente asustarme para que deje de oponerme al divorcio, o tal vez planee algo mucho más siniestro. Con ella, nunca lo sé.

—¿Puedo irme?

Hudson se reclina en la silla.

—Sí, puede irse.

Me pongo de pie y me dirijo de inmediato hacia la puerta. Siento como si, de mi cabeza, pendiera un reloj que, en vez de dar la hora, marca una cuenta regresiva.

—Algo más, Bob —me llama Hudson en el instante en que mi mano se aferra al picaporte. Hago una pausa y me doy vuelta para mirarlo—. No salga de la ciudad.

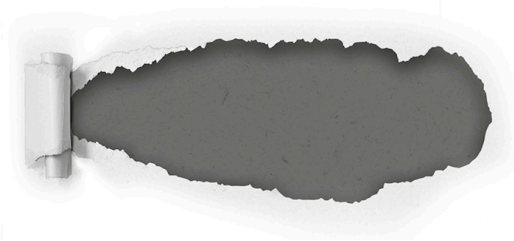
Lo contemplo divertido y sacudo la cabeza.

—Sabe que no tiene la autoridad legal para exigir eso.

—Desde ya, pero también sé que a usted no se le escapa lo que eso significa.

La sangre se me empieza a acumular en el rostro, así que me voy antes de que me domine mi temperamento.

Y no, carajo, no se me escapa lo que eso significa. Significa que soy el principal sospechoso.



15
SARAH MORGAN

Mi hija, con un traje de baño negro y enterizo, sube a la plataforma de partida y echa un vistazo a los asientos en las gradas. Cuando me detecta en la hilera de más arriba, sonríe de oreja a oreja. Le devuelvo la sonrisa y me tomo las manos. Summer es lo único que me importa en el mundo. Vuelve a ajustarse las gafas protectoras y a enfocarse en la piscina para alistarse. Los otros padres están sentados adelante y conversan entre ellos. A veces, me sumo al grupo, pero, por lo general, me siento sola.

Suena un silbato y los chicos se sumergen en el agua; Summer lleva la delantera. Es la mejor del equipo, y yo no podría estar más orgullosa. No estoy orgullosa porque sea la mejor; sentiría lo mismo si fuera la más floja. Estoy orgullosa porque da lo mejor de sí. Trabaja mucho. Entrena. No se rinde. Lo que admiro es el esfuerzo que hace, porque no se obtienen resultados de otra manera.

Unos zapatos pisan fuerte contra las gradas y las hacen temblar. Parece intencional, como si alguien quisiera que me dé por enterada

de su presencia. Miro a la izquierda y veo a Bob, que arremete hacia mí, con los ojos fruncidos y los labios tan presionados que parecen a punto de estallar. No estoy de humor para aguantarlo ahora, así que sacudo la cabeza y retomo mi atención en Summer.

Bob no entiende de límites y se sienta junto a mí.

—¿Dónde mierda está? —masculla.

—Por Dios, Bob. —Lo miro incrédula y me aparto unos centímetros —. En el andarivel cuatro.

—Sabes que no hablo de ella. —Tensa la mandíbula—. Hablo de Stacy Howard.

—¿Quién es?

—La mujer con la que me acosté. —Lo dice en un susurro ahogado, cubierto de culpa y vergüenza.

—Ignoraba que me correspondía vigilar a tu amante.

—No es mi amante. —Bob rechina los dientes de tal forma que casi puedo oírlo.

—Mi error, tu *puta*. —Pongo los ojos en blanco y vuelvo a posarlos en mi hija, para ver cómo gira hacia abajo en un extremo de la piscina y se aleja de la pared impulsándose con los pies. Se desliza por el agua con gracia y rapidez.

Bob deja escapar un suspiro exasperado.

—Stacy, la mujer con la que estuve..., desapareció.

—Qué pena. ¿La buscabas para revolcarte otra vez?

—¡No! —digo casi en un alarido.

Su exabrupto llama la atención de una mamá sentada en las primeras filas. Se da vuelta y nos mira. Bob y yo la saludamos con la mano. Sonríe por cortesía y fija la mirada otra vez hacia adelante.

—Hoy me llamaron de la comisaría de Prince William para interrogarme sobre su desaparición —continúa Bob con angustia en la voz.

Quiere que reaccione, que me preocupe, que me ponga de su lado, pero no pienso hacer nada de eso. Porque no me importa en qué problema está metido.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunto.

—Tiene todo que ver, Sarah. Ambos lo sabemos, así que dime qué hiciste con ella.

Cuando no respondo, me toma del brazo y lo aprieta.

—¿Dónde está?

—Suéltame —le exijo, e intento librarme de sus dedos. Como no obedece, echo bruscamente el hombro hacia atrás. Se produce un crujido al entrar en contacto con su mandíbula. Bob hace una mueca y quita la mano.

—Nunca más te atrevas a tocarme —le advierto, a la vez que recobro la compostura y recorro las gradas que están debajo con la vista para asegurarme de que nadie nos haya visto.

Se frota la mandíbula con la mano para disipar el dolor.

—No me tomes por tonto. Sé muy bien quién eres, Sarah, y de qué eres capaz.

—No, no lo sabes, Bob. De ser así, serías un poco más amable conmigo.

Bob bufa y sacude la cabeza.

—¿Cuál es tu plan, entonces? ¿Me vas a endilgar su desaparición? ¿Ya está muerta y me espera un cargo por asesinato? ¿O solamente quieres hacerme la vida imposible hasta que firme el divorcio? ¿Cuál de todas las opciones, Sarah?

—Ninguna de esas. Ahora bien, antes de seguir lanzándome acusaciones, pregúntate qué sabes de esa chica. —Le clavo la mirada—. ¿Sabes algo?

Se queda callado un momento y me mira, pestañeando sin cesar. Es obvio que no tiene ni la más puta idea de quién es esa mujer.

—¿Es prostituta? —Responde de inmediato para aclarar que no—. ¿Es adicta? ¿Delincuente? ¿Una chica de la noche? ¿Sale con alguien más?

Bob no dice nada. Se limita a quedarse sentado, con una expresión de desconcierto.

—Exacto. No sabes con quién te acostaste. No estás al tanto de en qué podía, o no, estar metida. ¿Cuánto hace que desapareció?

Baja la vista y luego la dirige hacia mí.

—Unos tres días.

—No es tanto tiempo. Quizás sigue de juerga. O se fue de la ciudad. Por lo que sé, es joven, y los jóvenes hacen estupideces.

—Stacy le dijo a la chica con la que vive que se iba a encontrar conmigo la tarde que desapareció —suspira Bob.

—No estaba enterada de que seguían viéndose.

—No nos veíamos. Hacía semanas que no tenía ningún contacto con ella, así que no sé por qué le dijo eso a su amiga.

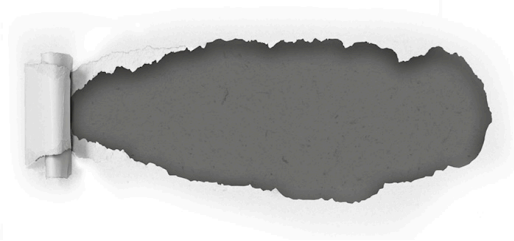
—Tal vez esté molesta contigo y sea ella la que quiere hacerte la vida imposible. A las mujeres no les gusta que las usen y las descarten, Bob. ¿No lo sabías?

Hunde la cabeza en las manos y exhala un suspiro más profundo. Me enfoco otra vez en la piscina justo en el momento en que Summer llega primera. Me pongo de pie al instante y vitoreo en su honor. Con mi vista periférica, advierto que Bob ni siquiera alzó los

ojos, ni se dio cuenta de que la carrera terminó y que su hija salió primera. Summer se quita las gafas protectoras con una sonrisa amplia y me saluda con la mano, entusiasmada; la cabeza flota por encima del agua.

—Sonríele a tu hija, Bob —le indico sin apartar la vista de Summer.

Bob levanta la cabeza lentamente y se pone de pie; saluda a Summer con la mano, desganado, y el labio le tiembla por el esfuerzo de su sonrisa forzada.



16
SHERIFF HUDSON

Pam y yo estamos sentados, uno frente al otro, en un compartimento de un bar pequeño, cuyos clientes son mayormente policías; eso es bueno, porque necesitamos distanciarnos de la comunidad mientras pensamos cómo salir del enredo en que Ryan nos metió. La iluminación del lugar es tenue, y hay menos bullicio que de costumbre. Aparte de nosotros, un par de miembros añosos de la fuerza beben desde hace tiempo junto a la barra, a la vez que discuten las evaluaciones que hicieron de una empresa en un episodio de Shark Tank. No les importa lo que los ciudadanos piensen de ellos porque muy pronto podrán quitarse esos uniformes, cobrar sus pensiones y vivir la vida pacífica por la que trabajaron los últimos cuarenta años.

Pam hunde el mentón y envuelve con las manos la botella de cerveza que tiene enfrente.

—¿Y? ¿Cómo te sientes… con lo de Ryan?

No hablamos en profundidad del asunto todavía porque, cada vez que ella me preguntó, yo cambié de tema. La imagen de Stevens inclinado hacia adelante con un cinturón alrededor del cuello reaparece ante mis ojos. He estado en situaciones peores, pero, por lo general, voy preparado. Antes de visitar la escena de un crimen, recibo un informe de lo que ocurrió y de lo que voy a encontrar, lo que me permite hacerme una idea de antemano. Pero lo de Stevens me tomó de improviso. Son esos momentos, los que causan conmoción, los que permanecen contigo para siempre.

—¿Marcus? —Pam chasquea los dedos a unos centímetros de mi cara.

Pestañeo, y ella vuelve a situarse en foco.

—Me alegra que vaya a recuperarse —digo con la mirada fija en el líquido marrón dentro del vaso.

—Eso no responde a mi pregunta.

Levanto la cabeza y esbozo una sonrisa imperceptible, porque sé que esta vez no permitirá que me evada. Antes de que Pam llegara a mi vida, me guardaba todo, bien adentro, para que fermentara. Pensaba que era una buena manera de lidiar con los traumas que sobrevienen con el trabajo, pero terminó siendo una carga demasiado pesada para mí. Hace trece años que estoy en la fuerza y he sido testigo de lo peor de lo peor. Presencié toda clase de maldad, escenas macabras, cuerpos en distintos estados de descomposición. Llevas eso contigo aunque no quieras. La mejor manera de enfrentarlo es hablando; o al menos eso es lo que Pam dice.

—No sé cuál es exactamente el sentimiento, pero en cuanto lo averigüe, te lo digo.

Me sostiene la mirada por un momento y luego asiente para expresar que acepta mi respuesta porque es sincera, y ella lo sabe. Bebe un sorbo de cerveza y vuelve a apoyar la botella sobre la mesa.

—Está bien. ¿Y qué opinas del interrogatorio a Bob Miller?

—Creo que oculta algo, y no hablo solamente de la desaparición de Stacy Howard. —Bebo un trago de whisky de un vaso largo.

Nunca me gustó demasiado la cerveza. Prefiero las bebidas fuertes porque queman cuando bajan por la garganta. Algunas cosas de la vida están para pasarla bien, y otras no. Siempre creí que el alcohol pertenecía a la segunda categoría. Al igual que con la verdad, prefiero que me pegue de lleno, no importa cuánto duela.

—Comparto —dice Pam—. Por ejemplo, ¿por qué supuso que lo llamamos para hablar sobre el caso Summers?

Hago girar el vaso en las manos para mantenerlas ocupadas.

—Debo admitir que su coartada era buena, pero minimizó la razón por la que se lo consideró sospechoso en su momento.

—¿Qué quieres decir? —Frunce el ceño al mirarme.

Pam comenzó a trabajar en la comisaría hace cinco años, por lo que no tuvo contacto de primera mano con el caso Summers. Antes había vivido en Florida, aunque parece que siempre hubiera estado aquí. Tal vez sea porque se adaptó muy bien desde un principio. Nunca tuve la oportunidad de ponerla al tanto sobre la investigación y sé que ella nunca tuvo el tiempo de leer ese mamotreto.

—Kelly había estado casada con Greg, el hermano de Bob. En ese momento, se llamaba Jenna. Todos vivían en Wisconsin. A Greg lo asesinaron, y culparon a Jenna, pero el caso quedó en la nada cuando se perdieron pruebas decisivas durante el juicio. Después de

eso, Jenna se cambió el nombre por el de Kelly y se mudó a Virginia para empezar una vida nueva.

Pam separa apenas los labios.

—Es un buen motivo para asesinarla.

—Exacto, y nosotros, es decir Stevens, se encargó del caso en ese entonces. Pero como Bob recordó, su coartada era sólida: no estaba en el estado cuando asesinaron a Kelly.

—A menos que haya contratado a alguien para hacer el trabajo —agrega; levanta la botella y bebe rápido—. ¿Se investigaron sus finanzas?

Bajo el mentón y niego con la cabeza.

—No. Para Stevens, el único culpable era Adam. El resto de los sospechosos fueron descartados casi de inmediato. Eso no debería haber ocurrido. Intenté investigar por mi cuenta, pero el caso le pertenecía a Ryan, y la burocracia no me permitió avanzar.

—¿Crees que Bob fue el asesino?

—Quizás, no lo sé. —Me inclino hacia adelante en el asiento—. Por mucho tiempo pensé que había sido Sarah.

Pam me observa divertida y desestima la idea con la mano.

—¿Por qué? ¿Porque la esposa es siempre la culpable?

—No —replico con una sonrisa, aunque hablo en serio—. Sarah tenía un motivo. La víctima se acostaba con su esposo, pero Ryan eliminó cualquier posibilidad de investigarla.

—¿Por qué?

—Porque Sarah dijo que estaba en un bar en la capital con su asistente Anne a la hora del homicidio.

—¿Lo corroboraron con un comprobante de pago, un video de alguna cámara de tránsito o de seguridad u otros testigos, como el

barman o el camarero?

—No —admito con los ojos fijos en el vaso. Me avergüenza lo deficiente que fue nuestro trabajo. Se cree que los policías siempre cumplimos con los protocolos. Sí, hacemos un juramento y usamos uniforme; pero, debajo de ese uniforme, hay seres humanos comunes y corrientes. Somos imperfectos. Cometemos errores, a veces sin intención, y a veces adrede. Queda claro que lo de Ryan fue deliberado. Entendió que Adam era una salida fácil; y él necesitaba cerrar la investigación lo antes posible para que nadie descubriera su aventura con Kelly. Tampoco entiendo cómo se las arregló Adam para escapar de la cárcel después de que lo arrestaran. Eso nunca tuvo lógica para mí, pero tal vez le tendieron una trampa, le dieron la chance de huir. Eso reforzaría la idea de que Adam era culpable, y así fue. Porque las personas inocentes no huyen.

—¿Qué pasó con las huellas en el arma asesina? —quiere saber Pam.

—No se halló ninguna.

—Qué oportuno. —Pam ladea la cabeza—. ¿De veras piensas que Sarah le tendió una trampa a Adam para culparlo por el asesinato de su amante?

—Lo representó en el juicio. El montaje hubiera sido perfecto. Pero a Kelly la apuñalaron treinta y siete veces, y dudo que una mujer pueda hacerle eso a otra.

—A mí me enseñaron que todos somos capaces de cualquier cosa si creemos que hacemos lo correcto. Piensa en Ryan. Ocultó y adulteró pruebas, no se excusó de dirigir la investigación y no

confesó su relación con la víctima. Seguro creyó que hacía lo correcto. —Pam vacía la botella de cerveza y la apoya en la mesa.

—¿Encubrirse a sí mismo?

—Quizás era lo correcto para él.

—Lo mataría ahora mismo.

Extiende la mano desde el lado opuesto de la mesa y la apoya sobre mi puño cerrado, que se relaja de inmediato con el contacto.

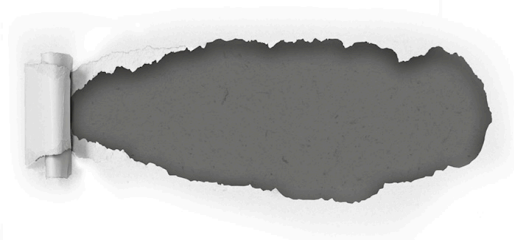
—No, no lo harías, Marcus. Para ti, hacer lo correcto tiene que ver con la moral, y no con tus intereses personales.

—Ojalá tengas razón —suspiro.

—Sé que sí.

Me acerco la mano de Pam a los labios y la beso en el dorso. Tiene más fe en mí que la que yo alguna vez tuve. No sé qué es lo que ve.

—Lo único que yo sé —le digo con expresión decidida— es que lo vamos a resolver entre los dos, y que esta vez lo vamos a hacer bien.



17
N.N.

Algo golpea contra el piso de concreto y me sobresalta. Otro objeto aún más contundente aterriza cerca de mí y rebota varias veces antes de golpear contra la pared, rodar y detenerse. Una puerta se cierra con un estrépito. Parece que es un poco a la distancia, a unos tres metros por encima de donde estoy, como si se tratara de la puerta de un sótano al comienzo de unas escaleras.

—¿Hola? —pregunto tímidamente en la habitación a oscuras—. ¿Hay alguien por ahí?

Unas pisadas fuertes, pesadas, arremeten de un lado al otro del techo. El ruido se asemeja al de las botas de trabajo, de esas que usan los hombres en las obras en construcción.

Busco los objetos que me arrojaron, con la esperanza de que sean agua y comida otra vez. Ya me dieron eso antes. La primera vez estaban aquí cuando me desperté al llegar. La segunda fue al poco tiempo, y me los tiraron también. Creo que me los dan una vez al día, pero no puedo determinar la frecuencia porque no hay luz. Hallo

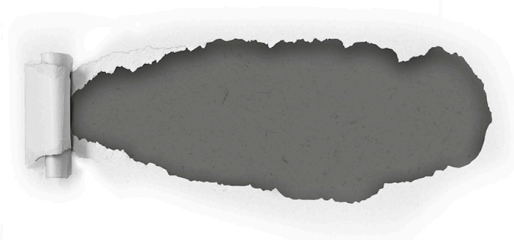
el objeto que rebotó contra la pared. Es una botella de plástico. Desenrosco la tapa y huelo, para asegurarme. No tiene ningún olor, así que sé que es agua. Tengo la garganta reseca y vacío el recipiente en segundos. Enseguida me arrepiento de haberla bebido toda, porque todavía tengo sed y no sé cuándo me darán más.

Tanteo alrededor y doy con el otro objeto. Tiene unos veinte centímetros de largo, es blando y esponjoso, y está recubierto por una lámina plástica. Es un sándwich, pero ¿de qué? Le quito el plástico, y el aroma me invade, describiendo una imagen. Pan, mostaza, cebolla, tomate, lechuga y, creo, jamón. El último era de carne; no es lo que más me gusta, pero igual me lo comí. Las personas secuestradas no elegimos. Doy un mordisco para confirmar que esa carne sea jamón. Casi me atoro por comer tan rápido y me digo que debo calmarme. Mastico hasta que cada bocado se convierte en una pasta y, recién después, trago. Ojalá no me hubiera acabado el agua.

No tengo idea de cuánto hace que estoy aquí porque duermo la mayor parte del tiempo y, cuando no duermo, solo pienso en cómo me gustaría seguir descansando. Dejé de pedir ayuda porque no viene nadie, salvo quien lanza la comida y el agua, que no va a ayudarme. Me mantiene con vida, y no sé para qué.

Busco a mi alrededor para ver si encuentro algo que me sirva para salir de aquí, pero solo consigo clavarme una astilla en la palma de la mano. La zona me late. Intento presionar con los dientes para quitármela, pero no la veo, por lo que supongo que formará parte de mí durante el futuro cercano, al igual que la cadena gruesa de metal que me rodea el tobillo.

No sé quién está detrás de esto, pero se me ocurren al menos cinco nombres con buenos motivos para querer lastimarme.



18
BOB MILLER

Reviso el teléfono nuevamente para ver si Brad respondió a mi mensaje; todavía no. Anoche le pedí que buscara todos los datos posibles sobre Stacy Howard. Me dijo que podría enviarme algo por la mañana. Pero ya es casi mediodía, y lo único que recibí fue silencio absoluto.

Durante la noche lo pensé y me di cuenta de que Sarah tiene razón. Quizás su intención sea alejarme, empujarme en dirección opuesta a la de ella, pero está en lo cierto. No sé nada de Stacy Howard, ni un detalle. Bueno, no. En verdad, sé dos cosas.

La primera, que es una ladrona. Al día siguiente de haber tenido sexo con ella, me desperté y ella ya se había ido… con mi Rolex y todo el efectivo que llevaba encima.

Segundo: es una extorsionadora. Menos de una semana después de nuestro encuentro, recibí un mensaje de texto en el que me exigía dinero a cambio de no contarle nada a mi esposa. Sacó el número de la oficina de la tarjeta que halló en mi cartera. Pensaba

pagarle para mantenerla callada, pero, al día siguiente, Sarah ya se había enterado, gracias a algún imbécil del estudio. Así que no le presté atención al mensaje de Stacy ni a sus intentos posteriores de chantaje. Lo que le contó a su compañera sobre que nos seguíamos viendo es una mentira total. Nunca más la vi después de esa noche, y por eso necesito descubrir quién es.

—Bob. —Anne me sobresalta—. ¿Cómo votas?

Miro a Sarah, sentada en el extremo opuesto de la mesa de conferencias. Nos encontramos en la reunión trimestral de la junta directiva de la Fundación Morgan. Tiene el pulgar en alto, así que apunto el mío hacia abajo. No tengo idea de qué voté. Anne está a la izquierda de Sarah, con el pulgar también levantado. Al ser la facilitadora, el voto de Sarah cuenta doble. Antes, le seguía la corriente para garantizar que tuviera tres de siete votos, pero ya no.

—Seis a favor y uno en contra en el voto para donar artículos de higiene femenina de calidad a las mujeres en las cárceles del estado de Virginia. Se aprueba la moción —anuncia Anne.

Genial. Quedé como un canalla frente a los demás miembros de la junta, todas personas muy valoradas en las comunidades vecinas: el guardia de una prisión, el director ejecutivo de una empresa contable, la dueña de una agencia dedicada a las relaciones públicas y un hombre que dirige una compañía de lobistas en Washington D.C. El guardia me observa intrigado. Es mayor que yo y tiene una expresión recia y una voz atronadora, hable al volumen que hable. Bajo la cabeza y me froto la frente para que piense que me siento mal, y no que estoy desatento y desenfocado.

—¿Te sientes bien, Bob? —pregunta.

—Sí. Es una migraña, nada más. —Me sirvo un vaso de agua del juego de jarras que está frente a mí y lo bebo de un sorbo, mientras espío a Sarah a través del borde superior. Está ahí sentada, muy compuesta, como si todo estuviera de maravillas. Carajo. Nuestro matrimonio se cae a pedazos y el caso de Kelly Summers se reabrió; no sé cómo puede estar tan calma y correcta. Apoyo el vaso y vuelvo a llenarlo.

Sarah no me presta atención, ni siquiera mira hacia mi lado. Me gustaría saber qué piensa, qué ideas atraviesan esa mente brillante, diabólica. Me encantaría partir su cráneo en dos y hurgar en su cerebro para ver qué la motiva, dónde esconde sus pensamientos más oscuros y sus secretos más profundos. Aun si pudiera oír lo que piensa, no sé si podría enterarme de todo. Sarah es capaz de facetar quien de veras es y las cosas espeluznantes que hizo, y armar una especie de dado. Solo una cara mira hacia arriba, y esa es la que decide mostrarte. En este momento, es la cara de la empresaria respetada, la miembro de junta directiva, el pilar de la comunidad, la activista, la madre cariñosa, la amiga protectora y la líder maravillosa. O, al menos, eso es lo que los otros cinco payasos creen, porque eso es lo que ella quiere que crean. Los psicópatas se caracterizan por compartimentar sus sentimientos, y justamente así es Sarah. Por eso, no tuvo inconveniente en apuñalar 37 veces a Kelly y presentarse en el trabajo al otro día como si no hubiera ocurrido nada extraño. En ese sentido, ella y yo somos iguales.

Anne presiona una tecla de su computadora portátil e informa:

—Ahora las novedades sobre el Caso 50, Alejandro Pérez. Primero, felicitemos a Bob por una propuesta tan exitosa.

Aplauden con moderación. Hasta Sarah lo hace y, esta vez, me busca la mirada con una sonrisa de satisfacción. Es para disimular, estoy seguro. Aprieto los labios y agradezco inclinando la cabeza.

—Alejandro se instaló en un departamento. —Anne lee en voz alta de la pantalla de la computadora—. Pasó el primer control de drogas y ayer evitó que a Sarah la acorralaran los periodistas.

La sonrisa de Sarah se tensa. Los miembros de la junta vuelven a aplaudir y la miran comprensivos.

—¿Y el trabajo? —pregunta el guardia—. ¿Logró conseguir alguno? —Se recuesta en la silla y cruza los brazos sobre el pecho ampuloso.

—Tiene uno temporario —comenta Sarah—. Pero cuando termine, continuará con la búsqueda. Alejandro aclaró que ya tenía dificultad para conseguir un empleo estable antes de que lo aceptáramos en el programa de la Fundación Morgan por su condición de exconvicto.

—Me gustaría decir algo al respecto —interrumpe Kendall levantando la mano. Es una mujer delgada, elegante, siempre de punta en blanco, dueña de una agencia muy renombrada que se dedica a las relaciones públicas. Para ella todo es cuestión de imagen, y es excelente en lo que hace; es decir, en difundir tonterías pero presentarlas como si fueran tesoros.

Sarah asiente y, con un gesto, le indica que continúe.

—Próximamente se publicarán varios artículos en los medios nacionales para promover la reclasificación del término «convicto» por ser discriminatorio y para educar a la sociedad con el fin de que entienda que las personas que han estado en prisión constituyen una comunidad subrepresentada. Se supone que esta narrativa estimulará el apoyo a estos grupos de las generaciones más jóvenes,

como ocurrió en tantos otros casos. Además, creemos que las empresas y los comercios se harán eco de la presión, y eso generará un impacto positivo en las posibilidades de empleo para esta comunidad —explica Kendall.

El guardia irgue la cabeza.

—¿Cómo piensan llamarlos, entonces?

—Mi equipo está elaborando una lista con definiciones nuevas que, en nuestra opinión, son más positivas y políticamente correctas. Debería estar lista para la próxima reunión de la junta.

—Si agregamos el sufijo «–ista» o «–fobo» a cualquiera que se resista a aceptar la definición nueva o a usarla, ya tenemos un movimiento —añade Corey, alzando sus cejas perfectamente depiladas. Corey es un lobista en Washington D.C., con un peinado tan elaborado que parece un símil del muñeco Ken. Si quieres que algo se haga en Washington D.C., lo llamas a Corey. Podría jurar que conoce los trapos sucios de todos en esa ciudad.

—Ese es exactamente nuestro plan —afirma Kendall con una sonrisa.

—Bien. Estoy ansiosa por ver lo que propone tu equipo —asegura Sarah, y luego se dirige a Corey—. ¿Alguna novedad por tu lado?

—Sí. En breve voy a presentar un proyecto de ley en el Senado para brindar incentivos adicionales a los empleadores que contraten a excon… a personas que cumplieron condenas, digo.

Sarah junta las yemas de los dedos de la mano a la altura del rostro.

—¿Esa ley superaría la del crédito tributario que está en vigencia?

—Exacto. —Asiente—. Si se aprueba, el monto del crédito se duplicaría, y los empleadores podrían acceder a primas aún más

bajas por seguros de salud para todo su personal.

—¿Cuánta confianza tienes de que la ley se apruebe? —pregunta Sarah.

—Mucha —responde Corey con una sonrisa endiablada.

—Eso era lo que quería escuchar —remata Sarah, complacida.

Todos asienten y sonríen mientras Anne toma nota y pasa al ítem siguiente en el orden del día. Mi teléfono vibra contra la mesa, lo que provoca una leve distracción. La mirada de Sarah se tensa, pero no dice nada. Lo silencio, pero antes me fijo en el mensaje que Brad acaba de enviar. Casi se me escapa un suspiro de alivio.

BRAD WATSON
Acabo de recibir el informe de Stacy Howard. La acusaron por extorsión cuando chantajeó a un congresista en funciones hace algunos años, pero le dieron un tirón de orejas y la dejaron libre.

BOB MILLER
¿Tuvo un amorío con ese congresista y amenazó con contarle a su esposa?

BRAD WATSON
Hmm. No lo sé. Es un informe confidencial, pero veré si puedo conseguir algo.

Parece ser que no fui la primera presa de Stacy. Todavía no escribo la respuesta cuando Brad me envía otro mensaje.

BRAD WATSON
Pero hubo algo que me puso sobre alerta.

BOB MILLER
¡¿Qué?!

Me muerdo el labio inferior mientras espero su respuesta. Finalmente, aparece en la pantalla, y siento que el rostro me arde. La vena gruesa de la frente me empieza a latir cuando lo leo.

BRAD WATSON
El nombre de Stacy figura en la lista de pagos externos de la Fundación Morgan. Todavía intento dilucidar por qué se le pagó exactamente, ya que aparece como «contratista». Pronto te cuento más.

Las manos se cierran en dos puños apretados y alzo la cabeza lentamente, mirando con el ceño fruncido a mi esposa, sentada en el otro extremo de la mesa. Lo sabía. Está tramando algo en mi contra. Es probable que lo venga haciendo desde que se enteró de que yo tenía un amorío.

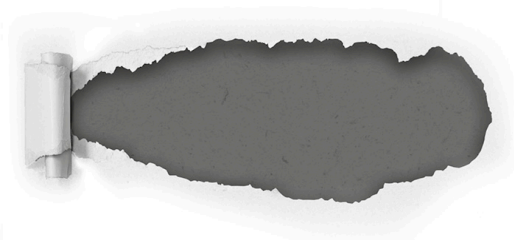
Sin ni siquiera pensarlo, tomo el bolígrafo que está junto a mi teléfono y arremeto hacia ella. Nadie tiene tiempo de reaccionar; en un instante, me abalanzo sobre ella y su silla cae hacia atrás. Chocamos contra el suelo, y también su cabecita rubia, lo que la deja semiinconsciente. Los alaridos y los gritos ahogados colman la habitación. Alzo el bolígrafo aferrado a mi mano por encima de la cabeza y se lo clavo en una de sus cuencas oculares. La sangre surge en un chorro de la herida y me rocía de rojo la camisa blanca y abotonada hasta arriba. Hundo el bolígrafo en su rostro una y otra vez hasta que queda irreconocible; una maraña de piel, sangre, cartílago y huesos expuestos. No puedo evitar reírme como un loco. Tolón, tolón, la bruja se murió.

—Bob —me llama Sarah con un dejo de preocupación en la voz. La fantasía se disipa y veo que todavía estoy en la sala de conferencias, sentado frente a ella. Tiene la cabeza ladeada y las

cejas juntas. Apreté tanto el bolígrafo que lo partí en dos, y la tinta roja se derramó por el puño cerrado hasta la mesa. Los demás miembros de la junta me observan con la misma expresión que Sarah.

—¿Cómo votas? —me pregunta, y su rostro pierde toda expresividad. Tiene la mano en alto frente a ella, con el pulgar hacia arriba.

Suelto el bolígrafo y extiendo el puño manchado de rojo, haciéndolo rotar lentamente hasta que el pulgar queda señalando hacia abajo. Sarah aún no lo sabe, pero somos tal para cual.



19
SARAH MORGAN

Anne apoya dos jarros con café sobre la mesa violeta y se sienta frente a mí. Estamos en un café pintoresco a pocas calles de la oficina. El lugar tiene un estilo ecléctico, con una mezcolanza de mesas y sillas que no combinan entre sí, pero que, por algún motivo, quedan bien. Se parecen a Bob y a mí, hasta que él mostró su verdadero rostro y me di cuenta de que no era de confianza. Aunque creo que nunca confié de veras en él… Al menos, en algún lugar de mi interior.

—¿Qué le pasaba a Bob en la reunión? ¿Votaba a propósito lo opuesto a ti en cada punto? —Anne bebe con cautela un sorbo de café caliente. Todavía humea, pero nunca se destacó por su paciencia. Solo conmigo es paciente. Cuando el líquido le toca los labios, se estremece y vuelve a colocar el jarro sobre la mesa.

—¿Tú también lo notaste? —respondo alzando una ceja.

—Imposible no hacerlo.

—Quiere armar escándalo por lo del divorcio. Supongo que está en la etapa de ira del duelo por la separación; dejó atrás bastante rápido la de rebajarse y la de negarlo todo. —Acerco el jarro a los labios y bebo sorbos lentos. Quema, pero mi grado de resistencia al dolor es alto, así que no me importa.

Anne frunce el entrecejo.

—¿En un momento le sangró la mano?

—Lo más seguro es que haya sido la tinta roja del bolígrafo que partió por la mitad —digo poniendo los ojos en blanco.

Bob nunca aceptó usar tinta azul o negra, ni siquiera cuando escribe su firma o completa un formulario. Tiene que ser roja. Es un jueguito de poder estúpido que, en mi opinión, siempre lo hace quedar como un imbécil y no como un macho alfa, como él pretende.

—Una actitud rara para una reunión de junta directiva.

—*Muy* rara. —Asiento con la cabeza.

—¿Cuál es el plan después del divorcio? ¿Va a continuar en la junta?

—Mi esperanza es que acepte dar un paso al costado como parte del acuerdo de divorcio, pero hasta ahora no aceptó nada.

—Qué ridículo. Debería facilitarte las cosas, especialmente después de lo que hizo y con lo de… Me acordé de algo. Hoy me llamó Hudson para preguntarme si podía responder algunas preguntas en relación con el caso Summers. ¿Eso es normal? —Anne bebe del jarro y alza una ceja por encima del borde.

—Sí. Ahora que reabrieron la investigación, tienen que volver a interrogar a todas las personas relacionadas con la anterior.

—Pero eso fue hace más de diez años. ¿Cómo pretenden que me acuerde?

—En verdad, no lo pretenden. Es solo una cuestión de protocolo.

Anne mueve la cabeza, asintiendo.

—¿Te preocupa el caso Summers? —continúa.

Mi mirada se tensa, pero relajo la expresión antes de que Anne lo advierta.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si descubren que Adam no fue quien asesinó a Kelly Summers? —Hace una pausa y dirige la vista hacia el jarro de café, para luego elevarla y mirarme a los ojos—. No sé cómo podrías vivir con eso, especialmente cuando es demasiado tarde para corregir nada. En tu lugar, estaría furiosa y devastada. No sé qué haría si...

Dejo escapar un pequeño suspiro.

—Trato de no pensar en eso.

Alarga el brazo a través de la mesa, cubre mi mano con la suya y me da un apretón cariñoso.

—Siempre voy a estar contigo, Sarah. Cualquiera sea la situación.

—Lo sé, Anne.

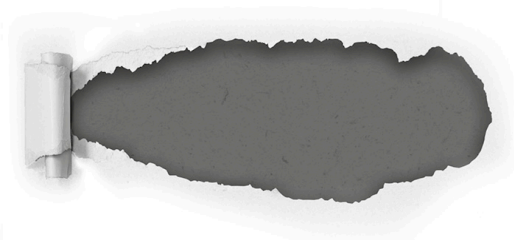
Mi teléfono vibra en mi bolsillo y retiro la mano para buscarlo. Un mensaje de Bob ilumina la pantalla.

BOB MILLER
Sé lo que tramas, Sarah, pero no te saldrás con la tuya.
Ponle un fin a esto o lo haré yo… de una vez y para siempre.

—¿Qué es? —quiere saber Anne al notar que no despego los ojos del teléfono. Alzo la cabeza y lo guardo rápidamente en el bolsillo.

—Nada. Una publicidad. —miento.

Me encantaría creer que las amenazas de Bob son inofensivas, pero sé que no es así.



20
SHERIFF HUDSON

—Apreciamos que se haya acercado, Anne —le digo mientras la ayudante Olson y yo la guiamos a la salida de la sala de interrogatorios, donde, durante media hora, repasamos lo que hizo la noche en que Kelly Summers fue asesinada.

—No tiene por qué. —Anne esboza una sonrisa tensa—. Ojalá hubiera podido ser de más ayuda, pero pasó mucho tiempo.

—Lo entendemos —respondo—. Si tenemos más preguntas, volveremos a ponernos en contacto.

—Desde ya —asiente—. Que disfruten del día. —Da un par de pasos hacia atrás; luego gira sobre sus talones y cruza el corredor hacia la entrada principal.

Cuando nos alejamos, Olson me choca el hombro.

—¿Qué piensas?

La miro y me encojo de hombros.

—No hay mucho que pensar. No agregó nada nuevo y apenas recordaba su testimonio original.

—Como si no fuera su testimonio, casi. —Olson levanta una ceja —. Es una lástima que no podamos corroborar su relato con datos concretos, como un comprobante de pago del bar donde ella estaba con Sarah, los videos de las cámaras de seguridad o la localización del celular.

—Bueno, eso podría haberse hecho en su momento si Stevens no…

—No podemos hacer nada ahí —me interrumpe Olson—, así que concentrémonos en lo que sí podemos controlar.

Las comisuras de los labios se me curvan hacia arriba cuando contemplo sus ojos grandes y castaños y agradezco que siempre me baje a tierra, me sujete al presente en vez de dejar que me lamente por el pasado o me ponga ansioso por el futuro. Antes de Pam, reaccionaba furibundo o me aislaba por completo. Ella me ayudó a hallar el equilibrio entre ambas posturas, pero, por desgracia, con lo que está ocurriendo, me resulta cada vez más difícil mantener ese equilibrio, incluso con su ayuda.

—¿En qué punto estamos en la desaparición de Howard? —Olson me aleja de mis pensamientos.

—Nada en los hospitales ni en las cárceles de las áreas cercanas. Les pedí al teniente Nagel y a un par de agentes que interroguen a amigos, familiares, compañeros de trabajo, vecinos... Cualquiera que pudiera tener datos sobre su paradero.

—Con suerte, podremos encontrar una pista, o quizás simplemente aparezca. ¿Quién nos queda por interrogar en el caso Summers? —consulta.

Tomo un anotador del bolsillo delantero de la camisa y lo abro con un solo ademán.

—Bob, pero prefiero dejarlo para lo último, por la investigación sobre Howard.

—Mejor no asediarlo con esto ahora. —Asiente para mostrar que está de acuerdo.

—También falta Scott Summers, el esposo de Kelly, pero no pudimos ubicarlo hasta ahora, y no creo que lo logremos, a menos que, desde ya, él quiera que lo encontremos.

—¿Qué quieres decir?

—Scott dejó la ciudad después del juicio. Nadie lo ha visto ni sabido de él desde ese entonces.

—Bastante sospechoso, ¿no? —Olson inclina la cabeza—. Los culpables son los que huyen.

—Exacto. Siempre supuse que era culpable de algo, pero no creo que estuviera conectado con el asesinato de Kelly.

Alza una ceja, pero avanzo con la conversación antes de que formule otra pregunta.

—También está Jesse Hook, el tipo que acosaba a Kelly, pero murió de una sobredosis hace tres años.

—¿La acosaba?

—La defensa lo definió como un acosador, pero la otra parte dijo que, simplemente, Kelly le gustaba un poco demasiado. Stevens lo sobreseyó, pero ahora sabemos que quizás no fue lo correcto.

Olson niega con la cabeza, desalentada.

—Y Sarah —agrego—. Pero quiero ser cuidadoso con ella.

—¿Por qué?

—Presentó una petición para reabrir el caso de Adam Morgan, y alguien del equipo del juez Carmack me pasó el dato de que se la van a otorgar. Eso nos deja en una posición muy vulnerable para

iniciar una acción legal, así que preferiría no recurrir a ella hasta que sea absolutamente necesario.

—¿Tan rápido acceden a una petición? —Hay escepticismo en la voz de Olson.

—Sarah tiene amigos en todas partes. Si quiere que algo se haga, se hace, y se hace rápido.

—Que Sarah presente una petición para reabrir el caso me hace pensar que no tuvo nada que ver con el asesinato de Kelly. Si no, ¿por qué la presentaría?

—Resultaría sospechoso que no lo hiciera, teniendo en cuenta la información nueva.

—Cierto —admite Olson—. Quizás solo esté representando un papel. ¿Qué sabes de Stevens? ¿Alguna noticia de la operación?

Bajo los ojos hacia la muñeca para averiguar la hora.

—No, todavía no, pero debería terminar pronto. Además, el cirujano me informó que no podrá hablar por algunos días después de la cirugía, y eso si todo salía bien.

—Mierda.

—«Mierda» es la palabra correcta; la comunidad exige pruebas concluyentes de quién mató a Kelly. A menos que tengamos un golpe de suerte, no creo que podamos complacerlos. —Exhalo profundo a través de la nariz.

—Si presionamos lo suficiente, quizás la verdad salga a la luz.

—Quizás. Aunque solo lo veo posible si las personas involucradas en el asesinato fueran dos y una entregara a la otra. Quien haya sido, guardó el secreto durante doce años. Como dice el refrán: «Dos pueden guardar un secreto, si uno está muerto».

—Espero que sean dos, y que ambos estén vivos. —Olson sonríe esperanzada.

Nos interrumpe el tono de llamada de mi teléfono. Lo desengancho del cinturón y lo acerco a la oreja.

—Habla Hudson.

—Soy el teniente Nagel. Encontramos el vehículo de Stacy Howard.

—¿Dónde?

—En la calle Lawson.

—Voy para ahí —digo, y corto la llamada.

***

La ayudante Olson y yo caminamos hacia la escena, que se desarrolla en una calle sin salida en un barrio residencial en las afueras de la ciudad. Se ven varios lotes a la venta con viviendas en distintas etapas de construcción, pero no hay ninguna terminada. Los agentes están desperdigados e inspeccionan el área. Los forenses están abocados al examen del vehículo de Stacy, una Hyundai Santa Fe negra. Nagel está de pie cerca de la camioneta abandonada, con la espalda vuelta hacia nosotros.

—Teniente Nagel —lo llamo mientras nos acercamos.

Se da vuelta y nos saluda con la cabeza.

—Sheriff Hudson. Ayudante Olson.

—Pónganos al tanto —le pido.

—Una patrulla divisó la camioneta y nos avisó. Les pedí a algunos agentes que buscaran pistas, y los técnicos de campo están analizando el vehículo para ver si hallan evidencias.

Miro al equipo forense y luego vuelvo a concentrarme en Nagel.

—¿Encontraron algo?

—Sí, en el volante. Parece sangre seca, así que es posible que se trate de un secuestro, sheriff.

—¿Podemos confirmar que la sangre pertenece a Stacy? —aporta Olson.

—No sin una muestra de ADN. Es única hija. Su madre falleció cuando ella tenía veinte años, y el padre la abandonó de niña, según lo que contó la chica con la que vive. El sargento Lantz va en camino para recoger un cepillo de dientes y otro para el cabello. Esperemos que esos objetos le sirvan al laboratorio para comparar los ADN.

—Bien —respondo—. Y sí, estoy de acuerdo con que se trata de un posible secuestro, lo que modifica la carátula de Stacy de «persona desaparecida» a «persona desaparecida en peligro». ¿Ingresaron su nombre en el Centro Nacional de Datos y en la Red de Información de Delitos de Virginia?

—Le diré al agente Lane que lo haga cuando llegue a la comisaría.

—Una vez ingresado —digo, y miro a Olson—, quiero que consulten con la Oficina de Investigación de Delitos.

—Así se hará.

—¿Y si lanzamos una alerta por mujer desaparecida y en peligro o lo difundimos en los medios? —propone Nagel.

—Tenemos que preguntar a la Oficina de Investigación de Delitos primero, y luego ellos se encargan. Coordinan con la policía del estado para activar la alerta y con la Oficina de Asuntos Públicos para publicarla en los medios y en las redes sociales —le explico mientras recorro el sitio con la mirada—. Supongo que aquí no hay cámaras de tránsito.

—Por desgracia, no, sheriff —corrobora Nagel.

Resoplo y niego con la cabeza.

—Quienquiera que haya sido, tuvo suerte o sabía que no se toman registros en este lugar. ¿Encontraron algo más en la camioneta?

—Había un teléfono celular en el suelo del lado del acompañante. Como suponíamos, está sin batería, porque la última vez que se lo ubicó, de acuerdo con la compañía proveedora, fue cerca de donde vive Stacy.

—Asegúrese de llevarlo directo al laboratorio para que empiecen a trabajar en desbloquearlo.

—Ya lo envié —responde Nagel.

—Bien. Con suerte, lograremos leer los mensajes de texto, porque el proveedor no los almacena.

—¿Y si le preguntamos a la chica que vive con Stacy? —sugiere Olson—. Hay que avisarle a Lantz, ya que va en camino hacia donde viven juntas, por la muestra de ADN. Quizás ella sepa la contraseña.

—Bien pensado. Llamen a Lantz para que le pregunte cuando esté allí. —Nagel vuelve a asentir con la cabeza.

—También encontramos esto, sheriff. —Me enseña una bolsa para guardar pruebas; adentro hay una tarjeta profesional blanca con letras rojas impresas.

—«Bob Miller» —leo en voz alta.

—¿Deberíamos interrogarlo otra vez? —Olson alza una ceja.

—No, todavía no —digo con una sacudida de cabeza—. Lo hicimos hace poco y admitió conocer a Stacy, así que, a estas alturas, lo de la tarjeta es un dato circunstancial. Además, no tengo elementos suficientes para retenerlo. De todos modos, manden la tarjeta al laboratorio.

—De acuerdo. ¿Algo más? —pregunta Nagel.

Mis ojos se desplazan hacia la camioneta, donde el equipo forense intenta hallar huellas y recolectar hasta la más mínima evidencia. Hace cuatro días que Stacy desapareció. Desaprovechamos las primeras cuarenta y ocho horas, las cruciales. El teléfono celular y el vehículo abandonado, y la sangre seca en el volante son indicios claros de que se trata de un secuestro… o tal vez algo peor. Mi instinto me dice que Bob está involucrado, pero no me puedo permitir ese sesgo. Por eso mismo, estamos en el medio de una tormenta de mierda en el caso Summers. Quizás haya otro ángulo que no estoy viendo aquí.

—Sheriff —llama Nagel, sacándome de mis pensamientos. Dirijo la mirada hacia él y hacia Olson.

—¿Revisaron los antecedentes de Stacy Howard?

Ambos niegan con la cabeza.

—Pidan eso también.

—Enseguida —reacciona Nagel, y gira sobre los talones. Toma el radio para informar los nuevos requerimientos al sargento Lantz y al agente Lane y luego convoca a su equipo para instruirlos sobre los próximos pasos.

—¿Que revisen los antecedentes? —Olson me mira frunciendo los ojos.

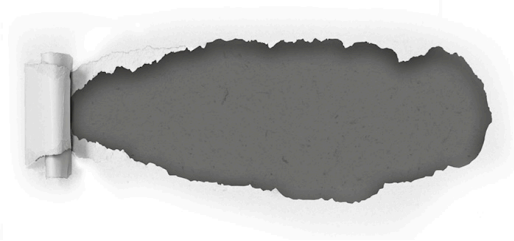
—Es una corazonada.

—¿Estás seguro de que no debemos interrogar otra vez a Bob?

Observo la escena frente a mí, tratando de absorber todos los detalles.

—No, no estoy seguro —admito—. Pero lo interrogamos ayer y, hasta que los forenses no terminen, no tenemos pruebas que lo

vinculen con la desaparición, por lo que no tenemos nada nuevo para preguntarle… Al menos, no por ahora.



21
SARAH MORGAN

Aferro la panceta chisporroteante con las pinzas metálicas y la paso a un recipiente llano forrado con papel de cocina. Dos rodajas de pan saltan de repente de la tostadora y me sobresaltan. Estoy preocupada por Summer, por cómo le afectará todo esto, qué efecto tendrá en ella. Quiero mantenerla a salvo.

Sus pies azotan el piso de madera dura cuando arremete por el pasillo en dirección a la cocina. Es el sonido que más me gusta en el mundo, y lo valoro más que a nada porque sé que es temporario. Un día, las pisadas no serán tan ruidosas, ya que el entusiasmo de verme habrá desaparecido por completo. Y luego llegará el momento en que no las escuche más. Summer está en camisón, con el cabello rubio revuelto hacia todas partes. Somnolienta, se frota los ojos con el dorso de la mano.

—Buenos días, hijita —la saludo con una sonrisa mientras le sirvo un plato de panceta, tostadas y una tajada de pastel de espinaca y queso gouda.

—Buenos días, mami —responde con voz ronca.

—¿Dormiste bien?

—Creo que sí. —La silla se desliza por el suelo cuando Summers se sienta.

—Ojalá. —Acerco a la mesa un vaso con jugo de naranjas y el plato de comida, y los ubico frente a ella—. ¿Tienes hambre?

—*Muero* de hambre. No como desde anoche.

—Es cierto —digo entre risas—. Te traigo los cubiertos. —Cruzo la cocina para buscar un tenedor.

—¡Mamá! —Summer da un alarido.

Giro la cabeza al instante y veo que tiene el brazo extendido, señalando hacia la puerta corrediza de vidrio.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Corro a su lado.

—Hay un hombre afuera.

Suspiro aliviada cuando sigo sus ojos y veo a Alejandro, vestido con jeans, botas de trabajo y una camiseta blanca y ajustada. Está arrodillado en el porche con las manos en el taladro e iluminado por el sol. La herramienta vibra cuando presiona hacia abajo, insertando un tornillo en una tabla nueva de madera.

—Es Alejandro, mi amor. Lo contraté para que reparara el porche.

Summer baja el brazo y frunce el ceño, observándolo.

—¿Por qué tiene tantos tatuajes, mami?

—Porque le gustan; por eso decidió hacérselos. —Le entrego el tenedor.

Los ojos de Summer se iluminan y agarra el cubierto.

—Quiero hacerme tatuajes.

—Cuando seas más grande, tal vez. —Sonrío y me alejo para servir mi desayuno.

—¿Cuando tenga trece?

—No, muchos más.

—¿Me puedo perforar las orejas? ¿Puedo hacer eso cuando tenga trece?

—Tal vez —respondo mientras regreso a la mesa y me siento.

—A mi amiga Courtney se las perforaron cuando era bebé. Ni siquiera se acuerda —se queja.

—Dije «tal vez», hija. No es un no, así que no lo discutamos ahora.

Summer suspira y muerde un trozo de panceta.

—¿Te divierte pasar el día con tu papá en la capital? —le pregunto para cambiar de tema.

—Más o menos.

—¿Por qué?

Summer hunde el mentón.

—Porque me gustaría que tú también vinieras.

Le paso una mano por la cabeza, acariciando los rizos rubios y suaves. Aunque me esfuerzo por ocultarle lo de Bob y la separación, de alguna manera lo sabe. Los niños son perceptivos porque aún se están desarrollando e intentan hallarle sentido a este mundo que puede ser tan cruel y tan bello al mismo tiempo.

—Lo sé, hijita. A mí también me gustaría ir —miento—. Pero tengo que trabajar. —Otra mentira—. Además, está bueno que tú y tu padre pasen un rato juntos, los dos solos. —Eso sí es verdad.

Clava el tenedor en el pastel y se traga un bocado demasiado grande. Le propongo que beba líquido para no atragantarse. Tiene nueve años, pero es la fuerza de la costumbre de cuando era más pequeña y mi defecto como madre de siempre preocuparme. Mis

ojos vuelven a concentrarse en Alejandro. Carga una tabla en el hombro y la acomoda junto a la que acaba de fijar en el porche. Debió de sentir que lo estaba observando, porque levanta la cabeza en mi dirección. Desvío la mirada y la enfoco otra vez en Summer, quien se está zampando en la boca otro trozo gigantesco de pastel.

—La próxima, bebe un poco de jugo y traga bocados más chicos —le recuerdo.

Se lleva el vaso a la boca y bebe de un golpe la mitad, lo que le deja un bigote naranja sobre el labio superior. Picoteo mi desayuno, alternando con la mirada entre mi hija y el desconocido que está afuera. No sé si es buena idea tenerlo tan cerca porque ignoro de qué es capaz. Sé lo que dice su expediente, lo que hizo o, al menos, de qué se lo acusó legalmente. Pero eso no incluye la totalidad de las aberraciones que pudo haber cometido. En mi caso, por ejemplo, el expediente está impoluto.

—Listo —anuncia Summer. En el plato solo quedaron las migas del pastel y de las tostadas.

—¿Por qué no te duchas y armas el bolso? —le indico mirando el reloj en mi muñeca—. Tu papá no tardará mucho en llegar.

Salta de la silla y se va por el pasillo. La puerta del baño se cierra y, un momento después, oigo el agua que cae de la ducha. Debería haber cancelado esta salida después de que Bob me amenazó, pero no sería justo castigar a nuestra hija por el comportamiento errático del padre. Lo único que espero es que se calme y que, al menos, le regale a Summer una noche memorable y de disfrute en la ciudad.

Mis ojos regresan a Alejandro. Se levanta la camiseta para enjugarse el rostro, lo que deja al descubierto unos abdominales esculpidos y sudados. Desvío la mirada para recoger los platos y

llevarlos al fregadero, pero aún puedo verlo a través de la ventana que está un poco más arriba, atornillando una tabla de madera en el porche, los antebrazos musculosos, la piel transpirada. Nunca me dediqué a contemplar a nadie que trabajara con las manos. Adam nunca hizo tareas manuales, y Bob ni siquiera sabe qué es un destornillador. Alejandro se detiene para beber agua y vacía la botella. Hace un par de horas que está afuera, y estoy segura de que tiene hambre. Le sirvo un plato y un vaso de jugo, camino hasta la puerta corrediza y la abro. Alejandro alza la cabeza y sonríe en cuanto me escucha.

—Me imaginé que tendrías hambre —le digo, extendiéndole la comida y el jugo.

—Imaginó bien. —Pasa por encima del agujero que quedó cuando quitó las tablas para reemplazarlas y acepta el plato y el jugo. Me agradece.

Cierro la puerta corrediza y cruzo con cuidado el área donde faltan las tablas.

—Está quedando bien.

—Gracias. Debería estar terminado en unos pocos días. —Alejandro se mete un trozo de panceta en la boca y mastica.

—No hay apuro.

Alejandro asiente y continúa comiendo; deja el plato limpio en menos de un minuto.

—Estabas muerto de hambre —digo cuando lo recojo.

Se lame el labio superior.

—Disculpe, es la costumbre. Si no comías rápido, no comías. —Bebe el jugo de un solo trago.

—¿Cómo fue estar encerrado?

Sus ojos se fijan en los míos y se queda callado un minuto, como si estuviera decidiendo cómo responder a mi pregunta.

—Digamos que nunca querría volver.

Hasta donde sé, Alejandro no es de hablar mucho, al menos conmigo. Pero sí le gusta hacer preguntas. Extiendo la mano para tomar el vaso que me ofrece.

—Bueno, esa es tu elección.

En cuanto las palabras salen de mi boca, pienso en Adam. Él no tuvo opción porque yo tomé la decisión por él. A veces sufrimos las consecuencias de nuestras acciones; otras, sufrimos las consecuencias de las acciones de los demás. Igual, de algún modo, Adam selló su destino.

—En verdad —comienza, y cruza los brazos sobre el pecho—, la primera vez, no pude elegir.

Ladeo la cabeza, intrigada por la respuesta.

—¿Cómo es eso?

—Era chico. Mi padre nos había abandonado, y mi madre no supo ser madre. Prefirió los vicios en vez de a sus hijos, y por eso salí a buscar un lugar donde pudiera encajar, donde me aceptaran, donde me sintiera parte. Para los que quieren un sentido de pertenencia, las pandillas son el sitio ideal —explica, casi sin mirarme a los ojos.

Su respuesta me recuerda mi crianza. La muerte de mi padre. El derrumbe de mi madre, que se drogaba para superarlo. Perderlo todo. Vivir en moteles porque no había otra opción. Los hombres desconocidos que venían a nuestra habitación y le daban una dosis a cambio de lo único que le quedaba para ofrecerles: ella misma. Y a veces, eso tampoco bastaba. Me miraban cuando ella estaba inconsciente, como si fuera una especie de bono extra. Siempre me

los quitaba de encima, de una manera o de otra; una hace lo que sea para sobrevivir. La mayoría de las personas no tienen la necesidad de decidir entre la vida y la muerte. Una vez que pasas por eso, una vez que te ves obligada a tomar esa decisión, cambias para siempre.

—Es una pena haber caído ahí —añade, ahora sí mirándome a los ojos.

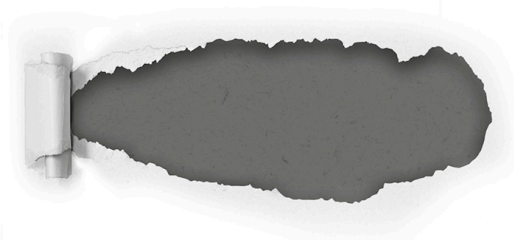
—Sí. Tú y yo no somos tan diferentes. El tema es que caímos en lugares distintos.

Alejandro reacciona con una sonrisa tensa.

—¿Y dónde cayó usted, Sarah?

—En el de la supervivencia.

No tengo que explicar nada. Lo veo en sus ojos. Sabe exactamente de lo que estoy hablando.



22
BOB MILLER

Cierro la puerta del auto de un golpe y contemplo mi casa rodeada de bosques. Antes, la vista del porche amplio y protegido y de los ventanales enormes me causaba felicidad, pero ahora solo me recuerdan lo que perdí; o, mejor dicho, lo que Sarah me quitó. Sé que está detrás de todo. Tiene que ser así. No puede ser una coincidencia que Stacy trabajara para la Fundación Morgan. Supongo que Sarah la contrató para que me sedujera, aunque no logro entender para qué haría una cosa así.

Brad hurgó un poco más y descubrió que habían contratado a Stacy como modelo para una gala benéfica organizada por la fundación seis meses atrás. Es decir, era una camarera sexi, un deleite para los ojos que incentivaba a los donantes masculinos a abrir sus carteras. Quizás fue entonces cuando a Sarah se le ocurrió la idea. Quizás me pescó cuando la miraba y decidió ponerme a prueba, ver si me mantendría fiel. ¿O quizás buscaba algo más?

Sarah fue la que propuso convocar a esa empresa de banquetes y eventos para la celebración que el estudio organizó en honor a mi nombramiento como socio principal. La noche de la fiesta, Sarah dijo que no podía ir porque Summer no se sentía bien y no estaba convencida de dejarla con una niñera. Eso me puso triste. No, me enojó. En ese momento, creí que no quería verme en su antiguo puesto porque estaba celosa. Pero ahora sé por qué no fue. Si hubiera ido, ¿cómo habría hecho Stacy para ponerme a prueba?

Un dolor punzante en la mandíbula disipa mis pensamientos, y me doy cuenta de que estoy ejerciendo demasiada presión, así que me relajo, alzo la cabeza y avanzo hacia la casa. Cuando llego a la puerta, no golpeo. Después de todo, también es mi casa.

—Summer —llamo mientras entro con decisión.

Hay un reflejo debajo de la puerta del baño que da al pasillo; oigo el zumbido del extractor de aire y el sonido del agua que cae. En cuanto pongo un pie en la cocina, la puerta corrediza de vidrio se abre. Sarah entra con un plato vacío en una mano y un vaso en la otra.

—Buen día, Bob —saluda; cierra la puerta y va hacia el fregadero. Trata de mostrarse despreocupada, de fingir que no hay ningún problema y que yo soy el único que exagera. Hizo lo mismo con Adam; lo volvió loco mientras lo destrozaba lentamente por detrás. La diferencia es que yo estoy a punto de desenmascararla.

Un movimiento difuso en el porche trasero capta mi atención, y de inmediato lo reconozco. El Caso 50, Alejandro Pérez. Carga una tabla de madera sobre el hombro y se detiene cuando ve que lo estoy observando. Alejandro me mira a los ojos y me saluda con un gesto.

Sacudo la cabeza y me dirijo a Sarah.

—Veo que contrataste a un delincuente.

—Está reformado, Bob. —Enjuaga un plato y lo acomoda en la rejilla para que se seque—. Y tú lo propusiste. ¿No confías en tu propia elección? —Sarah me mira por sobre el hombro, alzando una ceja.

—No dije eso. —Doy un paso más hacia la cocina y bajo la voz—. Pero no me convence que esté cerca de Summer.

—Nunca permitiría que le pase algo malo. —Deja de lavar los platos y me clava la mirada—. Además, el éxito de la fundación en casos de no reincidencia es del ciento por ciento.

—Solo se necesita uno para reducir ese porcentaje. —Aprieto los labios con fuerza.

—Todos merecemos una segunda oportunidad.

—¿Ah, sí? ¿Y tú y yo? ¿Cuál es mi segunda oportunidad, Sarah?

—La tendrás con tu próxima esposa, Bob. —No me mira cuando lo dice, sino que retira el tapón del drenaje y se seca las manos con un paño de cocina.

Dejo escapar un ja sarcástico y avanzo un paso más hacia ella.

—¿Cuándo lo supiste?

—¿Cuándo supe qué? —Frunce los ojos al mirarme.

—¿Cuándo supiste que te ibas a divorciar de mí?

—En el instante en que me enteré de que te revolcabas con otra.

—Lo supiste antes —la desafío, alzando el mentón.

Sarah se limita a bufar y continúa acomodando. Me trata igual que a la cocina, como si fuera otro desastre que debe ordenar.

—Sé que la contrataste —agrego.

—¿A quién?

—A Stacy.

—No sé de qué estás hablando. —Se pone a secar con un paño la superficie para dejar en claro que esta conversación no merece su atención plena.

—¿Por qué carajos está Stacy en tu lista de pagos?

Confundida, Sarah inclina la cabeza, pero no dice ni una palabra.

—Sí, es así. Seguí tu consejo y la investigué. Contrataron a Stacy como modelo, camarera o lo que fuese para una gala que la fundación organizó hace seis meses. —Cruzo los brazos sobre el pecho. «Jaque mate, desgraciada. Te tengo», pienso.

Tal vez debería haber evitado que me viera las cartas, pero tengo otras ocultas. Necesito que sepa que estoy absolutamente al tanto de lo que está haciendo; quizás así entienda que esto no va a funcionar y se detiene.

—¿Me estás contando cómo conoces a otras mujeres, Bob?

Siempre algún comentario astuto.

—¡No! —Elevo la voz, apretando la mandíbula—. Te estoy contando que hay una conexión entre tú y Stacy. Podría decir que es una casualidad, pero nunca lo es contigo.

Deja de limpiar para clavarme los ojos.

—¿En verdad crees que yo contrato a las putas camareras de los eventos? Soy la fundadora y la directora ejecutiva de la fundación. Anne y su asistente se ocupan de eso.

—Como si Anne decidiera algo sin tu bendición…

—Sí, decide. Para eso se tienen empleados.

—No engañas a nadie, Sarah. —Niego con la cabeza—. Sé que contrataste a Stacy para que se acostara conmigo.

Arroja el paño de cocina dentro del fregadero.

—Por Dios. Te volviste loco.

—No, tú enloqueciste, carajo. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me tendiste una trampa? ¿Estabas enojada conmigo? ¿Decidiste que ya no me necesitabas? ¿Dejaste de amarme? —Alzo la voz con cada pregunta, y siento que una vena me empieza a palpitar en el cuello a medida que crece la furia dentro de mí—. ¿Hay otra persona? ¿O no pudiste soportar que me quedara con tu puesto? ¿Es eso? ¿Te hice sentir inferior?

Sarah no responde. Se queda de pie, tranquila, reflexiva, con una expresión de lástima. Es lo último que necesito de ella.

—¡¿Qué es?! —grito—. ¿Por qué quisiste destruir nuestra familia?

El corazón me late tan acelerado que tengo la sensación de que podría salir expulsado de mi pecho ahora mismo. El sudor se me acumula en el nacimiento del cabello, y me duelen los dedos de lo apretadas que tengo las manos. Me encantaría envolver con ellas su cuellito delicado hasta arrancarle la cabeza. Mi respiración se vuelve superficial y agitada, como el resoplido del toro antes de embestir al torero. Doy un puñetazo contra la superficie de granito de la cocina en un intento por liberar la furia que conservo en mi interior desde que me envió esos estúpidos papeles de divorcio. Algo en mi mano se quiebra, pero no lo siento; lo único que siento es ira.

—¡Dime por qué lo hiciste! —vocifero.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no hice nada. Tus acciones tienen consecuencias, Bob, y es una lástima que no seas capaz de aceptarlo.

—Papi... —murmura Summer. Giro y la veo de pie en el arco de la sala de estar. Tiene una mochila colgada del hombro y me mira

como si me tuviera miedo—. ¿Por qué le estás gritando a mamá? —Le tiembla la voz.

Exhalo profundo, dejando que la tensión en mi cuerpo se funda. Los hombros caen y el pecho se desinfla.

—Fue una discusión sin importancia, mi amor. A veces, nos pasa a los adultos. Pero está todo bien; no hay nada de qué preocuparse. —Sello mis palabras con una sonrisa—. Ve afuera, te alcanzo en un segundo.

—Está bien —responde aprensiva, como si me estudiara. Es inteligente como la madre. *Demasiado* inteligente, en ocasiones. Sarah pasa corriendo a mi lado para abrazar a Sarah—. Adiós, mami. Te amo.

Sarah también la abraza y la besa en la frente. Casi parece un ser humano real en ese abrazo.

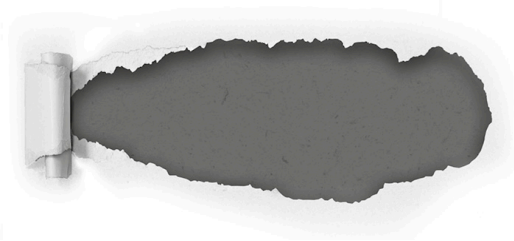
—Yo también te amo, hijita. Pórtate bien con tu padre —la despide con alegría.

—Sí —dice Summer, y se dirige a la puerta de entrada. Espero a que salga de la casa para continuar, porque no quiero quedar más como el villano de la película; estoy seguro de que Sarah aporta lo suyo.

—Esto no terminó —mascullo.

Sarah me contempla un momento para estudiarme, para determinar cuánto de verdad hay en lo que digo y cuánta pelea voy a dar.

—Sí, Bob. Terminó —responde, aunque percibo que no lo dice muy convencida. Porque, en el fondo, sabe que es solo el comienzo.



23
SHERIFF HUDSON

El sonido de un teléfono me despierta, aunque tal vez ya estaba despierto. El estrés y la ansiedad te provocan eso. Te hacen sentir que no pegaste un ojo, más allá de cuánto hayas estado en la cama con los ojos cerrados. Manoteo la mesa de noche; las yemas de los dedos buscan el celular. Finalmente, tocan el metal frío y acepto la llamada.

—Habla Hudson —murmuro con voz ronca. Giro la cabeza hacia Pam. Está profundamente dormida a mi lado, con su cabello largo extendido sobre la almohada.

—Perdón por despertarlo. Soy el agente Morrow. Pero… eh… supuse que querría saber esto…

—Dígalo ya, Morrow.

—Stevens está muerto, sheriff.

Abro los ojos, incrédulo, y revoleo las piernas para salir de la cama; apoyo los pies descalzos en el suelo. Me froto la sien, sin saber si estoy soñando o no.

—¿Cómo que está muerto, carajo? El médico me dijo ayer que la cirugía había salido bien y que se recuperaría por completo.

—No fue por causas naturales, sheriff. —Del otro lado, Morrow no emite sonido, salvo por su respiración dificultosa—. Lo asesinaron —agrega por fin.

***

Menos de veinte minutos después, Olson y yo llegamos al hospital. Se levantó en cuanto sintió que salía de la cama, y estuvo lista antes que yo. Insistió en acompañarme. No la contradije porque sé que, una vez que toma una decisión, no hay quien la haga cambiar de parecer. Nos dirigimos a la habitación de Ryan Stevens. ¿O debería decir «la antigua habitación»? ¿Deja de ser suya si su cuerpo todavía la habita, aunque no tenga vida? El agente Morrow está de guardia en la puerta. No sé por qué no estaba ahí cuando se produjo el asesinato. Detrás de él, la cinta policial cruza el marco de la puerta; eso lo hizo bien, pero no compensa su error anterior.

—Sheriff Hudson, yo no… —comienza a decir con expresión de susto.

Alzo la mano para interrumpirlo.

—Ahórrese las palabras. Más tarde me encargaré de usted. —Da un paso al costado, y yo levanto la cinta policial para que Pam pase por debajo primero.

Un médico sentado en un rincón de la habitación se pone de pie en cuanto Pam y yo entramos.

—¿Qué tal, oficiales? —saluda, dirigiéndose a nosotros con una tablilla sujetapapeles en la mano—. Los saludaría con un «buenas noches», pero… —No termina la frase y desplaza la vista hacia el

bulto debajo de la sábana empapada en sangre, que está sobre la cama del hospital.

—Exacto, una manera estupenda de pasar una noche de sábado, doctor —le digo sacudiendo la cabeza—. Soy Hudson, el sheriff de Prince William, y ella es la ayudante Olson.

—Soy el doctor Boyd. Un placer conocerlos, aunque hubiese preferido que fuera en otras circunstancias. —Presiona los labios hacia adentro.

Asiento y cruzo la habitación hasta llegar junto a la cama. La sábana está teñida de rojo justo debajo de la cabeza de Ryan; eso me da una idea bastante precisa de lo que voy a encontrar cuando lo descubra. Aquí no hay ningún gato de Schrödinger. Sé que está muerto, y la espera no va a cambiar nada. Retiro la sábana con cuidado y aparece el rostro de un hombre que conozco desde hace mucho, pero al que nunca había visto así. Los párpados se fundieron con la frente; debe de haber abierto grandes los ojos del susto cuando vio, en sus últimos segundos de agonía, a la persona que le quitó la vida. Un poco más abajo está la herida que puso punto final a todo: un tajo largo y profundo debajo del mentón, de oreja a oreja. La sangre le chorrea del cuello. La sábana blanca absorbió la mayor parte, lo que provocó que la mancha creciera y se propagara.

Un pensamiento se agazapa en mi mente. El agente dijo que se trató de homicidio, pero no puedo estar seguro de que sea verdad, al menos por ahora. Tomo un par de guantes de látex de mi cinturón de trabajo e introduzco mis grandes manos, estirándolos. Si tenemos en cuenta el motivo por el que Ryan ingresó en el hospital, tal vez no lo asesinaron. A decir verdad, por horrible que parezca, un suicidio sería la mejor causa de muerte en este caso. De lo contrario,

hay un asesino suelto. Miro al agente Morrow con expresión de fastidio. Está tan blanco como alguna vez lo estuvo la sábana.

—¿Quién lo encontró? —indago.

—Yo, sheriff —responde Marrow, aclarándose la garganta.

—¿Movieron algo? —Mis ojos van y vienen entre Morrow y el doctor Boyd.

—Yo le tomé el pulso y luego lo cubrí con la sábana —explica el médico.

Me arrodillo y reviso debajo de la cama para ver si hay algún objeto caído; un bisturí, por ejemplo. Pero no hay nada. Alzo la almohada junto con la cabeza de Ryan y deslizo una mano por detrás de los omóplatos, pero tampoco hallo nada.

—Olson, ¿me da una mano para levantarlo?

—Claro. —Se pone sus guantes y me ayuda a inclinarlo un poco hacia la derecha y luego hacia la izquierda.

—Es muy poco probable que pudiera hacer esto solo —señala el doctor Boyd.

Abro las manos de Ryan y las examino para detectar marcas u objetos. Otra vez nada.

—¿Por qué dice eso? —pregunto.

—Una persona solamente es capaz de abrirse el cuello con un tajo rápido y en línea recta si el cuerpo aún no entró en *shock* o se puso rígido, pero… —El médico se acerca al cuerpo de Ryan y señala el punto debajo de la oreja donde comienza el corte—. Este patrón, que empieza debajo de la oreja, forma una curva a lo largo de la garganta y termina en la otra oreja, requiere un pulso firme de principio a fin. Además... Bueno, no soy experto en heridas post mortem, pero este es un corte muy profundo en toda su extensión.

Las chances de que pudiera ejercer la misma fuerza durante toda la curva son muy remotas.

Observo la herida; esta vez la inspecciono más de cerca. La incisión tiene más de dos centímetros de profundidad de punta a punta. No se vuelve más superficial, ni siquiera en los extremos.

—Gracias, doctor. —Me quito los guantes de látex y los arrojo en un cesto cercano.

—No hay por qué.

Dirijo mi atención al agente.

—Ahora dígame qué pasó.

—No sé. Estaba…

—Esa parte ya la sé. Sé que no sabe lo que pasó. Sé que no sabe quién lo hizo. Sé que no estaba aquí haciendo su trabajo, mierda. Eso ya lo sé. ¡¿Por qué no me ahorra tiempo y pasa a explicarme por qué cuernos no estaba vigilando la puerta?! —Señalo la entrada a la habitación, indignado.

La boca del agente Morrow se abre, pero no sale nada.

—No es momento de que enmudezca. Un asesino anda por ahí, y necesito respuestas. Dígame dónde estaba.

—En el baño, sheriff. —El agente Morrow no se atreve a mirarme a los ojos y prefiere concentrarse en el suelo.

—¿En el baño? ¿Qué hizo en el baño que le dio a alguien tiempo suficiente para advertir que usted no estaba, entrar sin que lo vean, desenchufar un monitor cardíaco, degollar a Stevens y luego irse sin que usted notara nada? ¿Estaba instalando un inodoro, carajo?

—Es por la máquina expendedora, sheriff. Me tapa la visión. Yo estaba en el baño haciendo pis porque…

—¡Suficiente! No necesito los detalles de por qué hace pis o caca, agente. ¿A qué hora abandonó el puesto?

—Eh, a eso de la una y cuarto de la madrugada.

—¿Y a qué hora volvió?

Morrow baja la mirada y murmura:

—A la una y cuarenta y algo.

—Por Dios —gruño, exhalando un suspiro profundo y dando un paso hacia el agente—. ¿Sabe qué va a hacer ahora? Va a recorrer cada pasillo de este piso y le va a preguntar a absolutamente todos los que no estén en una cama si vieron algo mientras usted estaba en su trono de porcelana. Y luego va a hacer lo mismo con los que trabajan en la recepción y con los que hayan entrado o salido de este edificio en las últimas tres horas.

—Sheriff, eso va a llevar…

—La noche entera, ya lo sé. Así que mejor empiece ya. —Fulmino al agente Morrow con la mirada; el fuego en mis ojos lo atraviesa hasta que se va de la habitación.

Giro hacia el médico.

—¿Con qué sistemas de vigilancia cuenta el edificio?

Balbucea algo, pero luego responde con claridad. Al igual que en mi caso, en su área de trabajo un error puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

—Hay cámaras en los pasillos, los ascensores, en los puestos de cada piso y en las salidas; y hay otras cuantas en la recepción y en la sala de espera. Los estacionamientos también están vigilados.

—Perfecto. ¿Podría pedirle al encargado de la seguridad o a quien sea que revise las cámaras que venga a vernos? Necesitamos que nos entreguen la totalidad de las grabaciones de esta noche.

—Claro. Ya lo llamo. —Abandona la habitación con mucho más apuro que el agente.

—¿Quién pudo haber hecho esto? —pregunta Olson, contemplando la sábana ensangrentada que cubre el cuerpo de Ryan.

—Cualquiera —digo, sacudiendo la cabeza—. En la conferencia de prensa, las personas estaban enardecidas. Deberías haberlas visto. Bien podría haberlo asesinado una turba con tridentes y antorchas. Querían sangre. —Apunto hacia la cama—. Querían *su* sangre.

—No creo que sea tan simple, Marcus —me corrige, frunciendo el entrecejo—. Sí, están enojados, pero esto va más allá. —Olson hace un gesto en dirección al antiguo sheriff de policía—. Quien sea que haya hecho esto estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Sabía que Stevens tenía custodia, pero igual se infiltró y le rebanó la garganta sin que le temblara la mano. No se trata de un ciudadano furioso que decide hacer justicia por su cuenta. Esto fue personal.

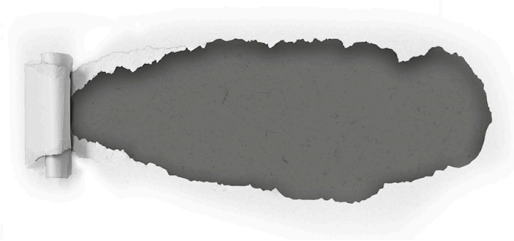
Sé que lo más probable es que tenga razón, aunque preferiría que no fuera así. Su teoría implica muchos más peligros que la mía. Si esta persona asesinó a Ryan por algo que hizo en el pasado, entonces todos los que están involucrados en ese caso o incidente también podrían correr riesgo.

—Si tu teoría fuera correcta, ¿quién se atrevería a tanto?

—¿Qué se sabe de la familia de Jackie Clarke, la mujer que Stevens atropelló y mató? ¿Tenemos alguna información acerca de ellos? ¿Algún exconvicto o militar retirado? Quien haya hecho esto es muy diestro.

De nuevo, la teoría es buena. Si alguien asesinara a un miembro de mi familia, también lo querría muerto. Pero lo que Olson

desconoce es toda la otra basura en el pasado de Ryan. Ni siquiera yo la sé. Si a cualquiera de nosotros nos pidieran redactar una lista con los nombres de las personas que podrían querer rebanarnos el cuello, en el noventa y nueve por ciento de los casos la hoja quedaría en blanco. Pero estoy seguro de que a Ryan no le habría costado armar una lista extensa. La pregunta es: ¿qué nombre encabezaría esa lista?



24

SARAH MORGAN

Las camionetas de los noticieros hacen fila a ambos lados de la calle y, en cuanto ven mi vehículo, los periodistas y los camarógrafos se dispersan, dispuestos a conseguir su foto y con la esperanza de que me detenga a responder preguntas. Intercambio miradas con algunos mientras doblo lentamente en la larga entrada para autos que forma una curva y se pierde en el bosque para evitar que mi casa se vea. Incluso un domingo a la mañana, me asedian para conseguir cualquier migaja que les sirva para sus artículos. No estaban aquí cuando me fui hace alrededor de una hora y, más allá de la situación en el estacionamiento de la oficina, casi siempre logro evitarlos. Los periodistas son como moscas del lago recién nacidas, un enjambre molesto que revolotea todo al mismo tiempo pero que vive una semana o dos, al igual que las noticias. No veo la hora de que esto termine, de que pasen a otra noticia morbosa, una que no me incluya a mí.

Apago el motor y salgo del vehículo para agarrar dos bolsas con provisiones del asiento trasero. Tenía algunos asuntos que atender en la ciudad y pensé que sería mejor resolverlos antes de que Summer regresara a casa. Los rayos de sol se funden a través de las ramas que crean una especie de dosel sobre la casa. Oigo cómo las olas tenues del lago rompen contra la costa. Un somorgujo lanza un gemido bello y cautivante desde algún lugar en la distancia, y el sonido se desplaza sin esfuerzo por encima del agua.

Adentro, quito las provisiones de la bolsa y echo un vistazo por la ventana de la cocina para saber qué hace Alejandro. Desliza un pincel por las tablas de madera recién colocadas para recubrirlas con una tintura del color del cedro. Dejé la puerta corrediza sin llave cuando me fui, por si necesitaba usar el baño, pero no sé si entró o no. Recorro la sala y la cocina con la vista para detectar si hay algo fuera de lugar, aunque sea por un centímetro. Los ojos se detienen en el tapete frente a la puerta que conduce al porche. Tiene una esquina levantada. Estuvo dentro.

Camino hasta el baño y prendo la luz. Toco el lavamanos con los dedos para ver si siento humedad. Está completamente seco. El asiento del inodoro no está levantado. La toalla de mano colgada del aro negro mate sigue acomodada a la perfección. Descubro mis ojos verdes en el espejo; me los quedo mirando y distingo a esa otra mujer en el reflejo. Suspiro; la dejo tranquila y regreso a la cocina.

Con la punta del zapato aplasto la esquina del tapete y observo a Alejandro por la puerta vidriada. Está de rodillas, con una mano sobre la madera para mantenerse erguido. Está de espaldas, así que no nota mi presencia. A través de la camiseta blanca advierto que los músculos de la espalda se tensan y que aleja la mano, para

alzarla en seguida a la altura de los ojos. Apoya el pincel y se sienta en las rodillas, mientras estira el cuello hacia adelante como si inspeccionara algo.

Abro la puerta corrediza y saco la cabeza.

—¿Todo bien?

—Sí, me clavé una astilla, nada más —explica con la mano en alto.

—Entra, te ayudo a quitártela.

—No hay problema. Después me encargo.

—Se te podría infectar o clavarse más adentro de la piel —insisto.

Alejandro suspira y levanta la cabeza.

—Está bien. —Se pone de pie y entra conmigo.

Se sienta junto a la mesa mientras voy a buscar un costurero pequeño en el armario de la sala. Cuando regreso a la cocina, noto que está observando el lugar, en detalle.

—Acá está. —Vuelve rápido la mirada hacia mí y sonríe tenso.

Coloco una silla frente a él y me siento. Nuestras rodillas se chocan, pero ninguno de los dos le da importancia. Pinzo la aguja entre los dedos y extiendo la mano libre; él apoya la suya ahí, con la palma hacia arriba.

Tiene la piel suave y caliente con unos tatuajes coloridos que le cubren la totalidad del antebrazo. De cerca, ahora puedo ver qué representan algunos. Una cruz envuelta en alambre de púa. Un sol naciente. El rostro de una mujer rodeado de flores y llamas de fuego. Una calavera. Y la frase «No temas a nada, porque el temor no es más que un defecto». Me pregunto si en serio cree eso. No tener miedo es de ignorantes. El miedo es lo que nos mantiene en pie, nos asegura estar un paso adelante. Por sus antecedentes, queda claro que ha quedado varios pasos atrás más de una vez en la

vida. Por eso está aquí, sentado frente a mí en mi cocina. Yo sé quién es, pero él no tiene idea de quién soy yo.

Le levanto la mano y la acerco a la altura de mis ojos. La piel que rodea la astilla está inflamada y roja. Inserto la aguja ahí, para hurgar y raspar.

—¿Duele? —Detengo lo que estoy haciendo para mirarlo. Nunca lo había visto tan de cerca, y detecto detalles que me habían pasado inadvertidos. Una cicatriz de no más de tres centímetros que sobresale del arco de la ceja derecha. El vello facial tupido, aunque recortado al ras de la piel. Tiene un punto negro en el iris, como una especie de marca de belleza.

—No —responde.

Vuelvo a concentrar la atención en su mano y me inclino hacia adelante, rotando la cabeza y dejando caer el cabello sobre mi hombro. Le pincho la piel con la punta de la aguja y presiono y escarbo en un intento por liberar al objeto diminuto y extraño. Su aliento caliente me roza el borde superior de la oreja y el costado de la nuca, lo que me provoca un escalofrío.

—Está tensa —percibe.

—Es que no quiero lastimarte.

—No creo que eso sea posible.

No logro determinar si es una broma o una provocación, así que vuelvo a mirarlo para tratar de dilucidarlo. Quedo atrapada por la mancha minúscula y oscura rodeada por el iris verde salvia. Tiene el magnetismo de un agujero negro, y me pregunto a cuántos abdujo.

—Lo es —repongo como al pasar, y vuelvo a bajar la cabeza.

Esta vez, presiono la aguja con un poco más de fuerza y abro otro orificio en la piel por donde expulsar la astilla. No siempre se sale

igual que se entra. Eso es válido para las astillas y para las personas. Aprieta el antebrazo, y varias venas se le hinchan, como crestas largas y violetas que se extienden desde la muñeca hasta el codo. Toma aire a través de los dientes, una reacción casi imperceptible de dolor.

—¿Dolió? —me burlo.

—Para nada —miente.

Se produce un momento de silencio antes de que Alejandro hable otra vez.

—Ayer... Bueno, escuché sin querer la discusión entre usted y su esposo. La forma en la que él le hablaba. —Sacude la cabeza y resopla aire caliente—. Tuve que controlarme para no intervenir. Le hubiese hundido el puño en la cara.

—Qué suerte que no lo hiciste.

—Ningún hombre debería hablarle así a una mujer, y menos si es la esposa.

—Ya lo sé, y por eso me estoy divorciando.

—¿En serio?

Alzo la cabeza para mirarlo, pero sus ojos están fijos algo más abajo, en mis labios.

—En serio —confirmo, y me enfoco nuevamente en la mano.

—Tal vez no debiera preguntar esto, pero... —Carraspea—. ¿Cuánto hace que están juntos?

—No, no deberías preguntarlo.

—Disculpe.

—Quiero decir… No importa cuánto hace que estamos juntos. El tiempo no es un ancla; no te retiene en un lugar simplemente

porque hace mucho que estás ahí. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo estuviste en la cárcel?

Balbucea y luego dice:

—Diez años.

—Si hubieras estado solo uno, ¿te habría gustado quedarte nueve años más?

—Claro que no. —Alejandro niega con la cabeza—. Pero es diferente.

—En realidad, no. De un modo u otro, todos estamos confinados. Pero no siempre somos conscientes de las jaulas en las que estamos encerrados.

La punta de la aguja por fin fuerza a la astilla a salir por el orificio nuevo que abrí en su piel.

—Ya está, como si no hubiera pasado nada —anuncio, levantando la mirada hacia Alejandro.

Su expresión es seria, y sus ojos recorren mi rostro. Entonces se acerca y roza sus labios contra los míos. Son cálidos y suaves; presiona un poco más. No me lo esperaba, pero, desde que lo conocí, supe que era su intención hacerlo.

La puerta de entrada se abre y nos separamos.

—¡Mamá! —grita Summer. Al quitárselo, su calzado da un golpe seco contra la pared. Primero un pie y después el otro.

Se detiene en seco cuando descubre a Alejandro sentado a la mesa, frotándose la palma de la mano.

—Ah, hola —saluda Summer, abriendo los ojos.

Alejandro asiente y responde:

—Hola. ¿Qué tal?

—Alejandro, ella es mi hija, Summer. Summer, él es Alejandro.

—Qué bueno conocerte —la saluda él.

—Lo mismo digo. Me gustan tus tatuajes.

Él separa los labios en una sonrisa mientras se examina los brazos llenos de colores.

—Gracias.

Escucho otro calzado que entra con pasos sonoros. Bob dobla por el pasillo sin siquiera mirar en nuestra dirección. Su andar es pesado. Un momento después, la puerta del baño se cierra de un golpe.

Summer corre hacia mí y me envuelve la cintura con sus brazos. La beso en la coronilla y la abrazo también.

Alejandro se pone de pie y hace un gesto con la cabeza para indicarme que regresa al trabajo. Yo asiento, todo muy profesional. Su mirada es intensa, y no me la quita de encima hasta que sale al porche y cierra la puerta corrediza.

—¿Te divertiste? —Con una mano, elevo el mentón de mi hija e inspecciono su rostro pálido.

—Sí —dice Summer, y alza la vista para mirarme. Unos tres centímetros por debajo de su labio inferior, justo sobre el mentón, detecto un hematoma de tonos azules y violáceos. Es pequeño, del tamaño de una moneda, pero ayer no estaba ahí.

—¿Qué te pasó aquí? —Deslizo el dedo por el golpe.

—Me resbalé al tratar de agarrar la manteca de maní de la barra y me golpeé el mentón contra el mármol.

—Sabes que no debes treparte.

—Es que no llegaba a la manteca de maní. Soy muy baja —protesta, librándose de mi mano.

—Tu padre podría habértela alcanzado.

—No estaba en casa —refunfuña.

Inclino la cabeza y la miro entrecerrando los ojos.

—¿Cómo que no estaba en casa?

—Papá dijo que tenía que hacer algo. —Se cruza de brazos—. Eso quiere decir que ya no necesito que Anne o Natalie me acompañen todo el tiempo, ¿no? Estuve bien sola.

—¿Cuánto tiempo se fue tu padre?

—No sé —se encoge de hombros—. Vi unos cuantos episodios de Stranger Things, así que como tres horas.

Aprieto los labios. Estoy furiosa con Bob. Me pide que Summer pase la noche con él en la capital y la deja sola… ¡¿para hacer qué?!

—No tuve ningún problema, mami —resopla al notar mi mal humor.

Relajo la expresión, porque no es con ella con quien estoy enojada y no quiero que tenga miedo de contarme cosas, incluso las que me sacan de quicio.

—¿Por qué no desarmas el bolso y terminas la tarea? —sugiero con voz calma y feliz. Summer lanza un quejido y, antes de que proteste, agrego—: Ahora. —Baja los hombros y deja caer la cabeza hacia adelante, pero obedece y recoge la mochila del suelo antes de ir hacia su habitación.

—Bob —lo llamo en cuanto aparece en la sala. Mi voz rebasa de ira, pero él no parece notarlo.

—¿Lista para conversar? —Camina hacia mí.

—¿Por qué dejaste a Summer sola en la casa?

Frunce los ojos como si no supiera de qué estoy hablando, pero luego se irgue, desafiante.

—No es asunto tuyo.

—Claro que sí, mierda. Es mi hija.

—¡Y mía también!

—¿Sí? ¿Qué clase de padre deja a su hija sola durante horas, en especial cuando rara vez la ve?

—No fue tanto tiempo, y no tuvo ningún problema —se defiende, restándole dramatismo.

—No me importa si fueron veinte minutos. Se golpeó el mentón, Bob, así que sí tuvo problemas. ¿Y si se lastimaba en serio? —le echo en cara.

—No se lastimó. Tienes que dejar de sobreprotegerla.

—¿Sobreprotegerla? Eso para ti equivale a actuar como madre, vigilarla, saber que no corre riesgos. Tiene nueve años, carajo. —Alzo el mentón para que quede a la misma altura que el de él—. ¿Qué tenías que hacer que te obligó a dejarla sola?

—Ya no estamos juntos, Sarah; no tengo por qué contestarte.

—No eres confiable como padre ni como esposo. —Niego con la cabeza—. Cuando todo esto termine, considérate dichoso si puedes visitarla.

—Lo dudo. No sabes con quién te metes. —Tensa los ojos—. Y voy a solicitar en la corte la custodia exclusiva para asegurarme de que Summer no termine igual que tú.

Me adelanto un paso hacia él, la vista clavada en sus ojos oscuros.

—Te saldrás con la tuya solo si estoy muerta.

Bob susurra la respuesta, pero tardo en entender lo que dijo. Mis cejas se vuelven una sola.

—¿Qué dijiste?

Una sonrisa muy sutil se forma en su rostro.

—Nada, Sarah. No dije nada.

Entonces, tomo noción de sus palabras. «O si vas presa». Por alguna razón, esa frase me enfurece. Quizás es por miedo; miedo a lo que pueda ocurrirle a Summer si no estoy con ella. Miedo a que me la quite.

—¡Sal de mi casa, Bob!

—Es *nuestra* casa —me desafía, arrogante.

—¡Vete!

Estamos a centímetros uno del otro. Me lleva una cabeza, pero, en este momento, parece muy pequeño. Quizás siempre lo vi más alto, y ese fue mi error.

La puerta corrediza se abre justo cuando le repito que se vaya. Esta vez, mi voz es más calma y más controlada. Recobré la compostura cuando recordé eso de que «el que se enoja pierde».

—Le pidió que se fuera —interrumpe Alejandro, decidido.

Los ojos de Bob van y vienen entre donde estoy yo y algún punto detrás, apenas a la izquierda; estoy segura de que Alejandro está ahí. No necesito darme vuelta para describir la imagen. Supongo que es la misma que la del otro día, cuando me defendió de la horda de periodistas. El pecho inflado. Los hombros hacia atrás. El mentón en alto. Y una mirada tan intensa que resulta más amenazante que escrutadora. Los ojos de Bob prácticamente desaparecen de lo fruncidos que tiene los párpados mientras decide si enfrentar a Alejandro o retirarse.

—Tengo que ir a otra parte, igual. —Me dedica una sonrisa burlona—. Un cabo suelto que atar.

Sé que se trata de una amenaza, pero no sé con exactitud cuál es ni qué guarda bajo la manga. Las palabras «O si vas presa» se revuelven en mi mente. Siempre supe que no podía confiar en él, y

esto lo confirma. Bob se va sin decir otra palabra; solo me clava la vista y la mantiene fija hasta que no resiste más. La puerta principal se cierra de un golpe una vez que sale. Exhalo profundo y giro hacia Alejandro, quien está exactamente como lo imaginé. Ahora que Bob se fue, el pecho se desinfla y los hombros y el mentón recuperan su posición natural.

—Gracias —digo.

—No hay por qué. Pero no quise entrometerme; justo entré para ir al baño.

Señalo el pasillo con la mano.

—La segunda puerta a la derecha.

Asiente con la cabeza, rodea la mesa de la cocina y avanza por el pasillo. Exhalo más profundo, en un intento por liberar la rabia contenida dentro de mí, pero sigue ahí.

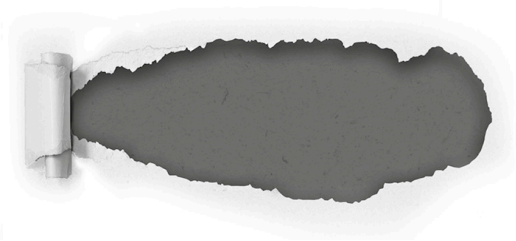
Golpean a la puerta; tres golpes, para ser exacta. Otra vez la piedra en el zapato. Arremeto, dispuesta a arrancarle la cabeza a Bob. Abro la puerta con violencia y empiezo:

—Te dije que…

Pero no termino la oración porque no es Bob quien está de pie frente a la puerta. Es alguien mucho peor, una piedra que da vueltas en mi zapato desde hace mucho más tiempo.

—Hola, Sarah —saluda con su típica sonrisa petulante.

—Eleanor.



25
SHERIFF HUDSON

—Buenos días —saludo al entrar a la sala de informes, tan bulliciosa como un aula de secundaria. Las mesas están dispuestas en filas, y los agentes están ahí sentados, mirando hacia adelante. Dejan de hablar y se sientan más erguidos cuando camino hacia el frente. Olson y Nagel se quedan de pie a un costado, con las manos entrelazadas.

Tomo asiento, enciendo la computadora y selecciono el documento con las actualizaciones de las investigaciones en curso. Se proyectan tres viñetas sobre la pantalla que está detrás de mí.

Ryan Stevens – ASESINATO
Kelly Summers – REINVESTIGACIÓN
Stacy Howard – DESAPARICIÓN

Alzo la cabeza y miro a mi equipo.

—Desde ya, todos se enteraron de que Ryan Stevens está muerto. Lo asesinaron alrededor de la una y media de la madrugada, mientras dormía en el hospital.

Presiono una vez y una imagen borrosa de un hombre en el corredor del hospital aparece en la pantalla. Está vestido con bata de médico y cofia y mascarilla de cirujano.

—Este hombre le abrió la garganta de oreja a oreja a la víctima. —Señalo la grabación de la cámara de seguridad.

Me resulta extraño referirme a Ryan como «la víctima». Fue sheriff durante mucho tiempo, después fue un borracho y, más tarde, una patada en las bolas. Pero nunca una víctima.

—¿Encontraron el arma con que lo asesinaron? —pregunta un agente sentado en la primera fila.

—No. —Niego con la cabeza—. El forense cree que fue un bisturí.

Miro a Pam.

—Olson, ¿nos pone al tanto de lo que usted y su equipo investigaron hasta ahora, en cuanto a cámaras de seguridad y el testimonio de testigos?

Asiente con la cabeza y da un paso adelante para dirigirse al grupo.

—El proceso de revisar las grabaciones todavía no terminó, pero sabemos que ingresó en el hospital por la puerta para empleados unos minutos antes de la una y que salió por el mismo lugar a la una y cuarenta. Mantuvo un perfil bajo y esperó a que el agente Morrow abandonara el puesto. Lo había estado vigilando mientras entraba y salía de otras habitaciones, fingiendo que estaba de ronda. Jamás se quitó la mascarilla ni la cofia, así que será difícil de identificar; sin embargo, suponemos que se trata de un hombre blanco, entre un

metro ochenta y un metro noventa, contextura promedio, y entre 35 y 55 años. De todos modos, no estamos seguros, porque tenía la cara prácticamente cubierta.

—¿Cómo hizo para entrar por la puerta para empleados? ¿No hace falta un código, una identificación o una llave magnética? —plantea un agente sentado al fondo de la sala.

—Usó la identificación de una enfermera. Ella dijo que la había perdido en algún momento entre el turno del jueves pasado y el turno de anoche, pero que no había tenido tiempo de informar al Departamento de Informática.

El sargento Lantz carraspea.

—¿Deberíamos creerle? —Está en la fuerza desde antes de que yo ingresara, pero tiene un problema de actitud que le ha impedido ascender hasta ahora… y es posible que nunca lo haga. Por su mirada triste y rabiosa, me doy cuenta de que la noticia del asesinato de Stevens no le cayó bien.

—La compañera que le prestó su identificación para entrar en el turno de ayer por la tarde corroboró la historia. Debo decir que la enfermera estaba muy afligida cuando la interrogamos —explica Olson.

—¿Por qué no informó la pérdida al comienzo del turno? Stevens está muerto por su culpa. —El sargento Lantz bulle de furia.

—Es muy consciente de eso, sargento. —Olson aprieta los labios —. Pero Stevens no está muerto porque una enfermera perdió su identificación o se la robaron. Stevens está muerto porque alguien lo asesinó. —Vuelve a hablarle a toda la sala—. Sea quien sea, este hombre sabía lo que hacía. Mantuvo la calma, incluso después de degollar a Stevens. Interrogamos a varios testigos que se cruzaron

con el sospechoso, la mayoría en el corredor, y ninguno pudo darnos ni un solo detalle de esta persona. Pasó absolutamente inadvertido y no hizo nada que llamara la atención, así que identificarlo va a ser dificilísimo, si no imposible.

Una mano se alza en el fondo.

—¿Puede haber relación con esa tal Clarke a la que Stevens atropelló?

Olson gira la cabeza hacia mí para que responda.

—No descartamos nada —digo.

Pam asiente con la cabeza para expresar que está de acuerdo.

—Mi equipo comenzará a armar una lista de posibles sospechosos que coincidan con la descripción física y que además pudieran tener un motivo y la oportunidad de asesinarlo. Stevens recibió varias amenazas de muerte, casi siempre por medios electrónicos, y también las investigaremos.

—Enviaremos un comunicado a la prensa, así que no se sorprendan si la cobertura mediática aumenta o se produce cierto malestar entre la población —agrego.

—¿Por qué? ¿No es que la comunidad lo quería muerto? —protesta uno de los agentes de mayor rango. Está recostado sobre la pared del fondo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Una parte, sí, pero hay quienes podrían pensar que es una fachada para que el caso Summers se olvide —explico.

El agente frunce el entrecejo.

—*Pfff*. Qué tontería —resopla.

—Estoy de acuerdo.

Por el momento, no tenemos de dónde agarrarnos en esta investigación, y todos lo saben. Es uno de esos casos en los que se

necesita un golpe de suerte. De hecho, pasa lo mismo con la mayoría de las investigaciones por homicidio hoy en día. En los ochenta, la tasa de resolución era de más del setenta por ciento, pero ahora solo llega a la mitad. La tecnología y los forenses están más avanzados que hace cuarenta años; sin embargo, la mitad de los homicidios quedan impunes. Es ilógico.

—¿Alguna otra pregunta o comentario sobre este caso antes de continuar? —Recorro la habitación con la vista. Nadie dice nada, y varios niegan con la cabeza—. Pasemos al caso Kelly Summers, entonces. —Hago clic y una diapositiva nueva se proyecta sobre la pantalla.

Ryan Stevens – FALLECIDO
Jesse Hook – FALLECIDO
Scott Summers – PARADERO DESCONOCIDO
Anne Davis – INTERROGADA, NO AGREGÓ INFORMACIÓN
Bob Miller – PENDIENTE
Sarah Morgan – PENDIENTE
Adam Morgan – FALLECIDO

—Estos son los testigos y los sospechosos de la investigación inicial. Como ven, hay varios fallecidos, lo que dificulta la reexaminación del caso. Tampoco pudimos hablar con Stevens sobre el ocultamiento de las pruebas de ADN ni de su relación con la víctima antes de su deceso tan inoportuno. Olson y yo volvimos a interrogar a Anne Davis, pero no nos brindó información nueva y, dado el tiempo que transcurrió, es imposible verificar su historia.

—Por Dios, es una lotería —comenta un oficial.

—Sería más fácil resolver el caso JonBenét que este —protesta el sargento Lantz. La mención del infame caso de la niña JonBenét Ramsey actúa como estímulo, y las teorías empiezan a surgir.

—Todos saben que fue la madre —afirma un agente.

—No, fue el hermano. Los padres simplemente lo ocultaron —se suma otro.

—Bueno, tranquilos. —Estiro los brazos y agito las manos para pedir silencio—. Concentrémonos en nuestros propios casos no resueltos.

—¿Y si ya teníamos al tipo correcto? ¿Y si Adam Morgan asesinó a Kelly? —reflexiona el agente Lane.

—Es una posibilidad, pero, aun así, debemos reexaminar el caso, especialmente porque la razón por la que se inicia este proceso de apelación es que la investigación estuvo a cargo de esta comisaría y fue un mamarracho. Soy consciente de que la mayoría de ustedes no trabaja aquí ni participó del caso, pero tenemos la responsabilidad de garantizar que las cosas se hagan como corresponde esta vez. —Miro a los ojos a mis agentes más rezongones. Asienten con la cabeza y aprietan los labios para indicar que la tarea no los hace felices, pero la aceptan.

Señalo a tres agentes de patrullas que están sentados juntos en una mesa.

—Ustedes recojan toda evidencia física relacionada con el caso Summers que se haya guardado.

Como los homicidios no prescriben, tenemos la obligación de conservar las pruebas para siempre; por esto están amontonadas en un rincón del último pasillo del ala de almacenamiento. Las del caso

Summers no han visto la luz del sol en más de doce años, pero quizás una reevaluación abra una puerta nueva en la investigación.

Los agentes asienten con un gesto.

—Nada más sobre el caso Summers por ahora —concluyo, a sabiendas de que en verdad todo continúa igual. Otra investigación donde no ocurre demasiado. Hago clic con el dedo índice y miro a Nagel.

—Pónganos al tanto de la desaparición de Stacy Howard, teniente. —Observo la foto proyectada en la pantalla detrás de mí. Es una foto de Stacy con un vestido negro y ajustado que le llega hasta unos centímetros por encima de las rodillas. Una de sus manos envuelve una copa de vino blanco. La cabellera larga y pelirroja le cae en rizos flojos y desordenados, y la boca está semiabierta, como si la hubieran fotografiado mientras se reía.

Nagel inclina la cabeza y da un paso hacia adelante.

—Les doy una síntesis. Una joven, Deena, denunció la desaparición de la persona que vive con ella, Stacy Howard. Se rastreó su celular, pero la última ubicación se registró cerca de su departamento antes de que el teléfono se quedara sin batería o se apagara. Hace seis días que nadie la ve ni sabe de ella. La última vez que se contactó con alguien fue a través de un mensaje de texto para Deena, el lunes alrededor de las cinco de la tarde, diciendo que planeaba encontrarse con un hombre con el que estaba saliendo, Bob Miller. El sheriff Hudson y la ayudante Olson entrevistaron al señor Miller, que negó haber estado con ella la noche que desapareció y aseguró que se había acostado con Stacy hace casi cuatro semanas y que solo la vio esa vez. Tras el descubrimiento reciente del vehículo abandonado de Stacy, se consultó a la Oficina

de Investigación de Delitos. Esta mañana se publicó una alerta por mujer desaparecida y en peligro, se hicieron publicaciones en las redes sociales y se envió un comunicado a la prensa.

—¿Alguna noticia del laboratorio? —consulto.

—Sí, la Oficina de Investigación de Delitos aceleró los cotejos de ADN. Se comparó la sangre seca en el volante con un cabello del cepillo de Stacy que nos facilitó su compañera. Son coincidentes.

—¿Revisaron los antecedentes de Stacy como pedí? —Miro a Nagel a los ojos.

—Acabamos de recibir el informe. Stacy tenía una condena por chantajear y extorsionar a un congresista.

Olson y yo intercambiamos miradas, con las cejas levantadas.

—¿Qué más?

—De acuerdo con los documentos del juzgado, la señorita Howard tuvo un amorío con este congresista y lo amenazó con hacer pública la aventura si no la mantenía económicamente. El hombre accedió durante un tiempo, pero luego acudió a los federales. Howard estuvo dos años en libertad condicional, y pagó una multa y una indemnización abultadas.

—¿Ese tal Bob, con el que Stacy le dijo a su compañera que iba a encontrarse, es casado? —pregunta el agente Lane.

—Efectivamente —respondo yo.

—¿Y sabemos si Stacy lo estaba chantajeando o extorsionando? —continúa Lane.

—Es una posibilidad, pero todavía no está confirmada —aclaro.

—Ese sería un motivo, sin duda —comenta otro agente—. ¿Y la esposa de Bob? ¿Sabemos algo de ella?

—Mucho. Bob Miller está casado con Sarah Morgan, quien, como todos saben, era la esposa de Adam Morgan, así que hay cierto solapamiento entre la desaparición de Stacy Howard y el caso Summers —explico.

—Da la impresión de que fue la esposa —remarca la voz del sargento Lantz.

—Estamos analizando todas las variantes, pero no queremos precipitarnos por la sensibilidad que genera la reapertura del caso Summers. —Miro a Nagel—. Por favor, continúe con su informe sobre la desaparición de Howard, teniente.

—No logramos desbloquear el celular que hallamos en el vehículo abandonado de Stacy, y aún seguimos trabajando en eso. Pero había un mensaje enviado la noche que desapareció a un número registrado con el nombre de Bob Miller; el mensaje confirma que iban a encontrarse. No obstante, ese número de teléfono figura como desconocido.

—¿Un teléfono de prepago, quizás? —sugiere uno de los agentes más nuevos. Por todas partes, hay cabezas que asienten.

El agente Lane alza una mano.

—¿El número desconocido respondió al mensaje de Stacy?

Nagel indica que no con la cabeza.

—¿Había huellas o rastros de ADN? ¿Los forenses encontraron algo en el vehículo, teniente? —Olson lo mira, pero Nagel sigue negando.

—Lamentablemente, estaba limpio, salvo por los restos de sangre de Stacy en el volante.

—¿Se volvió a interrogar a Miller? —inquiere el sargento Lantz.

—Todavía no —respondo.

Lantz frunce los ojos.

—¿No deberíamos pedirle que se acerque?

Me tomo un momento para meditarlo. No hallamos sus huellas ni su ADN por fuera o por dentro del vehículo. El número en el contacto que lleva su nombre en el teléfono de Stacy no le pertenece a nadie; por lo tanto, no podemos confirmar que sea de Bob. Sé que no tenemos lo suficiente para pedir una orden de registro; además, Bob es un abogado con experiencia y no lograremos sonsacarle la verdad, como sí lo haríamos con un testigo común y corriente.

—No —me decido—. Pero, teniente Nagel, quiero que arme un equipo para vigilar a Bob Miller. Usted y tres agentes. Dos equipos de dos personas con turnos rotativos de doce horas; empiece en cuanto forme el equipo. Sean discretos. Bob sabe que está en nuestro radar, pero no quiero que sospeche que tenemos una pista.

—¿Y si intervenimos su teléfono o pedimos una orden de registro? —pregunta Lantz.

—No tenemos pruebas suficientes para pedir a un juez que autorice ninguna de las dos opciones, sargento. —Presiono los labios hacia adentro—. Esperemos que Bob nos conduzca a Stacy.

Toda la sala asiente con la cabeza.

—Pueden irse —les informo.

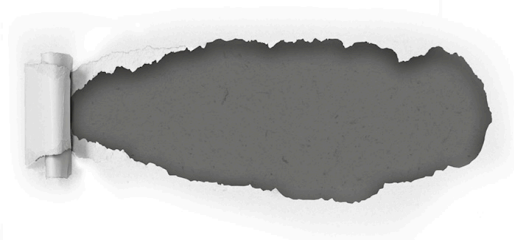
Se desencadena la charla, y mi equipo comienza a retirarse de a poco. Cierro la computadora y me pongo de pie mientras Olson camina hacia mí, con la cabeza en alto.

—Hay que llamar a Sarah —anuncio.

Olson arruga el entrecejo.

—Entendí que preferías esperar, por la apelación.

—Es cierto, pero ahora que Stevens está muerto, cada vez me quedan menos personas para interrogar. Además, quiero investigar cuánto sabe de la relación de su esposo con Stacy para luego decidir si es sospechosa o no.



26
SARAH MORGAN

Mantengo la puerta principal abierta para permitir que Eleanor entre en mi casa. Si no estuviera tan mayor y vulnerable, la habría echado, pero sé que eso no me haría quedar bien, dadas las circunstancias. Reemplazó sus tacones de Manolo Blahnik por unos zapatos bajos mucho más sensatos, y estoy segura de que los detesta, en especial en este momento en el que le llevo varios centímetros. Su clásico Chanel N.° 5 me invade la nariz, aunque hoy se puso demasiado, muy probablemente para compensar el olor a anciana. Como mínimo, resulta nauseabundo. Hace poco más de un año que no veo a Eleanor, y está muy envejecida. No me sorprende. Debe de ser difícil vivir después de presenciar cómo matan a tu único hijo y no haber podido hacer nada para evitarlo. Tiene el cutis tan tirante que da la impresión de que va a partirse en cualquier momento, como si fuera una banda elástica tensionada más allá de su límite. No hay duda de que hizo todo lo que pudo para retrasar el proceso de envejecimiento, pero sus esfuerzos la dejaron peor.

Eleanor ni siquiera pregunta si debe quitarse los zapatos y entra muy oronda a mi casa, como si fuera la dueña. En la cocina, se detiene y observa, las manos aferradas al respaldo de la silla para sostenerse erguida.

—Qué chiquita que es —señala.

Hago oídos sordos a su provocación y le ofrezco algo para beber.

—Café —pide Eleanor, elevando el mentón hacia adelante.

Tomo un jarro de la alacena y lo lleno con el que preparé esta mañana. Recuerdo que le gusta negro, como su corazón frío y sin vida.

Se queda de pie cerca de la mesa de la cocina, a la espera de la bebida. Le alcanzo el jarro con café y aparto una silla para ella.

—¿Quieres sentarte?

Eleanor no responde, pero toma asiento. Le tiemblan las manos al asir el jarro y llevarlo a la boca. Lo último que deseo es conversar con ella, pero sé que no se irá hasta que diga lo que vino a decir, así que separo otra silla y me siento también.

Apoya el jarro, temblequeante y con un gesto que demuestra que el café no fue de su agrado.

—¿Tienes problemas económicos, Sarah? Este café es de pobres.

—Me va bien, Eleanor. Dime, ¿a qué viniste?

—Bueno... —Tensa los ojos—. Vi tus cinco minutos de fama en la televisión.

Imaginé que ese era el motivo de su visita imprevista. Quiere tener la última palabra, el último comentario irónico. Sabía que estaba mirando y que se pondría furiosa, pero no creí que se aparecería en mi puerta. Supuse que estaba demasiado vieja para semejante viaje, aunque el rencor siempre la motivó.

—Yo también escuché tu declaración.

—Lo que pienso sobre cómo representaste legalmente a mi hijo no es un secreto, Sarah. Lo dejé en claro doce años atrás, y mis sentimientos no cambiaron. Pero es obvio que lo hicieron los tuyos hacia mí.

Me recuesto sobre el respaldo de la silla, frunciendo el entrecejo.

—No entiendo de qué hablas, Eleanor.

—Sé que tuvimos diferencias, pero eras mi nuera y siempre te traté como tal. —Alza un poco más el mentón.

Mantengo la compostura y hago el esfuerzo para que mis ojos se queden en su sitio y no empiecen a girar en sus órbitas al oír este delirio absoluto. O sufre de pérdida de memoria o me está tomando el pelo al actuar como si ella siempre hubiera sido magnánima. Mi mirada se desplaza hacia la mano arrugada con anillos ostentosos y uñas largas y coloradas. Recuerdo que esa misma mano me abofeteó la cara con tanta fuerza que me hizo sangrar. Las palabras que pronunció antes de golpearme resuenan en mi cabeza: «Jamás sabrás lo que es el amor de una madre, basura». Tal vez considera que esa es la manera adecuada de tratar a una nuera.

Unas botas retumban en el pasillo, y Alejandro aparece en la cocina. Se detiene en cuanto nos ve. Me mira a mí y luego a mi exsuegra, o, mejor dicho, a su perfil. Eleanor gira rígida en su silla para observar mejor. Sube y baja la cabeza mientras lo inspecciona y luego vuelve a su posición original.

—Veo que tu gusto para los hombres se deterioró, Sarah —dice, intentando elevar una ceja en un gesto de menosprecio. De todos modos, las tiene siempre levantadas, fijas en una expresión de sorpresa constante.

Alejandro entrecierra los ojos, pero sacudo sutilmente la cabeza, dando a entender que sus groserías no me afectan y que no vale la pena seguirle el juego. Él comprende el lenguaje no verbal y su rostro se relaja. Aprieta los labios, asiente y regresa hacia la puerta.

—¿Para qué viniste, Eleanor? —reitero cortante. Estoy perdiendo la paciencia. Creo que empecé a perderla en cuanto la vi en la puerta.

La puerta de vidrio se abre, y el aire de la habitación se escapa hacia afuera. Alejandro sale al porche y cierra la puerta.

Eleanor espera a que se aleje antes de hablar.

—Tengo un par de motivos.

—Te escucho.

—La novedad de que el sheriff anterior tenía relaciones íntimas con Kelly Summers me resultó, como mínimo, increíble; eso era algo que tú, como defensora de Adam, deberías haber descubierto.

—Ocultaron las pruebas, y…

Levanta su mano endeble.

—No quiero oír excusas, Sarah. Es muy tarde para eso.

Si Eleanor supiera la verdad —que descubrí el amorío entre Stevens y Summers durante el juicio y que preferí no revelarlo—, estoy segura de que se caería muerta por la conmoción y la furia extremas. Pero no puedo fiarme. Como dije antes, a ella la motivan el rencor y el despecho hacia mí.

—Bien. ¿Y qué más quieres?

—Quiero saber qué medidas tomaste en el caso de mi hijo.

No le debo ninguna explicación, pero se la daré si eso acorta la visita.

—Presenté una apelación por el ocultamiento de pruebas exculpatorias por parte del cuerpo de policía de Prince William. El proceso se aceleró por tratarse de un caso de corrupción interna y de mal manejo de la investigación, y también por algunos contactos que tengo, así que pronto debería haber noticias. Supongo que la atención de la prensa jugará a nuestro favor. Y, si hay que reiniciar el juicio, la Fundación Morgan se hará cargo del caso —anuncio sin estridencias.

—¿Quieres decir que por fin el mundo sabrá que mi hijo Adam era inocente? —Un brillo aparece en sus ojos.

—La apelación por sí sola no demuestra la inocencia. Es un paso en el proceso legal, que puede demorar años. Pero tenemos suerte de que hayan aceptado revisarlo tan rápido.

—¿Suerte? —bufa—. Mi hijo está muerto, ¿o lo olvidaste?

—No, Eleanor, no lo olvidé.

—Mami —llama Summer desde el extremo opuesto de la casa. Sus pies golpean contra la madera dura del suelo, cada vez más fuerte. Vuelve a llamarme cuando aparece por un rincón, vestida con leggings y una blusa lisa de mangas largas; se detiene a pocos centímetros de mí.

Eleanor frunce los párpados arrugados y la estudia con cautela. No hay una pizca de amabilidad en su rostro, y sé exactamente lo que está pensando.

—Terminé la tarea justo a tiempo —anuncia Summer.

—¿Justo a tiempo para qué?

Mi mirada alterna entre mi encanto de hija y la vieja malvada que la fulmina con los ojos simplemente por existir. Summer representa

lo que nunca le di a Eleanor y lo que nunca va a tener. Un nieto o una nieta.

—La semana pasada te dije que la mamá de Courtney nos iba a llevar al cine hoy por su cumpleaños. —La voz aguda demuestra que está enojada.

—No recuerdo que me hayas contado eso —cuestiono frunciendo las cejas.

—¡Te conté! —protesta.

—¿La mamá de Courtney va a ir al cine con ustedes?

—Obvio, mami. —Pone los ojos en blanco.

—¿Qué te dije de poner los ojos en blanco, Summer? —la reprendo sin exagerar.

—Perdón —responde con la mirada fija en los pies.

Un auto hace sonar su bocina dos veces seguidas.

—Ya llegó. —Summer alza la cabeza y sonríe—. ¿Puedo ir?

Muevo la boca de un lado al otro, pensando. ¿De veras me contó? Quizás sí. Tuve tanto para pensar últimamente que me cuesta mantener la mente ordenada. No puedo decirle que no si ya le dije que sí; necesita la vida más normal que pueda darle. Además, lo que menos quiero en este momento es tener una discusión con mi hija frente a Eleanor. Tiene bastante para decir así como está la situación, y no necesito que además me juzgue como madre.

—Sí, puedes ir.

—Gracias, gracias, gracias —chilla Summer mientras me envuelve el cuello con los brazos y me abraza con fuerza. Se aparta y corre hacia la puerta principal para ponerse los zapatos.

—Toma cuarenta dólares de mi bolso para tu entrada y algo para comer para las dos —digo alzando la voz.

Oigo que la cremallera de mi bolso se abre y se cierra.

—Adiós, mami. Te amo —me saluda antes de partir.

Vuelvo a concentrar mi atención en Eleanor. Tiene los labios ajados muy presionados uno contra otro, y oigo el chirrido de sus dientes (en realidad, de su dentadura) al apretar la mandíbula, frotando hacia adelante y hacia atrás.

—¿Quién es el padre? —pregunta.

—Mi esposo.

—¿Alguna vez amaste a mi hijo? —recrimina con gesto adusto.

—Claro que sí. Pero hace mucho que no está conmigo.

—No es cierto. Se fue hace poco más de un año. —Frunce los ojos y sacude la cabeza con angustia.

—Sabes a qué me refiero, Eleanor.

—No, no lo sé, Sarah. Lo que Adam más quería era ser padre, y tú le negaste esa posibilidad. Además, ¿qué clase de nombre es Summer? ¿«Verano» en inglés?

No le respondo porque no lo entendería, ni tampoco quiero explicárselo. Ponerle a mi hija el nombre Summer fue mi homenaje a Kelly Summers y al hijo que esperaba. Después de todo, ella fue tan solo una víctima en mi guerra contra Adam, y también quien me libró de él. Estaré siempre en deuda con ella por su sacrificio, aunque tampoco hubiera podido evitarlo. Estuvo en el lugar equivocado, a la hora equivocada, como dicen. El lugar equivocado fue el pene de mi marido; la hora equivocada, lo que duró nuestro matrimonio. Bob nunca ató cabos, ni siquiera lo cuestionó. Le dije que el verano era mi estación preferida y que amaba cómo sonaba esa palabra en inglés, y que por eso quería llamarla así.

—¿Algo más, Eleanor?

—Sí. —Eleva el mentón. Su mano huesuda desaparece en el bolso enorme de diseñador y vuelve a emerger con un sobre de papel madera—. Lo traje por educación antes de que se haga oficial.

Tenso la mirada cuando me lo extiende.

—¿Qué es?

—Ábrelo —sonríe con sorna.

No quiero darle el gusto, pero igual junto las patas de la tachuela, doblo la solapa hacia afuera, extraigo unos pocos papeles y los ojeo por arriba.

—¿Me demandaste por difamación? —La miro; está exultante.

—Así es. Mentiste acerca de mi salud mental, lo que me juega en contra en el juicio civil que inicié contra el cuerpo de policía de Prince William. Te hubiera demandado también por mal desempeño en el caso de Adam, pero, por desgracia, las posibilidades para eso prescribieron.

—Sabes que no puedes notificarme legalmente. Eres parte en el juicio —le recuerdo, echando la cabeza hacia atrás.

—Lo sé. —Eleanor se pone de pie y toma el bolso, aferrándolo de las correas—. Pronto se te notificará como corresponde. Simplemente tuve la amabilidad de adelantarte lo que está por venir. —Gira sobre los talones y avanza hacia la puerta principal, en señal de que su trabajo en este lugar está terminado.

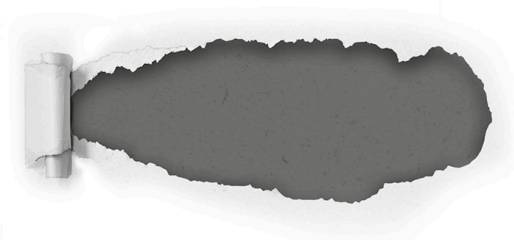
—Yo creo que lo único que querías era disfrutar el momento.

Eleanor se detiene y mira fugazmente por encima de su hombro.

—También —confiesa, y sonríe con sorna otra vez.

No le respondo porque sé que, si lo hago, seguirá hablando. La puerta se cierra con un golpe, lo que marca su salida; suspiro

molesta y arrojo los papeles sobre la mesa de la cocina. Voy a dejar que tenga la última palabra; no le queda más que eso en el mundo.



27
BOB MILLER

Caminar durante la noche por el centro de Manassas pone en evidencia lo poco que tiene la ciudad para ofrecer, en especial si se la compara con Washington D.C. Pero lo que la capital ostenta en vida nocturna, restaurantes, entretenimiento y lo que cualquiera podría esperar de la séptima área metropolitana de Estados Unidos, Manassas lo compensa en otros aspectos. Es tranquilo, pacífico, seguro (para algunos) y se puede disfrutar de la soledad. El sonido de mis pasos retumba en los frentes de ladrillo, e incluso oigo el zumbido de los pocos postes de luz en la calle, que iluminan las tiendas cerradas. El tono de llamada de mi teléfono me sobresalta. Rebusco en el bolsillo hasta encontrarlo. El nombre «Brad Watson» se extiende a lo ancho de la pantalla.

—Hola, Brad —comienzo a la vez que me detengo en un callejón y me recuesto contra la pared de un edificio.

—¿Cómo anda todo, Bob?

—¿Cómo crees? Mi esposa quiere divorciarse y quitarme la custodia de mi hija, y la mujer con la que tuve una aventura se hizo humo. —Hago un gesto sacudiendo la mano, aunque no pueda verme.

—Mira, sé que es difícil, pero no debes perder los estribos. Ponerte loco no te va a ayudar con Summer. Te necesito enfocado, ¿sí?

—Es fácil decirlo.

—Cierto, pero sabes que tengo razón.

—Está bien. Pero necesito respuestas; por eso tengo que encontrar a Stacy.

—¿Encontrarla? Aunque apareciera de nuevo por casualidad, sería mejor que no te vieran cerca de ella hasta que termine el divorcio.

—Sé que sería un inconveniente que me vieran con ella…

—No sería un inconveniente, Bob. Sería un desastre. La base de tu reclamo es que te acostaste con ella una sola vez y que, en el fondo, sigues siendo el mismo padre y esposo amoroso de siempre. ¿Dónde quedaría todo eso si te ven en una situación cordial con la mujer que es la tercera pata de este asunto sórdido? Yo te digo dónde quedaría. Sarah te comería vivo, y no nos quedaría otra que arrojar la toalla frente a sus demandas. —La voz de Brad asciende hasta casi llegar a un alarido.

—Pero Stacy es la única que puede decir la verdad sobre lo que hizo Sarah.

—¿Lo que hizo Sarah? ¿De qué hablas? —Su ira muta a perplejidad.

—Sarah contrató a Stacy.

—Sí, ya lo sabemos, o al menos que alguien de su equipo la contrató para un evento. Esa noticia es vieja.

—No me refiero a la gala. Sarah le pagó para que se acostara conmigo.

—De acuerdo... ¿Piensas que tu esposa contrató a una prostituta para que se revolcara contigo? —Las risotadas de Brad llegan a través del auricular—. ¡Por favor, viejo!

—¡Hablo en serio! Creo que la contrató para seducirme. Armó una trampa con la idea de derrotarme. Es probable que también le haya pagado para que desapareciera.

—¿Por qué Sarah haría eso?

—Para que le den la custodia exclusiva de Summer, claramente.

—No, quiero decir, ¿por qué haría todo esto? ¿Qué podría haberla impulsado a tenderte una trampa para que la engañaras?

Exhalo profundo.

—No lo sé bien. Todavía estoy tratando de entenderlo.

—Disculpa, Bob, pero lo que dices no tiene sentido. La razón por la que Sarah pidió el divorcio es que tuviste una aventura. Si no la hubieras tenido, no habría divorcio. ¿Por qué propiciaría entonces una situación de infidelidad? ¿Te das cuenta de lo rebuscado que suena?

—No lo entiendes. Sarah vive complotando. Pase lo que pase, está dos pasos adelante. —Casi escupo de lo furioso que estoy.

—Hablas como si tu esposa fuera una mente maestra de la maldad, obsesionada por atraparte, y ni siquiera puedes explicar por qué. Te quiero, amigo, y me duele decirte esto, pero da la impresión de que te niegas a aceptar la responsabilidad por tu metida de pata.

Fue nada más que eso: una aventura. ¿Y qué? Fuiste infiel. No eres el primero, y seguramente no serás el último.

—Escúchame, Brad. No tienes idea de lo que Sarah es capaz.

—En este momento, sé que es capaz de obtener la custodia exclusiva de Summer y más de la mitad de toda tu mierda si no ajustas la cabeza sobre tus hombros.

Descargo el puño contra la pared de ladrillos y hago una mueca de dolor.

Brad no comprende. No es consciente de la dimensión de lo que ocurre. No está al tanto de lo que Sarah hizo o de lo que está dispuesta a hacer para protegerse. Miro el reloj y veo que voy a llegar tarde a la peluquería.

—Tengo que cortar —digo.

—Está bien, pero ¿cómo vienes con la compilación de tus…? —empieza a preguntar Brad. Alejo el teléfono de la oreja; la voz llega tenue cuando corto la llamada.

Llego seis minutos tarde, algo atípico en mí. Soy siempre puntual y me enorgullezco de eso. Es un local pequeño con una fachada de vidrio. Unas letras manuscritas blancas que se extienden a lo largo de la vidriera forman «Cortes Carissa»; las acompaña un dibujo de unas tijeras grandes que dan la sensación de estar a punto de cortar las palabras por la mitad. Jalo del picaporte y descubro que está cerrado.

Las luces del interior están encendidas, de todos modos. Espío a través de la vidriera en busca de alguna señal de movimiento, pero no se ve nada. ¿Se habrá ido? Es un turno fuera del horario de atención. Saco el teléfono del bolsillo para llamar cuando algo se mueve en mi vista periférica. Carissa sale de la habitación del fondo

y se acerca con un trotecito y una sonrisa de disculpa. Su aspecto se asemeja más al de una cantante de una banda de punk rock que al de una estilista, por su media docena de aretes en cada oreja y la melena rosa chillón. Quita la traba de la ranura y empuja la puerta para abrir.

—¡Perdón! Olvidé que había cerrado con llave. Entra, por favor. —Carissa hace un gesto para invitarme a pasar.

—Nada de perdón; tú eres la que cierras el local después de hora por mí. —Me quito la chaqueta del traje, la cuelgo en el perchero y me desabrocho el primer botón de la camisa Oxford.

—Eres mi cliente más habitual. Es lo menos que puedo hacer. —Carissa sonríe y vuelve a trabar la puerta.

Tomo asiento, y ella se ubica detrás del sillón para observarme en el espejo inmenso colgado en la pared.

Carissa despliega la capa por encima de mí y ajusta el velcro alrededor del cuello.

—A ver, ¿qué haremos hoy? ¿Picos estilo punk? ¿Corte mohicano? ¿Mechas de colores llamativos? —Sonríe mientras me pasa los dedos por el cabello para determinar el largo.

—A gusto del profesional. —Yo también sonrío.

—Picos punk verdes, entonces. —Toma una máquina para recortar el cabello y comienza a emparejar el nacimiento sin el protector—. ¿Cómo están Sarah y Summer?

Me debato sobre cómo responder a esa pregunta, pero me inclino por la opción más tradicional. La esperada. No debo ni quiero descargar con ella toda la mierda por la que mi vida está atravesando. Además, este es un sitio para relajarme y escapar durante una hora, y no para lamentarme por mi divorcio.

—Bien. Sarah está ocupada con la fundación, como siempre, y a Summer le va bien en la escuela y está muy dedicada a la natación. Acaba de ganar el último torneo.

—Qué bueno —comenta Carissa sin dejar de trabajar.

—Eso no lo heredó de mí, seguro. —Fuerzo una risa—. ¿Y tú? —pregunto para alejar el foco de mí—. ¿Alguna novedad?

—Lo mismo de siempre. Sigo aquí, trabajando. Cuando no corto el cabello, limpio, pongo en orden los productos, llevo la contabilidad, pago cuentas o a los empleados. —Apaga la máquina y mira por un instante la puerta cerrada a su derecha—. Debería tomarme vacaciones.

—Sí, te entiendo. Desde que me nombraron socio principal, es trabajo, trabajo y nada más que trabajo.

—*Mmm* —reacciona Carissa, asintiendo apenas con la cabeza—. Vamos al sector de lavado. Le voy a dar un buen masaje a esa cabezota.

Me pongo de pie y la sigo, riéndome.

—Sé que te quedaste más tarde por mi culpa, así que puedes saltarte el lavado. Aunque lo del masaje me parece una idea excelente.

—Nada de eso. —Hace un gesto repentino con la mano—. De todos modos, no tengo ningún lugar importante al que ir.

Es agradable hablar con una mujer que no me salta a la yugular cada vez que puede. Sarah debería aprender un par de cosas de Carissa. Atravesamos el local, y noto que mira hacia la puerta trasera, más allá del baño para los clientes y de su oficina. Presta atención al reloj y echa otro vistazo a la puerta principal.

—¿Segura que no tienes que ir a ninguna parte? No quiero que te demores por mí.

Abre la boca, pero las palabras tardan unos segundos en salir.

—Sí, segura. Ve y siéntate. —Parece nerviosa o quizás ansiosa, pero decido no insistir—. Dime si está muy caliente —agrega al abrir la canilla.

El agua tibia cae a borbotones sobre mi cabello y lo inunda.

—Está perfecta. —Dejo que mis ojos se cierren y la mente se ponga en blanco.

Supongo que dormito unos momentos, porque de repente siento una palmada en el hombro y el susurro de Carissa, inclinada hacia mí.

—Listo. Te espero de nuevo en el sillón.

Pestañeo varias veces y me pongo de pie lentamente, mientras la observo en su camino hacia el lugar de corte. Una vez más, vigila la oficina, la puerta trasera, la entrada. La sigo y tomo asiento en el sillón.

Roza el pulgar contra el pelo de mi nuca.

—¿Prefieres que te afeite con navaja hoy?

—Sí, ¿por qué no?

Carissa escoge una navaja y tantea la hoja para revisar el filo. Me cubre la garganta con una toalla húmeda y caliente y me indica:

—Recuéstate y relájate. —Luego inicia el proceso: me aplica una loción y desliza la navaja suavemente hacia arriba por el cuello. Oigo cómo la hoja raspa y el vello cede, abriendo paso a la piel suave. Si esto se extiende por un tiempo más, quizás vuelva a quedarme dormido. El aroma de la loción para afeitar mezclado con el

movimiento relajante… Pero un dolor intenso me quema la garganta, justo debajo del mentón.

—¡Mierda! —se le escapa a Carissa antes de taparse la boca—. Ay, Dios. Te pido mil disculpas.

Alzo la mano hasta el sitio desde donde surge el dolor, lo toco y, cuando la llevo a la altura de los ojos, veo la sangre que chorrea de los dedos. Otras gotas se deslizan por el cuello, debajo de la capa, y seguramente me manchan la camisa. Un poco de sangre resbala por la capa y cae al suelo. No creo que el corte haya sido tan grave, pero cuando la piel está caliente, se ablanda, y una tonelada de sangre fluye por el cuello.

—¡Trae una toalla y algo frío! —aúllo en pánico—. ¡Ya!

—¡Perdón, perdón! —Corre hacia la oficina y aparece un segundo después con una toalla grande y una lata de agua con gas—. ¡Aquí tienes! —me ofrece Carissa mientras presiona la toalla contra el cuello y me extiende la lata.

—¿Y esto?

—Es lo único frío que tengo.

Alterno apretando la toalla y la lata contra la piel de mi cuello; Carissa me observa desde arriba, mordiéndose las uñas de los nervios.

Cierra los ojos un segundo; respira hondo varias veces, inhalando por la nariz y exhalando por la boca.

—No sé cómo pedirte perdón, Bob.

—Estoy bien —resoplo—. Fue un accidente. ¿Tienes un botiquín de primeros auxilios?

Carissa me mira extrañada, pero luego asiente con la cabeza y desaparece apurada. Oigo un barullo de objetos que se mueven o se

caen, antes de regresar con un botiquín pequeño. Bastan dos apósitos para cubrir la herida.

—Si prefieres no cortarte el cabello, lo entiendo —dice Carissa con lágrimas en los ojos.

—Ya estoy aquí; no tiene sentido irme sin que me cortes el cabello. Limítate a mantener las tijeras lejos del cuello —bromeo, en un intento por hacerla sentir más cómoda.

—¿Seguro? —pregunta entre risas nerviosas.

—Sí.

—Está bien, pero invita la casa.

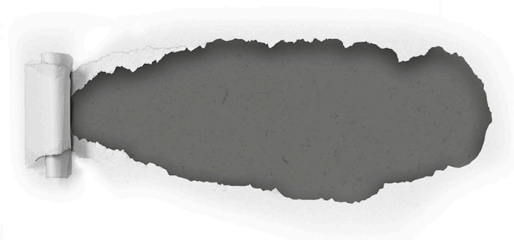
No puedo aceptar su oferta porque sé que gana lo justo para mantenerse a flote. Además, ella ya tuvo su cuota de problemas e injusticias.

—Hagamos lo siguiente. —La miro en el espejo—. Yo pago el corte. Tú, la lavandería.

Sus ojos recorren mi reflejo hasta que finalmente acepta.

—Trato hecho.

Vuelvo a mirar a Carissa, sin entender por qué dudó y sopesó mi propuesta generosa antes de decir que sí.



28

SARAH MORGAN

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —pregunta Jess, quitándome el sobre de la mano. Está sentada frente a mí, con un traje sobrio de chaqueta y pantalón—. Si seguimos este camino, no hay vuelta atrás.

—Estoy segura. —Me reclino en el asiento y miro por los ventanales que se extienden a lo largo de la pared lateral de mi oficina. El cielo matutino es un mar de nubes grises y sobrecargadas, a punto de estallar. Hasta las nubes tienen un límite de resistencia.

—Simplemente quería corroborarlo —continúa Jess—. Sé que, en un principio, tu objetivo central era mantener la separación en privado y sin escándalos y, si hacemos esto, no puedo garantizar que siga siendo así. Es más, estoy segura de lo contrario. Será caótico.

Aparto la mirada de los ventanales.

—Ya lo es.

—Muy bien, lo voy a presentar ahora mismo y pediré una audiencia urgente para acelerar el proceso. —Introduce el sobre en su maletín y se pone de pie—. Te tengo al tanto —agrega mientras se dirige hacia la puerta.

Antes de salir de la oficina, se detiene y se vuelve hacia mí con una expresión compasiva.

—Cuídate, Sarah.

—Siempre lo hago.

Jess fuerza una sonrisa y se va, y yo me quedo otra vez sola. No quería tomar esta decisión, pero Bob no me deja opción. Sé que guarda algo debajo de la manga, que trama algún plan. La amenaza que murmuró por lo bajo, «o si vas presa», modificó todo. Además, no puedo confiar en que cuide bien a Summer. La única noche que pasó con él, se lastimó por su negligencia; no volveré a correr ese riesgo; no con mi hija. Quería que la separación fuera rápida y tranquila. Pero no, él tuvo que complicarla.

Eso me recuerda algo. Levanto el teléfono de mi escritorio y escribo un mensaje.

SARAH MORGAN
Hola, Alejandro. Soy Sarah. Me acabo de dar cuenta de que no te pagué el trabajo.

Segundos después, aparecen tres puntos en la pantalla.

ALEJANDRO PÉREZ
Te olvidaste a propósito para verme otra vez?

SARAH MORGAN
¿Y tú te olvidaste adrede de reclamar el pago?

Su mensaje llega a la pantalla antes de que pueda apoyar el teléfono. No se me escapa que no me está tratando de manera formal.

ALEJANDRO PÉREZ
…Quizás ;)

Tuerzo la boca hacia un lado y hacia el otro, decidiendo qué decir.

SARAH MORGAN
Puedo pasar hoy mismo a dejarte el dinero.

ALEJANDRO PÉREZ
Como quieras. Si no, puedo ir a tu casa.

SARAH MORGAN
No. Voy yo.

ALEJANDRO PÉREZ
Te doy la dirección?

SARAH MORGAN
Ya la tengo.

ALEJANDRO PÉREZ
Me estás acosando??? ;)

SARAH MORGAN
Fui yo quien literalmente te dio las llaves de tu departamento…

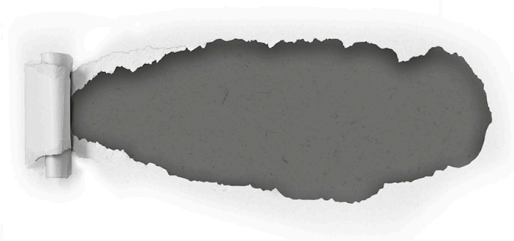
Alguien da dos golpes discretos a la puerta antes de entrar; Natalie, la recepcionista de la fundación, asoma la cabeza.

—Perdón por interrumpirte, Sarah, pero dos policías quieren hablar contigo.

Mantengo la calma mientras pienso en todas las razones por las que podrían estar aquí. Estoy segura de que Bob trama algo, pero no creo que le haya pedido mayor intervención a la policía. No sería tan estúpido, ¿no? Está también la reapertura del caso de Kelly Summers. Sé que deben volver a interrogar a todos, pero pensé que la convocatoria sería mucho más formal, que, por ejemplo, me informarían una fecha y un horario para acercarme a la comisaría. Más allá de cuál sea el motivo de la visita, no puedo echarlos.

—Ve y diles que pasen, Natalie.

Asiente y desaparece de la puerta. Dejo escapar un suspiro profundo, me siento más erguida y doblo el cuello hacia cada lado, haciéndolo sonar. Terminemos con esto.



29
SHERIFF HUDSON

La recepcionista de la Fundación Morgan se escabulló rapidito hace un par de minutos para averiguar si Sarah estaba disponible para hablar con nosotros. Le dije que podíamos esperar, no importaba cuánto. Necesito respuestas y no me puedo dar el lujo de volver en otro momento para conseguirlas. Olson y yo decidimos presentarnos en su oficina y no citarla para un interrogatorio en la comisaría porque imaginamos que estaría más predispuesta a hablar si se trataba de un encuentro no tan formal y en su terreno. Suena la campanilla del ascensor, y la puerta se abre detrás de nosotros. Me doy vuelta y veo a un hombre con pantalones caqui y una camisa con el cuello abotonado. Alza la mirada del teléfono y abre grandes los ojos cuando advierte nuestra presencia. Sonríe por compromiso y saluda con una inclinación de cabeza para luego alejarse a paso rápido. No es una reacción atípica cuando llegamos a un lado sin previo aviso; esa es exactamente la razón por la que vinimos sin

previo aviso. Sarah siempre tiene las respuestas correctas, y lo último que quiero es darle tiempo para que las perfeccione aún más.

—¿Crees que nos hará esperar? —pregunta Olson.

—No, nunca pasa eso.

En mi experiencia, siempre quieren que nos vayamos lo antes posible. Tener a dos policías uniformados de pies a cabeza en el medio de una oficina durante mucho tiempo solo sirve para tensionar el ambiente. Y promover habladurías y teorías de por qué están ahí.

La recepcionista regresa y hace un gesto con la mano para indicar que la acompañemos.

—Sarah los atenderá ahora. ¿Desean beber algo?

—No —respondo.

—Estoy bien así —agrega Olson.

—¿Seguros? Tenemos café, agua en botella, té común y té de kombucha. También cerveza, vino y espumante, todo de barril.

Olson y yo negamos con la cabeza, pero intercambiamos una mirada de envidia. No tenemos esa variedad de bebidas en la comisaría. Solamente café instantáneo y agua de garrafa. Supongo que estamos en el lado equivocado del campo de la justicia.

Avanzamos por la oficina enorme de concepto abierto y rodeamos escritorios, mesas y hasta áreas de estar con ridículos sillones esféricos. El diseño y la decoración se corresponden más a una empresa de tecnología que a una organización sin fines de lucro. Las cabezas se alejan de golpe de las pantallas de las computadoras cuando los empleados toman conciencia de que hay dos policías desplazándose por su lugar de trabajo.

La recepcionista golpea apenas la puerta de la oficina de Sarah y luego extiende el brazo para señalarnos que entremos. Sarah ignora nuestra presencia y mantiene la mirada fija en su computadora mientras escribe. A diferencia de sus empleados, a ella no le sorprende que estemos aquí, o al menos lo disimula.

Con los ojos en el monitor, nos pide que nos acerquemos.

—Tomen asiento, por favor. —Señala las dos sillas del otro lado del escritorio.

La recepcionista se va y cierra la puerta.

—Sarah, le presento a la ayudante Olson. —Me siento.

Finalmente, aleja los ojos de la pantalla y los dirige primero hacia Olson y luego hacia mí.

—Encantada de conocerla, ayudante, y encantada de volverlo a ver, Hudson.

Asentimos con la cabeza y devolvemos el saludo.

—¿A qué debo el placer de que dos agentes de la ley tan respetados me honren con una visita a mi oficina?

Olson prácticamente no ha interactuado con Sarah, y veo por su expresión que la mezcla de aplomo supremo, sarcasmo e ingenio de la mujer frente a nosotros la desconcierta. Pero yo conozco muy bien a Sarah y, si mi objetivo es sonsacarle algo valioso sobre la desaparición de Stacy Howard y el caso de Kelly Summers, voy a tener que seguirle el juego; de lo contrario, será inaccesible. Quizás ya lo sea. Como abogada, sabe que conocimiento equivale a poder, y por eso es que lo atesora.

—Supongo que a estas alturas está al tanto de que reabrimos la investigación por el caso de Kelly Summers —comienzo, con la idea

de que es mejor iniciar la conversación por el motivo más predecible de nuestra visita.

—¿Se refiere al asesinato por el que condenaron erróneamente a mi esposo con la ayuda de su comisaría? El mismo caso en el que uno de sus colegas ocultó pruebas exculpatorias y su vínculo sexual con la víctima. ¿Habla de esa investigación? —Ladea la cabeza, estudiando nuestros rostros.

—Solo porque una prueba… —Alzo la mano para callar a Olson.

—No, Hudson, déjela hablar. —Sarah hace un gesto, invitándola a seguir.

Olson me mira para que la oriente sobre cómo proceder. Sacudo la cabeza despacio, dándole a entender que no vale la pena. Tenemos que jugar con las mismas cartas que Sarah.

—Desde ya que, a la luz de lo que ocurrió desde que el ocultamiento de las pruebas se hizo público…

—Claro. El intento de suicidio y los cargos por homicidio culposo no contribuyen para nada con la imagen del condado —interrumpe Sarah—. A propósito, ¿cómo está Stevens? Espero que se esté recuperando, porque tengo mucho para preguntarle.

—Ese es uno de los temas de los que queremos hablarle, además del caso de Kelly Summers.

—Ya respondí a todas las preguntas con las que me acribilló hace doce años. Si desea saber más sobre esa investigación, vaya y consúltele al tipo que ocultó evidencia.

—Imposible —digo.

—¿Por qué?

—Porque está muerto —se anticipa a responder Olson.

La boca de Sarah se abre, pero vuelve a cerrarse enseguida. Sus ojos ligeramente fruncidos alternan entre Olson y yo.

—¿Me está diciendo que el hombre que condujo la investigación del caso Kelly Summers y el único que podía responder sobre el ocultamiento de pruebas clave está muerto? ¿Justo antes de que el condado recibiera una posible catarata de demandas por el desempeño ineficiente de su policía? En mi opinión, resulta muy oportuno... —Se reclina en su asiento.

—En verdad, no tiene nada de oportuno —contesto, retrayendo la mirada para imitar su expresión.

Sarah gira la cabeza hacia mí, despacio.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué, Hudson?

—Porque a Stevens lo asesinaron. Le cortaron la garganta mientras dormía. —La única razón por la que le cuento esto es porque necesito que entienda la gravedad de la situación. Al cuerno con la información pública.

—Bien, ¿y qué tiene que ver todo esto con el caso Summers? —pregunta, indiferente a los detalles escabrosos que acabo de revelar. De nuevo: es abogada; en estos años, ha escuchado detalles macabros de muchos asesinatos, incluido el que tuvo lugar en su casa.

—No estamos seguros de que haya alguna relación, pero ahora que la investigación se reabrió y Stevens está muerto, cada vez tenemos menos personas para interrogar. Así que agradecería su colaboración. —Aprieto los labios y le sostengo la mirada.

Sarah asiente y hace un gesto con la mano.

—Proceda, entonces.

Saco un bolígrafo y un anotador del bolsillo delantero de la chaqueta.

—Usted declaró que, la noche que asesinaron a Kelly Summers, estaba en un bar en Washington D.C., bebiendo algo con quien era su asistente en ese entonces, Anne Davis. ¿Es así?

—Sí, y Anne corroboró el dato. Es más, ella sigue trabajando conmigo y puede verificarlo otra vez, de ser necesario. —Comienza a ponerse de pie.

—No, no. No hace falta. —Olson le indica que vuelva a sentarse.

Está claro que Sarah sigue jugando con nosotros. Está molesta y quiere que lo sepamos; así que no dejará pasar ninguna oportunidad de saltarnos al cuello.

—¿A qué hora volvió a su casa? —pregunto.

—No me acuerdo; la que haya dicho hace doce años.

Hojeo el anotador.

—Minutos después de la medianoche.

—Suena lógico.

—¿En qué bar estuvieron usted y la señorita Davis?

—No me acuerdo; el que haya dicho hace doce años —se encoge de hombros.

Presiono los labios hacia adentro. La modalidad del interrogatorio no nos lleva a ningún lado. Para ser franco, esta investigación no va a ningún lado. Pasó demasiado tiempo, y el trabajo está desordenado y, en su mayor parte, incompleto. Y eso se lo debemos a Stevens. Ni siquiera les preguntó a Sarah o a Anne a qué bar habían ido, por amor de Dios.

—¿Alguna vez presentó pruebas de dónde había estado y alguien las verificó? —consulta Olson.

—¿Junto con el testimonio literal y el informe de un testigo ocular sin antecedentes penales?

—Sí. ¿Conserva el comprobante de pago de algunos de los bares a los que fue esa noche?

—¿Que si tengo el comprobante de pago de un bar al que fui hace doce años? —Sarah pone los ojos en blanco y comienza a negar con la cabeza—. Por desgracia, solo guardo comprobantes de los últimos once años.

—¿Tenía conocimiento de la aventura de Adam antes del asesinato de Kelly Summers? —insiste Olson.

—¿Cree que habría seguido casada con él de haberlo sabido?

—Nos informaron que solicitó el divorcio de su esposo actual, Bob Miller —intercedo para desviar el tema hacia donde nos interesa—. ¿Es correcto?

Los ojos de Sarah se fijan en mí, tensándose apenas.

—Sí, es correcto.

—¿Le molestaría compartir con nosotros el motivo de la separación? —presiono.

—Preferiría no hacerlo, pero si es de utilidad para usted, Bob tuvo una aventura. —Alza el mentón y se acomoda en el asiento.

—¿Conoce a una mujer con el nombre de Stacy Howard?

—Personalmente, no, pero sé que así se llama la mujer con la que mi esposo se anduvo revolcando —responde Sarah, sin pestañear.

—¿Puede decirnos dónde estuvo el lunes pasado, entre las cinco de la tarde y las diez de la noche?

Se queda callada un instante, pensando la respuesta.

—Estuve aquí, en el trabajo, hasta cerca de las seis; luego fui a casa y cené con Bob y con mi hija. Después, ordené la cocina, jugué

con mi hija, leí un poco y me fui a la cama a eso de las diez.

—¿A qué hora llegó Bob?

—Alrededor de las siete y media.

—¿Con su hija? —confirma Olson.

—Sí. La fue a buscar en su auto a la casa de una amiga y la trajo.

—¿A qué hora se fue?

—Poco después de las nueve. ¿Hay algo que debería saber, Hudson? —Sarah inclina la cabeza hacia un costado.

—Se denunció la desaparición de Stacy Howard y, hasta donde sabemos, Bob puede ser la última persona que estuvo con ella. ¿Sabe si seguían viéndose?

—No lo sé. Debería preguntarle a él.

—Bob declaró que hacía varias semanas que no se veía con Stacy. ¿Cree que pueda ser cierto? —añade Olson.

—No creo en nada de lo que diga mi esposo.

Mi radio cobra vida. *Piiii*.

—*Teniente Nagel a sheriff Hudson, cambio.*

—Habla el sheriff Hudson.

—*Necesitamos que venga a la peluquería en la calle Center.*

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—*Más que una violación de domicilio y hurto, parece un 187.*

Mierda. Justo cuando parecía que la situación no podía ser peor.

—Perdón, pero vamos a tener que interrumpir aquí —anuncio, poniéndome de pie—. Agradezco su cooperación, Sarah. Nos pondremos en contacto en caso de que tengamos preguntas adicionales.

—Soy una mujer muy ocupada, Hudson, así que, por favor, avíseme antes la próxima vez que venga —me recrimina, con la

atención puesta otra vez en la computadora.

—Lo tendré en cuenta. —Saludo con una inclinación de cabeza y giro para salir, seguido de cerca por Olson.

En el ascensor, presiono el botón con la leyenda «Recepción». Cuando las puertas se cierran, le pregunto:

—¿Qué opinas?

—Sarah es un caso serio —se burla.

—Te lo advertí. Es brava.

—Eso parece.

—Bueno, los horarios que mencionó Sarah coinciden con los de Bob, pero todavía no podemos corroborar dónde estuvo antes de las siete y media y después de las nueve. Pudo haberlo hecho en ese tiempo.

—Tampoco sabemos con exactitud la hora en la que Stacy desapareció. Podemos suponer que fue poco después de las cinco, mientras estaba cerca de su casa, porque esa es la última ubicación conocida, de acuerdo con los registros del celular. También pudo tener el teléfono apagado o sin batería y haber sido más tarde —dice Olson.

—Cierto. Bien, estamos vigilando a Bob desde hoy por la mañana, así que esperemos que surja alguna pista.

—Algo me llamó la atención del interrogatorio de Sarah.

Ladeo la cabeza.

—Dime.

—No preguntó cómo murió Stevens. —Olson alza una ceja.

—¿Qué?

—Tú le dijiste que Stevens había muerto, y su primera reacción fue insinuar que esa muerte era oportuna para la policía. No se

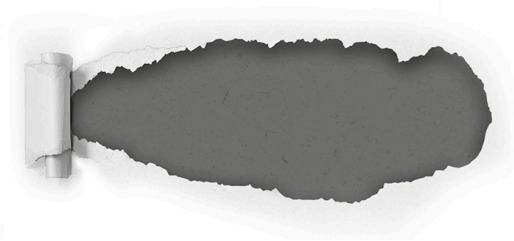
sorprendió en lo más mínimo.

—¿Crees que Sarah ya sabía que lo habían asesinado?

—Me dio esa impresión, sí, y Sarah solo podría estar al tanto si…

—Si tuviera un informante —completo.

—O si participó del hecho —remata Olson.



30
BOB MILLER

Mi rodilla rebota dos veces por cada segundo que pasa. Estoy sentado en un área de recepción reducida a la espera de que mi jefe, Kent, me haga pasar. Me llamó anoche para decirme que quería hablar conmigo a primera hora de la mañana. Quería conversar sobre algo, y tenía que ser en persona. No sé bien qué podría ser. Debo admitir que estuve un poco ausente últimamente, pero mi equipo se hizo cargo de todo. No se escapó nada por ninguna grieta. Me aseguré de que eso no ocurriera.

La asistente de Kent, Candace, me contempla con desprecio desde su escritorio. Su expresión es amarga, como si hubiera chupado un limón, pero así es su rostro y su actitud. No me sorprendería enterarme de que salió del vientre materno con el ceño fruncido, disgustada porque la temperatura de la sala de parto no era la correcta o porque el obstetra no se había colocado una crema de primera marca en las manos con las que la estaba extrayendo. Su apellido es Williamson, como en Williamson, Miller & Asociados, pero

es por su tío, no por ella. Mi apellido también figura ahí, pero a continuación del de Williamson. Al parecer, el nepotismo lleva la delantera.

Me arremango para ver la hora en mi Rolex. Hace quince minutos que estoy en esta sala, lo que indica que no será una charla amable; a Kent le gusta hacer esperar cuando está enojado con alguien. Es uno de sus juegos de poder. Cocínate en tu propia transpiración imaginando todo lo que podría pasarte; piensa en cada cosa mala que hiciste y en cómo Kent pudo haberla descubierto. Aunque, en verdad, no tengo idea acerca de qué se supone que debería estar pensando ahora.

—¿Sabes cuánto tardará? —pregunto.

Candace arruga los ojos al dirigirse a mí.

—No —responde, y vuelve a su trabajo.

—¿Podrías preguntar?

Candace suspira al alzar nuevamente la cabeza, como si se tratara de la mayor proeza física lograda por un humano.

—Kent lo llamará cuando pueda llamarlo. —Remata su comentario con una sonrisa burlona.

Candace vuelca su atención al teléfono celular, apuntando con el cuerpo en dirección opuesta a la mía.

—Basura —murmuro entre dientes.

Transcurren otros diez minutos hasta que la asistente/sobrina me anuncia que Kent puede recibirme. Exhalo profundo al ponerme de pie.

—Buena suerte —me desea Candace, elevando el tono de voz para enfatizar la palabra «suerte» cuando paso junto a ella de camino hacia la oficina de Kent.

Hago oídos sordos a su augurio sarcástico y cierro la puerta una vez adentro. Kent está sentado en un sillón giratorio desproporcionadamente grande, el mejor que el dinero puede comprar. La oficina está ordenada, sin un solo objeto fuera de lugar, y los ojos de Kent no se despegan de la computadora portátil.

—Buenos días, Kent —saludo, metiendo los labios hacia adentro y cruzando las manos al nivel de la cintura.

Alza la cabeza.

—Bob, justo el hombre que quería ver —responde tranquilo; cierra la computadora y señala una de las sillas acomodadas frente al escritorio—. Toma asiento.

Digo que sí con la cabeza y obedezco. Una vez sentado, Kent apoya los codos sobre el escritorio y se inclina hacia adelante con los dedos entrelazados. Tiene la cabellera abundante y plateada, el gesto adusto y la mirada vigilante. Está cerca de la edad de jubilarse, pero nunca lo hará. El estudio es su vida, su legado, y quitárselo sería como desconectar a alguien de su respirador. Es probable que muera aquí mismo, en esta oficina. Es básicamente un ataúd a la espera de un cuerpo.

—¿Cómo estás, Bob? —pregunta jovial… Bueno, jovial teniendo en cuenta que se trata de Kent.

Sé lo que está haciendo. Finge que todo está de maravillas para que yo baje la guardia y así tomarme desprevenido cuando, de un segundo a otro, la charla cambie de dirección. Pero nada está de maravillas, y yo ya presencié esta táctica demasiadas veces. Solo resta esperar que caiga el mazazo.

—Bien. ¿Y tú?

Kent se recuesta sobre el sillón y se balancea.

—Bueno, estaba bien hasta que anoche recibí un par de llamadas desagradables de dos de nuestros mejores clientes. ¿Tienes idea de por qué me llamaron, Bob?

Trago con esfuerzo.

—No.

—Me lo imaginaba. —Alza la cabeza—. Me hicieron saber que no están satisfechos con la atención que reciben de los abogados noveles del equipo. Al parecer, el único contacto directo que tuvieron el mes pasado fue con ellos.

—Sí, es cierto —reacciono rápidamente—. Pensé que sería una buena idea jerarquizar a mi equipo y darle más responsabilidades. Que una mayor interacción directa con los clientes, con tareas típicamente reservadas para sus superiores, los ayudaría a crecer más rápido. Quise lanzarlos a la arena, por decirlo de alguna manera.

—Dedicar tiempo a reunirse con los clientes no es una responsabilidad que se delegue fácilmente a los más novatos.

No puedo engañar a Kent. A decir verdad, no me estuve esforzando mucho en el trabajo porque estaba concentrado en el divorcio y, ahora, en la chica que desapareció. Pero nunca creí que mi falta de dedicación fuera tan notoria.

—Tienes razón, Kent. Te pido disculpas.

Deja escapar un suspiro sonoro a través de la nariz para indicar que el asunto recién empieza. Sé que una disculpa no va a conformarlo. Quiere que implore su perdón. Que me arrastre a sus pies.

—Tú bien sabes, Bob, que me llevó mucho tiempo encontrar a alguien que, en mi opinión, mereciera ser socio principal del estudio.

En otras palabras, los stilettos de Sarah Morgan eran unos zapatos muy grandes para cualquiera —comenta con una risita.

Me muerdo la lengua para no interrumpir. A Kent, hay que dejarlo terminar porque va a decir todo lo que pretende, quieras o no. La única diferencia que mi interrupción provocaría sería la forma de expresar sus comentarios, y prefiero el desdén a la ira.

—Pero te elegí a ti, a pesar de tu carácter difícil. Porque, cuando las papas queman, no te tiembla la mano. —Asiente enérgico—. Sin embargo, en las últimas semanas… me estuve preguntando si tomé la decisión correcta.

—La tomaste, Kent. Soy el que más trabaja aquí. Ya te lo demostré, y puedo hacerlo otra vez. Te pido perdón por no haber estado a la altura en el último tiempo. Lo digo en serio. No fue mi intención. —Hago una pausa y me froto la frente—. Estuve haciéndome cargo de algunos asuntos personales y…

—Sé todo de tu vida personal, Bob. —Alza una ceja y luego continúa con el discurso que preparó—. Pero no es excusa para no venir a la oficina ni para pedirle a un novato que se reúna con los clientes más importantes del estudio. Has sido una especie de fantasma. El eco de tus mocasines baratos y el aroma en el aire de lo que llamas colonia son lo único que me recuerda que alguna vez fuiste una adquisición valiosa. —El enojo de Kent empieza a aumentar, y su voz así lo refleja. No sería el momento adecuado para corregirlo y decir que mis mocasines Ferragamo no son para nada baratos y que no cabe duda de que la Creed Aventus es una colonia—. Nada más oigo tu nombre cuando los colegas preguntan «¿Dónde está Bob?» o «¿Alguien vio a Bob?». ¡Agregué tu nombre en el frente del edificio, carajo! —Kent golpea el escritorio con el

puño, y los objetos que lo cubren se sacuden como en un terremoto —. ¡Tendrías que prácticamente vivir aquí! ¡Con lo que te pago!

Lo miro a los ojos para demostrar que lo estoy escuchando. Pero no es cierto; me quedé prendado de una de sus frases. «Sé todo de tu vida personal, Bob».

—¿Cómo es eso de que sabes todo de mi vida personal? —pregunto, arrugando los ojos.

Kent se queda sentado, en silencio, con la vista fija en mí. Deja que los segundos se acumulen hasta casi convertirse en minutos. ¿Por qué no responde? Nunca se queda sin palabras porque le fascina escucharse hablar. A menos que…

—Tú. —Lo señalo con el dedo. No reacciona. Continúa tranquilo, con la mirada clavada en mí—. Tú fuiste quien le contó a Sarah. ¿Cómo carajo pudiste hacerme eso?

—Bueno, bueno. Calma. —Su tono es tan condescendiente como sus comentarios. Agita la mano con la palma hacia abajo como si pretendiera que mis nervios hicieran lo mismo.

—No lo puedo creer. —Niego con la cabeza—. Soy tu socio. Somos… compañeros. Se supone que debemos apoyarnos.

—Soy un multimillonario de 65 años. Soy dueño de un estudio prestigioso de abogados. Me gradué de Princeton y de Yale. Soy miembro del Colegio de Abogados del país y formo parte de un número considerable de juntas directivas en el área metropolitana. Soy padre y abuelo, y un marido cariñoso. ¿Notaste qué falta en esa lista? La palabra «compañero». ¡No soy tu compañero, carajo!

—No había una puta razón para hablar con Sarah. Fue una sola vez, un error garrafal, y ahora tú y tu bocaza hicieron explotar mi familia por los aires. ¿Por qué mierda lo hiciste? —vocifero.

Kent mira a través de los ventanales por un momento antes de dirigir nuevamente sus ojos hacia mí.

—Porque Sarah es como una hija para mí.

—Mentira, carajo. Cuando ella trabajaba aquí, estaban siempre mordisqueándose los tobillos el uno al otro. Sarah pensaba que eras un imbécil arrogante que actuaba como si fueras superior a ella.

—Soy un imbécil arrogante y era superior a ella. No tanto como abogado, sino claramente como empresario. Tenía una razón para ser estricto con Sarah. La moldeé para que se convirtiera en la abogada que la creía capaz de ser. ¿Cómo crees que llegó a socia principal tan joven? Eso no habría pasado si yo hubiera sido complaciente, si no la hubiera presionado para que alcanzara todo su potencial. Fue un amor áspero porque así amo yo. Sarah me importa mucho; no me iba a quedar de brazos cruzados y permitir que la hicieras quedar como una tonta.

—No tienes idea de lo que hiciste. —Aprieto los puños contra las piernas. Estoy haciendo mi mayor esfuerzo para no abalanzarme por encima del escritorio.

—Tú lo hiciste. No yo. Tú fuiste el que no pudo mantener el pene lejos de una camarera provocativa. Yo simplemente fui el mensajero. —Levanta el mentón.

—Ay, vete a la mierda. Como si no te hubieras revolcado con tus secretarias. Todos sabemos los rumores.

—Cuidado, Bob —me alerta.

—¿Por eso la bruja de tu sobrina es tu asistente ahora? ¿Tu esposa por fin se impuso y te obligó a contratar a alguien a quien no te pudieras coger dentro de lo legal?

—Basta —interrumpe, dando un puñetazo contra el escritorio—. Estás suspendido. Tres semanas sin goce de sueldo. Ve y arregla tu mierda; y vuelve cuando tu actitud haya mejorado considerablemente.

—Soy socio principal. No puedes suspenderme.

—Claro que puedo. ¿O te olvidaste de que el edificio lleva mi nombre, carajo?

—También lleva el mío —contraataco, rechinando los dientes.

—Si sigues así, va a desaparecer.

Froto los dientes de un lado a otro. El calor irradia de cada centímetro de mi cuerpo, y el sudor me gotea por la espalda. Me obligo a tragar las palabras que quiero gritarle en la cara porque tengo la intención de conservar este trabajo. Kent me observa con los ojos entrecerrados y el mentón en alto. Ya no litiga en la corte, así que esto lo entusiasma; es como regresar a sus días de gloria. El fuego arde detrás de sus párpados carnosos y con seguridad no se extinguirá pronto. Me pongo de pie demasiado rápido; la silla cae hacia atrás y hace un ruido seco al golpear contra el suelo, pero no me molesto en levantarla.

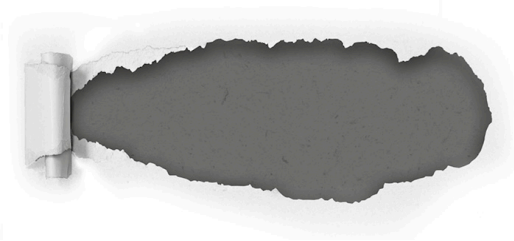
Abro la puerta de la oficina de un tirón, y el picaporte se estrella contra la pared.

—¡Son seis semanas! —brama.

Candace no aparta los ojos del celular.

—Disfruta del tiempo libre, Bob —dice alegre.

Mi dedo del medio asoma por encima del hombro mientras salgo hecho una furia.



31
SHERIFF HUDSON

—¿Qué tenemos aquí? —Doy una zancada por encima del vidrio roto; está desperdigado por todo el suelo y es casi imposible de evitar. Mis borceguíes crujen contra las astillas a medida que me adentro en el salón de Cortes Carissa.

La escena frente a mis ojos no se limita a una vidriera hecha añicos como se denunció en un principio. El lugar está dado vuelta. Los sillones volcados en el piso, los productos desparramados, los espejos rajados. Me arrodillo para examinar varias manchas color carmesí cerca de uno de los lugares de corte, junto con restos de cabello castaño entrecano. Hay sangre, mucha, y por eso estoy aquí. El equipo forense ya llegó a la escena, y está recogiendo pruebas y fotografiando cada centímetro.

—No estoy seguro, sheriff —comenta Nagel—. El agente Lane se acercó al lugar después de una denuncia por violación de domicilio y hurto, pero, al darse cuenta de que quizás era más grave, pidió la presencia de un superior. Cuando entramos y vimos toda esta

sangre, bueno, lo llamamos a usted. —Señala una tijera caída en un charco de sangre. Un rastro de líquido rojo conduce a la parte posterior del local: comienza con unas salpicaduras y gotitas húmedas hasta convertirse en manchones, como si hubieran arrastrado algo o a alguien sobre esa sangre.

—¿Quién llamó? —indago.

—Un empleado de la cafetería de al lado. Notó que la vidriera estaba rota cuando pasó de camino a su tienda.

—¿Sabemos a quién pertenece la sangre?

—Supongo que a la dueña del local, Carissa Brooks. Su bolso y su celular están en la oficina, y hay un Kia Sorento registrado a su nombre atrás.

Analizo la escena, prestando atención a los detalles en un intento por unirlos y recrear lo que pudo haber sucedido aquí. Sigo el rastro de sangre hasta que los manchones se detienen de repente en la puerta trasera. Empujo para abrirla y estudio el lugar. El Kia Sorento está estacionado frente a un cartel que dice «Cortes Carissa – Entrada de empleados», y hay una cámara de seguridad contra la pared exterior, enfocada hacia la puerta de salida.

—¿Y esa cámara? —pregunto, señalando hacia arriba.

—Fue lo primero que revisé. No está conectada a nada. Una cámara de mentira para asustar a posibles ladrones.

Sacudo la cabeza. Ese es el problema en las ciudades pequeñas. Nadie cree que pueda ocurrirle algo malo; por eso optan por sistemas de seguridad pensados para disuadir pero que, en realidad, no funcionan. Vuelvo a seguir el rastro hacia adentro de la peluquería, controlando una vez más no haber pasado por alto nada inusual… Bueno, más inusual que un rastro de sangre.

—¿Qué intuye, sheriff?

—La explicación más simple y más obvia es que alguien entró para robar, en la creencia de que no había nadie. Hubo un forcejeo, se descontroló la situación, alguien resultó herido, quizás la dueña le clavó la tijera al ladrón… —Rodeo un sillón que está en el suelo, poniendo cuidado en no pisar la sangre. Sobre el gabinete que está debajo del espejo roto, hay una navaja. La hoja está ensangrentada —. O una navaja. Y la persona herida huyó por la parte de atrás. —Continúo examinando el lugar, no muy convencido de mi propia explicación.

—Eso es lo que imaginé —acota Nagel.

Me rasco el mentón.

—Pero no es un robo que salió mal.

—¿Le parece?

—Lo sé. De ser así, Carissa estaría aquí, o al menos su cadáver.

—Quizás el responsable de todo esto se la llevó —propone Nagel.

—El salto entre un robo y un secuestro es enorme; ni siquiera se llevaron el bolso o el celular.

—¿Piensa que es un secuestro, entonces?

—Probablemente. ¿Qué sabemos de Carissa? —El teniente Nagel tarda en responder, por lo que queda claro que todavía no sabemos nada—. Lance una alerta por desaparición y averigüe sus antecedentes. Asigne a un par de agentes para que consulten a amigos, compañeros de trabajo o cualquier familiar que pueda tener. Fíjese si hay cámaras de seguridad que funcionen en esta calle comercial y, de ser así, pídale a un agente que comience a revisar las grabaciones. Y quiero que acelere los resultados del laboratorio

asociados con la escena, para determinar con exactitud cuál es el problema aquí.

—Sí, sheriff. ¿Quiere que pida intervención a la Oficina de Investigación de Delitos?

—Sí, podría ser —suspiro.

—¿Qué me perdí? —pregunta Olson. Giro y la veo sortear los restos de vidrio y colocarse guantes de látex mientras inspecciona la escena.

—Un posible secuestro.

Frunce el entrecejo.

—¿Otro más? ¿Podrían estar relacionados?

—¿Quién sabe? Es una cosa tras otra —digo, sacudiendo la cabeza.

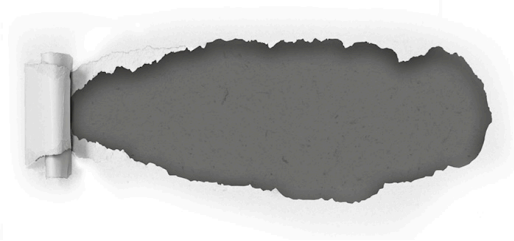
Stevens está muerto, asesinado por Dios sabe quién. Stacy Howard se esfumó en el aire tras un posible secuestro. Y ahora hay otra mujer desaparecida. Para colmo, la ciudadanía y la prensa me atosigan con el caso de Kelly Summers.

Algo atrapa mi atención sobre el mostrador de la entrada. El lugar está completamente revuelto, pero el registro de ingresos sigue ahí, intacto, en el sitio que corresponde. Me acerco y leo por arriba la lista de las personas que fueron atendidas desde la semana pasada hasta el último turno, ayer a las ocho de la noche.

—Me cago en todo esto.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunta Olson.

—No van a creer quién fue el último cliente ayer. —Nagel y Olson intercambian una mirada perpleja y luego la dirigen a mí—. Bob Miller.



32
SARAH MORGAN

El cuchillo rebana la carne como si fuera manteca, con la sangre que se acumula y fluye desde el centro. Clavo el tenedor en el trozo de bistec recién cortado y me lo llevo a la boca, donde lo mastico lentamente para disfrutar del sabor.

Bob está sentado frente a mí, trinchando su bistec en varios bocados más pequeños. Pincha uno con el tenedor y lo hunde en el puré de papas antes de engullirlo. Un plato rebosante de macarrones con queso está dispuesto frente a Summer, sentada a mi izquierda. Lo preparé especialmente para ella porque es su comida preferida. El bistec con puré de papas es la preferida de Bob. Y el cabernet Paso Robles vertido en abundancia en mi copa y en la de Bob es la mía. Pensé que, dado que el tema de conversación no sería agradable para ninguno de nosotros, la comida y la bebida deberían serlo. Es nuestra última cena como familia, porque Bob y yo por fin le hablaremos a Summer de nuestro divorcio, antes de que la situación empeore más de lo que está.

—¿Cómo te fue hoy en la escuela, hijita? —pregunto.

—Genial, pero no tan genial como estos macarrones con queso —responde con la boca llena. En otro momento le diría que cuide los modales, pero no ahora.

Sonrío y miro a Bob.

—¿Y el tuyo en el trabajo?

Alza la cabeza y fuerza una sonrisa, con un temblor en los labios que no puede controlar.

—Simplemente fantástico. ¿Y el tuyo, cariño? —Su tono de voz está cargado de sarcasmo.

—Estupendo, como siempre. —Levanto la copa de vino y me la acerco a los labios.

Trago el sorbo y me preparo para hablar porque no puedo postergarlo más. No era mucho mayor que ella cuando mi madre me sentó para tener una conversación similar. La única diferencia es que lo que le diré a Summer es que su papá y yo nos vamos a separar, mientras que mi mamá me dijo que mi papá estaba muerto. La noticia que yo recibí fue mucho peor, y lo superé, así que ella lo superará también.

Apoyo la copa y me seco las comisuras de los labios con una servilleta.

—Summer —comienzo—, tu papá y yo queremos hablarte de algo.

Sus ojos se desvían hacia él y luego vuelven a mí. Bob deja los cubiertos en el plato y acomoda los codos en la mesa, con las manos enlazadas a la altura del rostro. El color rojo se extiende por su cuello como un cortinado de ira. No le anticipé que tendríamos esta conversación hoy: sabía que, de hacerlo, se opondría o no

aparecería. Y creo que es importante que esté presente por el bien de Summer.

Mi hija arruga la frente, pero no dice nada.

—Tu padre y yo nos vamos a divorciar. ¿Sabes qué es eso? —Sus ojos se vuelven brillosos de inmediato, y los labios le tiemblan—. ¿Summer?

—Sí. —Le cuesta decirlo—. Los papás de Courtney se divorciaron, y ella me contó que es una porquería.

—Es cierto, y no será fácil al principio, hijita, pero con el tiempo se convertirá en algo habitual y ni pensarás en eso.

—No quiero que se divorcien. —Las lágrimas le corren por la cara.

—Lo sé. Pero es lo mejor para todos.

—¡No, no es lo mejor! —exclama Summer—. ¿Por qué tiene que ser así?

Bob permanece en silencio, el mentón aún apoyado sobre las manos cruzadas. Está claro que no voy a recibir ninguna ayuda de su parte, aunque sea el responsable de la separación. Además, de un modo u otro, queda como la víctima de todo esto. No me sorprende. Al narcisista se le da la razón o se siente atacado. No existe término medio.

—A veces los matrimonios no funcionan, Summer, y quiero que sepas que nuestra decisión de separarnos no tiene nada que ver contigo. Tú no hiciste nada mal. —Extiendo la mano para tomar la de ella, pero la retira de golpe y la oculta bajo la mesa.

—¿Por qué no hacen que funcione? —llora.

—Lo intentamos, pero no pudimos.

Por el rabillo del ojo, advierto que Bob pone los ojos en blanco. Lo fulmino con la mirada y luego vuelvo a concentrar la atención en mi

acongojada hija.

—Sé que es difícil para ti y lo siento, mi amor. Para nosotros también es difícil.

Summer se levanta de un salto de la silla.

—No es difícil para ustedes. Si no, seguirían juntos. ¡Te odio! —me grita—. Y también te odio a ti —le dice a su papá antes de salir disparada—. ¡Ojalá pudiera divorciarme de los dos! —chilla, y cierra de un golpe la puerta de su habitación. Segundos después, una canción de Taylor Swift suena a todo volumen.

Bebo largamente un sorbo del vino tinto y lo conservo en la boca un momento para sentir el sabor pronunciado de los taninos y percibir las notas cargadas de cereza madura y cacao ahumado.

—¿Estás contenta? —pregunta Bob mientras pincha un trozo de bistec con el tenedor. Tiene una mueca petulante pegada en el rostro.

—No, no estoy contenta. Pero, tarde o temprano, teníamos que decírselo.

—Ah, ¿y tenía que ser hoy? ¿Justo antes de endilgarme la desaparición de Stacy? —Sus ojos lanzan destellos de furia mientras se llena la boca de comida; la mastica groseramente. Quizás esté masticando con normalidad, pero todo lo que proviene de él me resulta grosero ahora.

Le dedico una mirada filosa y bebo el vino, indiferente a su pregunta. No importa lo que diga; él no va a creerme, así como yo no le creo a él. Una vez que pierdes la confianza en alguien, nunca la recuperas. Aun cuando creas lo contrario, siempre habrá un pensamiento recurrente alojado en tu cabeza: «¿Me está mintiendo… otra vez?».

—Hubiera preferido que me avisaras que ibas a hablarle esta noche —continúa cuando yo no respondo.

—Y yo hubiera preferido que no me engañaras. No se puede tener todo lo que se pretende. ¿No te parece, Bob?

¿Ven? El resentimiento hacia él y esa pregunta recurrente ya forman parte de mí.

—Te pedí perdón una infinidad de veces, pero, diga lo que diga, jamás me perdonarás. Así eres tú.

—Te equivocas. Te perdoné, y también decidí olvidarte. —Lo observo por encima del borde de la copa mientras bebo despacio, sin tocar la cena.

—Creo que te va a costar olvidarme, Sarah —añade impertérrito e inmóvil.

—Seguro. —Contengo la risa—. ¿Por qué me costaría? ¿Qué te hace tan inolvidable?

Bob siempre tuvo complejo de superioridad. Como la mayoría de los narcisistas. Se cree más importante, más glorioso, más encantador, más interesante, más todo que lo que en verdad es.

—¿Adam alguna vez se olvidó de ti? —retruca altanero—. No, ¿no es cierto? Pensó en ti todos y cada uno de los días durante los once años que estuvo encerrado en una celda de dos por tres, la celda donde tú lo enviaste, aunque él jamás se enterara. Y pensó en ti en sus últimos momentos cuando le arrancaron la poca vida que le quedaba, inyección tras inyección. De modo que sí, Sarah, creo que te va a costar mucho olvidarme. —Concluye su amenaza velada con una sonrisita intimidante.

—No soy tu Adam, Bob, y tú claramente no eres mi Sarah.

—¿Estás segura? ¿Piensas que yo no era consciente desde un principio de que contigo necesitaba una póliza de seguro? Algo que me garantizara que no podrías hacerme lo mismo que a Adam.

Fuerzo la vista para estudiar cada centímetro de su rostro, buscando algún indicio que revele que miente. Pero se mantiene impávido.

—Lo estás inventando —digo.

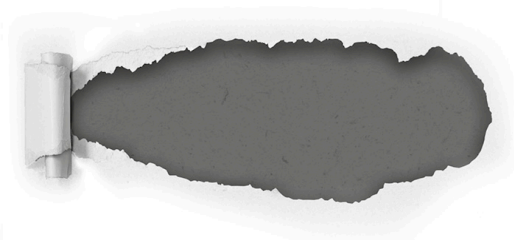
Mis puños se cierran debajo de la mesa, y el corazón martilla tan veloz y desbocado en mi pecho que siento como si fuera a salir expulsado del tórax y aterrizar en mi plato. Estoy convencida de que, si eso ocurriera, Bob no dudaría en tragárselo. Respiro rápido y profundo, con la intención de mantener la calma. No sé qué sabe. Mi mente pasa hoja tras hoja a toda velocidad, como una agenda de escritorio, revisando los recuerdos de cuando estábamos juntos, los momentos en los que pude haber sido vulnerable. Pero no detecto nada. Siempre fui cuidadosa, aunque quizás debería haberlo sido más.

—Di lo que quieras. Fui paciente contigo, Sarah, y más amable de lo necesario. Pero ahora eso quedó atrás. Si Stacy Howard no aparece, iré a la policía con mi póliza de seguro. —Alza el mentón, y el fuego en su mirada arde con más fuerza.

—No tengo idea de qué hablas. —Vacío la copa.

—Obvio que no tienes idea —sonríe burlón, masticando la carne despacio—. No digas que no te avisé.

Jugueteo con el tallo de la copa y lo hago rotar, sin apartar la vista de Bob. Introduce en su boca insaciable la comida que yo compré, preparé y cociné, y solo puedo pensar en una cosa: «Debí haberlo asesinado cuando tuve la oportunidad».



33
N.N.

Un lloriqueo me despierta. Tardo unos segundos en abrir los ojos, incorporarme y sentarme. Me cuesta pensar, como si me despertara después de varios días de juerga. El lloriqueo viene del otro lado de la habitación. Es el primer sonido que escucho, aparte de los pisotones de las botas en el piso de arriba, del golpe contra el suelo de la botella de agua y el sándwich envuelto en plástico o de la puerta que se cierra en la parte superior de las escaleras. No puedo ver esas escaleras, pero están ahí.

—¿Hola? —llamo.

El lloriqueo se detiene, como si la persona contuviera la respiración, y la habitación queda en silencio.

—¿Hay alguien ahí? —insisto.

—¿Hola? —responde una voz de mujer, débil, temblorosa.

—Ay, gracias a Dios. Ayúdame. Tengo la pierna…

El sonido familiar de una cadena que se arrastra por el suelo de concreto invade el sótano. La mujer chilla, en pánico.

—¡¿Por qué me haces esto?! —La voz se quiebra, seguida por un sollozo.

—Yo no te…

—¡Déjame ir! —grita. A mí o a la habitación, no lo sé.

—No puedo. A mí también me ataron con cadenas.

Trato de recordar la primera vez que me desperté aquí. Sentí terror, desesperación; no sabía dónde estaba. Ni siquiera sé cuánto hace de eso. Si fuera ella, también sospecharía de mí.

—¿Lo viste?

La mujer no responde enseguida, pero por fin dice:

—¿A quién?

—Al hombre que nos encerró aquí.

—No… —llora—. ¿Y tú?

Niego con la cabeza, pero me doy cuenta de que no me ve en la oscuridad.

—No. No lo vi. Lanza comida y agua desde arriba de las escaleras, siempre cuando estoy durmiendo. Pero nunca baja.

—¿Cuánto hace que estás aquí? —quiere saber.

—Ni idea. No entra nada de luz, así que no sé cuántas veces el sol salió y se puso desde que me ataron a este caño de mierda. —Sacudo la cadena, que rebota contra el suelo, y lanzo un alarido largo y rabioso. Cuando termino, lo único que oigo es mi respiración agitada, y temo haberla asustado más que lo que ya está.

—Perdón. —Exhalo profundo—. ¿Estás lastimada?

Se demora un momento en responder.

—Me duele la cabeza y me siento mareada y con náuseas, como si no fuera una persona de verdad. No sé si se entiende.

—Sí. Me sentí igual cuando me desperté aquí —digo para tranquilizarla, aunque nuestra experiencia compartida no tiene nada de tranquilizante, excepto que aún sigo con vida.

—¿Por qué nos hace esto? —se sorbe la nariz.

—No lo sé.

Queda claro que la respuesta no la satisface porque comienza a gritar otra vez. La cadena estalla contra el suelo de concreto una y otra vez, cuando ella jala, tironea y la agita.

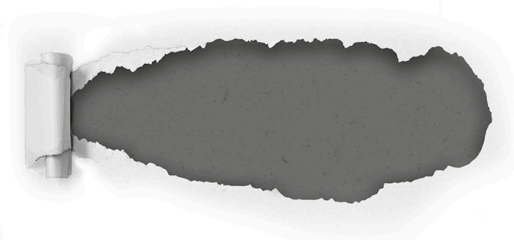
—*Shh*. Nadie nos oye. Ahorra tu energía —le aconsejo.

—No quiero morir —gimotea sin dejar de hablar.

—Yo tampoco, y no vamos a dejar que eso ocurra, ¿sí? —Quizás está asintiendo con la cabeza en la oscuridad, pero solo escucho su llanto continuo—. Me llamo Stacy. ¿Y tú?

Duda antes de hablar.

—Carissa… Me llamo Carissa.



34
BOB MILLER

Brad no está en la comisaría cuando llego la mañana siguiente. Tomo asiento en la sala de interrogatorios; me niego a hablar sin la presencia de mi abogado. Una vez más, no sé por qué estoy aquí, pero no pienso darles la oportunidad de tergiversar ninguna de mis palabras, así que voy a esperar en silencio hasta que venga. Hudson y Olson no me esposaron a la mesa de metal, lo que es bueno porque significa que se trata de una conversación voluntaria y que no tienen nada para arrestarme… Por ahora, al menos.

No veo qué hay detrás del espejo unidireccional ubicado a la izquierda, pero supongo que me están observando, estudiando mis reacciones. ¿Estoy aterrado? ¿Parezco nervioso? ¿Transpiro? ¿Muevo los ojos de un lado a otro a cientos de kilómetros por hora mientras me restriego las manos asustado, como si quisiera arrancarme la piel? No. Estoy sentado tranquilo, con la vista hacia adelante, esperando mi turno. Creen que me acorralaron, que tienen la última

palabra en su territorio. Pero se equivocan. No es mi primer rodeo, y estoy seguro de que no será el último.

La puerta se abre con un crujido, y Brad entra.

—¿Dijiste algo? —Va directo al grano antes de siquiera acomodarse. Lleva puesto un traje elegante de color azul marino, una camisa recién almidonada de un blanco brillante y una corbata roja con diseños caprichosos, distribuidos de manera tal que solo podrían corresponder a una marca. Su papel es el del abogado defensor poderoso, justo lo que necesito en este momento.

—No. —Niego con la cabeza.

Un momento después, la ayudante Olson ingresa en la sala, seguida de cerca por el sheriff Hudson. Él cierra la puerta una vez adentro, y los dos se sientan frente a mí y a Brad.

—¿Podría decirme por qué convocó a mi cliente para declarar dos veces en una misma semana? —Brad toma un anotador y una lapicera de su maletín de marca.

El sheriff Hudson lo mira de arriba abajo.

—Ya llegaremos a eso —responde, y luego se concentra en mí—. Bob, ¿conoces a una tal Carissa Brooks?

Uno el entrecejo y giro hacia Brad para que me oriente. Asiente con la cabeza, lo que indica que puedo responder si así lo decido. Sé lo que les diría a mis clientes, pero para algo le pago a Brad. Porque a veces no vemos lo que tenemos frente a nuestros ojos.

No entiendo hacia dónde van o por qué Hudson me pregunta por una peluquera. Suponía que me habían citado para volver a interrogarme sobre el caso de Kelly Summers o para hacer un seguimiento de la desaparición de Stacy Howard.

—Sí, conozco a Carissa. Ella me corta el pelo.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —indaga Olson.

—El domingo a la noche.

—¿A qué hora aproximadamente?

—Tenía turno a las ocho, pero llegué unos minutos tarde.

Hudson asiente.

—¿Y a qué hora se fue?

—A las nueve y cuarto, quizás nueve y media. No estoy seguro.

—¿Cómo estaba Carissa cuando usted se fue? —pregunta Hudson.

Miro a Brad para que intervenga.

—Mi cliente no puede hacer una evaluación del estado de ánimo de la señorita Brooks.

—Lo diré de otro modo, entonces. ¿Parecía estar bien cuando usted se fue?

—Defina lo que entiende por «bien».

Hudson suspira exasperado, y Olson intercede por él.

—¿Ocurrió algo extraño o fuera de lo común durante el tiempo que estuvo ahí?

—No —respondo, con el único deseo de poner punto final a esto, sea lo que sea.

—¿Carissa y usted discutieron?

Vuelvo a decir que no.

—¿Alguna vez tuvieron una discusión?

—No —repito enfático.

—¿Tuvieron relaciones íntimas en alguna oportunidad? —continúa Hudson.

—¿Qué? ¡No, claro que no!

El sheriff Hudson curva los labios hacia arriba en una mueca.

—¿Qué aspecto tenía el local cuando usted se fue?

—El mismo que tenía cuando llegué.

—Mi cliente —comienza Brad, y carraspea— es un abogado muy respetado, y está aquí por su voluntad, así que, con todo respeto, sheriff Hudson y ayudante Olson, ¿pueden ir al grano, por favor?

—En eso estamos, señor Watson. —Hudson se dirige a Brad y luego a mí—. Señor Miller, ayer a la mañana recibimos una llamada por violación de domicilio y hurto en el local Cortes Carissa y, cuando llegamos, encontramos que el lugar estaba completamente revuelto. No se llevaron nada, pero había sangre por todas partes. Dejaron el bolso, el teléfono y el auto de la señorita Brooks. De acuerdo con el registro de la peluquería, usted fue el último cliente de Carissa el domingo a la noche, y creemos que la última persona en verla.

Abro grandes los ojos. Esto no puede estar sucediendo. Todo estaba bien cuando me fui… Bueno, excepto que Carissa parecía un poco distraída. ¿Sabía que algo iba a pasar? ¿Esperaba a alguien?

Hudson se inclina hacia adelante, sentado en la silla, y apoya los codos en la mesa.

—Teniendo en cuenta su conexión con el caso de Stacy Howard, resulta un poco extraño, ¿no cree? Dos mujeres desaparecen la misma semana, y Bob Miller es el último en ver a ambas.

—Eso es, como mínimo, especulativo. No hay forma de probar que mi cliente fue la última persona en ver a cualquiera de esas dos mujeres antes de que desaparecieran —argumenta Brad. Habla decidido, con el torso inclinado hacia adelante, desechando lo que están sugiriendo.

—Siempre hay una manera de probar lo que sea, señor Watson —repone Hudson con calma.

—Mi cliente ya declaró que hace semanas que no se comunica con la señorita Howard. Si puede demostrar lo contrario, diga cómo. Con respecto a la señorita Brooks, tener un turno en la peluquería no es evidencia de nada; solo confirma que el señor Miller era su cliente, algo que él ya admitió, y por su cabello vemos que el corte fue reciente. —Brad me señala.

Hudson se reclina en el asiento, coloca las manos detrás de la cabeza y mira a la ayudante Olson.

—Encontramos el auto de Stacy abandonado. —La ayudante me clava la mirada—. Dentro, el teléfono celular y una tarjeta profesional con su nombre, señor Miller. En el teléfono había un intercambio de mensajes de texto con un contacto registrado como «Bob Miller». ¿Qué nos puede decir de eso?

—¿Cuál es el número de ese contacto? ¿Pertenece a mi cliente? —Brad alza el mentón.

Hudson exhala lentamente y baja los brazos.

—Lo estamos averiguando.

—Eso es —concluye Brad—. No tienen nada.

Se produce un silencio en la habitación, y el sheriff y la ayudante entrecruzan lo que parece ser una expresión burlona. Mierda. Ya sé lo que se viene. El estómago se retuerce, y la garganta se seca; casi no puedo tragar.

—Pero Stacy sí envió, hace algunas semanas, mensajes de texto a un número que corresponde a su cliente. ¿No es cierto, Bob?

Antes de poder dar una explicación, Olson toma una hoja de papel y la desliza por la mesa. ¡Carajo!

—Extrajimos esta conversación del teléfono de Stacy. Fue tres semanas antes de que desapareciera, y es entre ella y el número

registrado con el nombre de su cliente —afirma Olson—. ¿Se acuerda de esta conversación, Bob?

Brad fuerza un bufido a través de la nariz, claramente molesto de que no le haya mencionado esto.

STACY HOWARD
Hola, Bob. Quiero proponerte algo.

BOB MILLER
Quién eres?

STACY HOWARD
Stacy, tu mejor aventura de una noche 😉

BOB MILLER
Cómo conseguiste mi número?

STACY HOWARD
Sabía que tendríamos que hablar de negocios más adelante, así que te robé una tarjeta antes de irme.

BOB MILLER
Sí, además de mi Rolex y todo el efectivo en mi cartera. Tuviste suerte de que no te denunciara a la policía.

STACY HOWARD
Sabía que no lo harías porque no querías que tu esposa se enterara. Sigues pensando igual?

BOB MILLER
Qué quieres?

STACY HOWARD
Lo que quiere todo el mundo: dinero.

BOB MILLER
Cuánto?

STACY HOWARD
Dímelo tú. Cuánto vale tu matrimonio?

BOB MILLER
No juegues conmigo, carajo. Eres una ladrona y una puta de porquería. No significas nada para mí y, si no hubiera estado borracho, esto jamás habría pasado. Lo sabes tan bien como yo.

STACY HOWARD
Lo único que sé es que engañaste a tu esposa, Bob. Cuánto estás dispuesto a pagar por mi silencio?

BOB MILLER
Fue un error. Te aprovechaste de mí.

STACY HOWARD
Ja, ja, fui yo quien se quedó con el palito más corto. Literalmente 🤭

BOB MILLER
Que te den por culo, basura!

STACY HOWARD
Ya lo hiciste tú.

—Supongo que estaba furioso, Bob —comenta Hudson, arqueando una ceja—. Quiero decir, Stacy intentaba extorsionarlo, incluso se burló de su virilidad. Me imagino que le hirvió la sangre.

—No respondas —me instruye Brad, y luego aprieta los labios con fuerza.

Hudson intenta arrinconarme, pero no hice nada malo… bueno, nada que él esté al tanto, al menos. Sé que no le envié más mensajes de texto a Stacy después de ese, a pesar de que ella insistía en escribirme. No le respondí por un tiempo porque estaba

trabajando en un juicio y, cuando decidí hacerlo, Sarah ya se había enterado.

—Esta es una prueba contundente —dictamina Olson, haciendo un gesto hacia la hoja de papel.

—Es, como mínimo, circunstancial —contradice Brad—. ¿Dónde está el resto de la conversación? ¿O es lo único que tienen? Esto solamente prueba que Stacy es una extorsionadora.

—Encontraron sangre en el volante del vehículo de Stacy. En estos momentos, los forenses están analizando el ADN de las dos escenas. ¿Hay algo que quiera confesar antes de que lleguen esos resultados, Bob? —pregunta Hudson.

—No. —No digo más; sé de la importancia de hablar lo menos posible cuando se está frente a la policía. Cuantas más palabras uno les dé, más posibilidades tendrán de manipularlas y armar una historia completamente distinta, en especial frente a la corte.

El sheriff Hudson entrecierra los ojos para observarme.

—El corte que tiene en el cuello es bastante reciente. ¿Cómo se lo hizo? —Me señala la garganta.

Levanto la mano instintivamente y siento la costra larga y delgada en el cuello. Mierda. Me olvidé de esto. Debería haberlo mencionado en un principio. Van a encontrar mi sangre en la peluquería.

—Carissa me lastimó cuando me estaba afeitando.

Brad me mira tenso. Le fastidia que recién comente esto.

—Seguro le dolió. Eso lo enojó, ¿no es cierto, Bob? —pregunta Olson.

—No, fue solo un accidente.

—Si alguien me lastimara, me pondría de muy mal humor —agrega Hudson.

Queda claro que su intención es guiarme hacia un escenario especulativo, en el que soy un lunático enfurecido que ataco a alguien en un brote de furia, pero no voy a caer en la trampa. Debo limitarme a mantener la calma y dar una imagen totalmente opuesta de la que esperan.

—No me pasa igual. Por lo general, Carissa es una peluquera excelente, pero el domingo a la noche estaba un poco distraída.

Olson me mira, alerta.

—¿Qué quiere decir con «distraída»?

—Que no actuaba como siempre. Parecía casi paranoica, como si estuviera a la espera de algo o alguien. Cuando llegué, la puerta estaba cerrada con llave, algo que nunca hace. Y la volvió a cerrar en cuanto entré. Creo que por eso me cortó. Porque estaba dispersa. Hasta nerviosa, podría decir.

Me doy cuenta de que Olson comienza a creer en mi historia, pero Hudson continúa empecinado en dudar de cada palabra que sale de mi boca.

—Quizás usted la puso nerviosa, Bob.

—No, ya estaba ansiosa cuando aparecí.

—El único que puede verificar eso es usted… —Hudson tensa la mirada.

—Mi cliente ya le dijo todo lo que sabe —intercede Brad.

—¿Tiene un teléfono de prepago a su nombre, Bob? —Hudson se pone de pie.

—¿Un qué?

—Un teléfono de prepago. Descartable. Como quiera llamarlo. Uno de esos con tapa que se compran en cualquier tienda de mala

muerte. ¿Tiene uno? —Ahora está a un lado de la mesa, con el flanco de la cadera apoyado contra el borde, de frente a mí.

—No. Tengo un teléfono normal con un plan inalámbrico de Verizon. Quiero creer que puede corroborar el dato —digo mientras empujo mi silla hacia atrás para ampliar la distancia entre Hudson y yo.

—Sí, desde ya que podemos investigarlo. Pero no lo del teléfono prepago. Por eso es que son tan atractivos para los delincuentes. Usted es abogado, Bob. No hay duda de que sabe todo sobre teléfonos de prepago, ¿no?

Es una pregunta capciosa, y no la contesto. Un destello aparece en los ojos de Hudson.

—Ya no tenemos nada más que hacer aquí —anuncia Brad. Vuelve a guardar su anotador en el maletín y se pone de pie.

—Aún no terminamos, señor Watson. —La ayudante Olson también se pone de pie.

—Bueno, yo creo que sí. Es muy simple: ¿acusan a mi cliente de algo?

—Todavía no, pero él admitió que su ADN está en todas partes en la escena del crimen —explica Hudson.

—¿Habla del cabello que quedó en el suelo de la peluquería después del corte? —Brad lanza una risa entrecortada y sonora.

Hudson me apunta al cuello con el dedo.

—No nos olvidemos de la sangre.

Brad sacude la cabeza y se dirige a mí:

—Vamos, Bob. —Y camina hacia la puerta.

La sangre es un problema. Brad lo sabe, y yo también. Por eso, hizo caso omiso al comentario de Hudson.

Me pongo de pie y miro a Hudson y a Olson a los ojos. Queda claro que piensan que soy el sospechoso principal de la desaparición, no de una mujer, sino de dos.

—Les dije todo lo que sé. Entiendo que las circunstancias parecen sospechosas, pero es nada más que eso, una sensación… Exactamente lo que Sarah busca. —No es mi intención decir lo último en voz alta, pero lo hago, solo que un poco más bajo.

Brad voltea la cabeza como un resorte hacia mí.

Hudson y Olson intercambian una mirada de perplejidad total.

—¿Qué fue eso? —pregunta ella.

—Exacto. ¿Qué quiere decir con «exactamente lo que Sarah busca»? ¿Por qué su esposa querría algo así? —Hudson ladea la cabeza.

Antes de que les responda algo más o les dé indicios de lo que de veras sucede, Brad me corta en seco; y es probable que sea para mejor.

—¡Suficiente! —exclama Brad, conduciéndome hacia la salida—. Mi cliente está sometido a mucho estrés y mucha presión, tanto en lo personal como en lo profesional. Si tienen más preguntas, pueden comunicarse con mi oficina. —Me lleva hasta la puerta, la abre y me empuja para que pase al otro lado.

Continúo caminando por el corredor, atravieso la recepción y salgo por la entrada principal. Me gusta sentir el aire fresco, como si alguien bombeara un poco de vida de nuevo en mi cuerpo. Cierro los ojos y los elevo hacia el cielo azul, inhalando por la nariz y exhalando despacio por la boca, liberando la tensión en los hombros. De repente, una mano me aprieta uno de esos hombros y me sacude hacia adelante.

—¿Qué carajo fue eso? —Me doy vuelta y me encuentro frente a frente con Brad, con el rostro encendido y los ojos que recorren frenéticamente los míos en busca de respuestas.

—Hace rato que trato de decírtelo: Sarah me está tendiendo una trampa.

—Incluso si fuera cierto —resopla Brad—, no puedes decirles eso, en especial porque no tienes ni una sola prueba. ¿Estás en el medio de tu divorcio y les dices por lo bajo a los polis que tu esposa los engaña para que crean que eres un secuestrador de mujeres? Por Dios, Bob, es una locura, y tú lo sabes. —Brad hace una pausa y se frota la frente, mientras deja escapar un suspiro, contrariado—. Estoy aquí para que no tengas que contestar nada y tú les ofreces gratuitamente teorías absurdas que te encasillan como el malo de la película.

—Escúchame. Es todo obra de ella. No puede ser de otra manera. —Aparto mi rostro, y la mirada se pierde a lo lejos. Sé que Sarah está detrás, ¿pero cómo lo hace? ¿Cómo puedo demostrarlo? ¿Cómo encajan las piezas? Puedo imaginármela pagándole a Stacy para que se fuera de la ciudad. Pero lo de la peluquería no tiene sentido.

—¿Qué es lo que crees que está haciendo, Bob? Ayúdame a entender.

—No lo sé con exactitud.

Brad da un paso hacia adelante y coloca la mano sobre mi hombro.

—Perdón, viejo, pero creo que estás paranoico.

Sacudo el hombro para librarme de la mano.

—No estoy paranoico. Tienes que confiar en mí.

—Está bien. Confío en ti, ¿sí? Pero eso no cambia nada. Si de veras piensas que Sarah está detrás de todo esto, necesitas algo concreto, decisivo. Porque la imagen que das ahora es la de un imbécil trastornado, paranoico, que es incapaz de enfrentar las consecuencias de sus actos.

—Nada de eso es cierto.

—No dije que lo fuera, pero es la impresión que das. ¿Y esos mensajes de texto con Stacy? ¿Por qué no los mencionaste antes?

—No los tuve en cuenta —suspiro hondo.

—Por Dios, Bob. Mi mejor consejo legal es que mantengas un perfil bajo, dejes a tu esposa en paz y te alejes de la investigación.

—No, voy a probar que Sarah está detrás. La estoy vigilando. Tarde o temprano, va a caer —repongo, y presiono los labios con firmeza.

—Un momento. —Brad alza la mano—. ¿Cómo que estás vigilando a Sarah?

—Sí, y también le puse un rastreador en el auto. Tengo todas las bases cubiertas, y si hace algo que salga de lo común…

—¡Bob! —me interrumpe, haciendo rechinar los dientes—. ¿Qué carajo crees que haces? Si Sarah descubre algo de todo esto, ¡vas a estar más jodido de lo que ya estás!

—¿Cómo podría estar peor de lo que ya estoy?

Brad señala al aire con la mano, desplazándola lentamente de un lado al otro, como si leyera la marquesina de un teatro.

—«Tras haber solicitado el divorcio, una mujer engañada por su esposo descubre que ese mismo hombre colocó un rastreador de GPS en su auto». ¿Cómo te suena eso? No tendrás una oportunidad en un millón de que te den la custodia de Summer.

—Necesito desentrañar una sola cosa, nada más, y después me quedo tranquilo para siempre.

Brad arruga el rostro.

—No sé qué estás tramando, pero tienes que hacerlo rápido y con discreción. Como amigo, entiendo por qué no estás al máximo de tus capacidades ahora. Como tu abogado... —Brad se acerca y me da una palmada sobre el brazo—. Debes mantener la cabeza fría, o un divorcio será la menor de tus preocupaciones.

Asiento con la cabeza. Soy consciente de que tiene razón; doy la impresión de ser el marido loco, enajenado, que se desploma en caída libre, pero él ignora lo que yo sé. Ignora los extremos a los que Sarah puede llegar para conseguir lo que desea. Necesito derrotarla jugando su juego, y la única manera de lograrlo es acelerando el ritmo y haciendo lo que ella no me cree capaz de hacer. Porque si hay alguien que puede superar a Sarah, ese soy yo.

Brad gira para dirigirse a su auto.

—Ey, ¿te acuerdas de eso que me dijiste? —Se detiene y chasquea los dedos—. Era sobre algo que te aseguraría la custodia exclusiva de Summer. ¿De qué se trata?

—Es un arma con el rastro todavía humeante que conduce a Sarah. Pero… —Callo para decidir si debo incluir a Brad de esto o no.

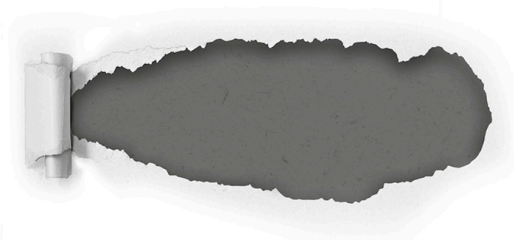
—Pero...

—Las implicancias van más allá de obtener la custodia de Summer —aclaro.

—Bien, ¿de qué se trata exactamente?

Exhalo profundo y clavo la vista en el suelo un minuto antes de mirar a Brad a los ojos.

—Va a ser mejor que lo veas.



35
SHERIFF HUDSON

La ayudante Olson termina de fijar las fotos de las dos mujeres desaparecidas en la plancha de corcho que está en la sala de informes. Stacy Howard y Carissa Brooks me miran a la cara, sonrientes, las dos con al menos cincuenta años de vida por delante… si tenemos suerte. Sus retratos cuelgan ahora de un lugar en el que nadie quiere que terminen los suyos. Las pruebas que tenemos hasta ahora sobre sus desapariciones son mínimas: una peluquería patas para arriba; dos autos abandonados, uno vacío y el otro con un celular; la tarjeta profesional de Bob Miller; y una muestra de sangre sobre la que aún esperamos resultados. Es una pena que no hubiera nadie vigilando a Bob la noche en que Carissa desapareció. Eso habría sido de mucha ayuda, pero estamos cortos de personal y hay muchos incendios para apagar.

Los agentes que están de servicio entran a la sala a cuentagotas; yo espero que se sienten y se acomoden.

—Bien, escuchen todos, es un martes complicado; hay mucho trabajo de campo por hacer y nos estamos quedando sin tiempo, así que empecemos.

Camino hacia la plancha de corcho, de donde las fotos de Stacy y Carissa penden en el aire, al igual que su destino.

—Stacy Howard y Carissa Brooks. Estos dos nombres deberían sonarles conocidos. En los casos de personas desaparecidas es donde el tiempo más influye, y no tengo que decirles que cada segundo cuenta. ¿Qué tenemos por el momento? Por desgracia, muy poco. No ocurrió nada nuevo en el caso Howard desde el último informe, y seguimos esperando los resultados de los forenses sobre la escena del crimen en la peluquería. —Carraspeo—. Al igual que con Stacy Howard, la Oficina de Investigación de Delitos nos ayudó con la publicación de una alerta por mujer desaparecida y en peligro para Carissa Brooks; también hizo publicaciones en las redes sociales y envió un comunicado a la prensa. Confiamos en obtener algún dato concreto de la ciudadanía.

Tomo una foto de la mesa ubicada frente a mí y la clavo en el corcho, junto a las dos mujeres desaparecidas.

—Bob Miller —continúo mientras señalo la foto de perfil que extrajimos del sitio web de Williamson, Miller & Asociados— es sospechoso en ambos casos. De acuerdo con nuestras investigaciones, fue la última persona en tener contacto con las mujeres antes de su desaparición.

—¿Por qué no está detenido, entonces? —pregunta el sargento Lantz. Como de costumbre, está recostado sobre la pared del fondo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Todavía no tenemos pruebas suficientes para acusarlo. Por ahora, todo es circunstancial. Olson y yo lo convocamos para un interrogatorio esta mañana, pero su abogado boicoteó la conversación la mayor parte del tiempo, y el señor Miller no ofreció nada sustancioso. Admitió que hallaríamos su sangre en la peluquería; de todos modos, la explicación de su presencia ahí fue bastante creíble. Y todavía tenemos que esperar los resultados del laboratorio.

Un agente levanta la mano antes de hablar.

—¿Qué sabemos de Carissa Brooks? Además de ser su peluquera, ¿qué otra conexión tenía con él?

—Esa es una pregunta muy oportuna. —Doy un paso al costado y extiendo uno de mis brazos—. Olson, ¿podría ponernos al tanto de lo que averiguó sobre los antecedentes de Carissa Brooks?

—Claro, sheriff. —Da un paso adelante y abre la carpeta que tiene en la mano—. La señorita Brooks contaba con una orden de restricción permanente para su ex, George Carrigan. La orden expiró hace menos de dos años, pero se le concedió una extensión. Lamentablemente, llegó demasiado tarde, porque George atacó a Carissa en el ínterin y la envió al hospital. George fue condenado por agresión, pero cumplió solo un tercio de la condena. Hace tres semanas, lo liberaron por buen comportamiento.

—¿Cuándo expira la orden extendida? —pregunto.

Olson da vuelta una página.

—El próximo mes.

—¿Sabemos si Carissa presentó una petición para volver a extender la orden? —Frunzo el entrecejo.

Olson niega con la cabeza.

—No encontré ninguna petición a la corte.

—¿El ex tuvo contacto reciente con Carissa? —agrega Lantz. Olson y yo intercambiamos una mirada, pero ninguno de los dos tiene la respuesta—. Me parece que el tipo es el principal sospechoso.

La puerta de la sala de informes se abre, e ingresa Nagel con una expresión satisfecha en el rostro, como si tuviera algo bueno para compartir.

—Tiene razón, sargento Lantz. Teniendo en cuenta su historia con la señorita Brooks, George Carrigan es sospechoso, y tendremos que citarlo para declarar.

—Le gané de mano, sheriff. —Nagel se adelanta—. Varios empleados y amigos de Carissa mencionaron a su ex, así que contacté a su supervisora de libertad condicional y la puse al tanto de la situación. En estos momentos, George Carrigan está esperando en la sala para interrogatorios número uno.

—Excelente trabajo. Antes de que hagamos un receso, ¿alguna novedad en el caso Stevens? —pregunto.

—Por desgracia, no, sheriff —explica Nagel—. Seguimos interrogando a los que amenazaron de muerte a Ryan a través de las redes y revisando las cámaras de tránsito del área cercana al hospital. Pero con el asesinato de Stevens, la desaparición de Howard, la reapertura del caso Summers y la investigación por Carissa Brooks, estamos al límite de nuestra capacidad.

Las cabezas asienten en toda la sala, y presto atención a los rostros de mis agentes. La mayoría carga con círculos oscuros y bolsas alrededor o debajo de los ojos. No hay quien no tenga una taza de café o una bebida energizante enfrente.

—Sé que están exhaustos. Créanme, yo me siento igual, pero la vida de algunas personas depende de nosotros. Así que traten de resistir, por un tiempo más solamente. La Oficina de Investigación de Delitos nos está asistiendo con las investigaciones de Stevens, Howard y Brooks, pero nosotros somos los que estamos a cargo. Veré si consigo refuerzos. Aprecio su sacrificio. No decaigan. Resolvamos estos casos y regresemos a Howard y a Brooks a sus casas.

La sala estalla, y gran parte de la energía perdida por el agotamiento y la falta de progreso se recupera, al menos por el momento. Las sillas raspan el suelo cuando el equipo se levanta. Hay vítores y cantos de «Vamos a hacerlo» y «Ya lo tenemos», choques de palmas y abrazos. Eso es justo lo que necesitamos en este instante.

Giro hacia Olson. Sonríe, satisfecha con mi breve charla motivacional.

—¿Me acompañas a conversar con George?

—Me gustaría hacer algo más que conversar con él —responde entrecerrando los ojos.

Siento lo mismo. Los hombres que les ponen una mano encima a las mujeres son la peor escoria del planeta, y voy a tener que contenerme para no actuar con él como él actuó con Carissa.

Por el espejo unidireccional, vemos a George Carrigan sentado a la mesa de la sala para interrogatorios número uno, con una camiseta blanca, jeans rajados y botas de combate. Una chaqueta de cuero negro cuelga del respaldo de su silla, y lleva el cabello rubio recogido en una cola de caballo alta.

—Alguien aquí se cree un motociclista importante y recio —le comento a Olson.

—Nada que ver. Esa cola de caballo no entra en un casco. —Sonríe, burlona.

Entramos en la sala, y dejo que la ayudante Olson tome asiento frente al sospechoso mientras que yo me quedo de pie en un rincón. Tiene antecedentes de maltrato hacia las mujeres, así que quiero ver si tolera que lo interrogue una.

—Buenos días, George. Gracias por acercarse a hablar con nosotros —empieza Olson.

—Parte de las exigencias de la libertad condicional es cooperar con ustedes cada vez que lo piden, así que no tuve mucha opción. —Le clava la mirada.

—Bueno, igual se lo agradecemos. —Olson mantiene un tono cordial… por ahora—. ¿Cuándo fue la última vez que se contactó con Carissa Brooks?

George se reclina en el asiento, entrecierra el ojo izquierdo y curva los labios hacia arriba.

—No se me permite acercarme ni hablar con ella. Si no, me mandan de una patada de vuelta a la cárcel.

—Sí, estamos al tanto de la orden de restricción en su contra. ¿Tiene ganas de contarnos un poco más sobre eso?

—No.

Olson gira la cabeza y me echa un vistazo por sobre el hombro. Siempre se produce un punto en los interrogatorios en el que uno advierte si la persona va a colaborar o no, y acabamos de conocer la respuesta.

—¿Habló o vio a Carissa en el último tiempo? —insiste Olson.

—Ya le dije que no estoy autorizado para hacerlo.

—Cierto, pero «no estar autorizado» y «no hacerlo» son dos acciones distintas, ¿no?

George apunta con el mentón hacia adelante, y los primeros signos de un ceño fruncido se instalan en su cara.

—¿Me está acusando de algo?

—¿Por qué lo dice? ¿Hizo algo que justifique una acusación? —Olson inclina la cabeza hacia un lado.

George la señala con el dedo.

—No empiece con esos jueguitos de porquería que hacen los policías. No hice nada, ¿está claro? —Sostiene el dedo firme y en alto, como si creyera que, cuanto más tiempo lo mantenga así, más posibilidades tendrá de poner punto final a esta situación.

—En ese caso, responda a mi pregunta. ¿Cuándo fue la última vez que se contactó con Carissa?

—Hace unas semanas. Pero fue ella quien mandó el mensaje de texto, ¿sí? Yo no violé ninguna ley. —La voz de George se quiebra por el pánico, y el personaje de chico recio pierde brillo, como el cuero gastado de su chaqueta.

—¿Por qué le envió un mensaje de texto? —continúo, cruzando los brazos sobre el pecho mientras apoyo la espalda en la pared.

Voltea rápidamente la cabeza en mi dirección, sorprendido, como si se hubiera olvidado de que yo aún estaba ahí.

—Me preguntó si era verdad que había quedado en libertad.

—¿Por qué haría algo así? Usted la mandó al hospital, y ella, luego, tuvo que luchar hasta conseguir una orden de protección en su contra, no una, sino dos veces —prosigo.

—No tengo idea. —Se encoge de hombros—. Quizás todavía le importo.

—Bien. ¿Qué más se dijeron? —pregunta Olson.

—Nada más. Le respondí diciéndole que me habían liberado antes de tiempo, que estaba arrepentido y que no era el mismo hombre que cuando entré en la cárcel. Le dije que la amaba y que siempre la amaría. —George dirige la mirada hacia sus piernas.

—Un poco forzado, ¿no le parece? —comenta Olson. George Carrigan no responde—. ¿Carissa le devolvió el mensaje?

—No.

—Seguro lo enfureció que lo rechazara otra vez, ¿no? En especial, después de haberle abierto su corazón y haber cambiado tanto cuando estuvo meses tras las rejas. Supongo que eso lo sacó de quicio.

El dedo de George vuelve a alzarse en el aire, apuntando a Olson.

—Sé lo que está haciendo, carajo. Cierre el pico o…

Doy un paso hacia adelante por instinto.

—¿O qué? ¿Me va a pegar? —Olson levanta la cabeza.

—¡No! No voy a… *Ugh*, ¿ve? Esto es lo que logran los policías. Hacen que las personas…

—¿Pierdan la calma? ¿Se muestren tal cual son? —interrumpe Olson.

—¡Yo no perdí la calma! —George estampa el puño contra la mesa, y el tañido del metal reverbera en la habitación.

El sonido se dispersa en un ambiente de silencio absoluto, excepto por el jadeo de George. Sus ojos van y vienen entre Olson y yo; la mirada va de la ira al estupor, y luego a la vergüenza.

—Disculpe —dice, con la cabeza hacia adelante y frotándose el puño con la otra mano.

Olson se inclina hacia él, apoyando ambas manos sobre la mesa.

—¿Dónde estuvo el domingo, entre las nueve de la noche y las dos de la madrugada?

—En mi casa.

—¿Alguien puede verificarlo? —agrego.

—Sí, yo. —George alza la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Alguien más?

—No. ¿Es necesario que haya otra persona en mi casa para poder estar tranquilo? —me increpa.

—¿Para poder estar tranquilo? No —respondo—. Pero ¿para verificar su paradero? Sí, claro que ayudaría.

—No sé qué decirle. Me quedé en casa comiendo pizza congelada con un pack de seis cervezas.

Olson toma su anotador y garabatea algunas frases.

—¿No salió de su casa para nada entre las nueve de la noche y las dos de la madrugada del domingo?

George Carrigan niega con la cabeza.

—¿De qué se trata todo esto? —Su voz se vuelve otra vez irritada, su paciencia cada vez más exangüe—. No voy a responder ninguna pregunta más hasta que me digan por qué mierda estoy aquí.

Olson dirige la mirada hacia mí, arqueando las cejas para preguntar: «¿Se lo decimos?». Asiento para darle luz verde.

—Ayer a la mañana recibimos una denuncia por violación de domicilio y hurto en la peluquería de Carissa. Al llegar, tuvimos la impresión de que no se trataba de un robo común y corriente.

Una oleada le cubre el cuello y el rostro de rojo.

—¿Qué quiere decir? ¿Carissa está bien?

—No lo sabemos, porque desapareció.

Su mirada se intensifica, alternando entre Olson y yo.

—¿Qué hacen hablando conmigo, entonces? ¡Deberían estar en la calle, buscándola!

—Usted mismo lo dijo, señor Carrigan: nunca dejaría de amarla. Cuando ella no respondió a su mensaje, ¿se hizo cargo del asunto a su manera? ¿Se aseguró de que, si no era suya, no fuera de nadie? —Camino despacio hacia la mesa.

Echa la cabeza hacia atrás.

—¿Piensa que le hice algo a Carissa?

—No lo sé. Dígamelo usted.

George tensa la mirada y se pone rápido de pie.

—¿Estoy detenido?

—No, esta es solo una conversación —respondo.

—¿Tengo algún cargo en mi contra?

—Todavía no —aclara Olson.

—Entonces, me traen un abogado o me voy.

Olson y yo intercambiamos una mirada de frustración. Se sabe los trucos porque ya pasó por lo mismo muchas veces antes.

—Puede irse, señor Carrigan, pero seguiremos en contacto —anuncio dando un paso al costado.

George arremete hacia la puerta y aferra el picaporte; lo presiona para abajo, pero es en vano. Forcejea unos segundos hasta que intervengo.

—Se necesita una tarjeta para abrirla. —Tomo la mía de mi cinturón de trabajo y cruzo la sala—. Es una medida de seguridad. —Escaneo la tarjeta y la traba hace clic.

La expresión de George es de fastidio mezclado con temor. Empuja la puerta y sale raudo, sin agregar ni una palabra.

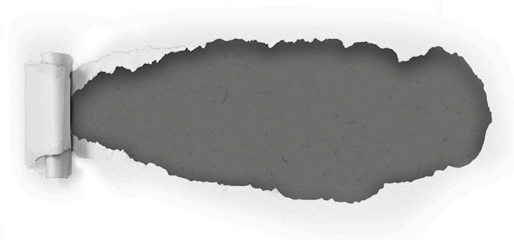
Giro para mirar Olson, quien se está poniendo de pie.

—¿Y? ¿Qué opinas?

—Que es un imbécil. Aparte de eso, no lo sé.

Suspiro y sacudo la cabeza.

—Al menos, estamos de acuerdo.



36
SARAH MORGAN

Es cierto lo que dicen. Uno se acostumbra a todo, como al enjambre de periodistas que me esperan para gritar preguntas o comentarios casi todas las veces que llego a la oficina. Por suerte, solo aparecen por la mañana y se van poco tiempo después de que entro en el edificio. Pero volverán siempre que haya una historia, y yo sé que esta historia no terminó. Salgo de mi vehículo con la cabeza en alto, porque no tengo de qué avergonzarme. Mis stilettos chocan contra el pavimento mientras los *flashes* de la cámara no cesan y los micrófonos asidos a las manos de los periodistas frenéticos quedan a milímetros de mi cara.

«Señora Morgan, ¿qué opina de la muerte de Ryan Stevens?». «¿Está feliz de que haya muerto?». «¿Le deseó la muerte después de lo que les hizo a usted y a su esposo?». «¿Eso la afectó?». «¿Cree que Ryan mató a Kelly Summers?». «¿Qué opina su esposo actual de todo esto?».

La comisaría dio a conocer anoche una declaración sobre el asesinato de Ryan, junto a una captura de video de baja definición de un hombre con bata de médico y cofia y mascarilla de cirujano, más una petición a la ciudadanía para que provea cualquier información que ayudara a identificar al sospechoso. No respondo ni reacciono a ninguna de las preguntas, ni siquiera a las dichas en voz más alta. Cualquier abogado competente sabe que, a veces, lo mejor es no decir nada, y que lo segundo mejor es decir una mentira.

—Malditos —gruñe Roger cuando entro en la recepción. La prensa sabe que no puede entrar, pero eso no evita que se agolpen contra las puertas de vidrio. Roger se pone de pie y rodea el escritorio del frente con paso cansino. Su mano sobrevuela a unos treinta centímetros de distancia el arma enfundada en la cartuchera. Se supone que es para hacerme sentir segura, pero que él porte un arma me produce el efecto opuesto.

—¡Atrás, atrás! —vocifera Roger, ahuyentándolos con la mano. Luego se dirige hacia mí—: ¿Está bien, Sarah?

—Sí, estoy bien. —Asiento con la cabeza—. Son como mosquitos —agrego, agitando la muñeca—. Un incordio. Nada serio.

Roger emite una especie de «ajá».

—Los mosquitos matan más personas al año que cualquier otro animal, incluso que los humanos. —Sus ojos se desplazan hacia los periodistas que gritan exaltados y luego regresan a mí—. Así que diría que su descripción es precisa —se burla.

—No me preocupan los periodistas. —Atravieso la recepción hasta el ascensor con una sonrisa tensa; lo llamo—. Que tengas buen día, Roger—digo a la vez que entro en el cubículo.

—Usted también, Sarah.

Natalie se pone de pie detrás del escritorio en cuanto empujo la puerta de la Fundación Morgan para abrirla.

—Buenos días, Sarah.

—Buenos días, Natalie.

—Aquí tienes el café. —Me extiende un vaso descartable de una cafetería de la zona.

Lo acepto y le agradezco.

Anne se asoma por un rincón.

—Ahí estás. —Suspira con alivio. Lleva una falda tubo y un *blazer* que le hace juego, y tiene una carpeta bien sujeta bajo el brazo.

—Sí, aquí estoy. —Hago un gesto con la taza de café antes de acercarla a los labios y beber un sorbo rápido.

Anne camina a mi lado mientras atravesamos la oficina. Sonrío y saludo a los empleados al pasar.

—Me dijeron que la policía estuvo aquí ayer —murmura Anne.

—Te dijeron bien —confirmo; abro con llave la puerta de la oficina y enciendo las luces—. El sheriff y su ayudante querían hacerme unas preguntas sobre el caso de Kelly Summers —agrego a la vez que dejo caer mi bolso y me siento detrás del escritorio—. ¿Dónde estuviste ayer? —le pregunto al darme cuenta de que no la vi en todo el día. Supuse que estaba en la oficina simplemente porque siempre está ahí.

—Me tomé el día por enfermedad. —Anne se sienta—. Estaba descompuesta.

—¿Estás mejor?

—Sí, era una migraña, nada más. ¿Viste en televisión la noticia sobre Ryan Stevens?

—Algo —digo mientras vacío el bolso—. Pero Hudson ya me había puesto al tanto antes de que el asunto se difundiera.

—No me cabe en la cabeza que esté muerto. —Anne se mordisquea la uña del dedo pulgar, mirando a la nada por el rabillo del ojo, como si estuviera inmersa en sus pensamientos—. ¿Quién querría asesinarlo?

—Muchas personas en esta ciudad lo querían muerto. —Acomodo una pila de carpetas sobre el escritorio.

Frunce el entrecejo hasta unir ambas cejas.

—Es decir, Hudson vino para hablar contigo sobre el caso Summers y luego trajo a colación el asesinato de Stevens. ¿Cree que los hechos están relacionados? —Anne está haciendo demasiadas preguntas, y no sé eso si me gusta.

—No lo dijo. ¿En qué punto está la apelación? —digo para cambiar de tema.

—Ay, perdón. Corrí para contarte eso. Nos acabamos de enterar: la corte aceptó la petición.

Me esfuerzo para que las comisuras de mi boca se curven hacia arriba. Es una buena noticia… Es decir, si deseara que el caso se reabriera, cosa que no deseo. Pero sabía que eso ocurriría.

—Bien —digo—. ¿Empieza un juicio nuevo o lo cancelan definitivamente?

—Todavía no lo decidieron. Creo que no se demoraron en aceptar la apelación por la campaña mediática y la presión popular. Y por algunos hilos que la fundación logró mover. Para ti, ¿qué determinación van a tomar?

—Lo enviarán otra vez a la corte para que haya un juicio nuevo. Las cancelaciones son de veras excepcionales.

Asiente con la cabeza y me mira fijo y en silencio por un momento.

—¿Cómo van las cosas con la separación? ¿Bob sigue siendo un dolor de cabeza?

—Sí, siempre. Además, no se puede confiar en él para nada. Permití que se llevara a Summer a la capital una noche el fin de semana pasado, y la dejó sola durante horas.

—¡¿Cómo?! —Anne alza la voz—. ¿Para qué? ¿Qué cuernos tenía que hacer?

—No lo sé. Cuando le pregunté, me dijo, cito: «No es asunto tuyo».

—Es una ridiculez. Es tu hija. Sí es asunto tuyo.

—Fue lo que le contesté, pero no lo entiende.

Anne sacude la cabeza, desilusionada.

—Qué mal que la persona que liquidó a Stevens no se cargó también a Bob —dice entre risas.

—Sufre más con el divorcio que lo que lo haría con la muerte —remarco, y sonrío apenas.

Anne abandona la risa; su rostro recobra la seriedad.

—¿Y cómo está viviendo Summer todo esto?

—Más o menos. Anoche le contamos lo de la separación, y no lo tomó bien. Se niega a hablarme por ahora —suspiro.

—Se le va a pasar. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía trece, y me acuerdo de que al principio los odié, hasta que me di cuenta de que era mucho mejor vivir en una casa sin gritos ni peleas constantes. —Anne presiona los labios hacia adentro.

—Eso espero, porque no tolero que me odie. Todo lo que hago es para ella. Pero no lo ve.

—Como cualquier criatura. Algún día lo verá.

Mi teléfono vibra contra el escritorio, y la frase «Número desconocido» se despliega a lo ancho de la pantalla.

—Tengo que contestar.

Anne asiente con un gesto, se pone de pie y camina hacia la puerta. Antes de irse, se da vuelta.

—Si necesitas algo, lo que sea, me avisas.

Sé que lo dice en serio.

—Claro —respondo.

Sale y cierra la puerta detrás de ella en el momento en que pulso «Aceptar».

—Habla Sarah Morgan.

—Soy el sheriff Hudson, Sarah. ¿Tiene un momento?

—Ayer le di más de un momento.

—No se trata de Kelly Summers ni de Stacy Howard —me aclara.

—¿De qué se trata, entonces?

—De Carissa Brooks. Hasta donde sé, su fundación la asesoró legalmente en forma gratuita. ¿Es correcto eso?

—Sí. Pero existen acuerdos de confidencialidad entre un abogado y sus clientes, Hudson.

—Lo sé, Sarah.

Oigo que deja escapar un suspiro prolongado, quizás por fastidio, quizás por agotamiento. No estoy segura. Pero retumba en el auricular, y me obliga a alejarlo de la oreja por un segundo. Da la impresión de estar desesperado, lo que no me sorprende, dado todo lo que tiene para resolver… o intenta resolver. Inhalo corto y profundo y decido que voy a tirarle un hueso.

—¿Qué necesita, Hudson? —Mi tono cambia de reticente a cordial para darle a entender que me saldré del reglamento por una sola vez, más allá del acuerdo de confidencialidad entre abogados y clientes.

—¿Sabe si Carissa tenía familiares fuera del estado a los que ella pudiera recurrir?

—Que yo recuerde, no. Lo único que sé es que tenía un ex que la trataba como a una bolsa de boxeo. —La mano libre se transforma en un puño cuando pienso en esa basura de hombre. Sé que es un exceso viniendo de una persona tan controlada como yo. Pero todos tenemos un código moral. El asunto es que en algunos es más laxo que en otros.

—¿Su fundación ayudó a Carissa a obtener una orden de restricción en contra de su ex, George Carrigan?

—Sí, en dos oportunidades. —Giro sobre mi eje en la silla.

—Esa orden quedaba sin efecto en un mes, ¿cierto? —indaga el sheriff Hudson.

—Puede ser. Tienen validez por dos años, aunque no recuerdo la fecha exacta… Me sorprende que no me haya llamado. Supuse que querría presentar una nueva petición para extender el plazo.

—¿Cuándo fue la última vez que supo de ella?

—Cuando presentamos la segunda petición. Quiero decir, en todo este tiempo, la vi en la ciudad y nos saludamos, pero no conversamos sobre la orden de restricción… ¿Por qué? ¿Le pasó algo?

Vuelve a exhalar un suspiro apesadumbrado.

—No lo sé. Desapareció.

—i¿Cómo que desapareció?! ¿Hablaron con su ex? Si Carissa tuvo un problema, él está involucrado, seguro.

—Ya hablamos con él. Su coartada no es sólida, pero todavía no descubrimos nada que lo vincule.

—¿Que lo vincule con qué?

El sheriff Hudson se queda callado, y, por un momento, pienso que se cortó. Alejo el teléfono de la oreja para revisar la pantalla. El cronómetro que mide la duración de la llamada sigue activo.

—¿Sigue ahí, Hudson?

—Sí —confirma—. No debería decirle esto porque la investigación no finalizó, pero usted fue su defensora y conoce la relación entre Carissa y su ex mejor que nadie.

—Cuénteme.

—Irrumpieron en la peluquería de Carissa el domingo a la noche y revolvieron todo. No robaron nada. El auto, el bolso y el celular seguían ahí, pero… había sangre por donde se mirara.

—¡Por Dios! ¡Tiene que arrestar a la mierda de su ex!

—Coincido, pero hay un detalle: no sabemos si la sangre corresponde a Carissa, porque no hay datos de ella en el sistema y no tiene familiares para establecer una comparación.

—Al menos sabe que está desaparecida.

—Exacto, y si su ex tuvo algo que ver con la desaparición, lo vamos a descubrir.

—Bien. Eso espero.

—Le agradezco su cooperación, Sarah.

—Le diría que estoy a su disposición, pero sabe que no es el caso.

—Sí, sí, lo sé. —Casi puedo oír la sonrisa del otro lado de la línea —. Cuídese.

—Usted también.

Antes de siquiera apoyar el teléfono sobre el escritorio, alguien golpea a mi oficina.

—Adelante —digo en voz alta.

La puerta se abre lentamente, dejando ver a Alejandro, vestido con jeans y camisa.

—Como ayer no apareciste, decidí venir. —Sonríe sin ánimos de confrontar.

—Uy, lo siento. Me demoré con algo y... me olvidé. Entra. —Hago un gesto con la mano para invitarlo a pasar.

Alejandro cierra la puerta después de entrar y camina dos pasos hacia mí, mientras sus ojos estudian el lugar.

—Qué oficina tan bonita. Muy cómoda.

—Sí. —Señalo una silla—. Toma asiento.

Se sienta y se cruza de piernas, con un tobillo apoyado en la rodilla opuesta.

—¿Te olvidaste a propósito?

—Para nada. —Extraigo la chequera de un cajón. Tomo un bolígrafo de una taza, presiono el pulsador y apoyo la punta sobre la línea donde se indica el monto—. ¿Pensaste que me iba a hacer la distraída para no pagarte? —Lo miro.

Alejandro me devuelve la mirada.

—No. Pensé que no querías volver a verme.

—Como te expliqué, me demoré, y después se me pasó. —El bolígrafo se desliza por el papel.

—Podría cobrarte intereses, ¿sabías? —Las comisuras de los labios apuntan rápidamente hacia arriba—. Por atrasarte con el pago.

—Podrías, sí. ¿Y si lo cambiamos por una cena?

—Quizás acepte en esos términos. ¿Cuándo? —Su sonrisa se agranda.

—Mañana a las siete de la noche.

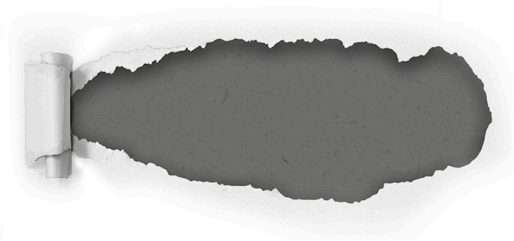
Arranco el cheque y se lo entrego. Son un par de cientos de dólares más de lo que convenimos, pero no por el interés, sino porque sé que necesita el dinero más que yo y se lo ganó… o se lo va a ganar. Acepta el cheque y se pone de pie. Lo dobla por la mitad y lo guarda en el bolsillo trasero sin mirarlo.

—¿Cómo sé que no me dejarás plantado otra vez?

—No hay manera de saber eso. Pero podemos cenar en mi casa, así no tengo chance de que el plantón se repita —propongo.

—¿Y si no estás en casa?

—Voy a estar. Te lo prometo.



37
BOB MILLER

Estoy de pie junto a Brad, observando su reacción mientras hace girar el objeto en sus manos enguantadas. Está sentado en su escritorio y abre grandes los ojos al mismo tiempo que menea la cabeza.

—¿Qué es exactamente lo que estoy viendo? —quiere saber.

—El cuchillo con el que asesinaron a Kelly Summers.

Alza la vista, incrédulo.

—¿Cómo sabes eso y por qué lo tendrías tú?

—Porque Sarah me lo dio hace once años. Me dijo que me deshiciera de él, que me asegurara que nadie lo encontrara.

—Pero no le hiciste caso.

—No. —Sonrío con sorna—. Necesitaba una póliza de seguro, por si alguna vez intentaba hacer lo mismo conmigo.

—¿Lo mismo? —pregunta, pero no respondo. Dejo que lo que acabo de insinuar decante en él, y su mirada muta de la extrañeza al

horror—. Pongamos las cosas en claro. ¿Me estás diciendo que Sarah mató a Kelly Summers… y que tú siempre lo supiste?

—Sí.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué no…? —Se detiene al entender que ya conoce la respuesta—. Porque Kelly, Jenna o cualquiera fuera su nombre, asesinó a tu hermano.

—Ojo por ojo —confirmo, asintiendo con la cabeza.

Brad apoya el cuchillo, se pone de pie y empieza a caminar de un lado al otro de la oficina.

—Por Dios, Bob, ¿te das cuenta de lo que acabas de decirme? ¿De las consecuencias que podría tener?

—Claro que me doy cuenta. Hace más de diez años que vivo con esto.

Veo cómo giran los engranajes en su mente. Quizás sea demasiado para él.

—¿En qué estás pensando, amigo? ¿Quieres abandonar el barco? —pregunto.

—No… no, no. No es eso. Esa chica mató a tu hermano… y yo ni siquiera la conocí. Así que no me importa. Mierda. Ahora todo tiene sentido. Esas estupideces que decías sobre Sarah y tu paranoia. —Vuelve a sentarse frente al escritorio y se reclina en el asiento, frotándose las sienes—. El asunto es cómo.

—¿Cómo qué? —Me siento frente a él.

—Cómo puedes demostrar que Sarah usó ese cuchillo en el asesinato.

—Bueno, quedan restos de sangre seca. Un análisis de ADN descubrirá las coincidencias con la sangre de Kelly Summers, y yo tengo una coartada indiscutible para la noche que la asesinaron.

—Bien, eso ayuda a probar que no fuiste tú quien la mató. Y la sangre en el cuchillo confirma que es el arma asesina. Ahora, esos datos… ¿Cómo ubican el cuchillo en las manos de Sarah esa noche?

—No lo ubican. Y a menos que esa cosa —continúo, y señalo el cuchillo apoyado sobre su estuche en el escritorio de Brad— esté cubierta con sus huellas dactilares, algo que dudo, solo podemos usarla para presionar a Sarah. Quizás el cuchillo aparezca como por arte de magia en la comisaría del condado de Prince William, junto con una nota anónima. —Subo y bajo las cejas varias veces mientras tecleo con los dedos repetidamente en el aire.

Brad comienza a sobarse el mentón con el pulgar y el índice.

—El caso se reabrió, y volverán a examinar cada prueba. Por lo tanto, el momento es bastante… oportuno.

—*Muy* oportuno.

Se inclina hacia adelante y señala el cuchillo.

—Esto no alcanza para declararla culpable, aun cuando la sangre sea de Kelly.

—Lo sé, pero no me importa que la declaren culpable. Solo quiero que la atención se concentre en ella. Estudiarán cada movimiento que haga con microscopio, así que lo que sea que esté tramando le será diez veces más difícil llevarlo a cabo. Hasta podría cometer un error y echar a perder todo el plan con esta presión.

—¿Qué plan? —pregunta Brad.

—Todavía no lo sé, pero no me cabe duda de que la idea es acabar conmigo. Por eso, tengo que acabar con ella primero.

—Sarah se dará cuenta de que fuiste tú el que entregaste esto. —Brad dirige la vista hacia el cuchillo.

—Mejor. Eso es lo que busco. —Lo digo en serio. Quiero que Sarah aprenda a tener miedo de lo que corresponde… Quiero que me tema a mí.

Brad hace repiquetear los nudillos contra el escritorio, se succiona los labios y resopla por la nariz, como un toro a punto de arremeter hacia adelante.

—Bueno, odio tener que decirte esto justo ahora, pero…

—Pero ¿qué? —interrumpo con pánico en la voz—. ¿Qué pasa?

—Uno de los empleados de la oficina del juez del condado me contó que Sarah… —Brad hace una pausa—. Sarah pidió una orden de restricción en tu contra.

—¿Por qué motivo?

—Denunció que la amenazaste y la atacaste físicamente.

—¡Eso es una puta mentira! —reacciono airado.

Es un golpe bajo, incluso para Sarah. No le basta con tenderme una trampa por lo que sea que esté ocurriendo con Stacy, sino que ahora me describe como un esposo abusivo, alguien ante cuya presencia no se siente segura. Por el amor de Dios, soy yo el que no debería sentirme seguro ante su presencia.

—Sarah facilitó mensajes de texto que tú le enviaste, y también proveyó fotos de lastimaduras que ella dice que le provocaste cuando la tomaste fuerte del brazo en la competencia de natación de tu hija.

—Apenas la toqué. ¡Mira lo que ella me hizo a mí! —Alzo la mano para enseñarle la cicatriz de cinco centímetros que cruza la palma.

—Me dijiste que te habías cortado por accidente. ¿No fue así?

—Mentí. Quise restarle dramatismo, pero me hizo un tajo con un cuchillo, carajo.

—¿Adrede?

—Sarah nunca hace nada por accidente.

Brad suspira hondo.

—Mira, no estoy al tanto de todos los detalles, pero quise ponerte sobre aviso. La orden todavía no se otorgó y aún falta la audiencia, pero no te sorprendas cuando te llamen.

—¿Esto quiere decir que no me puedo acercar a Summer?

—Técnicamente, sí puedes. La orden de restricción solo aplica a Sarah, pero…

—¿Pero qué?

—Si Summer está con Sarah… debes mantenerte lejos de ambas.

—Mi propia hija, Brad. Mi propia hija, carajo. ¿Ves lo que está haciendo? —Me pongo de pie y camino de un lado al otro, las manos transformadas en puños. Debe de estar de veras desesperada para hacer una jugada así. Pero ¿por qué? Quizás la asusté cuando la amenacé con eso de la «póliza de seguro». Quizás tendría que haber elegido callarme la boca, eso que decía Sun Tzu, pero disfruté viendo cómo se incomodaba. Fue la primera vez que percibí que se sentía nerviosa, tensa, angustiada; casi como si fuera humana, aunque fuera solo por un momento. Dejo de caminar y miro a Brad.

—¿Cómo sigue esto ahora? —le pregunto, sabiendo de antemano lo que voy a hacer, lo que *debo* hacer. No quería llegar a este punto, pero Sarah no me deja opción.

—Como abogado, te aconsejo que la evites, aunque la orden no se haya hecho efectiva. Actúa como si estuviera vigente. No le des más municiones de las que ya tiene. —Mira el cuchillo—. ¿Qué harás con esto?

—¿Yo? Nada, pero tú harás que llegue a manos del sheriff. Confío en que serás discreto.

—Sabes que sí —responde Brad—. ¿Quieres que apunte a Sarah?

«Me encantaría clavárselo en el corazón»… No lo digo en voz alta, a pesar del acuerdo de confidencialidad entre un abogado y su cliente.

—Sí, vincúlalo a ella como puedas.

Brad asiente, y yo dejo la oficina para ir a buscar el auto. Una vez adentro, recorro el estacionamiento con la vista para cerciorarme de que nadie está mirando. Hay varios vehículos desperdigados y vacíos. Me agacho y tomo un teléfono con tapa que está debajo de mi asiento. Hay un hueco allí, en la intersección de dos barras metálicas, del tamaño justo para ese objeto poco llamativo.

Levanto la tapa, lo enciendo, y la pantalla se ilumina, volviendo a la vida. Mis dedos presionan el teclado cuando escribo el mensaje. Termino y lo envío al único contacto que tengo agendado en ese teléfono.

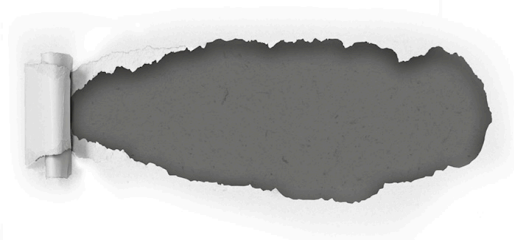
BOB MILLER

Cambiaron los planes. Nos vemos mañana en el hotel *boutique* cerca de la 28, en Sudley. 11 horas. Habitación 518.

De inmediato, recibo la respuesta. Es corta y sin vueltas: «Entendido».

Apago el teléfono y lanzo una exhalación profunda.

«Hasta que la muerte nos separe, Sarah. Pero tu muerte, no la mía».



38
STACY HOWARD

—Ey, Carissa, ¿estás despierta? —murmuro en la oscuridad.

Duerme la mayor parte del tiempo, y no la culpo. Es lo único que yo también hacía cuando llegué aquí, bueno, aparte de gritar y tratar de escapar, pero es difícil encontrar una salida si estás atrapada en la negrura con nada que te oriente o te guíe. Carissa aulló y chilló por mucho tiempo, hasta que quedó exhausta, el poquito de energía que le quedaba totalmente consumido. Por un rato largo, se quedó tan callada que creí que estaba muerta. Esperé, para ver si escuchaba una respiración, un quejido, cualquier señal de vida. Cuando por fin oí una especie de ronroneo, me alivió saber que seguía con vida porque al menos había alguien que me acompañaba aquí abajo.

Después de que se quedó dormida, comí el sándwich y bebí el agua que me arrojaron por las escaleras. Iba a ofrecerle un poco, pero aún estaba dormida; de todos modos, hace más que estoy en este lugar y mi necesidad es mayor. Además, sé que le darán su

propia ración. Me dormí poco tiempo después. Comer siempre me da sueño; mi sistema digestivo requiere más energía para procesar los nutrientes que la que tengo para ofrecer.

—Carissa —vuelvo a murmurar.

Su cadena raspa el suelo. La escucho bostezar y hago lo mismo. Incluso en la oscuridad total, sin poder verla, es contagioso.

—¿Estás bien? —pregunto.

—No —dice con la voz entrecortada—. ¿Dónde estoy?

Me pasa lo mismo cada vez que me despierto en este sótano: me obligo a recordar dónde estoy y cómo llegué aquí. No sé cuánto me llevará acostumbrarme. Sé que algún día lo lograré. Abriré los ojos y respiraré hondo, aceptando de buena gana el olor a moho y a humedad. El entorno negro, demasiado oscuro hasta para las sombras, me dará calma y seguridad. Ya no sentiré el grillete de metal grueso ajustado a mi tobillo, y hasta quizás olvide que existe. El chillido de los bichos que entran desde el exterior en busca de calor y los crujidos de los cimientos ya no me asustarán ni sorprenderán. Hallaré placidez en esos sonidos familiares. Y, cuando todo eso suceda, sabré que mi mente se ha reconfigurado para convencerme de que este es mi hogar. Así es el espíritu humano. Toleramos lo peor en el mundo físico y aun así seguimos adelante, porque solo nuestro cuerpo vive ahí. Por eso, cuando perecemos, el cuerpo es lo único que dejamos. No sé si alguien alguna vez encontrará el mío.

La respiración aterrada de Carissa me devuelve a la realidad.

—Estás bien, Carissa —miento. Pero es lo que necesita oír—. Vamos a salir de aquí —miento otra vez. No sé si abandonaré este

lugar subiendo las escaleras o si alguien me cargará, mis miembros inertes pendiendo del hombro de alguien.

—¿Dónde es «aquí»? —pregunta.

—No lo sé.

Su respiración se apacigua a medida que el pánico de despertar en un sitio desconocido cede.

—Creo recordar algo —susurra en la oscuridad.

Me acerco hacia donde proviene la voz, pero logro avanzar solamente medio metro hasta que la cadena se tensa y los grilletes me lastiman la piel suave. De inmediato, la mente envía señales de dolor a través del cuerpo. Me estremezco y soporto la agonía en silencio. No tiene sentido llorar. Es malgastar energía, y necesito conservar toda la que pueda si hay una puta chance de salir de aquí.

—¿Qué te acuerdas, Carissa?

Por mi parte, todavía no recuerdo nada… bueno, casi nada. Estaba sentada en el auto, leyendo un mensaje de texto en el teléfono. La puerta de mi lado se abrió de repente, y algo húmedo y suave me cubrió la cara. Era un perfume dulce, agradable, de hecho; sin embargo, la presión brutal contra la boca y la nariz no tenía nada de agradable. Traté de gritar, pero era un sonido sordo, como si chillara con la cara incrustada en una almohada. También sentí un pinchazo al costado del brazo. Forcejeé un momento, hasta que mi mundo se volvió negro. Y cuando desperté, seguía siendo negro.

—Estaba en el trabajo —responde.

—¿Dónde… dónde trabajas?

—En una peluquería. Mi último cliente llegó, y luego había sangre.

—¿Te lastimó?

—No… Yo lo lastimé a él. Fue un accidente. Le estaba afeitando el cuello y se me resbaló la navaja.

—¿Qué pasó después?

—Le limpié la sangre, terminé de cortarle el cabello y… No lo sé.

—¿El cliente se fue? ¿Entró alguien más? ¿Saliste de la peluquería? —Mis preguntas son rápidas, una tras otra.

—No creo que se fuera.

—¿Cómo se llama?

—Bob.

El nombre golpea algo en lo profundo de mi interior, como si la pieza de un rompecabezas hubiera caído en mis piernas y no supiera dónde ubicarla.

—¿Miller? —La palabra sale lenta y temblorosa.

Carissa guarda silencio por un momento. El aire húmedo, quieto, amortigua todos los sonidos hasta que pregunta:

—¿Cómo sabes su nombre?

Si pudiera verme, divisaría el blanco de mis ojos al retraerse los párpados. Mi corazón se acelera, con latidos fuertes y veloces. No me sorprendería que Carissa escuchara el eco de esos latidos contra el concreto y las cañerías. Quizás sienta la vibración a través del suelo. La onda expansiva después de una explosión nuclear.

—Me veía con él… Bueno, tuvimos una aventura. Algo de una sola noche.

Carissa ahoga un grito.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Me acuerdo de algo más. Me aparece borroso, casi como un sueño, pero creo que fue real. Yo estaba en el asiento de atrás de

un vehículo, atada, o quizás no. No lo sé. Lo que sí sé es que no me podía mover.

—¿Qué más te acuerdas?

—Que Bob estaba hablando con alguien, o tal vez estaba hablando para sí. Algo de no dejar que alguien se saliera con la suya. Que no la iba a dejar… A su esposa o a la esposa de alguien. Y que él acabaría con ella primero… —La voz de Carissa va perdiendo fuerza.

—¿Llegaste a verlo?

—En el auto, no. No me podía mover. Ni siquiera podía levantar la cabeza, pero lo vi antes, en la peluquería. En el auto, solo escuché su voz.

—¿Estás segura de que era Bob Miller?

—Me pareció que sí. Lo que no entiendo es por qué me haría algo así —suelta entre sollozos.

Dejo caer la cabeza hacia adelante; sé que Bob tiene motivos para hacerme algo así. Amenacé con contarle lo nuestro a su esposa. Él me dijo que había sido un error, que no se iba a repetir, que estaba borracho, que yo me había aprovechado de él, que era una puta y una ladrona. No se equivocó. Le robé. Me aproveché de su estado de ebriedad. Lo elegí porque sabía que era rico y estaba casado. Ese es mi tipo de hombre. Trabajar como modelo para eventos no paga las cuentas, pero el chantaje sí, y con creces. Es una actividad riesgosa que ya me causó problemas legales, pero jamás creí que me hundiría dos metros por debajo del suelo. Y, a estas alturas, tengo suerte de que sea solo eso.

—Amenacé con contarle nuestra aventura a su esposa si no me pagaba —confieso.

—¿O sea que lo extorsionaste?

—Sí, exacto, lo extorsioné.

—¿Le contaste? —Hay un dejo de esperanza en la voz de Carissa, como si esa fuera la solución para nosotras.

—No, no le conté.

—En ese caso, ¿te pagó?

—No, tampoco. Jamás le dije nada a su esposa.

—¿Cómo? No lo entiendo.

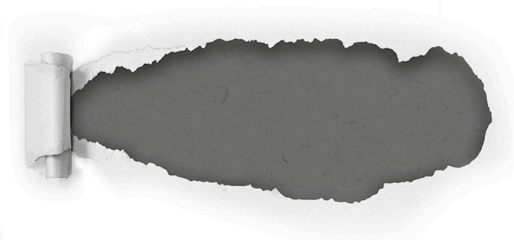
—Bob no fue el primer tipo al que amenacé con decir la verdad. Pero fue el primero que decidió resolver las cosas a su manera.

Oigo que el pánico de Carissa se vuelve a acentuar. Respira rápido y corto, como si pretendiera inhalar bocanadas enormes de aire.

—Carissa. —Su respiración se torna más trabajosa cuando el miedo se mezcla con sollozos incontrolables—. Vamos a estar bien. Cálmate —digo para que se tranquilice y no estalle en un ataque de pánico o algo peor.

—¡No! —chilla—. No vamos a estar bien. Nos vamos a morir aquí, y todo por tu culpa, puta de mierda.

Abro la boca para gritarle, para contradecirla, para convencerla de que no nos pasará nada..., pero enseguida la cierro. Porque quizás tenga razón.



39
SHERIFF HUDSON

Me froto los ojos para aliviar el cansancio acumulado por tanto clavar la vista en la pantalla de la computadora, sentado en la oscuridad. Alzo el brazo para saber la hora; los dígitos de mi G-Shock indican las dos y veintiocho de la madrugada. No puedo quedarme en la cama, acurrucado debajo de las mantas, durmiendo plácidamente, cuando hay dos mujeres desaparecidas y un asesino suelto.

Hace más de una hora que estoy analizando las filmaciones de las cámaras de seguridad del hospital. Le pedí al equipo técnico que compaginara en un solo video todas las tomas en las que el sospechoso aparece frente a cámara para ahorrarme el tiempo de saltar de un archivo a otro. Incluso con ese armado coherente y con la calidad de la imagen ligeramente mejorada, el video no me dice nada. Pero debe de haber un indicio, al menos. Tengo la corazonada de que algo se me está escapando.

Estoy a punto de revisar la filmación desde el principio otra vez cuando oigo que la puerta de mi escritorio se abre con un crujido. Me doy vuelta en la silla giratoria y veo a Pam de pie junto al marco, vestida con unos calzoncillos míos y una camiseta blanca, frotándose los ojos para despertarse.

—Son las tres de la mañana. ¿Qué haces levantado? —La última parte se mezcla con un bostezo.

—No puedo dormir, así que pensé en estudiar otra vez las filmaciones del hospital.

—Ya le pedimos a media docena de agentes que estudiaran ese material como cien veces. No descubrieron nada.

—Ya lo sé, pero quizás obviaron algo. —Extiendo la mano para invitarla a que me acompañe.

Pam cruza la habitación arrastrando los pies y me toma de la mano mientras deja que la siente sobre mis piernas. Roto para que ambos quedemos frente al monitor.

Ella hace clic en el botón de reproducción. La filmación empieza a correr otra vez.

—Nunca identificaremos a ese tipo. Lleva cofia, bata y mascarilla de cirujano. —Señala el monitor, con una combinación de queja y fastidio en la voz—. No es un cualquiera. Es un profesional. Tal vez un exmilitar, un policía o incluso un sicario. Pero sin duda no es la primera vez que asesina a alguien sin dejar rastros.

Detectar al sospechoso para que el equipo técnico pudiera hilvanar las tomas en un solo video fue sencillo, al menos al principio. Lo único que tuvimos que hacer fue determinar el bache enorme en la seguridad, el tiempo durante el cual el agente Morrow dejó su puesto vacante, y rastrear hacia atrás. Un hombre con

atuendo de cirujano ingresó a la habitación de Stevens y salió menos de un minuto después, la bata y los guantes cubiertos en sangre. Se escabulló en un cuarto de suministros y se vistió con ropa limpia para no llamar la atención, y lo logró. Ya con el aspecto de un médico común y corriente, se hizo difícil seguirle los pasos, ya que no todas las grabaciones de las cámaras empalman con las demás. No se trata de un banco ni de un casino, después de todo. Lo extraño, al menos para mí, fue que estaba vestido de cirujano antes de entrar en el hospital. A pesar de que no había muchas personas caminando por los corredores a esa hora de la noche, él pasó… inadvertido.

—No va a ser fácil, pero todos cometemos errores —digo, sin dejar de mirar en la pantalla el momento en el que el hombre abandona el hospital. Camina siempre al mismo ritmo. No corre ni siquiera cuando ve la salida. Es tranquilo, calmo, sereno, como si perteneciera a ese lugar. Algo me resulta familiar en su andar, pero eso no alcanza para identificarlo. Uno de los obstáculos de haber sido policía durante tantos años como lo he sido yo es que las personas se te confunden. Por supuesto que no es el caso de los reincidentes crónicos, de los que tienen arrestos múltiples por conducir alcoholizados, de los que no pueden dejar de golpear a sus esposas, de los traficantes de poca monta que vuelven a comerciar al minuto de salir de la cárcel. Pero hasta ellos se te mezclan y parecen cortados del mismo retazo de tela barata y grasosa.

Una vez afuera del edificio, el hombre se quita los guantes quirúrgicos y los arroja en un cesto de basura. La mano se agita en el aire al desprenderse de los guantes, y él los observa caer en el

hoyo negro. La luz de un poste callejero ilumina la mano ahora descubierta.

—¡Espera! Detén la imagen —le pido a Pam. Ella lo hace—. ¿Puedes aumentar el tamaño de la mano?

—Claro, pero se va a ver borroso.

—No importa. Hazlo, por favor. —Entrecierro los ojos mientras la imagen se estira más y más hasta ocupar toda la pantalla—. La puta madre.

—¿Qué pasa?

—Sé quién es.

Un recuerdo se apropia de mí con fuerza, como si cobrara vida en el monitor frente a mí.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Los disparos retumban en las paredes del polígono de tiro, y las vainas golpean contra el suelo con un ruido metálico, mientras lo observo disparar a un cartón. Algunas balas atraviesan el blanco; otras no le pegan y se estrellan contra la pared del fondo. Se supone que tiene que apuntar entre los ojos y a la garganta. A esa área se la conoce como «el triángulo fatal»; en esa zona, hay más posibilidades de darle al cerebelo, el tronco encefálico o a las cervicales. A los policías no nos enseñan a «disparar para matar», sino a «disparar para persuadir». La diferencia es sutil, pero el resultado es el mismo. Con un cartón que no se mueve, sin amenazas de peligro, debería pegarle siempre al blanco, pero no es así.

—¡Necesitas más rehabilitación, viejo! ¡Disparas para la mierda! —digo a los gritos.

—¡¿Qué?! —responde también a los gritos. Con los protectores en los oídos, mis alaridos parecen susurros. Se quita las orejeras—. ¿Qué dijiste?

—Dije que disparas para la mierda.

—Lo sé. Por eso estoy practicando, para librarme de ese puto trabajo de escritorio. Me está matando. —Sacude la mano, flexiona y cierra los dedos, con una mueca de dolor cada vez que lo hace.

Fue una situación desgraciada para él. Durante un control de tránsito de rutina, mientras le estaba pidiendo que saliera del vehículo porque sospechaba que estaba alcoholizado, el conductor aceleró. En consecuencia, la puerta le atrapó la mano y se la fracturó. Lo operaron y fue a rehabilitación durante meses, y ahora debe aprobar nuevamente la práctica con armas para que lo autoricen a volver al trabajo en las calles.

—¿No terminaste la rehabilitación hace tres semanas? —pregunto.

—Sí, pero no sé por qué me está costando tanto recuperar la puntería. —Sacude la mano, esta vez con más fuerza.

—Seguro que es por esos dedos de porquería —bromeo.

—¿Qué carajo tienes contra mis dedos? —Se mira la mano sin dejar de agitarla hacia atrás y hacia adelante.

—El índice es más largo que el del medio. Lo más probable es que haya un problema de agarre cuando presionas el gatillo.

—Cierra el pico. Mi marca era mejor que la tuya antes del accidente, y todo gracias a este dedo —replica, imitando un revólver con la mano.

—Bueno, pero ahora no. Podrías ir a un médico para que te rebane una parte del dedo índice. O mejor, toma una tenaza y córtate la punta —lanzo una carcajada mientras hago la mímica.

—Ninguna de las dos opciones, idiota. Voy a seguir practicando y, un día, recuperaré la puntería. Ojalá que más temprano que tarde. Como te dije, viejo, no aguanto ni un minuto más el trabajo de escritorio.

—Eso espero. Porque si necesito refuerzos, vas a ser un gol en contra.

—No soy un gol en contra, carajo. —Hincha el pecho y me muestra el dedo del medio—. Ten cuidado. Te puedo hacer daño con este dedo.

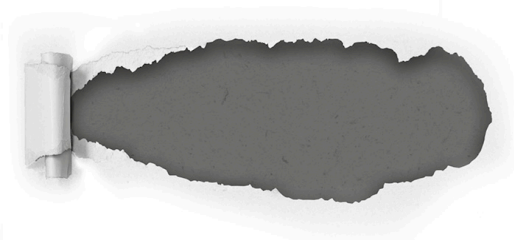
—¿Hablas en serio? Lo único que veo es un dedo alienígena. ¿Quieres llamar a tu casa, E.T.?

Empezamos a reírnos otra vez; imito a E.T., tambaleando por el polígono de tiro con el dedo índice en alto. «E.T. llama a casa. E.T. llama a casa».

—Marcus. —Pam me aleja del recuerdo—. ¿Quién es?

Vuelvo a prestar atención a la mano en la pantalla. El dedo índice es mucho más largo que el del medio y, de repente, ese andar familiar cobra sentido. También lo reconocí entre la muchedumbre el día en que di la declaración a la prensa. La barba me desorientó porque nunca lo vi sin afeitar, pero era él. Seguro se la quitó antes de asesinar a Stevens, y ahora logro identificarlo como si no tuviera disfraz, como si caminara con la cara limpia para que las cámaras lo tomen.

—Es Scott Summers. Regresó.



40
SARAH MORGAN

—¿Puedes bajar los pies, por favor, Summer? —Me aferro al volante mientras conduzco por una calle secundaria, camino a la ciudad. Es un día de sol espléndido, sin una nube a la vista, que posiblemente disfrutaría si no fuera por mi malhumorada acompañante. Sigue haciendo como si yo no existiera. Pero hoy su actitud es mucho más despiadada: portazos, pisotones al caminar, bufidos y resuellos, negativa a desayunar y cualquier otra cosa que pueda molestarme o enojarme.

Summer protesta. ¿Ven? Como dije, bufidos y resuellos esporádicos. Quita los pies del tablero, de mala gana, y los apoya en el suelo.

—Gracias —le digo, mirándola de reojo y con una sonrisa forzada. El cabello rubio le cae sobre la cara como una cortina, por lo que no logro verle la expresión, pero estoy segura de que es hosca, y que está dedicada a mí.

—¿Por qué me armaste el bolso? —Su tono de voz es áspero, casi acusatorio, pero al menos me habla. Cruza los brazos sobre el pecho y se hunde aún más en el asiento del acompañante.

—Porque te vas a quedar unos días en lo de la tía Anne.

—¿Por qué? —gruñe.

—¿No dijiste que también querías divorciarte de mí?

Summer resopla, y el aire despeja un mechón de cabello de su cara.

—Anne te irá a buscar a la escuela y te llevará a su casa. Te hará bien tener un espacio y un tiempo para procesar los cambios.

Es una verdad a medias. Sí, me gustaría que se tranquilizase y creo que le servirá hablar con alguien que creció con padres divorciados. A diferencia de mí, Anne puede ser un espejo para Summer en ese aspecto. Pero, por otro lado, no tengo idea de lo que trama Bob y sé que, en cuanto se entere de la orden de restricción, va a echar fuego por la boca. No quiero que Summer esté cerca cuando esto suceda, si es que sucede. Anoche soñé que Bob se llevaba a Summer y que nunca más la volvía a ver. Sé que fue un sueño, pero no descarto que él haga algo así. Quiere herirme, y esa es la manera de hacerlo. Así que, al menos, me alivia un poco que mi hija se quede en lo de Anne.

—¿Por qué papá y tú no pueden seguir juntos? —Hace un mohín.

—Ya hablamos de esto, Summer, y, por más que preguntes una y otra vez, la respuesta no va a cambiar. Piensa en el lado positivo. Tendrás dos cenas de Navidad, dos cumpleaños, dos vacaciones y dos dormitorios. —Bajo la velocidad para detenerme en una luz roja y vuelvo a sonreírle.

Tiene el cuello girado hacia la ventanilla del acompañante, y puedo ver el reflejo de su rostro enfurruñado en el vidrio.

—No quiero nada de eso. Quiero que tú y papá estén juntos.

—Bueno, pero yo no quiero estar con tu papá —replico casi en un grito, mientras presiono el acelerador con la punta del zapato para cruzar la bocacalle.

Summer voltea y me mira fijo.

—¿Por qué?

—Porque no confío en él. Traicionó la confianza que había entre nosotros. —Doblo en la calle de su escuela; falta poco para llegar.

—¿Y no puedes… volver a confiar en él? —El tono cambia de ríspido y desdeñoso a comprensivo, o al menos eso intenta.

—Ojalá pudiera. Pero el daño ya está hecho, y hay cosas que no se pueden arreglar.

—¿Qué hizo papá?

Estaciono al llegar a la escuela y pongo el freno de mano. Otros niños saltan de los autos de sus padres, y sonríen y saludan con la mano antes de correr a encontrarse con sus compañeros.

Hago una inhalación corta y profunda y giro parcialmente en el asiento para quedar frente a frente con mi hija. Tiene un brillo en los ojos verdes, como si estuviera asustada o molesta por lo que voy a decir.

—Ese es un asunto entre tu papá y yo, Summer. Él quebró mi confianza, pero conserva la tuya. Y, aunque no haya sido el mejor esposo para mí, sí es el mejor padre para ti. Los dos te amamos más que a nada en el mundo, y eso no cambiará, estemos juntos o no. —Extiendo el brazo para tomarle la mano con el temor de que me rechace, pero no lo hace. Es más, me da un apretón suave, y yo

hago lo mismo—. No me gusta que estés triste, hijita, y sé que nada de esto es fácil. Pero algún día vas a entender que todo lo que hago es porque quiero lo mejor para ti.

Una lágrima rueda por su mejilla, y la seco enseguida. Abre los brazos y se recuesta sobre mí. Abrazo fuerte su cuerpecito y le paso la mano por el cabello sedoso.

—Eres lo único que me importa en el mundo —murmuro. Una lágrima me cae del rabillo del ojo y aterriza en su cabeza. Summer me abraza más fuerte.

—Me da pena que papá te haya lastimado. —Sus palabras se escuchan amortiguadas.

Me cruzo con mi reflejo en el espejo retrovisor. A veces, no reconozco a la mujer que me mira desde ahí. Pero hoy, sí.

—A mí también me da pena.

Summer me dice que me quiere, y yo le digo que la quiero más. Aflojamos el abrazo y le seco los ojos húmedos. Quiere devolverme el favor, pero le digo que no importa. No siempre es bueno ocultar las lágrimas.

Suena el timbre de la escuela.

—Ve —le indico.

Summer asiente con la cabeza, sale del auto y cierra la puerta antes de partir rauda por la acera. Se da vuelta y me saluda con la mano; yo también la saludo, sonriente. Los chicos son resistentes. Se enfrentan a cambios todos los días —los cuerpos que crecen, las mentes que se desarrollan—, así que están preparados para adaptarse. Va a estar bien, como lo estuve yo.

Suena el teléfono en el dispositivo del auto, y me sobresalto. El nombre «Bob Miller» refulge en la pantalla del tablero. Quito el freno

de mano, me alejo de la escuela y admito la llamada.

Antes de siquiera tener la oportunidad de decir «hola», su voz ruge por los parlantes.

—Bruja desgraciada.

—Buen día, Bob.

—¿Pediste una orden de restricción en mi contra? ¿Te volviste loca, carajo?

Me detengo un instante en la señal de alto de una bocacalle.

—No, pero pienso que tú quizás sí. Por eso la pedí.

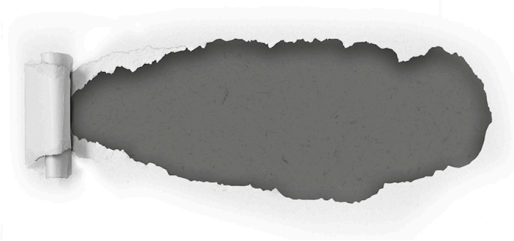
Lanza una risita. Es forzada, como de desquiciado.

—Te metiste con la persona equivocada, Sarah.

—No, Bob, eres exactamente con quien quiero meterme. Como dice el refrán, si me buscas, me vas a encontrar.

Se queda callado un momento.

—Espero que estés preparada para lo que se viene. —Su tono es siniestro, y la llamada se corta de inmediato.



41
SHERIFF HUDSON

Olson atraviesa la puerta abierta de mi oficina con un paquete en las manos. Lo apoya en el escritorio y toma asiento, con la mirada fija en mí y sin decir una palabra.

Observo la caja envuelta en papel afiche, atada con una sola vuelta de hilo grueso y un lazo en la parte superior.

—¿Qué es? ¿Me compraste un regalo? ¿Un corte de carne *wagyu*?

—Siento desilusionarte, pero no. La dejaron en el buzón de la comisaría. Me la entregaron cuando llegué. —Exhala un suspiro y agrega—: ¿Se supo algo más de Scott Summers?

—La Oficina de Investigación de Delitos se está haciendo cargo —respondo, estudiando la caja desde todos los ángulos y preguntándome cuál podría ser el contenido. La comisaría cuenta con un buzón para entregas anónimas; allí dejan drogas o prescripciones ilícitas que las personas encuentran y quieren denunciar, pero nunca con esta clase de envoltorio.

—Bien. ¿Hay algo más que podamos hacer nosotros?

—La verdad es que por ahora no. Publicaron una alerta por la desaparición de Scott Summers y circularon su foto por las comisarías de los estados más cercanos. Sigo en contacto con ellos, por si podemos ayudar en algo, pero no nos cabe una tarea más.

No hay ninguna dirección en el paquete, solo las palabras «Para Hudson», garabateadas con rotulador negro sobre la parte de arriba.

—¿Es seguro abrir este paquete? —Arqueo la ceja. Mi mente de policía se acelera ante las posibilidades de todas las cosas horrendas que podría haber ahí. Ántrax, una bomba casera o algo peor.

—Les pedí a los chicos que lo escanearan con rayos X. Sé lo que es, pero no sé *qué* es.

—¿Eh? —Una expresión de desconcierto se apodera de mi cara—. ¿Sabes lo que es, pero no sabes qué es?

—Conozco el objeto, pero no entiendo por qué está ahí, qué tiene de especial o por qué te lo enviaron.

—Bueno, ahora sí que estoy intrigado, Olson. ¿Me harías el honor? —Deslizo la caja hacia ella, deshecho en sonrisas.

—No. —La vuelve a empujar hacia mí—. Si te lo traje, es por algún motivo.

Asiento con un gesto, me coloco un par de guantes y jalo del hilo grueso. El lazo se desarma sin problema. Tomo la navaja de mi cinturón de trabajo, la despliego y la hundo con cuidado para abrir el paquete. Adentro hay una bolsa de tela con una nota adosada. Desdoblo el papel y leo en voz alta.

—«Esto pertenece a Sarah Morgan. Analicen la sangre y descubrirán cuándo fue la última vez que se usó».

Olson y yo intercambiamos una mirada de sorpresa cuando meto la mano en la bolsa y extraigo lentamente el objeto que se

encuentra adentro. Es un cuchillo con una hoja de quince centímetros, cubierta con lo que parece sangre seca.

—¿Qué cuernos está pasando? —Olson se pone de pie, para mirar más de cerca.

Vuelvo a guardar el cuchillo en la bolsa, y la bolsa, en la caja, y la empujo hacia ella.

—Lleva este cuchillo al laboratorio ahora mismo.

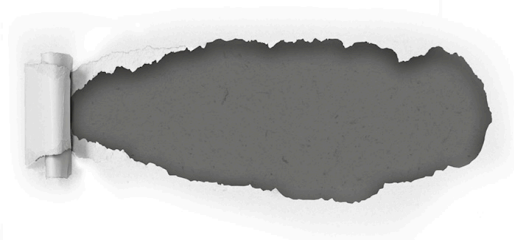
Asiente, recoge la caja y camina hacia la puerta.

Haga lo que haga, da la sensación de que el pasado continúa acechándome y me arrincona en un sitio del que no puedo escapar.

Antes de salir de la oficina, Olson se detiene y gira la cabeza para mirarme.

—¿Qué crees que sea esto?

—Podría no ser nada, pero podría serlo todo.



42
BOB MILLER

Tres golpes suaves llaman a la puerta de madera de la habitación del hotel. Presiono el botón que silencia la televisión en el control remoto, balanceo las piernas para salir de la cama y apoyo los pies en el suelo. Alineo un ojo con la mirilla y espío para ver quién es antes de girar la llave y abrir la puerta. El hombre que estaba esperando está allí, los hombros erguidos y las manos enlazadas al frente.

—Entra —digo, y doy un pasado al costado para dejarlo pasar.

Recorre la habitación con la mirada; no sé si para evaluar las comodidades del hotel o para verificar que de veras estamos solos.

Cierro la puerta y doy dos vueltas a la llave antes de chequear la hora. Llegó exactamente en punto, ni un segundo tarde; un verdadero profesional.

—Gracias por acercarte hasta aquí, Alejandro.

Se sienta en el sillón que está en una esquina y cruza el tobillo sobre la rodilla.

—Buen alojamiento.

No logro discernir si está siendo sarcástico o no, porque, en realidad, estoy acostumbrado a una vida de mayor confort que la de él.

—Es solo para pasar la noche.

— Pero ¿por qué un hotel? ¿No es que tienes varias casas?

—Es que necesito una coartada para lo que tú —digo, y lo señalo con el dedo— vas a hacer.

El estupor cubre su cara; estira el cuello hacia mí y hace una mueca con los labios.

—¿Qué es lo que supones que voy a hacer?

Tomo el control remoto y subo el volumen antes de sentarme en el borde de la cama, a pocos centímetros de Alejandro.

—Tienes que hacerla desaparecer —susurro con voz prácticamente inaudible por el griterío del comercial en la televisión. Los recaudos nunca están de más; además, sé que estoy en el radar de Hudson.

Los ojos de Alejandro van y vienen, examinando cada centímetro cuadrado de mi rostro, en busca de algún indicio de que esto es una broma.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio.

—Pensé que solo me habías pedido que la vigilara.

—Así es. Pero la situación cambió, y necesito de tus otros… servicios.

Alejandro sacude la cabeza despacio mientras se pone de pie y se dirige hacia la puerta. Pienso que se va a ir, pero se detiene frente a un espejo de cuerpo entero y contempla al hombre que ve ahí.

Después de unos segundos, se da vuelta y me mira. Yo me pongo de pie y le sostengo la mirada.

—¿Seguro quieres eso? —Su expresión es impasible; no sé qué está pensando. Oculta bien sus emociones, o carece de ellas.

—No se trata de lo que yo quiero. Es lo que hay que hacer.

—¿Y estás seguro?

—Sí. No tienes idea de lo que Sarah es capaz, así que tiene que ser rápido —aclaro.

—¿Qué tan rápido?

—Esta noche.

—¿Lo pensaste bien? —insiste, retrayendo la mirada.

—Sí, lo pensé. Pero ¿por qué tantas preguntas, carajo? Quizás no seas el tipo indicado para la tarea —me mofo—. Estuviste mucho tiempo cerca de ella, y sé que puede ser convincente. Ya te atrapó, ¿no? —Cruzo los brazos sobre el pecho y exhalo a través de la nariz con fuerza.

—Me estás pidiendo que mate a alguien, así que sí, tengo varias preguntas, Bob. Que tú no estés seguro y yo lo lleve a cabo es un problema. Porque si, de repente, la conciencia empieza a remorderte, mi vida puede estar en el patíbulo. —Alejandro eleva el mentón, desafiante—. Y no quiero que mi vida esté ni siquiera cerca del patíbulo. Así que contestas mis preguntas o lo haces tú, carajo, y los dos sabemos que no eres capaz.

Nunca eleva el tono al hablar, pero igual me infunde temor. Recuerdo quién es y qué hizo. No es de los que se dejan presionar. Extiendo las manos hacia él, con las palmas en alto, para dar a entender que no quise faltarle el respeto.

—Está bien. ¿Qué más preguntas quieres hacerme?

Alejandro abre la boca pero la cierra, con la mandíbula tensa y los ojos clavados en mí como si estuviera acumulando furia en su interior. A estos tipos no les gusta que les falten el respeto, aunque la vida que llevan no lo merezca. Quizás tiene ganas de decirme que me vaya a la mierda, de gritarme que me las arregle solo, o quizás quiera pegarme una trompada en el medio de la cara como retribución por haberlo cuestionado. Pero no hace nada de eso.

—Dame la mitad por adelantado —dice en cambio.

—De ninguna manera —reacciono, categórico—. No después de lo que pasó la última vez. Te pago todo cuando el trabajo esté terminado.

Sus ojos se convierten en hendiduras, y la boca se mueve de lado a lado. Sé que está pensando en lo que ocurrió hace más de diez años, en cuál fue el resultado comparado con el que debía ser… Y todo porque llegó tarde.

—Jamás te pedí que me devolvieras ese dinero —le recuerdo—, aunque no cumpliste con tu parte del trato.

Su rostro se relaja, y se limita a asentir con la cabeza.

—¿Cómo quieres que lo haga?

—No me importa. Tú eres el experto. Cuando llevo el auto al mecánico, no le digo cómo arreglarlo. Piensa y hazlo rápido, nada más.

Alejandro desliza las manos en los bolsillos delanteros y entrecierra los ojos.

—Si mal no recuerdo, dijiste que tenías otros recursos para lograr lo que querías sin llegar tan lejos.

—Los tengo, pero que Sarah esté viva no es un requisito para hacer uso de ellos. Es más, funcionarían mejor si estuviera muerta.

Así no podría boicotearme.

—¿Le tienes miedo? —pregunta entre risas.

—Sería un tonto si dijera que no. —Reduzco el espacio entre nosotros cuando me acerco a él con el mentón en alto. Me detengo al quedar cara a cara; le apoyo una mano en el hombro y lo presiono apenas—. No la subestimes, Alejandro. Porque te aseguro que si lo haces… —Agudizo la mirada—. Sería tu despedida de esta vida.

El gesto burlón se esfuma de su rostro, y se aclara la garganta.

Le quito la mano del hombro y doy un paso hacia atrás, lo que vuelve a generar distancia entre nosotros.

—Mándame un mensaje para confirmar que terminaste.

—¿Y cuándo tendré el dinero?

—Ni bien reciba la confirmación. —Meto la mano en el bolsillo, extraigo una tira de papel doblado y se la extiendo—. El dinero se te girará a esta cuenta.

—¿Eso no deja rastros? —Toma el papel.

—Ninguno que se pueda rastrear en una sola vida. Es muy complicado, pero el dinero estará ahí, esperándote...

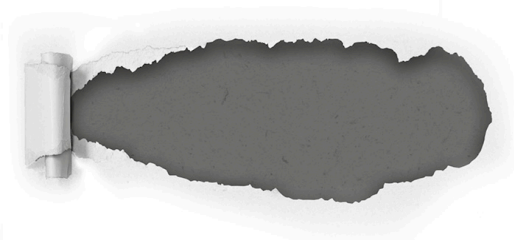
—Mi tarifa es mucho más alta que hace catorce años. —Guarda la tira de papel en el bolsillo delantero de los jeans—. La inflación y esas cosas —agrega.

—¿Cuánto más?

—El doble.

—Perfecto, porque dudaría de tu capacidad si los valores no hubieran aumentado. Lo último que quiero es un sicario de segunda. Eso sí, nada de errores esta vez.

Alejandro asiente y sale de la habitación sin decir palabra. No queda mucho más por hacer ahora, salvo esperar que, por única vez, Sarah esté un paso detrás de mí.



43
STACY HOWARD

No me despierto sola; tampoco son los chillidos de los insectos ni el temblequeo de los cimientos los que me vuelven a la conciencia. Es un grito que hiela la sangre, de esos que se lanzan únicamente si tu vida está en peligro.

Me incorporo, con el corazón latiendo a toda velocidad, y ese ritmo acelerado resuena en mis oídos. Transpiro a pesar del aire frío y húmedo. Otro grito perfora la oscuridad, seguido de ruidos fuertes, portazos, objetos que se precipitan, pisotones contra el piso que está sobre mi cabeza. Un vidrio se hace añicos. Otro estruendo. Más gritos. Trancos pesados o quizás patadas en el suelo.

—Carissa —murmuro en las sombras—. Despierta. Hay alguien.

No responde. No se mueve.

Jalo tan fuerte de la cadena que la piel de las palmas se rasga. Hago una mueca de dolor, pero sigo tirando. No puedo bajar los brazos.

Una mujer da un alarido. Arriba, algo golpea contra una pared. Se estrella, y, al caer, los fragmentos repiquetean contra la superficie.

Debe de haber traído a otra persona… o quizás alguien nos encontró.

—¡Carissa! —exclamo, intentando despertarla. No responde.

Sin más opciones, me desgañito:

—¡Estamos aquí abajo! ¡Ayúdenos, por favor!

La mujer vuelve a gritar. El sonido transmite un terror absoluto, y al instante entiendo que no está en posición de socorrernos, no por ahora, al menos.

La conmoción continúa. Patadas y aullidos y forcejeos, una pelea que no cesa.

—¡Stacy! —se desespera la voz de arriba—. ¡Ayúdame!

Mi mandíbula se desploma y las lágrimas me brotan de los ojos cuando me doy cuenta de que la mujer que pide por mí, que implora mi ayuda… es Carissa.

—¡Carissa! —chillo, con la esperanza de que susurre mi nombre desde algún lugar en la oscuridad. Pero ya no está conmigo aquí abajo. Está arriba con él.

¿Cuándo bajó para llevársela? ¿Cómo no me desperté? ¿O es que ella logró librarse e intentó escapar? Me pongo de pie tambaleante, prácticamente incapaz de mantenerme erguida mientras arremeto hacia donde creo que están las escaleras. La extensión de la cadena no me permite llegar muy lejos.

—¡Ayúdame! —vuelve a gritar. Hay un martilleo contra el cielorraso, como si estuviera corriendo… o quizás se está resistiendo y defendiendo con furia, lo que quiere decir que él la tiene en su poder.

—¡Carissa! —vocifero, sacudiendo la cadena con la ilusión de que un eslabón se rompa y me deje libre para correr hacia ella—. ¡Estoy yendo! —miento—. ¡No te rindas! —grito.

No sé qué decir; lo único que puedo hacer es darle fuerza para seguir viviendo. Grito, aúllo y bramo cosas que no estoy segura de que pueda oír o comprender. Los golpes contra el cielorraso todavía se oyen, pero van disminuyendo, como si él la sujetara contra el suelo o como si ella ya no quisiera pelear.

—¡Por favor! —El chillido llega ahogado y jadeante.

—¡Resiste, Carissa! —exclamo y tironeo de la cadena otra vez, pero lo único que consigo es arrancarme más piel. Grito frustrada y en agonía.

¿Cómo no oí cuando bajó y se la llevó? No lo entiendo. ¿Y por qué ella y no yo? Mi pie choca contra algo en el suelo, lo que hace que pierda el equilibrio y me caiga y me golpee la rodilla contra el suelo. Lanzo un alarido y me tomo por un momento la rodilla dolorida antes de tantear para saber con qué me tropecé. Es el envoltorio del último sándwich que nos arrojaron. En realidad, eran dos: uno para mí y otro para Carissa. Comparamos los sabores —es decir, describimos lo que saboreábamos— y llegamos a la conclusión de que eran exactamente iguales, de jamón y queso. Me quedé dormida después de comer. Siempre me agarra sueño después de comer… Abro grandes los ojos. Nos está drogando. Tiene que ser eso. Por eso no oí cuando trajo a Carissa. Por eso no me desperté cuando se la llevó. Seguro que pone el sedante en la comida. Pienso en las otras veces que él me alimentó antes de que Carissa llegara. Siempre me quedé dormida después de comer. ¿Bajaría durante ese tiempo? De ser así, ¿para qué? ¿Qué me estuvo haciendo?

Vuelvo a gritar el nombre de Carissa para decirle que pelee, que sea fuerte, que viva y que no lo deje ganar. Arriba, merma el tumulto, pero se siguen oyendo ruidos. Aunque suenan lejanos. De repente, una luz brillante ilumina la oscuridad. Es demasiado intensa para mí. Me quema los ojos, y los cierro con fuerza a la vez que los protejo con las manos por instinto y aparto la cara de la fuente luminosa. Se oye un zumbido cerca. Es el sonido de bombillas eléctricas gastadas que hace mucho que no se encienden.

Creo que escucho jadear a Carissa, pero quizás lo estoy imaginando. Me llevo los dedos a los ojos y empujo para separar los párpados. Duele, pero debo mantenerlos abiertos, forzarlos a que se adapten a la luz que no veo desde hace días, una semana incluso.

Algo se desploma contra el cielorraso, justo encima de mí. Parece definitivo, como si fuera lo último que voy a escuchar. Silencio. Después de lo que resulta una eternidad, algo choca contra el cielorraso una vez, dos veces. Las tablas de madera del suelo crujen y chillan, y otra vez se produce el silencio.

Pestañeo más y más y más hasta que mis ojos logran mantenerse abiertos sin ayuda y vislumbro más que una luz resplandeciente. Empiezo a apreciar el entorno. Los trancos pesados de las botas avanzan lentamente sobre mi cabeza, seguidos por el sonido constante de algo que se arrastra. Las lágrimas asoman de mis ojos y se deslizan por las mejillas. Sé lo que es ese sonido. Es el cuerpo de Carissa, jalado de una habitación a otra. Una puerta cerca del fondo de la casa se abre con un chirrido. Otro golpe seco. Luego se cierra de un portazo, y vuelve a haber silencio, al menos en la parte de arriba.

Abajo, estoy en pánico, o quizás es la conmoción. No puedo respirar. Abro grande la boca, resoplo y jadeo, en un esfuerzo por recobrar el aliento. Siento como si me apretaran la garganta con una morsa. Grito, pero casi no logro producir sonido. Estoy bien, me digo. Es decir, no estoy bien, pero a la vez sí, porque sigo viva. Tuve suerte. Cierro los ojos, inhalo profundo a través de la nariz, mantengo el aire durante cuatro segundos y luego lo exhalo por la boca. Me concentro solo en la respiración, en nada más que en eso. Continúo hasta que la respiración se normaliza y puedo pensar con claridad. El pánico no me sacará de aquí, así que mejor mantener la calma.

Vuelvo a abrir los ojos y observo lo que me rodea. Las escaleras están donde creí que estaban. Los escalones son viejos y de madera, y en algunos sitios están podridos. Me agacho para tener un panorama de lo que hay arriba. Una puerta. Me pongo de pie y miro hacia donde pensé que dormía Carissa. Ya no está ahí, pero sé que estuvo. Porque hay un colchón delgado y viejo en el suelo, próximo a una viga de soporte con una cadena gruesa y de metal. El grillete de los tobillos está abierto, echado sobre el suelo de concreto. A un lado, una botella de agua vacía, el envoltorio de un sándwich y una mancha de sangre enorme y carmesí. Reacciono y me tapo la boca con las manos. ¿Qué le hizo?

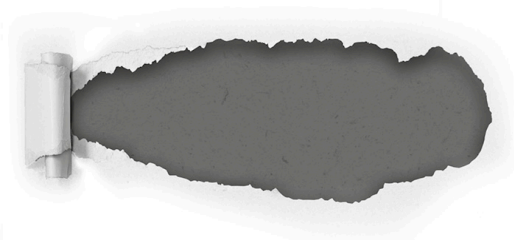
Aparto la vista antes de que el pánico se instale otra vez y me concentro para apreciar cada detalle. Me encuentro en un sótano amplio y ruinoso, que continúa más allá de las escaleras por no sé cuánto más. Hay cajas y muebles apilados, todo en mal estado y cubierto de moho. Giro apenas y ahí es cuando lo veo, sobre el concreto rajado, en todo su esplendor. Está a la derecha, detrás de

donde Carissa estaba encadenada, aunque no muy lejos. ¿Siempre estuvo ahí? De ser así, ¿cómo no me di cuenta? Tal vez se cayó durante el forcejeo con Carissa. Parece demasiado bueno para ser cierto. Me late el corazón, pero no quiero alimentar esperanzas. Podría no ser nada, o ser mi pasaje para salir de aquí. La cadena de metal rasguña el suelo cuando me trastabillo para acercarme. Son como uñas contra una pizarra, pero el sonido me gusta porque, cuando no lo oigo más, sé que llegué al límite.

Estiro el brazo, extiendo la mano todo lo que puedo, las yemas de los dedos que acarician el metal frío. No llego a asirlo, pero estoy cerca. Avanzo con mi pie libre uno o dos pasos y me zambullo hacia adelante. El grillete se hunde en la piel y me raspa el hueso del tobillo. Se me escapa un quejido cuando el metal perfora la piel, pero no me detengo, no importa cuánto duela, porque sé que lo que viene es mucho peor. Las yemas lo rascan, pero no alcanzan a sujetarlo. Me arrastro hacia mi colchón, lamentándome, y tomo la bolsa de dormir. Lanzo la bolsa, que cae sobre el objeto, y empiezo a jalar lentamente, con la intención de arrastrarlo hacia mí, pero no puedo. Lo intento otra vez y nada. Entonces levanto con la mano trozos del concreto roto, los meto dentro de la bolsa y cierro la cremallera. Arrojo la bolsa una y otra vez, y la traigo hacia mí, hasta que, por fin, el peso de las piedras atrapa el objeto. Se frota contra el suelo cuando lo jalo en mi dirección. Levanto la bolsa de dormir y veo que ahora sí está a mi alcance.

No puedo creer lo que veo. Pestañeo repetidamente solo para estar segura de que no lo estoy imaginando. Cada vez que abro los ojos, sigue allí. Con cuidado, lo levanto. Se siente frío al contacto con la piel y pesa más de lo que parece. La luz cae sobre el metal

plateado y provoca un destello. Cuando lo elevo a la altura de los ojos, el cilindro se eyecta. Suspiro con alivio cuando la luz no atraviesa dos de los seis huecos, las balas cobijadas en sus cómodas cápsulas de escape, a la espera de que las lancen. Dos es un regalo: solo necesito una.



44
SARAH MORGAN

Alejandro está sentado frente a mí en la mesa del comedor, en el sitio antes reservado para Bob, pero él lo ocupa mejor. Lleva una camisa blanca y jeans oscuros. Sé que es lo mejor que tiene, y aprecio el esfuerzo. Tampoco apareció con las manos vacías. El ramo de flores silvestres que está en el florero de la cocina lo trajo él. Son peculiares: racimos de pétalos azules diminutos con un centro amarillo, pero son bonitas. El vino de un carmesí intenso, vertido generosamente en dos copas Château Baccarat, también lo trajo él. Casi cancelo la cena, teniendo en cuenta todo lo que ha estado ocurriendo, pero llegué a la conclusión de que una distracción no me vendría mal. Además, pensé que me convenía no dejarlo plantado otra vez, y lo que me conviene es lo que prima para mí.

—Esto es increíble —dice al levantar el tenedor con el salmón dorado y el puré de papas para llevarlo a su boca. Esas papas tardan horas en cocinarse, si se quieren hacer como corresponde según la

tradición francesa, así que me siento satisfecha de que obtengan el halago que merecen.

—Me alegro de que te guste. —Tomo la copa entre los dedos y sorbo despacio, mientras lo espío por encima del borde.

A diferencia del desayuno del otro día, come la cena a un ritmo relajado. No sé si es adrede.

—¿Y tu hija?

Sonrío apenas y apoyo la copa de vino sobre la mesa.

—Está en la casa de una amiga.

Al mencionar que estamos solos, noto un brillo en sus ojos; es pasajero, pero aun así lo advierto. Eso no está en mis planes esta noche, pero, quizás en los de él, sí. Presiono el canto del tenedor contra el salmón dorado y quito una escama. El equilibrio de sabor es perfecto: pronunciado y aceitoso con notas cítricas y un toque dulce.

—Fue un alivio que abrieras la puerta hoy —agrega. La expresión es seria, y la mirada, penetrante. No es una charla informal, todavía no. Por ahora es todo muy profesional, pero lo que yo quiero es una charla informal. Quiero divertirme, en vez de tener una conversación tediosa y limitada por las expectativas.

—Me imagino. —Hundo el mentón, me muerdo el labio inferior y lo humedezco con la lengua. Su mirada desciende un par de centímetros hasta mi boca, al mismo tiempo que toma con los dedos el tallo de la copa sobredimensionada que tiene frente a él.

—¿Cómo va la búsqueda de empleo? —pregunto, alzando los ojos hacia él y pestañeando una vez más de lo necesario.

—Bien. —Hace un gesto con la cabeza para reafirmar la respuesta —. Es más, hoy conseguí un trabajo. —Levanta la copa, la lleva a la

boca y bebe, sin quitarme los ojos de encima ni por un momento.

—Fantástico. ¿Qué es?

Alejandro apoya la copa y alza el tenedor, después de que los dientes rozan contra el plato de porcelana.

—Manejo de residuos. Es algo temporario, pero pagan bien. —Baja la vista, como si le diera vergüenza.

—No tiene nada de malo. Es un buen trabajo. —Ensancho mi sonrisa lo suficiente para convencerlo; ojalá que concuerde conmigo.

Me mira con una mueca. No sé si eso quiere decir que coincide con lo que dije o si se está guardando algo.

Comemos en silencio durante algunos minutos, intercambiando miradas y sonrisas cordiales. No es necesario hablar para reconocer al menos uno de los pensamientos que cruzan por su cabeza. Adivino por la expresión de los ojos que quiere abalanzarse sobre mí. Y creo que lo dejaría.

—Casi no acepto el trabajo —confiesa, y empuja el último bocado dentro de su boca. Mastica lentamente, observándome.

—¿Y eso por qué?

Alejandro se limpia la boca con la servilleta de tela; luego la dobla y la coloca sobre el plato vacío, en señal de que terminó.

—No estaba seguro de que fuera el trabajo correcto para mí. —Acerca el borde de la copa a sus labios y echa la cabeza hacia atrás, lo que hace que el líquido rojo desaparezca. Los rezagos bailan sobre el cristal.

Me pongo de pie y tomo el decantador del centro de la mesa. Camino lentamente hacia él. Mi cadera le toca el brazo cuando me inclino por encima para rellenar la copa.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —quiero saber.

Alza la cabeza; su mirada sobrevuela mi busto, mi cuello, mis labios y finalmente se fija en mis ojos. Noto que la comisura de sus labios se curva.

—En cierto modo… tú.

Apoyo el decantador y me doy vuelta para recostarme contra la mesa y quedar parcialmente sentada. Mi pierna le presiona el brazo, pero él no lo mueve.

—¿Cómo es eso?

Alejandro se toma un instante para responder. Sus ojos buscan los míos como si quisiera encontrar algo. Quizás ya lo encontró, pero no está satisfecho con el hallazgo.

—Si yo no trabajo, el programa no funciona.

—Es cierto. —Ladeo la cabeza—. Pero si el trabajo no es el correcto, no lo es.

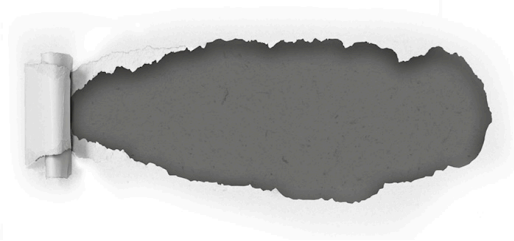
—Soy el único que puede hacerlo —responde, imitando mi movimiento.

—Estás muy seguro, Alejandro.

—¿Es una pregunta?

—Es lo que tú quieras que sea —respondo con una sonrisa socarrona.

Su mano enorme se alza y me acaricia la mejilla antes de hundirse en el cabello y atraerme hacia él. Nuestras bocas se unen de golpe, y casi me quita el aliento. Fluye y ocurre tan rápido, como si lo hubiera planeado desde que se sentó a la mesa. Me gustaría saber qué otras situaciones desarrolló en su mente.



45
SARAH MORGAN

Alejandro está dentro de mí, y yo, dentro de él, enredados en las sábanas de algodón egipcio color miel que Bob eligió. Recuerdo su mano estirándolas después de colocarlas en la cama. Su sonrisa era una mezcla de orgullo y pasión, complacido de poder obsequiarnos a ambos algo tan exquisito. Las describió como la perfección total. No sé si hoy las seguiría describiendo igual.

Alejandro me deja un rastro húmedo en el cuello al besar y lamer cada centímetro de mi piel. No dijimos una palabra desde que me alzó en la mesa de la cocina y me cargó hasta aquí. Cuando llegamos al dormitorio, los dos estábamos desvestidos como por arte de magia. Pero hacía mucho que él estaba desvestido para mí. Es simplemente que él no lo sabía. Yo tenía razón sobre sus tatuajes. Se continúan por todas partes; le cubren los pectorales firmes, los abdominales, los hombros y la totalidad de la espalda ancha y musculosa. Aprendí cosas sobre él a través de la tinta labrada en su piel. Es religioso… o al menos le gusta la iconografía. Un tatuaje que

declara que él no tiene miedo se contradice con otro, porque es a la muerte a lo que teme, y por eso las imágenes de calaveras y cruces prevalecen sobre la piel colorida.

Sus labios se encuentran con los míos y el beso se vuelve agresivo, así que se lo devuelvo. Mis dientes se clavan en su carne, y él gime, arremetiendo con más fuerza dentro de mí como si quisiera compartir el dolor que siente. Ahogo una exclamación y libero el labio. Me aprieta un pecho y choca los dedos contra mis pezones erectos. Es como si quisiera asegurarse de que cada parte de mí le presta atención. Mis manos se deslizan hacia su espalda, y mis uñas la recorren como un rastrillo. Tiene la piel húmeda; eso quiere decir que lo hice sangrar, pero él no reacciona. Quizás porque tuvo sensaciones peores en su vida. Arremete más rápido y más adentro. Le rodeo las caderas con las piernas y lo empujo más dentro de mí, para aprovecharlo en su totalidad. Alejandro sonríe y se inclina hacia mí, y separa con la lengua la unión de mis labios. La mía se apodera de la suya como con un alambre de púas, avanzando y retorciéndose en una doble hélice de pasión.

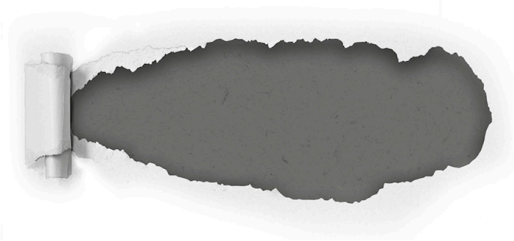
Su cuerpo se pone rígido y se tensa mientras gruñe y jadea. Imito su respiración para que él también lo pase bien. Cuando acaba, cada músculo de su cuerpo se relaja, y se desploma sobre mí, sin aliento. Su piel húmeda se adhiere a la mía; los pulmones se expanden y contraen, presionando hacia arriba o hacia abajo al mismo tiempo que los míos. El corazón se le acelera, y el pulso se siente a través de su cuerpo. Siento cada latido. ¿Late por este momento o por el próximo? Alejandro alza la cabeza y me mira fijo. El puntito negro en su iris está inmóvil. Está cansado, puede ser del sexo o de la vida misma, pero no transmite ninguna expresión. Luego veo algo. Es

instantáneo: una tristeza en los ojos antes de girar hacia el costado, desanudando nuestros cuerpos.

Está a mi lado, echado boca arriba, con la vista en el cielorraso. Ninguno dice una palabra; solamente nuestros jadeos lentos, decrecientes, ocupan el silencio. ¿Qué se puede decir? ¿Que estuvo genial? Ya lo sabemos. ¿Que nos sentimos bien? Eso también lo sabemos. Extiendo los brazos por encima de la cabeza mientras Alejandro empieza a despegarse del colchón. Entonces lo siento, algo frío y duro presionado a la altura de mi abdomen.

Mi mirada se desplaza hacia él. La tristeza en sus ojos regresó, pero combinada con algo más… Vergüenza… o quizás determinación. Como cuando haces lo que no es debido por una razón que, en tu opinión, es valedera.

—Lo siento, Sarah —dice, retrayendo el martillo del arma.



46
BOB MILLER

Mi teléfono vibra. Silencio la televisión y me incorporo en la cama del hotel, con la vista clavada en el celular. El ritmo cardíaco se acelera de inmediato, a una velocidad que no había anticipado. Una luz parpadea a un costado para indicar que tengo un mensaje. Sé qué texto se supone que es, qué se supone que dice. En este momento, vivo en un limbo porque aún no sé si el gato dentro de la caja sigue respirando, pero una vez que levante la tapa del teléfono…

Las preguntas de Alejandro van y vienen por mi cabeza: «¿En serio es lo que quieres?», «¿Estás seguro?». El problema con Sarah es que no hay manera de detenerla, de persuadirla para que cambie de opinión. Una vez que te tiene en la mira, ya estás muerto, excepto que tomes medidas drásticas. No tuve opción porque nunca me la dio. La única era la de dar el golpe primero.

Abro la tapa y leo el mensaje en la pantalla.

ALEJANDRO PÉREZ
Ya está.

Presiono los dedos sobre las teclas, usando texto predictivo.

Bob Miller
Manda prueba.

Y luego espero. Los segundos parecen horas, y tengo miedo de desmayarme por la ansiedad acumulada con demasiada antelación. Finalmente, una imagen comienza a cargarse en la pantalla, hileras tras hileras de pixeles que revelan los detalles escabrosos del hecho que yo promoví. Primero, las almohadas en nuestra cama, luego el cabello, extendido y ondulado hasta llegar a la cabeza. Y luego aparece ella. Sarah. Su rostro inerte hacia un costado, manchado de sangre, todavía brillante y fresca.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos, en una cantidad que los párpados no pueden contener. Me alivia que esté muerta porque el horror al que me iba a someter habría sido más insoportable de lo que estoy sintiendo ahora. Lo que hice no cambia que la amara. No puedo dejar de observar la imagen de mi esposa y la madre de mi hija, muerta, y estoy eufórico y destrozado a la vez. Es como con un perro viejo que se vuelve senil y comienza a morder a cualquiera, confundido. Sacrificarlo es lo correcto, pero, aun así, te desgarra el corazón. Había que sacrificar a Sarah.

Tomo un pañuelo de papel de la caja sobre la mesa de noche y me seco las lágrimas. El teléfono vuelve a vibrar. Otro mensaje. Hago clic, y se carga otra imagen. Esta vez no es solo la cara, es todo su cuerpo, desnudo sobre nuestra cama. Los miembros están contorsionados y separados. Un charco de sangre inmenso se acumuló por debajo de las caderas y todo alrededor. Frunzo el ceño.

¿Por qué está desnuda? Luego me doy cuenta, y la ira empieza a apoderarse de mí. Abandono el mensaje y llamo al único número que tengo agendado.

Suena una sola vez antes de que Alejandro responda.

—¿Qué pasa?

—¿Tuviste relaciones con mi esposa antes de asesinarla? —comienzo con un alarido, pero enseguida cambio a un susurro sonoro y agresivo; tengo vecinos a ambos lados de la habitación. Activo otra vez el volumen de la televisión para mitigar mi tono de voz.

—Si mal no recuerdo, tus palabras exactas fueron: «Cuando llevo el auto al mecánico, no le digo cómo arreglarlo». Así que no te irrites.

—Me irrito. Es mi esposa, y eso no era parte del trato.

—Lo único que querías era que estuviera muerta. Y lo está. Además, ya no es tu esposa. Ya no es… nada. —La voz llega a través del teléfono, fría y divertida.

Suspiro con fuerza y me froto la sien.

—¿Y Summer? ¿Dónde está? —Me preocupa la posible respuesta.

—Está en lo de la tal Anne. Esa que trabaja en la fundación.

—Sé quién es Anne. —No es el sitio ideal, ya que Anne se rehusará a entregarme a Summer sin consultar con Sarah primero, pero no hay nada que pueda hacer sobre eso en este momento.

—¿Y ahora qué? —presiona Alejandro.

—Limpia la escena y vete de la ciudad. Aléjate lo más que puedas. Ve a California. No me importa. Pero desaparece.

—¿Y el dinero?

—Lo transfiero mañana a primera hora.

—No, lo quiero esta noche, y eso no se negocia. A menos que, por supuesto, quieras agregar otro nombre a la lista.

—Ese no era el trato, y sabes que no te voy a fallar. Te lo transfiero mañana por la mañana. No hace falta amenazarme para asegurarte de que lo vas a recibir.

Se queda un momento en silencio, como si lo estuviera pensando.

—Está bien. —Alejandro acepta, por ahora. Sé de lo que es capaz, así que no tengo la intención de no pagarle.

—¿Sarah dijo algo de Stacy Howard antes de que…? —Dejo la pregunta inconclusa. No necesito decir lo que los dos sabemos.

—No.

—Mierda. —Todo queda en punto muerto… literalmente. Tengo que hallar algo que pueda quitarme esa espina de Stacy que llevo adosada; y tal vez también la de Carissa—. Sé que planeaba algo.

—De ser cierto, ya no lo planea más —agrega desaprensivo.

Alejandro no entiende. Hasta un plan a medio cocinar que Sarah no estará presente para terminar podría estallarme en la cara. Lo único que cambia es que ya no podrá meterse más conmigo.

—Todavía tengo que encontrar a Stacy. No puedo permitir que eso siga ahí, acechándome.

—Bueno, tú me pediste que instalara el rastreador en el auto de Sarah. Saca provecho de eso.

—Ya lo intenté. No sirve de nada. Todo lo que hace es ir a la fundación, la verdulería y la escuela de Summer. Es rutinario y aburrido, nada fuera de lo común.

—Parece como si no hubiera nada, entonces.

Es posible que tenga razón. Sarah era increíble para la planificación de contingencias, pero quizás nunca previó esto. Quizás

sus planes vayan perdiendo fuerza y se desvanezcan, pero no puedo confiar en que sea así.

—Nada más sal de ahí, pero antes quita el rastreador del auto. Y no vuelvas a llamarme a este número. No va a funcionar más, de todos modos.

—¿Y si hay un problema con el dinero? —pregunta, con un dejo de ansiedad y enojo en su voz.

—No habrá ningún problema. Después de que te transfiera lo tuyo y todo se calme, te voy a llamar desde otro número.

Presiono el ícono del teléfono rojo para finalizar la llamada. No tiene sentido seguir dando vueltas. Debe irse de la ciudad, y debe hacerlo rápido. Abro la foto de Sarah y la contemplo una última vez, sabiendo que, cuando borre el mensaje, ya no la volveré a ver, no de verdad.

Después de engañar unos minutos a mi mente para pasar por alto la sangre y el rostro sin vida, borro el registro de llamadas, el número de Alejandro y todos los mensajes entre nosotros, y luego parto el teléfono a la mitad. Envuelvo las dos partes en una toalla y las pisoteo hasta triturarlas en pedacitos, gran parte de los cuales vacío por el inodoro.

En el lavabo, me echo agua sobre la cara y me cruzo con mi reflejo en el espejo. Miro fijo al hombre que me observa. Las lágrimas bañan mi rostro, y empiezo a carcajear.

—Lo hice. Por fin lo hice.

Alguien superó a la gran Sarah Morgan. Ella pensó que la rueda podía seguir girando y que ella podía seguir zafando. Que podía seguir jugando con las personas como si no fueran nada, simples marionetas sujetas a hilos de mentiras y engaños y corrupción,

enmarañados en una red de mierda, y Sarah sonriendo del otro lado. Ya no más.

Miro el reloj, y la realidad de algo tan concreto como el tiempo me regresa de inmediato al plan. Por eficientes que sean los forenses hoy en día, todavía existe una ventana en la que establecer la hora de la muerte, y esa ventana está transcurriendo exactamente ahora. Así que necesito que me vea la mayor cantidad posible de personas, en algún lugar público. Me visto con ropa más formal y llamativa antes de bajar al bar del hotel.

—Buenas noches —saluda el barman cuando tomo asiento en la barra—. ¿Qué le gustaría pedir?

Parece joven, de un poco más de treinta años quizás, con un rodete masculino y un delantal de cuero negro, estilo carnicero, y tiras color canela.

—¿Qué recomiendas?

Sé muy bien lo que quiero pedir, pero necesito establecer una conversación para que me recuerde y, en caso de que lo interroguen, diga a la policía que estaba tranquilo, tenía ganas de hablar y fui gentil.

—Depende. ¿Qué bebida de base tiene en mente? ¿Gin? ¿Whisky nacional? ¿Whisky escocés? ¿Vodka?

—Whisky nacional.

—¿Prefiere algo dulce? ¿Fuerte? ¿O ahumado? ¿Una mezcla, quizás?

—Elige tú, pero que no sea demasiado dulce.

—Ya se lo traigo —responde con una sonrisita pícara. Tamborilea con las manos sobre la barra y se aleja para preparar su brebaje.

Me doy vuelta y contemplo el bar del hotel: hay una araña, luz tenue, mobiliario color roble y una paleta de tonalidades en verde oscuro y borgoña. La intención es darle al lugar la sensación de elegancia y refinamiento, pero el ojo atento advierte que la araña es de plástico, no de cristal, y que el roble proviene de un laminado sobre madera aglomerada. En la vida, muchas veces pueden engañarte para que creas que algo es mejor de lo que en realidad es, si no te tomas el tiempo para observarlas.

No es de sorprender que el bar esté prácticamente vacío. Es un día de semana en una ciudad que no se caracteriza por atraer turistas u hombres de negocios. No obstante, con el barman, los pocos comensales en el restaurante y el personal de la recepción que me vio entrar —sin mencionar la cámara de seguridad en el vestíbulo de la entrada—, mi coartada no tendrá fisuras. Estoy seguro de que hay una cámara de seguridad por aquí también.

Tomo mi teléfono particular y me quedo mirando la pantalla negra, incapaz de encenderlo. Con un suspiro profundo, lo apoyo sobre la barra. Sé que debo borrar ciertas cosas de este teléfono también, como la aplicación que estaba usando para rastrear el auto de Sarah, pero no logro dejar de pensar en la foto de ella. Hice lo correcto… para mí. Pero eso no quiere decir que sea fácil. Ojalá mi amor por Sarah hubiese muerto con ella.

—Aquí tiene —anuncia el barman, y acomoda frente a mí una tabla de madera con un trago y una campana de cristal que lo cubre. El humo en su interior se contorsiona y oculta el trago. El barman espera para que le dedique mi atención total. Quiere completar el espectáculo, y le concedo esa gracia. Con un gesto

grandilocuente, levanta la campana y me invita a introducirme en el humo. Es un aroma intenso, a manzano y nogal.

—Lo llamo «Tropel de toros en la niebla» —sonríe.

Alzo el vaso para cóctel, lo acerco a mi boca y bebo un sorbo. Los sabores explotan, y mis papilas gustativas se trasladan a una montaña rusa dulce y ahumada.

—¿Qué le parece? —pregunta, echándose un paño sobre el hombro.

—Es increíble.

—Que lo disfrute, y llámeme si necesita algo más.

Sonrío y al fin logro concentrarme otra vez, cuando el alcohol recubre el interior de mi estómago y me despabila de mi ensoñación. Recojo el teléfono de la barra, lo desbloqueo y lo primero que hago es ir a la aplicación que usé para monitorear a Sarah. Es lo último que queda de mi esposa, de su vida; su rutina exhibida en una red de líneas azules que cubren la pantalla. Oficina, escuela, tienda, casa. Oficina, escuela, tienda, casa. Siempre igual. De hecho, visto así, resulta bastante patético.

Apoyo el pulgar en la parte inferior de la pantalla, dispuesto a desplazarla hacia arriba, cerrar la aplicación y luego borrarla; pero ahí es cuando el mapa desaparece y lo reemplaza una rueda que gira con la palabra «Cargando» debajo. Dejé de revisar la aplicación ayer, en algún momento, por lo que supongo que no se había actualizado. Cuando vuelve a cargar, no hay diferencias con lo que se veía antes, excepto por una línea. La toco con mi índice y pulgar y amplío la imagen para ver la ruta en mayor detalle. Se dirige al sur de nuestra casa del lago, pasa por Greenwich y el campo de golf,

hacia el medio de la nada. Hago clic en ese punto, y los detalles emergen: el viaje se hizo temprano por la tarde.

—De no creer —reacciono en voz alta, incapaz de disimular la sorpresa.

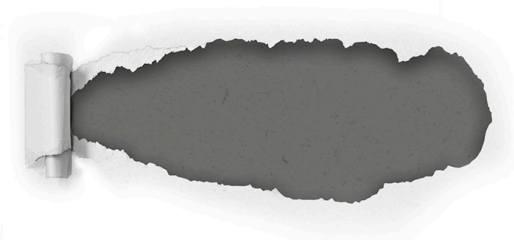
—Es un trago de otro mundo, ¿no? —El barman se dirige a mí, sonriente, mientras lustra una copa.

—Sí, incomparable —respondo, agradecido de que me haya ofrecido una excusa para mi exabrupto.

«¿A dónde ibas, Sarah?» Saco la cartera del bolsillo, listo para extenderle la tarjeta al barman e ir a investigar la ubicación en la que estuvo. Pero después me acuerdo de que no puedo irme todavía. La ventana del momento de la muerte. Me fijo la hora. Necesito esperar sesenta minutos, como mínimo.

—Es más; en cuanto termine este, voy a pedir otro —comento.

—A sus órdenes.



47
STACY HOWARD

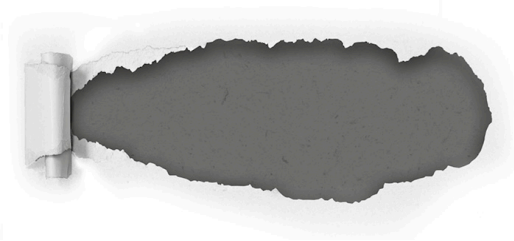
Me duelen las manos y los dedos de sostener el arma. Tengo los brazos extendidos, apuntando a las escaleras. Me tiemblan los músculos del cansancio. No sé cuánto hace que estoy sentada aquí con la espalda contra el poste al que estoy encadenada, las piernas abiertas y estiradas hacia adelante, sin quitar los ojos del revólver. Las gotas de sudor acumuladas en el nacimiento del cabello ahora se deslizan por la frente y por la nuca. Oigo pasos sobre mi cabeza, pesados, como siempre. Las lágrimas se derraman de inmediato como cascada. El corazón se acelera por la adrenalina, y el mundo comienza a detenerse.

La puerta en la cima de las escaleras se abre por completo con un crujido, y por fin veo el calzado que tantas veces escuché. Baja metódicamente, despacio, un pie a la vez. Aparece más de la silueta frente a mis ojos; las pantorrillas, las rodillas, la yema de los dedos que cuelgan a los lados, la cintura, el pecho, el cuello y, luego, el rostro del hombre.

—Stacy —dice con los ojos bien abiertos, como si se sorprendiera de hallarme aquí.

Lo reconozco enseguida. Levanta las manos y da un paso corto hacia mí.

Sus labios se separan como para hablar, pero no emite ningún sonido porque no le doy oportunidad. Aprieto el gatillo y grito en consonancia con los dos disparos ensordecedores. Cierro fuerte los ojos; oigo el clic del martillo del revólver una y otra vez, pero ya no quedan balas. Lo único que escucho es un silbido agudo y el sonido de mi llanto.



48
SHERIFF HUDSON

El nombre del teniente Nagel brilla en la pantalla de mi teléfono. Atiendo de inmediato, con la ilusión de que quizás me informe que alguna otra comisaría identificó a Scott.

—Nagel. Lo escucho.

—Seguimos a Bob hasta una granja abandonada al sur de Greenwich, cerca de la ruta 603. Estacionamos a cierta distancia para no quedar en evidencia, pero acabamos de oír disparos. ¿Qué quiere que hagamos?

Salto de la silla y tomo el cinturón de trabajo del estante.

—Quédense ahí. Esperen refuerzos. Voy en camino.

Cuelgo y corro hacia la oficina de Olson.

—Hubo disparos. Ven.

Sin decir una palabra, se pone de pie y me sigue a la carrera.

Uso la radio para llamar a todas las unidades disponibles.

En la patrulla, enciendo la sirena y aprieto el acelerador a fondo; exijo el motor al límite, y el velocímetro se clava en la zona roja.

—¿Qué pasa? —Olson alza la voz por encima del aullido de la sirena.

—Nagel y su equipo siguieron a Bob hasta una granja abandonada. Se oyeron disparos unos minutos después de que entró. Se quedaron esperando refuerzos por si nos enfrentamos a una situación con rehenes. —Asiente en señal de respuesta y quita su arma de la cartuchera, la examina y retrae la corredera para corroborar que la recámara está completa.

Llegamos al lugar en menos de doce minutos. El equipo SWAT nos ganó de mano, y ya se está alistando en la parte de atrás de la camioneta cuando Olson y yo salimos de nuestro vehículo. Su comandante se muestra enérgico; da indicaciones, agita los brazos y señala con determinación hacia diferentes puntos de entrada al edificio. Las luces portátiles están instaladas e iluminan el área que rodea la casa. La estructura ante nuestros ojos está podrida. Faltan listones de madera enteros, y los cimientos dan la impresión de que la casa está a punto de colapsar.

Nagel nos recibe al trote.

—Cuénteme la situación —le pido, estudiando la escena.

El teniente Nagel desgrana rápidamente los pocos detalles con los que cuenta.

—Sigue igual. Bob Miller entró y, unos minutos después, oímos dos disparos. Revisamos los registros de propiedad y no figura ningún dueño, así que no sabemos quiénes pueden estar adentro.

—¿Hay rehenes? —pregunta Olson.

—Los de SWAT no están seguros, y no hubo señales de que haya alguien en el interior, lo que, por lo general, no es el caso en…

Un alarido penetrante lacera el aire; viene de la casa abandonada. Todos quedamos estupefactos, mirando hacia el lugar desde donde surgió el grito. Una persona puede desangrarse por una herida de bala en minutos, los minutos que tardamos en llegar. Mierda.

—Voy a entrar. —Comienzo a correr hacia la casa.

—¡Espere! Deje que mi equipo despeje el área —grita el comandante del equipo SWAT cuando paso a su lado a la carrera. No voy a esperar. Juré proteger y servir a mi comunidad, y no voy a permitir que alguien sufra o muera mientras elaboramos el mejor plan de acción. Me comprometí a poner mi vida en riesgo cuando me hice policía.

—¡Puta madre! ¡Equipo, muévanse ahora! —exclama el comandante detrás de mí cuando fuerzo la puerta.

Mi Glock ingresa a la casa primero, los brazos hacia adelante. Una nube húmeda y mohosa sobrevuela el aire. Acciono un interruptor, pero nada se enciende; entonces, tomo mi linterna y lanzo un haz de luz para recorrer la habitación. Hay una mesa patas para arriba, y el suelo está cubierto de escombros, vidrios rotos y sillas volcadas. También se ven manchones oscuros y gotas de lo que supongo es sangre, en los muebles y en el suelo. Los insectos, al escabullirse, dejan sus huellas en el polvo acumulado.

—Policía. ¿Hay alguien ahí? —llamo.

—¡Ayúdenme! —chilla una mujer, pero el sonido viene de abajo.

Reviso la casa sin sosiego, tratando de no tropezar con ninguno de los objetos esparcidos en el suelo podrido. Las salpicaduras de sangre marcan líneas de punto sobre las paredes ajadas, como si hubieran arrojado algo o a alguien contra ellas. Paso una puerta corrediza y entro a una cocina en la parte posterior de la casa. Las

cucarachas huyen en todas direcciones cuando el resplandor de mi linterna se desplaza por encima de ellas. En el rincón más lejano de la habitación, a la derecha, el marco de una puerta encierra un destello amarillo y llama mi atención. Mis botas trituran vidrios rotos en mi camino hacia la puerta abierta. Unos escalones descienden a un sótano y, al final, diviso los pantalones y los zapatos de alguien tirado en el suelo. Se escucha un griterío en el extremo opuesto de la casa. Los oficiales entran al grito de «¡Despejado!» mientras revisan las habitaciones.

Siento que Olson grita mi nombre.

—¡Marcus!

Nunca me llama por mi nombre en el trabajo… Eso me dice que está asustada, pero no respondo porque tengo los ojos clavados en el cuerpo inmóvil contra el suelo del sótano.

—¡Policía del condado de Prince William! —anuncio.

—¡Por favor, ayúdeme! —pide una mujer a los gritos.

Comienzo a bajar, con el arma frente a mí, despacio. Los escalones crujen con la presión de mis botas, y advierto un rastro de sangre que lleva hacia abajo. Pam está detrás, pero en silencio. Me apoya la mano sobre el hombro y lo apretuja una sola vez para que yo sepa que ella me cubre la espalda. Me agacho un poco al bajar y observo lo que hay entre el cielorraso y el suelo. Lo primero que veo es a Bob Miller, boca abajo sobre el concreto, la cabeza volteada hacia un lado, los ojos aún abiertos, sin vida. No necesito tomarle el pulso para saber que no hay nada que hacer. Desciendo un escalón más y miro a la derecha; veo un colchón viejo y manchado, una cadena amarrada a una viga de soporte y un charco de sangre seca. Un escalón más, y veo por fin a la mujer ligeramente a la izquierda,

el tobillo encadenado a un poste y los brazos extendidos hacia adelante, con un revólver aferrado entre las manos.

—Baje el arma, señorita —ordeno con calma.

—¡Él la mató! ¡Y me iba a matar a mí también! —chilla.

—La escuché y le creo, pero ahora baje el arma. —Apoyo los pies con firmeza contra la superficie de concreto para que ambos podamos vernos de cuerpo entero. Alzo una mano mientras que la otra sostiene mi arma a un costado. No quiero que se sienta más asustada, pero si tengo que disparar para protegerme a mí y a Pam, lo voy a hacer. Tiene el cabello rojizo enmarañado y totalmente despeinado, y las lágrimas le recorren el rostro, que está cubierto de suciedad y polvo. La reconozco al instante. Imposible no hacerlo. Su foto estuvo colgada en la sala para informes toda la semana pasada.

Stacy Howard pestañea varias veces como si no creyera en lo que está viendo, como si intentara convencerse de que soy real y de que de veras está a salvo. Mira el revólver en sus manos, luego al cuerpo en el suelo y de vuelta al arma. El revólver se sacude y, con un movimiento rápido, finalmente lo arroja al suelo y lo empuja hacia mí.

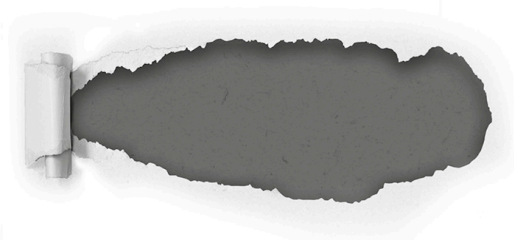
Guardo mi arma en la cartuchera y me agacho; apoyo dos dedos sobre el cuello de Bob. No hay pulso, como lo intuí. Giro para mirar a Olson y muevo la cabeza para indicarle que está muerto.

Me acerco a Stacy, aunque no demasiado rápido.

—Va a estar bien.

Se cubre el rostro con las manos y se balancea hacia atrás y hacia adelante, temblando. No la culpo. Por lo que veo, este sótano tiene todos los ingredientes para una pesadilla.

—Tuve que hacerlo. Tuve que hacerlo —repite Stacy entre sollozos desconsolados.



49
SHERIFF HUDSON

Stacy Howard está en la cama de un hospital, arropada debajo de sábanas tirantes, ásperas, estériles. El pitido del sistema de monitoreo de signos vitales marca una frecuencia cardíaca saludable, normal. Si todo sale bien, podrá hablar con nosotros ahora. Está unida a una sonda intravenosa, que la provee de los nutrientes y los fluidos necesarios para recuperarse. Más allá de la deshidratación y las heridas en las manos y en los tobillos provocadas por las cadenas, estaba casi ilesa. Pero no todas las heridas se infringen en la superficie del cuerpo. Los médicos encontraron que tenía rastros de escopolamina en su interior, un fármaco anticolinérgico poderoso, el que, en dosis importantes, puede dejar a una persona inconsciente durante veinticuatro horas o más.

Olson y yo nos sentamos en las sillas que están junto a la cama.

—Stacy, ¿puede decirnos cuánto tiempo estuvo en ese sótano? —la interrogo.

Su voz es débil, y hace un esfuerzo para hablar.

—Era difícil darse cuenta sin luz, pero supongo que, por lo menos, una semana. ¿Qué día es hoy?

—Jueves ocho de junio —aporta Olson.

—¿La llevaron a otro sitio antes del sótano? —continúo.

—No lo sé. Lo siento. —Las lágrimas rebasan de sus ojos—. Cuando me desperté, estaba ahí.

—No tiene por qué disculparse. Cada dato que nos da, por pequeño que sea, es valioso, y no se preocupe de lo que no recuerda. —Olson extiende la mano para tocar la de Stacy.

Sabemos que, por la droga que se detectó en el análisis de sangre, es probable que no recuerde mucho.

—Hubo alguien más ahí conmigo, aunque no todo el tiempo. Dijo que se llamaba Carissa. Pero… —Stacy se detiene cuando el dolor contorsiona su cara y un sollozo amenaza con estallar—. Creo que la mató. Ella gritaba, me llamaba, rogaba que la ayudara, pero yo no podía. Y después… después… no la escuché más. —Stacy cruza su mirada con la de Olson y comienza a llorar, con los hombros convulsionados, incontrolables.

Pam le aparta el cabello pegado a las lágrimas.

—*Sh*, tranquila. No le va a pasar nada. Nadie la va a lastimar. Nada más tiene que descansar. —Olson me mira y niega con la cabeza.

No es el momento adecuado para un interrogatorio, a pesar de que nos urge recabar información sobre el paradero de Carissa. Pero lo último que pretendemos es empujar a una mujer torturada hacia los recovecos del infierno del que acaba de salir.

Olson y yo nos despedimos y le pedimos a Stacy que no se preocupe. Salimos de la habitación y atravesamos el hospital hasta llegar a un área de máquinas expendedoras para comprar lo que seguramente será un vaso de cincuenta centavos de café horrendo.

—Los forenses enviaron los resultados de la sangre que había en el cuchillo que dejaron en la comisaría —comenta Olson mientras la máquina vierte el líquido marrón, caliente, en un vaso de papel de un marrón similar.

—¿Tan rápido? —reacciono, sorprendido por la buena nueva. Pam asiente—. ¿Y?

—Es sangre de cerdo. —Ajusta una tapa sobre el vaso de café y me lo da. Inserta otras dos monedas y aprieta un botón para dar nuevamente comienzo al proceso; un segundo vaso cae de la tolva y se ubica en su lugar.

—¿Sangre de cerdo? —respondo incrédulo, haciendo una mueca con los labios.

—Me sorprendió tanto como a ti. Así que, a menos que la intención fuera hacernos saber que lo último que Sarah Morgan hizo con ese cuchillo fue trozar un cerdo, se trata de una broma pesada.

—¿No había huellas? —insisto.

—Estaba absolutamente limpio.

Bebo un sorbo de café. Está hirviendo y es insípido, tal como predije.

—¿Por qué alguien nos mandaría eso, y por qué señalaría a Sarah?

—No tengo idea, pero estabas en lo cierto. —Olson toma su vaso y le coloca una tapa.

—¿Sobre qué?

—Dijiste que podría ser todo o podría ser nada. Resulta que es nada. —Se encoge de hombros y acerca el café a los labios.

—Hablando de Sarah, alguien tiene que decirle lo de Bob.

—Van dos esposos muertos —dice Olson sacudiendo la cabeza—. Me da pena.

—Se estaban separando.

—No importa. Tienen una hija.

Suspiro. Lo siento por la criatura. Es la que más va a sufrir.

—Vamos a avisarle a Sarah —resuelvo. Caminamos hacia la salida, pero siento que algo no encaja—. Sabemos que Bob secuestró a Stacy, y la razón por la que lo hizo es bastante clara, teniendo en cuenta su historia juntos. Pero lo que no entiendo es: ¿por qué Carissa?

—No lo sé —responde Olson—. Y ya no podemos preguntarle.

Si Bob asesinó a Carissa como Stacy señaló, quizás nunca encontremos el cuerpo. En estos momentos, estamos a la espera de que los forenses comparen la sangre que se halló en el sótano, cerca del segundo colchón y por toda la casa abandonada, con la de la peluquería. Si coinciden, al menos sabremos que Carissa también estuvo encerrada allí abajo.

***

Golpeo tres veces a la puerta principal de la casa de Sarah y doy un paso hacia atrás mientras espero que aparezca. Es jueves, minutos antes de las ocho de la mañana. Los pájaros gorjean, y el sol es abrasador. Notificar la muerte de un ser querido es la peor parte de este trabajo, aunque se trate de un delincuente o se lo tuviera merecido. Por lo general, los que reciben la noticia desconocen el

alcance de las fechorías cometidas por el otro y, muy por el contrario, quedan aturdidos al enterarse de que la persona que estimaban se ha ido para siempre.

Pasan treinta segundos y nadie abre la puerta; vuelvo a golpear, esta vez con más energía.

—Quizás no está —dice Olson.

—Su auto está aquí. —Señalo la Range Rover blanca estacionada en la entrada para autos antes de volver a golpear. Recorro el frente de la casa, intentando espiar por las ventanas para detectar cualquier señal de movimiento, pero las cortinas están corridas. Regreso a la puerta principal y sigo golpeando.

—¿Te parece que entremos? —consulta Olson.

—No lo sé. —La lista de situaciones que justifican que derribemos una puerta e ingresemos a una propiedad privada es escueta, pero que alguien corra riesgo de sufrir daños físicos de consideración es una de esas situaciones. ¿Bob podría haberle hecho algo a su esposa?

Una sensación de temor se acrecienta lentamente en la base de mi estómago. ¿Y si la granja no fue el único lugar en donde Bob estuvo anoche?

Continúo golpeando a la puerta con todas mis fuerzas.

—¡Soy el sheriff Hudson! ¡Abra! —vocifero. Mi pulso se acelera con cada palabra, y Olson comienza a sacudir la cabeza, que probablemente alberga el mismo pensamiento que la mía. Doy un paso hacia atrás y elevo una pierna, listo para echar abajo la pesada puerta de madera.

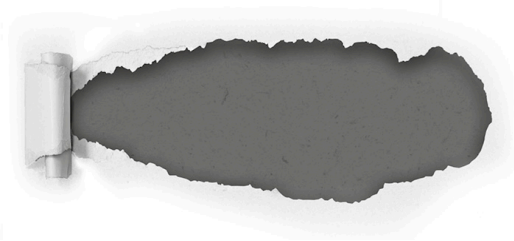
Una llave gira.

Un cerrojo se desliza.

La puerta se abre, y del otro lado aparece Sarah Morgan. La cabeza ladeada forma un ángulo mientras se seca el cabello con la toalla. Lleva puesta una bata de baño blanca y pantuflas que hacen juego. Unas pocas gotas de agua le corren por el cuello y desaparecen cuando el material de la bata las absorbe.

Sus ojos van y vienen entre Olson y yo.

—Sheriff Hudson. Ayudante Olson —dice con una ligera inclinación de cabeza—. ¿A qué debo el placer?



50
SARAH MORGAN

DIEZ HORAS ANTES

El arma presionada contra mi abdomen no es tan mortal como el arma que presiono contra la cabeza de Alejandro. Si él apretara el gatillo, yo seguramente tendría una muerte lenta y dolorosa, mientras que la suya sería rápida, instantánea. Su mente dejaría de funcionar antes de poder enviar señales a su cuerpo para hacerle saber que experimenta dolor.

—No, yo lo siento —contraataco—. Ahora dime quién carajo eres.

Abre grandes los ojos; los dirige hacia su arma y luego hacia donde sabe que está la mía. Por último, me busca la mirada y advierte mi expresión grave. Es una advertencia: cualquier movimiento que haga, no dudaré en apretar el gatillo. Tiene suerte de que aún no lo haya hecho. Podría haber disparado en cuanto abrí la puerta de calle, pero no. Quería que él moviera primero… o al menos que creyera que lo hacía. Supe al instante de posar los ojos

en Alejandro, sentado en la sala de conferencias, esperando a que le diera la bienvenida al programa, que no era quien decía ser.

—¿Cómo te diste cuenta? —pregunta.

—Bob nunca recomendó a un candidato para el programa, jamás, así que intuí que no era porque le caías bien. —Entrecierro los ojos —. Y el registro de antecedentes que compiló también era una basura poco creíble, así que dime quién eres. —Presiono la boca del caño contra su sien con un poco más de fuerza.

Se estremece y traga saliva, la nuez que sube y baja. Casi puedo ver la fuerza centrípeta en su mente, tratando de decidir si debe responder a mi pregunta o hacer un intento por dominarme.

—No pienso preguntarte otra vez —repito tranquila.

—Me contrató para matarte.

—¿En serio? —resoplo, desilusionada de que no fuera algo más astuto que evitar ensuciarse las manos—. Qué cobarde.

Las comisuras de la boca de Alejandro forman un rulo hacia arriba. Seguro opina lo mismo de mi esposo. Se queda quieto, a la espera de mi próximo movimiento; sus manos siguen calmas, el pulso firme, como si no fuera la primera vez que está en esta situación. Su arma aún apunta a mi abdomen. La mía continúa firmemente apretada contra su sien.

Me sorprende hasta qué extremo Bob está dispuesto a llegar. No pensé que fuera capaz. Bueno, está claro que no lo fue; porque mandó a otro a hacerlo. Lo que no entiendo es qué lo empujó hasta este límite… ¿O lo tuvo planeado desde el principio, desde el momento en el que le pedí el divorcio? ¿Siempre quiso que el final de la película fuera conmigo enterrada en alguna parte y él en un auto, al atardecer, con nuestra hija tomándole la mano, reticente?

—¿Cuándo te contrató?

Alejandro tarda un momento en responder, como si quisiera asegurarse de decir lo correcto. Un movimiento en falso, una mentira, y ya no podrá seguir respondiendo a mis preguntas.

—Hace unas semanas.

Aclarado. Decidió atacar en cuanto supo que habíamos terminado. ¿Pero por qué tantos ruegos, tantas humillaciones para que lo perdonara?

—De todos modos, en un principio, me contrató para que simplemente te vigilara —aclara.

—¿Qué cambió?

—No lo sé bien. Ayer me mandó un mensaje para pedirme que nos encontremos hoy por la mañana. Ahí fue cuando me contó las novedades. Dijo algo de que tenía otros planes y que todo saldría mejor si estabas muerta.

—¿Qué otros planes?

—No me dijo.

Le busco la mirada, tratando de detectar un gesto involuntario, algo que me indique que está mintiendo. Pero no encuentro nada. Me devuelve la mirada, estoico, inmutable.

—¿Cuánto hace que tú y mi esposo se conocen?

—Mucho tiempo.

—¿Alguna otra vez utilizó tus servicios?

Alejandro exhala un suspiro imperceptible.

—Sí.

Me acuerdo de que fue Bob quien sugirió contratar a alguien para matar a Kelly, pero yo me opuse: si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo. Queda claro que no aprendió nada de mí.

—Pero no salió como planeábamos —continúa Alejandro. Tengo la sensación de que me está ofreciendo información a cambio de que yo no apriete el gatillo.

—Estás dos a cero, y vas perdiendo. —Sonrío con una mueca—. Me sorprende que haya vuelto a contratarte si metiste la pata la primera vez.

—Bob nunca se enteró de que había salido tan mal.

—¿Qué quieres decir?

Tensa la mandíbula.

—Te cuento si dejas de apuntarme a la cabeza.

Le hundo el caño un poco más en su sien. Se estremece.

—No estás en posición de negociar. Así que dime, y luego yo decido si te perdono la vida.

Las gotas de sudor aparecen en el nacimiento del cabello. Sus ojos vuelven a desplazarse desde el arma contra mi cuerpo desnudo, a mi rostro y, por último, a su visión periférica, donde mi revólver no se ha movido. Mi dedo índice descansa sobre el gatillo, ejerciendo la más mínima presión. Un miligramo extra de peso provocaría que el percutor golpeara contra la bala y que esta saliera expulsada del barril y aterrizara directo en su cerebro. Estaría muerto antes de poder siquiera pestañear. La pared recibiría una capa nueva de pintura roja. Y él lo sabe…

—Hace unos quince años, Bob me contrató para asesinar a una tal Jenna Way.

—Ya sé que no la mataste.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo me encargué de eso, hace doce años, en esta habitación.

Los ojos de Alejandro se abren como platos. Quizás porque se sorprendió o quizás porque tomó conciencia de que puedo ser más letal que él. Luego veo el centelleo de algo más… Pasión, lujuria, deseo. Si no estuviera desvestida, me quitaría la ropa con la mirada.

—No te hagas el asombrado.

—No es asombro. Es admiración.

—No hay dudas de que Bob supo que fallaste con Jenna. ¿Qué es lo que no sabe, entonces?

—Si se entera, me mata.

—No. Para esas cosas, te contrata a ti. —Tensa la mirada—. Pero yo sí te mataré si no empiezas a hablar.

Alejandro exhala un suspiro sonoro; sabe que no tiene opción.

—Entré por la fuerza en casa de Jenna y esperé a que regresara como lo hacía todas las noches, a la misma hora. Pero esa noche no fue así. Parece que pinchó un neumático, y eso la retrasó unos 45 minutos. El que llegó primero fue el esposo: Greg, el hermano de Bob, y más temprano de lo habitual. Como creí que era Jenna, apreté el gatillo en cuanto la puerta de entrada se abrió, pero el arma se trabó. Greg oyó el ruido y se abalanzó contra mí. Había visto mi cara, así que sabía lo que tenía que hacer. Él se defendió, pero yo me defendí mejor. Lo reduje y le clavé un cuchillo de cocina en el estómago. Pensé en disfrazarlo de un robo que sale mal, pero decidí hacerlo pasar por un crimen pasional, así que lo apuñalé una y otra vez y le dejé el cuchillo en el pecho. Limpié el mango, me deshice de cualquier prueba que señalara que había habido alguien ahí y me fui justo antes de que Jenna volviera a su casa. Estaba dando sus últimos estertores, ahogándose con su propia sangre, cuando me escapé. Por suerte para mí, Jenna entró en pánico y le

quitó el cuchillo del pecho, en la creencia de que le hacía un favor. Pero lo único que logró fue acelerar su muerte y sumar pruebas que la apuntaran como la asesina.

Estallo en una risotada demencial.

—¿Quieres decir que Bob mató a su hermano? —Casi no puedo formular la pregunta de lo graciosa que me resulta.

—En cierto modo, sí. Le dije que no había podido asesinar a Jenna. Por lo tanto, cuando se enteró de que su hermano estaba muerto, pensó que había sido ella. Además, todas las pruebas apuntaban en esa dirección.

—Lo que no entiendo, básicamente, es por qué Bob quería matarla.

—Creo que Jenna había descubierto los chanchullos en los que estaba metido. Lo amenazó con denunciarlo si él no confesaba. Al parecer, lo que ella sabía bastaba para mandarlo a la cárcel. Entonces, a Bob se le ocurrió que la única manera de evitar que hablara era asegurándose de que no pudiera decir ni una palabra más.

—Patético —comento sacudiendo la cabeza.

—Así es —concuerda Alejandro.

—Por curiosidad nada más, ¿cuánto te ofreció Bob para matarme?

—Doscientos cincuenta mil.

—Te doy lo mismo para que no me mates.

Arquea una ceja y me mira fijo para discernir si hablo en serio o no. De un modo u otro, debe plegarse a mi propuesta. Sí o sí, no tiene opción. Sé que se está preguntando por qué le ofrezco dinero. Podría matarlo sin pagar un centavo. Pero este lío es mucho más grande de lo que estoy dispuesta a enfrentar. Además… mis ojos

recorren su cuerpo torneado: más de cien kilos de músculo pétreo. No tengo ganas de pasar toda una noche intentando deshacerme de eso.

Alejandro aleja el arma de mi abdomen, la da vuelta y me la ofrece, con la empuñadura apuntando hacia mí.

—Trato hecho.

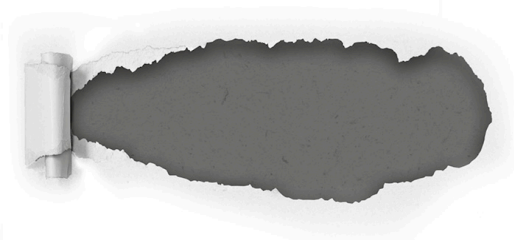
—Sabia elección. Pero necesito más cosas de ti.

—Lo que quieras —dice con una sonrisita—. A propósito, Bob me pidió que instalara un rastreador en tu auto. Hace semanas que vigila todos tus movimientos.

Es una rama de olivo, la forma que tiene Alejandro de demostrar que su lealtad ha cambiado en este instante.

—Ya lo sé. —Le devuelvo la sonrisa a la vez que retiro el arma de su sien. Le queda una marca fea, colorada, la huella del caño contra la piel.

Nuestras miradas se cruzan con una intensidad que quema. Le tomo la cabeza con la mano y lo atraigo bruscamente hacia mí. Los labios y los dientes chocan mientras me deslizo por encima de su cuerpo y lo introduzco en mi interior. Esta vez, seré yo quien mueva primero.



51
SARAH MORGAN

DIEZ HORAS Y SEIS MINUTOS DESPUÉS

Me acaban de decir que mi esposo está muerto. Mi expresión quedó congelada, los labios ligeramente separados, los ojos bien abiertos. Hudson y Olson están sentados a la mesa de la cocina, justo frente a mí. Me aconsejaron que me sentara para recibir la noticia. Es difícil demostrar pena por Bob. El hijo de puta iba a matarme… Bueno, había contratado a alguien para que lo hiciera. Si su plan hubiera resultado, sería él quien estaría sentado aquí, escuchando la novedad de boca de dos uniformados. ¿En serio no aprendió nada de mí? Demasiados cabos sueltos; en la única persona en la que puedes confiar es en ti mismo. Se ve que Bob no sabía eso y, ahora, nunca lo sabrá. Nunca sabrá que sigo viva y nunca sabrá que fue responsable de la muerte de su hermano. En parte, habría deseado que se enterara de todo antes de su muerte prematura. Me muerdo la lengua para evitar reírme otra vez.

—Sarah. —El sheriff Hudson me distrae de mis pensamientos.

Pestañeo, para dar la impresión de que estoy anonadada, que aún estoy tratando de asimilar la noticia. Es hora de poner en funcionamiento el sistema de humidificación. No en exceso; de todos modos, estábamos atravesando un divorcio, pero lo suficiente para demostrar que me importaba, como esposo y como padre de mi hija. Los ojos adquieren brillo de inmediato. Se me escapan algunas lágrimas y se deslizan por las mejillas. Frunzo el rostro, no completamente, solo un poco. Y me tiembla el labio. Eso es lo más difícil que salga bien. Debe parecer algo involuntario, una reacción ante una pena profunda. Pero la práctica conduce a la perfección.

La ayudante Olson junta los labios y se mira las manos. Sé que está funcionando con ella porque le resulta incómodo ser testigo de este dolor. No sabe qué hacer ni qué decir. Hudson respira hondo y exhala lentamente por la nariz. Está funcionando con él también.

—¿Cómo fue? —pregunto. La voz se quiebra en esas dos palabras.

—Todavía no estamos seguros. Encontramos el cuerpo en el sótano de una granja abandonada en las afueras de la ciudad. Le dispararon dos veces —explica Hudson.

—¿Quién le disparó?

Los policías intercambian miradas.

—Había una mujer encadenada a un poste en ese sótano. Ella le disparó; por lo que dijo, Bob la secuestró a ella y a otra mujer —continúa Hudson.

Mis manos se precipitan hacia la boca, y niego sutilmente con la cabeza fingiendo incredulidad.

—No, eso… eso no puede ser cierto.

—No terminamos de corroborar la historia, pero igual tenemos algunas preguntas para usted, si no tiene inconveniente —dice Olson.

Asiento con un gesto y aparto las manos de la boca. Las lágrimas continúan cayendo de forma intermitente.

—Claro, claro. Lo que sea para colaborar.

Olson toma un pañuelo de papel de su bolsillo y me lo extiende. Lo acepto, le agradezco y me seco apenas los ojos. Mejor no secarme todas las lágrimas. Camuflan lo que en verdad siento. Olson extrae un anotador y un bolígrafo del bolsillo delantero de la camisa. Lo abre con un solo movimiento de la muñeca y presiona la punta del bolígrafo sobre la página en blanco, lista para apuntar todas las mentiras que voy a decir.

—¿Bob vivía aquí con usted?

—Hacía un mes que no. Estamos, bueno... estábamos en el medio de una separación. —Hago un esfuerzo para que el labio vuelva a temblequear.

—La mujer encadenada en el sótano era Stacy Howard —informa Hudson—. ¿Se acuerda de quién es?

Asiento con la cabeza y dejo salir más lágrimas.

—No lo puedo creer —miento.

Sí lo puedo creer porque fui yo quien la llevó hasta ahí. A decir verdad, no tuve nada que ver con la aventura entre Bob y Stacy, por más que él haya querido culparme de eso. Cayó solito en su red de engaño y chantaje. Pero ese error hizo que ambos terminaran en mi propia red, y no puede haber más de una reina. Stacy tiene suerte de no haber sido una baja en esta guerra.

—Sé que es difícil de entender —trata de consolarme Olson—. A veces, uno cree que conoce a alguien, pero nunca se conoce del todo.

En eso tiene razón.

—¿Stacy está segura de que el culpable fue Bob? —insisto—. No pudo haber sido él. A ver, tiene sus defectos, pero este es un asunto totalmente distinto. Es que… no lo puedo creer. ¿En serio está segura? —Estoy sobreactuando un poco.

Es una pregunta más para mí que para ellos. Fui cuidadosa. En extremo cuidadosa, para asegurarme de que no me viera, ni siquiera de refilón. Después de que quedara inconsciente por ese trapo embebido en cloroformo que le apreté contra la cara y por la inyección de propofol que le atesté en el brazo, la llevé hasta la granja abandonada. Eso fue a primeras horas del día. Volví al departamento de Stacy cuando regresé a casa desde el trabajo y envié un mensaje de texto a la chica que vivía con ella desde el teléfono de la mismísima Stacy, que había quedado allí. Decía que se iba a encontrar con Bob. Eso hizo que la hora de la desaparición se estableciera como el lunes por la tardecita y no más temprano, que fue cuando de veras desapareció. Luego escribí otros mensajes a un contacto agendado como «Bob Miller», un número que yo agregué a su teléfono y que se conectaba con otro de prepago. Aunque le pregunten por esos textos, su memoria está tan borrosa que no se acordará si en verdad los envió o no.

—Sí, está segura —confirma Hudson.

Inhalo profundo a través de la nariz y exhalo por la boca, como si me costara digerir la información. Pero, en realidad, es un suspiro de alivio.

—Stacy declaró que había otra mujer con ella en el sótano. Era Carissa Brooks —explica Hudson.

Mi expresión combina tristeza y perplejidad. Le agrego el labio trémulo.

—¿«Era»? ¿Cómo «era»? ¿Está bien?

Intercambian otra mirada.

—Aún no la pudimos localizar —admite Hudson.

Y nunca podrán, pienso para mí, mientras produzco más lágrimas y las expulso.

—Había sangre en el sótano, en el lugar donde Stacy declaró que Carissa estaba encadenada, y también en las escaleras y en la planta baja de la casa. Da la impresión de que hubo un forcejeo. Los forenses la están comparando con la sangre que hallaron en la peluquería para ver si coincide.

Va a coincidir. No necesito esperar a los forenses para saber eso.

—Tiempo atrás hablamos de Carissa Brooks y la asistencia legal que su fundación le brindó en el caso de una orden de restricción en contra de su ex, George Carrigan —recuerda Hudson. Me limito a asentir con la cabeza—. Usted estaba segura de que George estaba relacionado con la desaparición, y nosotros también. Pero dadas las circunstancias, eso cambió. ¿Tiene idea de la relación entre Bob y Carissa?

—Hasta donde sé, eran amigos. Él era su cliente. —Aparentemente apesadumbrada, sacudo la cabeza—. Soy la razón por la que se conocieron. Si yo no la hubiera aceptado en la fundación, Bob jamás la habría conocido y quizás ella seguiría… —Dejo la frase inconclusa, abrumada por los pensamientos y la angustia.

—No puede culparse por eso. —Olson me mira, comprensiva.

—¿Cómo podría no hacerlo?

—Entonces, ¿Bob comenzó a cortarse el cabello con Carissa después de que usted la representó? —indaga Hudson, en un intento de que la conversación retome el camino de los hechos.

—Sí. Tenía entendido que él cambió de peluquería para ayudarla y controlar que no le ocurriera nada, dadas las circunstancias. Al menos, esa fue la explicación.

—Es una pregunta difícil, pero ¿cree que Carissa y Bob tenían un amorío? —El sheriff Hudson hunde el mentón.

Fuerzo más lágrimas, porque el asunto parece digno de llanto, la idea de que mi esposo me engañara con más de una mujer.

—No lo sé. Hace unos meses, hubiera dicho que no, pero ahora… —Sí, lo sé, y la respuesta es «no»—. ¿Creen que Carissa está bien?

—Teniendo en cuenta la cantidad de sangre en la peluquería y en la casa abandonada, el panorama no es bueno; es decir, si la sangre coincide. De todos modos, tenemos esperanza de encontrarla —dice Hudson.

Bajo la cabeza y me sorbo la nariz.

—Yo también.

No la van a encontrar. Hace rato que partió. Carissa vino a verme hace siete semanas para pedirme ayuda. Se había enterado de que iban a liberar a su ex antes de tiempo y sabía que iba a aparecer de nuevo. Faltaba poco para que la orden de restricción en su contra venciera. Le dije que podíamos extenderla, pero, según ella, no era suficiente. Insistió con que esta vez la mataría, y que un papel de porquería no lo iba a amedrentar. Sentía que solo la dejaría en paz cuando estuviera muerta y, en parte, ya se sentía así. Me confesó

que no podía seguir viviendo de esa manera, con miedo, mirando de reojo a cada segundo por lo que pudiera aparecer a la vuelta de la esquina. Me rogó que la ayudara, me rogó que la ayudara a escapar, a librarse de él para siempre. Accedí a su pedido, pero tenía que hacer exactamente lo que yo le ordenara. Así se lo quitaría de encima de por vida.

La proveí de elementos para que comenzara a extraerse sangre y le enseñé a almacenarla como corresponde. Alrededor de medio litro cada diez días; así sumaría unos dos litros y medio, lo suficiente para que la policía determinara que estaba muerta sin ver el cadáver. Le indiqué qué vitaminas tomar para minimizar los síntomas por la pérdida de sangre: hierro, B12, ácido fólico y algunas otras más. Durante el proceso, se sentiría débil, desorientada. Pero viviría, y por fin se olvidaría de su ex.

No le conté a Bob lo que estaba haciendo y, cuando descubrí que me engañaba, me alegré de no haberlo hecho, porque se convertiría en un participante involuntario en la liberación de Carissa. Le informé a ella del pequeño cambio en los planes hace casi un mes. Elegí el día en que desaparecería. Sería, oportunamente, un día en el que Bob tuviera su turno fijo: el tercer domingo del mes, sin falta. Le ordené que cortara por accidente al último cliente. Me preguntó por qué. Le dije que no hiciera preguntas y que no hablara con nadie de esto porque había una razón para todo. Carissa lo ignoraba, pero mi razón era tenderle una trampa a Bob. Estoy segura de que ella creía que él estaba al tanto de todo porque era mi esposo.

Después de que su último cliente se hubiera ido, le pedí que se tiñera y cortara el cabello, borrara cualquier evidencia de que había modificado su corte de pelo y se quitara los aretes. Luego debía

ambientar la peluquería para dar la impresión de que alguien había entrado por la fuerza. Más de la mitad de la sangre extraída de su cuerpo tenía que esparcirse por el lugar: un charco cerca de una silla volcada, gotas y manchones por aquí y por allá y, finalmente, un rastro que condujera hacia la parte de atrás. Presencié muchas escenas de crímenes por mi trabajo como abogada, así que sabía muy bien cómo hacer que pareciera real, y me aseguré de que Carissa también lo supiera.

Mientras ella se ocupaba de la evidencia física necesaria para que este plan funcionara, yo preparaba su nueva identidad; porque, cuando esto acabara, no podía seguir siendo Carissa. Un auto la esperaba en la calle de atrás del local, las llaves escondidas en la visera y un bolso en el asiento del acompañante con ropa extra, dinero en efectivo, una peluca y una gorra de béisbol para que viajara disfrazada, por lo menos hasta salir del estado. Dentro de una cartera estaban sus documentos nuevos: pasaporte, licencia de conducir, tarjeta de seguridad social, una tarjeta de crédito abierta con el nombre que usaría de ahora en más y un pasaje de avión para salir desde Atlanta con destino a Ecuador. Todo lo que debía hacer era conducir.

—Otra cosa —agrega Hudson, entrecerrando los ojos—. Stacy aseguró que Carissa le dijo que había escuchado hablar a Bob, o a alguien con una voz similar, cuando la secuestraron. Supuestamente, él hablaba de usted, de que no iba a permitir que se saliera con la suya y de que acabaría con usted primero. ¿Tiene idea de qué pudo haber querido decir? ¿En especial, con eso de que usted no se saliera con la suya?

Es extraño oír a otro recitar las palabras que yo pronuncié, pero atribuidas a un tercero. Carissa jamás estuvo en el sótano. Siempre fui yo. Le di a Stacy toda la información que necesitaba que ella supiera, y que necesitaba que relatara a la policía cuando inevitablemente la hallaran. Era fácil entrar y salir del sótano sin que me viera. Iba a la oficina y me llevaba uno de los tantos vehículos de la fundación para llegar hasta la granja. Si no tenía tiempo para ir durante el día, lo hacía tarde por la noche, pero no sin antes quitar ese rastreador estúpido que Bob había hecho instalar en mi vehículo. Una vez en la granja, me colocaba unas botas de trabajo para hombre con punta de acero, caminaba dando zancadas justo encima de donde estaba ella y arrojaba un sándwich y una botella de agua, que, en ambos casos, contenían escopolamina o burundanga, como se la conoce popularmente. El efecto de esas drogas podía ser muy prolongado, según la dosis; entonces, cuando sabía que estaba por disiparse, me daba una vuelta y me escabullía dentro del sótano por una puerta oculta en un rincón apartado. Le arrojaba otra agua y otro sándwich, y luego me ubicaba a unos cinco metros de Stacy, a la espera de que despertara. Cuando Stacy no escuchaba a Carissa, suponía que estaba dormida. Era muy sencillo manipularla porque estaba casi todo el tiempo drogada.

Incluso la noche que di a entender que Bob había matado a Carissa todo fue más fácil de lo que había imaginado. Esa vez, yo estaba arriba sola, armando la batahola. Gritando y sacudiéndome, rompiendo y haciendo añicos los objetos, clamando por la ayuda de Stacy. Luego me puse las botas de trabajo y arrastré una bolsa de dormir cargada con ladrillos hacia afuera de la casa. Todo fue muy convincente. Me aseguré de usar lo que restaba de la sangre de

Carissa para preparar la escena y fingir su muerte. Dejé un charco donde estaba la cadena, un poco más en el colchón, gotas en la escalera y en toda la casa, y manchas y salpicaduras en las paredes y los pisos.

—Sarah —me llama Hudson.

—Bob no tomó bien la noticia de nuestra separación —continúo, a la vez que bajo la cabeza y la sacudo apenas para darme tiempo de generar más lágrimas a tono con las mentiras. Alzo la cabeza y miro fijo a Hudson—. Todo empeoró después del pedido de divorcio; se volvió maltratador y un poco desequilibrado. Nunca se había comportado así. Llegó a amenazarme de muerte… más de una vez; estaba aterrada por mi seguridad y la de mi hija, así que solicité una orden de restricción en su contra; bueno, mi abogada la solicitó. Bob se puso todavía más agresivo cuando se enteró. Por lo tanto, no, no sé con exactitud qué quiso decir con eso, porque se había convertido en una persona irreconocible para mí. Lo único que sé es que estaba decidido a conseguir la custodia exclusiva de Summer —concluyo. Planto la semilla para que crezca en sus cabezas.

—¿Cree que Bob intentaba atribuirle un delito a usted para obtener la custodia? —pregunta Olson arqueando una ceja.

Ahí está… La semilla, floreciendo en su cabeza. Gracias, ayudante Olson, por regarla, por darle los nutrientes que necesita para crecer.

—Espero que no, pero, en realidad, no lo sé.

No puedo insistir demasiado con mi teoría porque ahora es de ellos, o, al menos, eso creen. Qué policías más inteligentes.

El silencio se extiende por unos segundos hasta que Hudson se levanta de la silla. Les di lo suficiente. Es momento de revisar que las piezas encajen en un relato que puedan vender a la comunidad,

los medios y el sistema judicial. Sé que todo va a encastrar a la perfección y terminará conformando una historia increíble que nadie podrá dejar de creer. A final de cuentas, la realidad supera a la ficción; al menos eso dirán las personas cuando escuchen la historia.

—Bien, la dejamos tranquila, Sarah. Lamento su pérdida. —Hudson se despide con una inclinación de cabeza—. Nos mantendremos en contacto por si surgen más preguntas.

Olson guarda el anotador en el bolsillo y también se pone de pie, repitiendo las condolencias de Hudson.

—Gracias —digo mientras me levanto de la silla.

—Otra cosa —agrega Hudson—, pediremos una orden de allanamiento para el departamento de Bob en la ciudad y para su oficina y, con suerte, eso nos ayudará a entender un poco más.

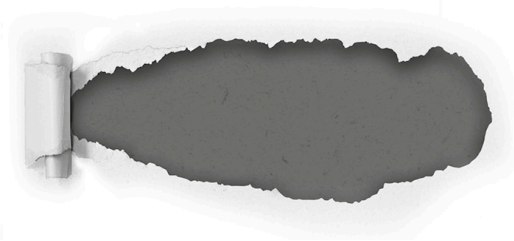
—Está bien —agrego, y los acompaño hasta la puerta.

Es el procedimiento correcto. Hallarán el cuchillo que escondí en la caja de seguridad de Bob, la que está oculta en la pared, detrás de una pieza de arte demasiado llamativa. El cuchillo tendrá la sangre de Kelly en la hoja y las huellas dactilares de Bob en el mango. Recuerdo la noche en la que se lo di. Lo sostuvo en sus manos mientras admiraba la hoja manchada con sangre. Luego le pedí que se deshiciera de él y sugerí que fuera a buscar un trapo para limpiar el mango. Cuando salió de la habitación, intercambié la verdadera arma asesina por otro cuchillo cubierto con sangre de cerdo. Sabía que no se iba a deshacer de él. Lo vi en sus ojos. Me amaba, pero me tenía terror, y lo bien que hacía. Bob necesitaba una protección para el futuro, por si alguna vez dejaba de estar de mi lado. Lo sometí a una prueba, y fracasó rotundamente.

—Por favor, llámenme si puedo ayudar en algo —ofrezco cuando salen al umbral de la puerta principal.

—Por supuesto y, de nuevo, lo siento mucho. —Hudson inclina la cabeza, y él y su compañera se dirigen al vehículo.

Cierro la puerta y sonrío con tantas ganas que siento como si el labio superior se fuera a partir. Habrá más preguntas. Más interrogatorios. Una variedad de teorías sobre lo que pasó. Algunos, incluso, especularán que yo estuve involucrada. Pero todas las pruebas apuntarán a Bob, y nada más que a Bob. Las lágrimas asoman en mis ojos, pero esta vez son reales.



52
SHERIFF HUDSON

Arrojo el informe sobre mi escritorio.

—Fue Bob —le comunico a Olson, sentada frente a mí—. Las huellas dactilares en el cuchillo que encontraron en su caja de seguridad coinciden con las de él, y la sangre, con la de Kelly Summers.

—Guau, qué… increíble. —Olson levanta el escrito y lo lee por encima.

—Supongo que eso resuelve el caso.

—Sin duda, es conveniente. —Olson sacude la cabeza, todavía hojeando las páginas del documento.

—Sí, ¿no? —Muevo la boca de un lado al otro—. Bob termina muerto, asesinado por la mujer a la que secuestró y, cuando registramos su propiedad, el arma homicida del caso Kelly Summers, después de tantos años, está en su caja de seguridad, como preparada para regalo. —Golpeo el puño contra la rodilla varias veces, despacio, un hábito que tengo cuando reflexiono.

A veces, una prueba es conveniente porque… Bueno, porque sirve para lo que sirven las pruebas; ayudan a resolver un delito, cuentan lo que de veras sucedió. Pero no suelen estar envueltas en papel de seda en un sitio en el que nunca se nos hubiera ocurrido buscar.

—¿Y el otro charco de sangre en el sótano? —pregunta.

—Coincide con la sangre en la peluquería, así que suponemos que es de Carissa.

—Guau —agrega sin más.

—Los forenses estiman que, entre los dos lugares, había casi dos litros y medio de sangre.

—Por lo que intuimos que Carissa Brooks está muerta, ¿no? —Asiento con la cabeza y dejo escapar un suspiro profundo—. ¿En serio crees que Bob hizo todo esto solo?

—¿Qué quieres decir?

—A ver, Bob y Sarah se casaron poco después de que Adam fue ejecutado. Según lo que me dijiste, Bob le endilgó a Adam el homicidio y después se casó con Sarah. —Ladea la cabeza y vuelve a dejar el informe sobre mi escritorio.

—Pero Sarah aún no lo sabía.

—¿No lo sabía?

Me pongo de pie y camino de un lado al otro de mi oficina. ¿Por qué? ¿Por qué Sarah se casaría y tendría una hija con el hombre que culpó injustamente a su esposo de asesinato? A menos, desde ya, que ella estuviera involucrada. Adam tenía un amorío con Kelly Summers. Pero Bob resultó ser peor que Adam. Bob la engañó y luego secuestró a su amante y a Carissa para culpar a Sarah. Quizás lo que le interesaba no era su hija, Summer. Lo que le interesaba era no ir preso por el asesinato de Kelly.

—Parece muy rebuscado —comento, entrecerrando los ojos—. ¿Sarah y Bob matan a la amante del primer esposo de ella y lo culpan a él? ¿Nunca los descubren y empiezan una vida juntos, felices y comiendo perdices, hasta que un día deciden ponerse el uno contra el otro? Eso deja demasiado librado al azar, en lo que se refiere a echarle la culpa a Adam.

—No si eres la abogada defensora —ironiza Olson, cruzando los brazos sobre el pecho.

Es cierto. Fue una circunstancia muy poco habitual. Pero yo estuve en esa corte. El trabajo de Sarah fue fenomenal. Uno de los mejores desempeños que presencié en una abogada defensora.

—Creo que estamos exagerando. ¿Qué es más probable? ¿Que Sarah se haya puesto de acuerdo con Bob para pergeñar un plan maestro despiadado que se extendió durante una década, o que Bob fuera un enfermo que se aprovechó de Sarah?

Olson se encoge de hombros, todavía no muy convencida.

—Además… —Me vuelvo a sentar—. Incluso si tu teoría fuera correcta, no tenemos ni una prueba que asocie a Sarah con este caso, ni una sola punta.

—Excepto ese cuchillo que nos cayó de regalo.

—Excepto eso.

—Y que se parecía muchísimo al cuchillo real. —Olson se inclina hacia adelante para remarcar lo que acaba de decir.

—Eso fue de veras extraño, pero no es más que eso hasta ahora: extraño. Es muy probable que Bob haya estado detrás de eso, de todos modos, y que supiera cómo era el cuchillo que de veras se usó en el asesinato. Seguro fue otro ardid para culpar a Sarah.

Nos quedamos sentados en silencio durante unos minutos; luego, miro mi reloj de pulsera para saber la hora.

—Tengo que darle un informe completo a la prensa. Van a disfrutar de lo lindo.

—¿Y Scott Summers?

—¿Qué pasa con Summers?

—Es un asesino y anda suelto. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Olson, sabes que los federales se encargaron del caso; ya no es problema de la Oficina de Investigación de Delitos ni nuestro.

—Simplemente me gustaría poder hacer algo más para ayudar —comenta, sacudiendo la cabeza.

—A mí también, pero tengo las manos atadas. Además, mira lo que acabamos de hacer: resolvimos tres casos.

—Lo sé, pero Scott sigue suelto por ahí —suspira.

—Si te hace sentir mejor, no creo que Scott sea un peligro para la sociedad, a menos que crea que alguna otra persona esté involucrada en la muerte de su esposa.

—No me hace sentir mejor, pero te dejo tranquilo para que escribas la declaración para la prensa. —Olson se pone de pie y se dirige hacia la puerta.

—Ayudante Olson —la llamo.

—¿Qué? —responde mirándome por encima del hombro.

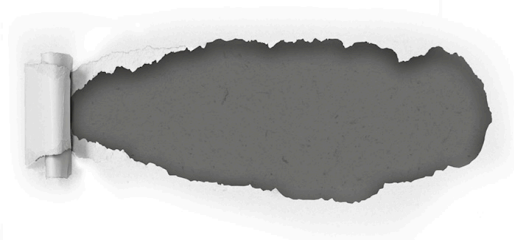
—Te amo.

Una sonrisa abre una hendidura en su rostro.

—Yo también —dice y sale de la oficina.

Me inclino sobre la computadora y empiezo a teclear. «Buenas tardes. Se dice que la realidad supera a la ficción y, si antes no

creían en esa frase, cambiarán de opinión cuando les cuente la manera en que los acontecimientos sucedidos en los últimos diez días se conectan con un asesinado perpetrado hace más de doce años».



53
SARAH MORGAN

UN AÑO DESPUÉS

Estoy sentada frente a Caroline Wood del programa *60 minutes*, en un decorado acogedor, parecido a la sala que cualquiera podría tener en su casa. Es una mujer elegante, quince años mayor que yo, y lleva puestos pantalones de vestir costosos, una blusa de seda y un *blazer* sentador. El cabello, canoso y reluciente, le llega justo a los hombros en una melena de corte perfecto. Está revisando los apuntes antes de que se encienda la cámara. Sé que hay un teleprompter detrás de mí, pero Caroline pertenece a la vieja escuela y le gusta sentir el contacto del papel en sus manos.

Una chica me acomoda el cabello para que me caiga simétricamente sobre el pecho. Me empolva el rostro y esboza una sonrisa antes de escabullirse detrás del personal técnico del canal.

—¡Silencio! —ordena un hombre, y luego nos pregunta si estamos listas. Asentimos con una inclinación de la cabeza.

Caroline sonríe, tensa. Enseguida vuelve a ponerse seria para empezar. No escucho la introducción a la entrevista porque está pregrabada; pero sé lo que dice, sé cómo van a presentarme. Es la primera entrevista que acepto dar. Me hicieron decenas de ofertas, muchas por sumas cuantiosas. Pero no quiero ni necesito el dinero. Lo único que quiero es contar una historia.

—¿Siempre creyó que su esposo Adam Morgan era inocente? —pregunta, yendo directo al grano.

—*Sabía* que lo era, y lo apoyé como esposa y abogada.

—¿Se culpó a sí misma cuando lo condenaron?

—Durante mucho tiempo, sí, hasta que, hace poco más de un año, se supo que el sheriff a cargo de la investigación había ocultado pruebas, incluso un amorío que él mantenía con la víctima. A partir de ese momento, culpé al sistema judicial.

—Supongo que fue espantoso enterarse de que su esposo no solo había sido acusado de asesinato por error, sino que también lo habían ejecutado injustamente. —Ladea apenas la cabeza.

Hago una inhalación corta, profunda.

—Fue devastador. Adam era el amor de mi vida, y la comunidad de Virginia lo asesinó delante de mis ojos.

Hace una pausa, para darme tiempo a recomponerme. De todos modos, no me hace falta.

—Cuénteme sobre Robert Miller —continúa Caroline.

—¿Bob? —la corrijo. Robert es un nombre demasiado distinguido para él—. No era quien yo creía.

—Pero se casó con él. Fue su segundo esposo.

—Lamentablemente.

—¿Alguna vez sospechó que Bob había asesinado a Kelly Summers y después culpado a Adam por esa muerte?

La pregunta es estúpida, pero igual la respondo.

—No, ni por asomo.

—¿Y cómo cree que logró eludir el castigo?

—No lo logró.

—Durante mucho tiempo, sí. ¿Cómo pudo ser posible? —Me mira fijo a los ojos, casi sin pestañear. Resulta intimidante, pero la imito.

—La comisaría del condado de Prince William lo hizo posible. Ellos fueron, básicamente, cómplices de los delitos de Bob —respondo con el mentón en alto.

—¿Y qué me dice de usted, Sarah? ¿Cómo logró Miller acercarse tanto a usted?

Carraspeo antes de hablar.

—Estaba vulnerable, y él lo sabía. Había perdido a mi esposo el día que lo declararon culpable y lo sentenciaron a pena de muerte. El mundo pensaba que era un monstruo, así que ni siquiera pude hacer el duelo como correspondía. Es una sensación horrible perder a alguien y que a nadie más le importe porque no lo consideran una pérdida. Bob se aprovechó de mi dolor y mi fragilidad. La situación era muy difícil de procesar para mí. Pero Bob estuvo ahí cuando nadie más lo estaba, y eso lo ayudó a acercarse a mí.

—¿Se arrepiente de haberse casado con él?

—No, me dio dos cosas que, de no ser por él, jamás habría tenido. Mi hija, Summer, y la posibilidad de hacer un cierre.

—¿Qué quiere decir con «hacer un cierre»?

—Ahora sé lo que en realidad le ocurrió a Kelly Summers, y el mundo también lo sabe. Si no me hubiera casado con Bob, no sé si

hubiera descubierto la verdad alguna vez —confieso, bastante convencida.

—¿Cómo afectó todo esto a su hija?

—Tiene un duelo complicado, tal como me pasó a mí con Adam cuando todos pensaban que era un monstruo. Entiende que lo que su padre hizo fue inmoral, vil e imperdonable, pero sigue siendo su papá. Fue de veras arduo para ella, pero está mucho mejor.

Fue horroroso decirle a Summer lo que había sucedido con su papá y lo que había hecho. Le llevó un tiempo hacerse a la idea. En un principio, no lo creyó; y era lógico, porque lo que le dije no era cierto. Pero, de a poco, empezó a aceptar el relato. Estamos mucho mejor ahora, como yo sabía que iba a pasar. Y también se está encariñando con Alejandro. Está bueno tenerlo cerca; no es una relación seria, sino básicamente sexual. Además, no deja de ser un cabo suelto, y la única manera de asegurar un cabo suelto es teniéndolo a mano. ¿Quién podría confiar en la palabra de un delincuente? En este caso, de alguien acusado por un delito grave. Tanto Alejandro como yo tenemos esqueletos ocultos en el armario, y sabemos muy bien de quiénes son.

—¿Cree que usted fue parte del plan maestro de Bob, o una simple bonificación extra?

—No sé qué fui para él, pero no me importa.

—Entiendo —asiente—. La madre de Adam, Eleanor Arrugatti, falleció antes de que sobreseyeran a su hijo. ¿Cómo cree que se habría sentido, de haber estado viva, al presenciar que el nombre de su hijo quedaba por fin limpio?

—Habría estado muy emocionada. Es una tragedia que no llegara a verlo.

—Desde ya —asiente Caroline—. Una jueza federal de Virginia le otorgó treinta y dos millones de dólares por haber condenado y ejecutado erróneamente a su esposo Adam Morgan. ¿Está feliz con este acuerdo?

—La verdad es que no. ¿Cómo podría estar feliz? Eso no deshace lo hecho. No devuelve a Adam.

Caroline presiona los labios hacia adentro e inclina la cabeza para asentir antes de continuar con la entrevista.

—¿Qué planea hacer con el dinero?

Es una pregunta poco sensible, pero el público quiere saber.

—Voy a destinar una parte a un fideicomiso para Summer. Planeo reinvertir el resto en la Fundación Morgan, con la intención de continuar ofreciendo ayuda legal gratuita para quienes no pueden pagar honorarios y de expandir el programa Segunda Oportunidad, que permite que personas que estuvieron en la cárcel puedan reinsertarse en la sociedad de un modo positivo y productivo.

—Eso es digno de admiración, Sarah. La mayoría se iría de vacaciones o dejaría de trabajar anticipadamente.

—Yo no soy la mayoría.

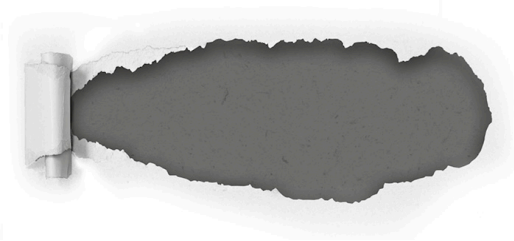
—No, claro que no. —Sonríe tensa—. Su historia es increíble; hay quienes dijeron que supera la ficción. Perdió muchas cosas, soportó más de lo que gran parte de las personas serían capaces de imaginar y, aun así, no claudica. Su misión en la vida es ayudar a los demás, aunque no hubo nadie que los ayudara a usted y a su esposo Adam cuando lo necesitaron. ¿Siente algún tipo de rencor?

—Le mentiría si le dijera que no.

—¿Por qué, entonces, elige ser una líder generosa y compasiva?

Es la última pregunta. Lo sé porque les pedí que me las enviaran de antemano para preparar las respuestas. Esta fue la que más ensayé para asegurarme de que el tono y el mensaje fueran los correctos. Es una respuesta breve y tierna, hasta ridícula, pero convencerá a los televidentes. La lucha entre el bien y el mal es la más antigua de la humanidad. Es un cliché y en exceso simplista, porque las personas no son intrínsecamente buenas o malas. Tienen un poco de ambas, quizás más de una que de otra, pero a los demás les resulta demasiado complejo digerir eso. Así que lo haré simple. La iluminación del estudio se vuelve apenas más brillante antes de que yo responda. Qué poético.

—No tengo opción, Caroline. Soy así —concluyo con una sonrisa sutil, angelical.



AGRADECIMIENTOS

¡Hola! Algunos de ustedes llegaron hasta aquí porque tienen curiosidad de saber a quiénes voy a agradecer. Otros muchos llegaron hasta aquí en busca de ese secreto cavernoso, oscuro que prometí en agradecimientos anteriores. Pero la gran mayoría no llegó hasta aquí porque dejó de leer cuando terminó la historia. Es un error, porque dentro de este texto sí voy a compartir un secreto cavernoso, oscuro… así que sigan leyendo.

En 2017, cuando estaba redactando el borrador de lo que sería *El matrimonio perfecto*, nunca, ni en un millón de años, pensé que algún día escribiría los agradecimientos de su secuela. Pero aquí estoy, y se lo debo todo a mis lectores. Es a ellos a quienes quiero agradecer primero. Vivo de lo que amo hacer gracias a ustedes. Eso es verdaderamente un regalo, el mejor que he recibido. ¡Así que gracias!

Una mención especial para mi pandilla —«esa bandada de gansos»—, los miembros de mi grupo de lectores en Facebook «Jeneva Rose's Convention of Readers» (Convención de lectores de

Jeneva Rose), a los que dediqué este libro. Gracias por seguirme y por ser un sitio positivo en internet.

Cada vez que escribo un libro, le pido a un grupo selecto que lea el primer borrador para escuchar su crítica constructiva y, más importante aún, sus elogios y alabanzas. Es un equilibrio sutil, porque a veces tengo la piel de un rinoceronte y, en otras, me recubre el ala de una polilla. Gracias a Cristina Montero, Bri Decker y Delaney Starr por leer el borrador de *El divorcio perfecto*.

Gracias a Abril Gooding por hacer lo que siempre haces. Este libro es mucho mejor por ti.

Gracias al equipo de Blackstone Publishing por defender mi trabajo. Un recuerdo especial para Sarah Riedlinger y Stephanie Stanton por la tapa y el diseño alucinantes; a John Lawton por asegurarse de que mis libros lleguen a las librerías; a Kathryn Zentgraf y Josie Woodbridge por su labor editorial; a Tatiana Radujkovic, Rachel Sanders y Kathleen Carter por las relaciones públicas y el *marketing*; y a Stephanie Koven por sus artilugios comerciales alrededor del mundo.

Gracias a todos los que hacen del mundo del libro un lugar mejor. Les hablo a ustedes: libreros, bibliotecarios, *booktokers*, *bookstagramers*, blogueros y docentes.

Gracias a mi esposo, Drew, por su apoyo infinito, por su impulso constante para que sea la mejor escritora posible y por no huir espantado al leer el primer borrador de esta novela. Prometo que es ficción… casi todo.

Ahora, el secreto cavernoso, oscuro, porque sé que están leyendo por arriba para descubrirlo. No es jugoso. Ni siquiera macabro. Es simplemente un secreto. Si ven este signo de puntuación →: en mis

novelas, hay que decirlo, yo no lo puse ahí, y la razón es que no sé cómo usarlo. ¿Dónde se usa? ¿Cuál :es el propósito? ¡*Puff*! Me hizo bien desahogarme. Esto es todo de mi parte. Les pido disculpas si mi secreto cavernoso, oscuro, no tiene nada de cavernoso, ni de oscuro, ni de secreto. Tendré un secreto real para ustedes en mis próximos agradecimientos. Así que no se distraigan.

Ah, esperen, sí tengo un secretito: la historia de Sarah Morgan no terminó.

Besos y abrazos:
:Jeneva :Rose

Índice

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Jeneva Rose
Portada
Dedicatoria
¿La mató?
1. Sarah Morgan
2. N.N
3. Sarah Morgan
4. Sheriff Hudson
5. Bob Miller
6. Sarah Morgan
7. Bob Miller
8. Sarah Morgan
9. Sheriff Hudson
10. Bob Miller
11. Sheriff Hudson
12. Sarah Morgan

13. Sheriff Hudson
14. Bob Miller
15. Sarah Morgan
16. Sheriff Hudson
17. N.N
18. Bob Miller
19. Sarah Morgan
20. Sheriff Hudson
21. Sarah Morgan
22. Bob Miller
23. Sheriff Hudson
24. Sarah Morgan
25. Sheriff Hudson
26. Sarah Morgan
27. Bob Miller
28. Sarah Morgan
29. Sheriff Hudson
30. Bob Miller
31. Sheriff Hudson
32. Sarah Morgan
33. N.N
34. Bob Miller
35. Sheriff Hudson
36. Sarah Morgan
37. Bob Miller
38. Stacy Howard
39. Sheriff Hudson
40. Sarah Morgan

41. Sheriff Hudson
42. Bob Miller
43. Stacy Howard
44. Sarah Morgan
45. Sarah Morgan
46. Bob Miller
47. Stacy Howard
48. Sheriff Hudson
49. Sheriff Hudson
50. Sarah Morgan
51. Sarah Morgan
52. Sheriff Hudson
53. Sarah Morgan
Agradecimientos
Créditos

Rose, Jeneva
El divorcio perfecto / Jeneva Rose. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: María Laura Ramos.
ISBN 978-631-300-734-9

1. Thriller. I. Ramos, María Laura, trad. II. Título.
CDD 813

Título original: *The Perfect Divorce*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de interior: Cecilia Aranda
Diseño de tapa: Sarah Riedlinger
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Copyright © 2025 de Jeneva Rose
Publicado en 2025 por Blackstone Publishing
Copyright © 2026 de la traducción del inglés al español por V&R Editoras S. A.
www.vreditoras.com

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México

Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-631-300-734-9

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

¡TU OPINIÓN ES IMPORTANTE!

Escríbenos un e-mail a
miopinion@vreditoras.com
con el título de este libro en el "Asunto".

Conócenos mejor en:

www.vreditoras.com

VR.Editoras

VR.Editoras

VREditoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Jeneva Rose
Portada
Dedicatoria
¿La mató?
1. Sarah Morgan
2. N.N
3. Sarah Morgan
4. Sheriff Hudson
5. Bob Miller
6. Sarah Morgan
7. Bob Miller
8. Sarah Morgan
9. Sheriff Hudson
10. Bob Miller
11. Sheriff Hudson
12. Sarah Morgan
13. Sheriff Hudson
14. Bob Miller
15. Sarah Morgan
16. Sheriff Hudson
17. N.N
18. Bob Miller
19. Sarah Morgan
20. Sheriff Hudson

21. Sarah Morgan
22. Bob Miller
23. Sheriff Hudson
24. Sarah Morgan
25. Sheriff Hudson
26. Sarah Morgan
27. Bob Miller
28. Sarah Morgan
29. Sheriff Hudson
30. Bob Miller
31. Sheriff Hudson
32. Sarah Morgan
33. N.N
34. Bob Miller
35. Sheriff Hudson
36. Sarah Morgan
37. Bob Miller
38. Stacy Howard
39. Sheriff Hudson
40. Sarah Morgan
41. Sheriff Hudson
42. Bob Miller
43. Stacy Howard
44. Sarah Morgan
45. Sarah Morgan
46. Bob Miller
47. Stacy Howard
48. Sheriff Hudson
49. Sheriff Hudson
50. Sarah Morgan
51. Sarah Morgan
52. Sheriff Hudson
53. Sarah Morgan

Agradecimientos

Índice
Créditos


Cubierta